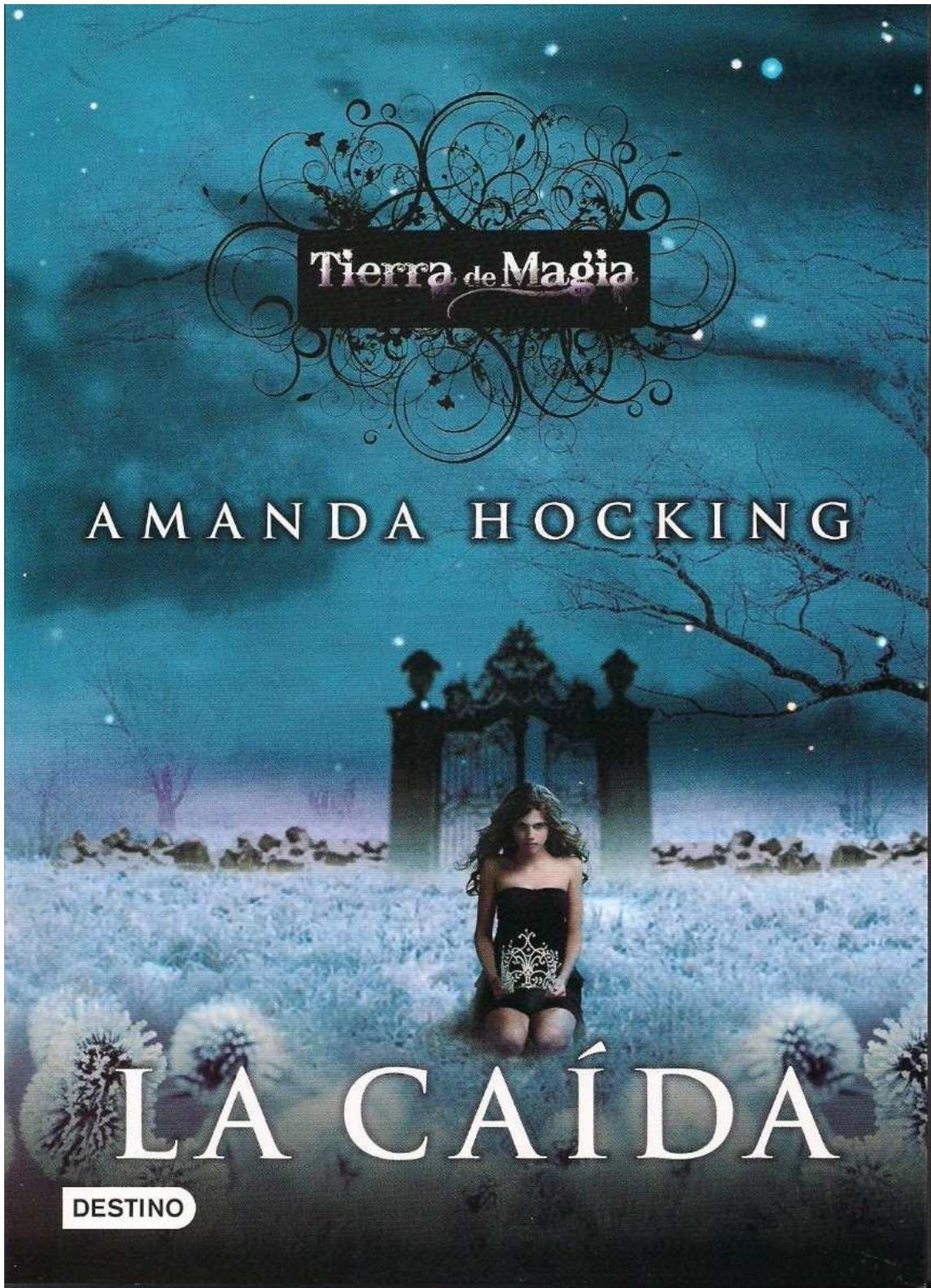


La caída



Página 1



Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2

La caída

Agradecimientos

El presente documento ha sido elaborado in fines de lucro para fomentar la lectura en aquellos países en los que algunas publicaciones no se realizan, abe destacar el trabajo de las transcriptoras, correctoras, revisora, moderadora y diseñadora de SO.



La caída

Sinopsis

¿Qué pasaría si todo tu mundo estuviera construido sobre una mentira?

Cuando Wendy Everly conoce la verdad acerca de sus orígenes, se da cuenta de que su vida nunca volverá a ser la misma. Pero lo que no hubiese sospechado jamás es que todavía le quedaba mucho por descubrir. Y es que Wendy parece estar más conectada a sus rivales, los Vittra, de lo que pensaba, y éstos no dudan en hacer lo imposible por convencerla de que luche junto a ellos. Con una amenaza de guerra sobrevolando el reino Trylle, su única esperanza de salvar a los suyos es casarse con un poderoso noble, aunque eso significa que alejarse de Finn, y también de Loki, el príncipe Vittra por el que cada vez siente una mayor atracción. Dividida entre los dictados de su corazón y la llamada del deber, Wendy tiene que decidir su porvenir. Si escoge la opción equivocada, la caída podría hacerle perder todo lo que ama.



La caída

Índice

Sinopsis	3
Capítulo 1	5
Capítulo 2	12
Capítulo 3	21
Capítulo 4	27
Capítulo 5	38
Capítulo 6	50
Capítulo 7	60
Capítulo 8	71
Capítulo 9	82
Capítulo 10	93
Capítulo 11	105
Capítulo 12	115
Capítulo 13	127
Capítulo 14	137
Capítulo 15	147
Capítulo 16	158
Capítulo 17	169
Capítulo 18	174
Capítulo 19	187
Capítulo 20	194
Capítulo 21	206
Capítulo 22	215
Capítulo 23	225
Capítulo 24	235
Capítulo 25	245
Capítulo 26	252
Capítulo 27	261
Capítulo 28	268
Apéndices	270
Continúa con... La Ascensión	273
Sobre la autora... Amanda Hocking	274



La caída

1

El regreso

Matt, mi «hermano», se alegró cuando Rhys y yo aparecimos a las ocho de la mañana en su casa..., pero sólo porque le alivió verme viva y descubrir que no había desaparecido para siempre. Seguía furioso por mi huida, pero me dio la oportunidad de ofrecerle una vaga explicación mientras me contemplaba molesto y desconcertado.

Por suerte sólo tuve que enfrentarme a Matt porque tía Maggie, mi tutora legal, no estaba en casa cuando llegamos. Matt me explicó que me había ido a buscar a Oregón, aunque yo no sabía por qué debía haber imaginado que estaría allí.

Me senté con Rhys en el gastado pero elegante sofá de la sala de Matt; nos rodeaban las cajas de objetos todavía sin desempaquetar desde la última mudanza que habíamos hecho dos meses atrás, cuando llegamos a aquella casa. Matt, por su parte, no dejaba de caminar de un lado a otro frente a nosotros.

—Todavía no lo entiendo —dijo. Se detuvo de repente y cruzó los brazos.

—No hay nada que entender —insistí, señalando a Rhys—: ¡Él es tu hermano! Resulta muy obvio en cuanto lo ves.

Mis ojos eran de color caoba, y mi cabello, rizado y oscuro. En cambio, tanto Matt como Rhys tenían los ojos como zafiros y un cabello rubio rojizo; sus rostros poseían además un aire de sinceridad y la misma tendencia a sonreír. Rhys se quedó pasmado y con los ojos bien abiertos mirando a Matt. Estaba asombrado.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Matt.

—No sé por qué no eres capaz de confiar en mí. —Suspiré y me recosté en el sofá—. ¡Jamás te he mentado!



La caída

—Pero ¡es que huiste de casa! No sabía dónde estabas y, francamente, ¡eso me parece una comprensible causa de pérdida de confianza!

El enfado de Matt no lograba ocultar lo herido que se sentía. Además, su cuerpo mostraba señales del estrés al que había estado sometido. Se le veía demacrado, tenía los ojos rojos y apagados, y daba la impresión de haber perdido unos cinco kilos; seguramente se debió de derrumbar en cuanto me fui. Todo aquello me hacía sentir culpable, pero lo cierto es que no había tenido otra opción.

El hecho de que mi madre intentara matarme cuando yo era tan sólo una niña provocó que desde entonces mi hermano se preocupara en exceso por mi seguridad. Su vida giraba alrededor de mí hasta un punto enfermizo: no tenía amigos, empleo ni vida propia.

—¡Tuve que huir! ¿De acuerdo? —Me pasé la mano por entre los rizos y negué con la cabeza—. No te lo puedo explicar, pero lo hice para protegernos a ti y a mí. Ni siquiera estoy segura de que deba estar aquí ahora.

—¿Protegernos? ¿De quién? ¡¿Dónde has estado?! —preguntó Matt, desesperado y por centésima vez.

—¡No te lo puedo decir, Matt! Desearía poder hacerlo, pero no puedo.

No sabía si era legal o no que le contara algo acerca de los Trylle. Había supuesto que todo era secreto, pero en realidad nadie me había prohibido específicamente que hablara sobre ellos con las personas del exterior. Aunque la verdad era que Matt no me creería de todas formas, por lo que me pareció inútil tratar de explicárselo.

—Tú eres mi hermano de verdad —dijo Rhys en voz baja, y luego se inclinó hacia delante para ver mejor a Matt—. Esto es muy extraño.

—Sí, sí lo es —asintió Matt. Luego se movió con algo de incomodidad frente a Rhys, quien no dejaba de mirarlo. Después de eso se dirigió a mí. Estaba muy serio—. Wendy, ¿puedo hablar contigo a solas?

—Pues claro —dije, al tiempo que me volvía para mirar a Rhys, que entendió el mensaje y se puso de pie.

—¿Dónde está el baño?

—Por aquel lado, antes de llegar a la cocina —dijo Matt señalando a la derecha.

En cuanto Rhys se fue, Matt se sentó sobre la mesa de centro que estaba frente a mí y habló en voz baja:

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2

La caída

—Mira, Wendy, no sé qué es lo que está sucediendo. No sé cuánto de lo que me has contado es cierto, pero ese chico me parece muy raro. No lo quiero en mi casa. No sé en qué estabas pensando al traerlo aquí.

—Es tu hermano —dije, exasperada—. En serio, Matt, jamás te mentiría, y mucho menos sobre algo tan importante. Estoy completamente segura de que es tu verdadero hermano.

—Wendy... —Matt se rascó la frente y suspiró—. Me queda claro que estás convencida de ello, pero ¿cómo puedes saberlo? Mira, creo que ese muchacho te ha estado metiendo ideas en la cabeza.

—No, te aseguro que no. Aparte de ti, Rhys es la persona más honesta que conozco, lo cual resulta lógico dado que sois hermanos. —Me incliné un poco más hacia Matt—. Por favor, dale una oportunidad, ya verás.

—¿Y su familia? —preguntó Matt—. ¿Quién ha cuidado de él los últimos diecisiete años y medio? ¿Es que no lo echan en falta? Y otra cosa..., ¿no son ellos entonces tu «familia real» o algo por el estilo?

—Confía en mí, no lo van a extrañar, y te aseguro que a ti te quiero más que a esa familia —contesté con una sonrisa.

Matt negó con la cabeza porque no sabía si creerme. Era obvio que desconfiaba de Rhys y que quería echarlo de la casa. La verdad era que la sensatez que mostraba hacía que lo admirase aún más.

—Me gustaría que fueras completamente sincera respecto a este asunto —dijo.

—Estoy siendo lo más honesta que puedo.

En cuanto Rhys volvió del baño, Matt se alejó de mí y lo miró con una expresión de agobio.

—No tenéis fotos familiares en casa —comentó Rhys, mirando alrededor.

Era cierto. En realidad no teníamos ningún tipo de adornos, y además no nos gustaba recordar a la familia. A Matt le disgustaba particularmente nuestra..., su madre.

Todavía no le había explicado a Rhys que su madre era una lunática y que estaba encerrada en un hospital psiquiátrico. Me resultaba bastante difícil darle la noticia, en especial en aquel momento en que parecía tan confundido.



La caída

—Sí, así somos nosotros —dije mientras me ponía en pie—. Hemos conducido toda la noche para llegar hasta aquí y estoy muy cansada. ¿Qué tal tú, Rhys?

—Ah, sí, supongo que estoy agotado. —A Rhys le sorprendió bastante mi sugerencia. A pesar de que tampoco había dormido nada, no se le veía cansado en absoluto.

—Deberíamos descansar; hablaremos después —dije.

—Oh. —Matt se levantó despacio—. Entonces ¿los dos os vais a quedar a dormir aquí? —preguntó, mirando a Rhys con incertidumbre; luego se volvió para mirarme.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Rhys no tiene adónde ir.

—Ah. —Era obvio que a Matt no le agradaba la idea, pero temía que al echar a Rhys a la calle, me fuera con él—. Supongo que puedes dormir en mi cuarto, por ahora —le dijo.

—¿En serio? —Rhys trató de ocultar la emoción que le causaba quedarse en la habitación de Matt, pero era demasiado obvia para no notarla.

Luego Matt nos condujo arriba, no sin cierto grado de incomodidad. Mi habitación seguía tal y como la había dejado varias semanas atrás. Mientras me instalaba oí que los muchachos hablaban al otro lado del pasillo, en la habitación de Matt. Rhys le pedía que le explicara cosas demasiado obvias, por ejemplo cómo encender la lámpara. Matt parecía frustrado y profundamente irritado.

Ya me había puesto el viejo y cómodo pijama que tanto añoraba, cuando Matt entró en mi habitación para hablar conmigo.

—¿Qué sucede, Wendy? —musitó. Cerró la puerta nada más entrar y echó el pestillo, como si Rhys fuera una especie de espía—. ¿Quién es ese chico, eh? ¿Dónde has estado?

—No te puedo explicar lo que ha sucedido mientras estaba fuera. ¿Es que no te basta con saber que estoy a salvo y que he vuelto?

—No, no es suficiente —dijo Matt negando con la cabeza—. Ese chico no es normal: todo lo asombra.

—Lo que lo asombra eres tú —lo corregí—. No tienes idea de lo emocionante que resulta todo esto para él.

—Pero eso es ilógico —agregó Matt, pasándose la mano entre el cabello.



La caída

—En serio, Matt, necesito dormir; sé que esto es demasiado para ti, ya me ha quedado claro. ¿Por qué no llamas a Maggie? Avisala de que estoy a salvo. Voy a descansar un poco y mientras podrás pensar en lo que te he explicado.

Matt suspiró, derrotado.

—Está bien —dijo, aunque su mirada se tornó amenazante—, pero más te vale ir pensando en cómo aclararme lo que está sucediendo.

—Está bien —contesté, encogiéndome de hombros. Lo pensaría, pero no tenía intenciones de aclararle nada.

Matt relajó los hombros y suavizó la mirada.

—Me alegro de que estés en casa.

En ese momento me di cuenta de lo terrible que había sido aquella experiencia para él. Además, supe que jamás podría volver a desaparecer de aquella forma. Me acerqué y lo abracé con fuerza.

Matt me dio las buenas noches y salió de mi cuarto; una vez sola, caminé lentamente hasta la comodidad de mi cama. En Förening había dormido en una cama extra grande, pero por alguna razón mi antiguo lecho me agradaba mucho más a pesar de su angostura. Me acurruqué bien bajo las mantas, aliviada de estar al fin en un lugar que me permitía sentirme cuerda otra vez.

A pesar de la devoción que Matt me profesaba, yo siempre había tenido el presentimiento de no pertenecer a mi familia. Mi madre casi me asesinó cuando tenía seis años porque estaba empeñada en que yo no era su hija, sino un monstruo.

Y a fin de cuentas, el caso era que tenía razón.

Apenas un mes antes yo había descubierto que era una *changelings*, es decir, que poco después de nacer había sido cambiada en secreto por otro niño. Para ser más exactos, había sustituido a Rhys Dahl. Resulta que yo soy una Trylle, y que los Trylle, en pocas palabras, son un grupo de timadores con algo de clase y ligeros superpoderes.

Técnicamente soy una trol, pero no como esos desagradables monstrositos verdes que forman parte del imaginario de la gente. Mi estatura es normal y soy bastante atractiva. En la cultura Trylle, la práctica de los *changelings* data de siglos atrás, y su objetivo es asegurarse de que los niños Trylle tengan la mejor infancia posible.



La caída

Por si eso fuera poco, se supone que en Förening, el complejo de Minnesota donde habitan los Trylle, soy además una princesa: mi madre biológica es Elora, la reina. Sin embargo, después de pasar algunas semanas con ella en su palacio, decidí regresar a casa. Elora y yo nos enfrentamos porque me prohibió relacionarme con Finn Holmes por el mero hecho de que él no pertenece a la realeza.

Así que me escapé y me llevé a Rhys conmigo porque me había mostrado una amabilidad genuina mientras estuve en Förening, y creí que merecía algo similar a cambio. Además, quería que conociera a Matt porque en realidad no era mi hermano, sino el suyo. Por desgracia, no podía explicarle todo esto a Matt porque habría pensado que me había vuelto completamente loca.

Estaba a punto de dormirme pensando en lo bien que sentaba estar de vuelta en casa cuando, apenas diez minutos después de despedirnos, Rhys terminó con la paz nocturna e irrumpió en mi habitación. El ruido de la puerta me alarmó: lo más probable era que Matt hubiera bajado para hacer la llamada que le había sugerido, pero estaba muy claro que si llegaba a percatarse de que Rhys estaba en mi habitación, nos mataría a ambos.

—¿Wendy? ¿Estás despierta? —susurró Rhys al tiempo que se sentaba con cautela al borde de mi cama.

—Sí —susurré.

—Lo siento, es que no puedo dormir —dijo—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Es que para mí no es tan emocionante. He vivido siempre con esta familia, ¿recuerdas?

—Ya, pero... —Al parecer Rhys no podía refutar eso. De repente se puso tenso y contuvo la respiración—. ¿Has oído eso?

—¿Cómo no voy a oírte si me has desvelado? Sólo que estaba tratando de... —Antes de que pudiera terminar la frase, lo oí yo también: era un crujido proveniente de la parte exterior de la ventana de mi habitación.

Después del espantoso encuentro que había tenido con los Vittra, es decir, con los trols malignos, era de esperar que me sintiera alarmada. Me deslicé hasta la ventana y traté de ver de dónde provenía el ruido, pero fue imposible porque las cortinas estaban corridas.



La caída

De pronto el crujido se tornó en un estrépito y me incorporé; el corazón me latía a toda velocidad. Rhys me miró alterado. Entonces oímos que se abría la ventana, y vimos como las cortinas se inflaban con el viento.



La caída

2

Interrupciones

Entro en mi habitación con un elegante movimiento, como si entrar por la ventana en la habitación de alguien fuera la cosa más normal del mundo.

Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás de forma impecable pero tenía barba de varios días, lo cual lo hacía parecer aún más sexy. Sus ojos eran casi negros de tan oscuros, y antes de posarlos en mí y hacer que el corazón se me paralizara por completo, miró a Rhys con recriminación.

Finn Holmes acababa de entrar a hurtadillas en mi habitación.

Logró sorprenderme, como siempre, y verlo me hizo tan feliz que por poco olvido lo enfadada que estaba con él.

No lo había visto desde que salió de mi otra habitación, en Förening, para cumplir el trato que había hecho con Elora, mi madre. Ella le había dicho que podía pasar una noche más conmigo antes de irse... para siempre.

Durante aquellas horas, todo lo que hicimos fue besarnos, pero Finn nunca me dijo cuál era el plan de Elora. De hecho, ni siquiera se molestó en decir adiós. No insistió en quedarse ni trató de convencerme de que huyera con él. Tan sólo se fue y dejó que mi madre me explicara lo sucedido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rhys. Finn apartó la mirada de mí para mirarlo con furia.

—He venido a recoger a la princesa, por supuesto —dijo, y su voz evidenció lo irritado que estaba.



La caída

—Sí, ya lo supongo, pero... pensé que Elora te había asignado otra misión. —A Rhys lo desconcertó el enfado de Finn, por lo que titubeó un poco antes de continuar—. Bueno..., eso es lo que decía la gente en Förening, que ya no tenías permiso para acercarte a Wendy.

Finn tensó los músculos de la mandíbula, visiblemente molesto por el comentario, y Rhys se limitó a mirar al suelo.

—No tengo permiso —admitió Finn después de vacilar un instante—. Me estaba preparando para abandonar el palacio cuando me enteré de que habíais desaparecido durante la madrugada. Elora estaba indecisa respecto a quién debía seguir el rastro de Wendy, pero teniendo en cuenta que los Vittra también la buscan, pensé que lo mejor sería que me encargara del asunto yo mismo.

Rhys abrió la boca para protestar, pero Finn se lo impidió.

—Todos sabemos que hiciste un excelente trabajo al protegerla en el baile —dijo Finn—. Sé que si yo no hubiera aparecido, contigo habría estado segura y no habría sufrido ningún daño.

—¡Soy consciente de que los Vittra son una amenaza! —contraatacó Rhys—. Yo sólo... Vinimos aquí para...

Al darme cuenta de su confusión, me levanté de la cama para interceder por él antes de que descubriera que lo había tenido que convencer para que me acompañara.

La verdad era que Rhys no deseaba huir conmigo. Quería conocer a Matt, pero ante todo insistió en mi seguridad, y por lo tanto se negó rotundamente a que abandonáramos la protección del complejo. Por desgracia para Rhys, yo poseía el poder de la persuasión. Me bastaba con mirar fijamente a las personas, concentrarme en lo que quería que hicieran y siempre me complacían, estuvieran de acuerdo o no.

Así fue como lo convencí de que escapáramos juntos; por eso ahora necesitaba distraerlo antes de que se diera cuenta de lo que lo había obligado a hacer.

—Los Vittra perdieron a muchos rastreadores en el ataque —intervine—. Estoy segura de que no desean que eso se repita, y además ya deben de estar hartos de tratar de capturarme.

—Eso es bastante improbable —dijo Finn, aguzando la mirada para analizar el desasosiego de Rhys. Luego se volvió para mirarme con un gesto enigmático—. Wendy, ¿es que no te importa nada tu seguridad?



La caída

—Probablemente me importa más que a ti —respondí cruzándome de brazos—. Tú decidiste abandonarme para ir a hacer otro trabajo. Si hubiera huido un día después, ni siquiera te habrías enterado.

—¿Estás haciendo todo esto para captar mi atención? —preguntó bruscamente. Sus ojos ardían: jamás había dirigido su furia hacia mí de aquella manera—. ¡No sé cuántas veces voy a tener que explicártelo! ¡Eres una princesa y yo no soy nada! ¡Tienes que olvidarme!

—¿Qué sucede?! —gritó Matt desde el piso de abajo. Si subía y encontraba a Finn en mi habitación, la situación se tornaría muy, muy delicada.

—Yo... voy a distraerlo —declaró Rhys, pidiendo mi aprobación con la mirada. Asentí con la cabeza y salió disparado por la puerta, vociferándole a Matt lo increíble que era la casa. Las voces de ambos se fueron desvaneciendo a medida que bajaban por la escalera.

Me acomodé los rizos detrás de las orejas, negándome a enfrentarme a Finn. Todavía me resultaba imposible creer que la última vez que nos habíamos visto me había besado con tanta pasión que apenas me dejaba respirar; recordé su barba rozándome las mejillas, y la sensación de sus labios contra los míos.

De pronto odié aquel recuerdo, pero sobre todo detesté sentir que lo único que deseaba hacer en aquel momento era volver a besarlo.

—Aquí no estás segura, Wendy —insistió Finn en voz baja.

—Pero no pienso ir contigo.

—No te puedes quedar, no lo permitiré.

—¿No lo permitirás? —le pregunté en tono burlón—. Soy la princesa, ¿recuerdas? ¿Quién eres tú para darme o no permiso, para hacer algo? Además, ya no eres mi rastreador: ahora sólo eres un tipo raro que me persigue.

La frase sonó mucho más agresiva de lo que era mi intención, pero como siempre, nada de lo que dije pareció herir a Finn. Se limitó a seguir mirándome sin siquiera inmutarse.

—Sabía que te iba a encontrar más rápido que cualquier otra persona. Si no quieres venir conmigo, está bien —dijo—: en muy poco tiempo llegará otro rastreador y podrás irte con él. Únicamente esperaré su llegada para asegurarme de que estás a salvo.



La caída

—¡Finn, no se trata de ti!

Jamás admitiría que Finn había tenido mucho que ver con mi partida de Förening, pero la verdad es que él no era la única razón. Odiaba a mi madre, mi título, el palacio y todo lo demás. Sencillamente no era para mí aquello de ser princesa.

Finn me miró durante un largo rato para tratar de entender qué le había querido decir, y tuve que esforzarme mucho para no retorcerme incómoda mientras escudriñaba mi rostro. Sus ojos emitieron un oscuro fulgor, y su expresión se endureció.

—¿Lo estás haciendo por el *mänsklig*? —preguntó Finn, refiriéndose a Rhys—. Creo recordar que te había pedido que te alejaras de él.

Los *mänsklig* eran los niños humanos que eran sustituidos por los bebés Trylle. Su lugar dentro de la jerarquía de aquella sociedad era el más bajo, y si se llegaba a descubrir que la princesa estaba involucrada con uno de ellos, ambos serían desterrados para siempre de la comunidad. Sin embargo, a mí eso no me importaba en realidad porque mis sentimientos por Rhys eran meramente fraternales.

—No tiene nada que ver con Rhys; sólo pensé que le gustaría conocer a su verdadera familia —dije, encogiéndome de hombros—. Estoy segura de que estará mucho mejor aquí que viviendo con Elora en aquel estúpido lugar.

—Bien, pues entonces se puede quedar aquí —asintió Finn—. Y ahora que hemos solucionado el asunto de Matt y Rhys, puedes volver a casa.

—Aquel lugar no es mi casa. ¡Mi hogar es éste! —exclamé al tiempo que señalaba toda mi habitación con un gesto—. No pienso volver, Finn.

—Pero ¿es que no entiendes que aquí no estás a salvo? —Finn se acercó un poco más a mí, suavizó la voz y me miró directamente a los ojos—. Ya viste lo que hicieron los Vittra en Förening; enviaron a un ejército para capturarte, Wendy. —Colocó las manos sobre mis hombros y pude sentir su fuerza y su calidez sobre mi piel—. No se detendrán hasta que te atrapen.

—¿Por qué? ¿Por qué no habrían de darse por vencidos? —pregunté—. Debe de haber otros Trylle que sean más fáciles de convencer que yo. ¿Qué tiene que ver que sea la princesa? Si no vuelvo, Elora puede reemplazarme; en realidad no significo nada especial.

—Eres mucho más poderosa de lo que imaginas.



La caída

—¿Y eso qué quiere decir?

Antes de que pudiera responder se oyó un ruido proveniente de fuera, al otro lado de mi ventana. Finn me sujetó del brazo, abrió la puerta del armario y me empujó al interior. Por regla general no admito que me arrojen a un armario y me cierren la puerta en las narices, pero sabía que lo único que quería era protegerme.

Abrí la puerta un poco para poder ver qué sucedía por la rendija, e intervenir en caso de que fuera necesario, porque, a pesar de lo furiosa que estaba con Finn, no iba a permitir que nadie volviera a hacerle daño por mi culpa. Nunca más.

Finn se quedó a escasos centímetros de la ventana: sus ojos brillaban y parecía muy tenso, pero al cabo de un rato se relajó e hizo un gesto burlón cuando vio a la otra persona.

Era un chico. Se tropezó con el alféizar de la ventana al entrar; vestía téjanos entallados y unos zapatos morados con los cordones desatados. Finn se acercó a él y lo miró molesto y con desdén.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —dijo el chico mientras se retiraba el largo flequillo de los ojos y se acomodaba la chaqueta que, por cierto, le quedaba pequeña. Llevaba la cremallera subida hasta el cuello y el elástico de la cintura apenas le llegaba a donde comenzaban los téjanos, por lo que, cada vez que se agachaba, la prenda se le enrollaba hacia arriba.

—He venido a por la princesa. ¿Te enviaron a rastrearla? —preguntó Finn, arqueando una ceja—. ¿De verdad Elora creyó que tú podrías llevarla de vuelta?

—Oye, soy un buen rastreador. He recuperado a mucha más gente que tú.

—Sí, pero porque tienes siete años más que yo —replicó Finn. Aquello significaba que aquel torpe chico tenía unos veintisiete años; aunque, claro, parecía mucho más joven.

—Por muy mal que te parezca, Elora me escogió, así que hazte a la idea.

—El chico sacudió la cabeza—. ¿No estarás celoso o algo así?

—No seas ridículo.

—Bueno, ¿y dónde está la princesa? —El chico echó un vistazo a mi habitación—. ¿Ha abandonado Förening por esto?



La caída

—Ésta es mi habitación —exclamé al tiempo que salía del armario. El rastreador saltó del susto—. No hay necesidad de que te pongas a juzgar nada.

—Oh, lo siento —tartamudeó, sonrojado—. Os pido disculpas, princesa. —El chico me sonrió titubeante e hizo una profunda reverencia—. Soy Duncan Janssen y estoy a vuestro servicio.

—Ya no soy la princesa, así que no pienso ir contigo. Se lo acabo de explicar a Finn.

—¿Cómo? —Duncan miró a Finn con incredulidad mientras volvía a ponerse bien la chaqueta, y éste se sentó al borde de mi cama en silencio—. Princesa, tenéis que venir conmigo, este lugar no es seguro.

—No me interesa volver —dije encogiéndome de hombros—. Prefiero arriesgarme.

—El palacio no puede ser tan malo. —Duncan era la primera persona a la que oía referirse a la casa de Elora como un palacio, a pesar de que resultaba obvio que lo era—. Vos sois la princesa y lo tenéis todo.

—No pienso ir. Puedes decirle a Elora que hiciste cuanto pudiste pero que me negué a volver.

Duncan volvió a mirar a Finn en busca de ayuda: él por su parte se limitó a encogerse de hombros. Su repentina indiferencia me sorprendió: ya le había dejado clara mi posición, pero nunca creí que me tomara del todo en serio.

—No se puede quedar aquí de ninguna manera —explicó Duncan.

—¿Y crees que no estoy de acuerdo contigo? —preguntó Finn con una ceja levantada.

—Lo que creo es que no estás siendo de mucha ayuda. —Duncan comenzó a jugar con su chaqueta con la esperanza de que Finn dejara de mirarlo, lo cual, estaba segura, era imposible.

—¿Y qué más quieres que le diga? Ya lo he intentado todo —dijo Finn en un tono desesperado que me dejó asombrada.

—¿Quieres decir que la vamos a dejar aquí así, sin más?

—¿Sabéis? No me gusta nada oír hablar de mí como si no estuviera presente —me quejé.



La caída

—Si lo que quiere es quedarse aquí, que así sea —dijo Finn sin prestarme la más mínima atención. Duncan se balanceó y me miró de reojo—. No la vamos a secuestrar, y eso nos deja muy pocas opciones.

—¿Y no podríamos... —Duncan bajó la voz y volvió a jugar con el cierre de su chaqueta—, ya sabes, convencerla de alguna manera?

Era obvio que en Förening había corrido la voz del cariño que Finn me tenía, pero me sentí muy ofendida cuando Duncan sugirió que lo usaran para manipularme.

—Nada de lo que hagáis me va a convencer —interpuse con rudeza.

—¿Lo ves? —Finn me señaló con un gesto y se pudo de pie a la vez que soltaba un suspiro—. Será mejor que nos vayamos.

—¿En serio? —No pude ocultar lo desconcertada que estaba.

—Sí, ¿en serio? —parafraseó Duncan.

—¿No has dicho que no hay nada que pueda hacer para convencerte? ¿O es que ya has cambiado de opinión? —preguntó Finn mirándome. En su voz había un dejo de esperanza, pero sus ojos mostraban sarcasmo. Negué firmemente con la cabeza—. Pues no hay nada más que añadir.

—Yo creo que... —comenzó a protestar Duncan, pero Finn levantó la mano para acallarlo.

—Será como la princesa desee.

Duncan lo miró con escepticismo. Tal vez, al igual que yo, pensó que se trataba de una especie de estratagema. Algo se escondía detrás de aquella decisión, porque Finn no podía abandonarme así como así. Aunque lo cierto era que había hecho justo eso apenas unos días atrás, pero aquello no contaba, porque en ese momento él pensó que dejarme sería lo mejor para mí.

—Pero, Finn... —Duncan trató de volver a intervenir, pero Finn lo rechazó de nuevo.

—Debemos irnos o su «hermano» descubrirá que estamos aquí —señaló Finn.

Miré hacia la puerta pero seguía cerrada: Matt no estaba espiándonos. La última vez que él y Finn se habían encontrado no fue nada agradable y no deseaba que aquello volviera a repetirse.



La caída

—Está bien, pero... —comenzó a decir Duncan, pero no terminó porque se dio cuenta de que no tenía ningún elemento con el que amenazarnos. Entonces hizo otra reverencia y dijo—: Princesa, estoy seguro de que volveremos a encontrarnos.

—Ya veremos —dije encogiéndome de hombros.

Duncan salió por la ventana y prácticamente cayó sobre el tejado; luego medio saltó y medio cayó hasta el suelo. Finn mantuvo la cortina descorrida y lo miró un momento con preocupación, pero no lo siguió de inmediato.

En lugar de eso, se enderezó y me observó: todo el enfado y la seguridad que yo había mostrado comenzaron a desaparecer para dar paso a la esperanza de que Finn no fuera a dejar las cosas así.

—En cuanto salga por la ventana, ciérrala de inmediato —me ordenó—. Asegúrate de que todas las puertas estén cerradas con llave y no salgas sola. Nunca salgas de noche, y si es posible, lleva siempre a Matt y a Rhys contigo. —Después se quedó mirando a la nada como si pensara en algo más—. Aunque ninguno de los Vittra sirva realmente para nada... —Los oscuros ojos de Finn se posaron sobre los míos una vez más, y me imploró con el gesto; luego levantó la mano como si quisiera tocarme, pero se arrepintió—. Debes tener cuidado.

—Está bien —le prometí.

Se encontraba justo frente a mí, y por eso pude percibir el calor de su cuerpo y el aroma de su perfume. Tenía los ojos clavados en los míos, y me hizo recordar el momento en que había enredado sus dedos en mi cabello y me había abrazado con tal fuerza que me era imposible respirar.

Finn era fuerte y delicado a la vez: los breves momentos en que había permitido que su pasión fluyera hacia mí, me habían producido los sentimientos más sofocantes e increíbles que jamás haya experimentado.

No quería que se fuera, y estaba segura de que él tampoco deseaba irse, pero habíamos tomado decisiones que no estábamos dispuestos a cambiar. Finn volvió a asentir con la cabeza y de esa forma rompió el contacto visual. Se volvió y salió por la ventana.

Con mucha elegancia saltó al suelo: allí lo esperaba el otro rastreador, junto al árbol. Entonces vi a Finn convencer al reticente Duncan de que se alejaran de la casa.



La caída

En cuanto llegaron a los arbustos que separaban el jardín de mi casa del de la de los vecinos, Finn miró alrededor para asegurarse de que no hubiese nadie allí. Luego, sin siquiera volverse para mirarme, él y Duncan se dieron la vuelta y desaparecieron.

Cerré la ventana y la aseguré tal como Finn me había indicado. Verlo irse me causó un terrible dolor porque, aunque ya lo hubiera hecho antes, me resultaba muy difícil hacerme a la idea de que esta vez era la definitiva y de que, de paso, había convencido a Duncan para que me abandonara también. Si tanto le preocupaban los Vittra, ¿por qué me dejaba tan fácilmente?

Pero de pronto lo comprendí todo: sin importar lo que yo o alguien más decidiera, Finn jamás me había dejado sin protección. En cuanto se dio cuenta de que no lo iba a acompañar, había decidido no perder más tiempo discutiendo. Se limitaría a esperar cerca de allí hasta que yo cambiara de opinión, o hasta que...

Cerré bien las cortinas porque odiaba que me espieran, pero en cierta forma era un alivio saber que Finn cuidaba de mí. Como la ventana había permanecido mucho tiempo abierta, ahora mi habitación estaba fría, así que volví al armario y saqué un jersey grueso.

La inyección de adrenalina que había recibido al ver a Finn me había desvelado, y aunque sabía que no podría conciliar el sueño, tenía ganas de acurrucarme en la cama de todas formas.

Me acosté y traté inútilmente de olvidar a Finn, pero unos minutos después oí un estruendo que provenía del piso de abajo. Matt profirió un fuerte grito que fue interrumpido de pronto, y la casa quedó en el más absoluto silencio.

Abandoné la cama de un salto y corrí hasta la puerta. La abrí con manos temblorosas; tenía la esperanza de que Finn hubiera tratado de volver a entrar y hubiera sido quien había causado el susto de Matt.

Pero luego oí otro grito de Rhys.



La caída

3

Inconsciente

Rhys también se quedó callado de repente. Acababa de salir de mi habitación cuando oí los pasos de alguien que subía por la escalera, y antes de que pudiera reaccionar, ya se encontraba arriba.

Kyra, la rastreadora Vittra a la que me había enfrentado con anterioridad, apareció en el rellano de la escalera. Tenía el cabello castaño oscuro, con un corte como de hada, en piquitos, y vestía una gabardina larga de piel. Estaba agachada, sujetándose a la baranda, y sonrió con desdén en cuanto me vio. Entre sus labios pude ver más dientes de los que tiene cualquier ser humano.

Corrí hacia ella con la esperanza de sorprenderla, pero no tuve suerte.

Antes de lograr tocarla, me esquivó y me soltó una rápida patada en el abdomen. Caí de espaldas y me abracé el estómago fingiendo que el dolor era insoportable; cuando atacó de nuevo, la golpeé en la cara.

Sin inmutarse, Kyra embistió y me devolvió el golpe con mucha más fuerza. En cuanto caí, se paró junto a mí; sonreía a pesar de que la nariz le sangraba.

Trabajosamente intenté ponerme en pie, pero ella aprovechó para agarrarme del cabello y levantarme. La pateé en ese momento y ella me recompensó con otra patada en el costado, tan fuerte que me hizo gritar de dolor. Kyra se rió y volvió a golpearme.

En esta ocasión me quedé en blanco, todo desapareció de mi vista por un momento; no podía oír con claridad y apenas alcanzaba a mantenerme consciente.

—¡Alto! —oí que gritaba una voz.



La caída

Tenía los ojos hinchados, pero parpadeé y alcancé a ver a un hombre que corría por la escalera hacia Kyra. Era alto y el jersey negro que llevaba delineaba su musculoso cuerpo. Kyra me dejó caer al suelo en cuanto él llegó al piso superior.

—No tenía intención de lastimarla, Loki —dijo Kyra, casi lloriqueando.

Traté de levantarme de nuevo a pesar de lo mareada que me sentía, pero ella volvió a patearme.

—¡Déjala en paz! —le gritó el hombre; ella hizo una mueca y retrocedió.

El hombre se paró frente a mí y luego se arrodilló. Podría haber intentado alejarme de él a rastras, pero no hubiera llegado demasiado lejos; inclinó la cabeza y me observó lleno de curiosidad.

—Así que tú eres la que ha estado causando todo este alboroto —murmuró.

Se inclinó hacia adelante y tomó mi rostro entre sus manos; no fue agresivo; pero me forzó a observarlo. Sus ojos de color caramelo se posaron en los míos y quise mirar en otra dirección, pero no pude.

Una peculiar niebla me cubrió, y a pesar de mi terror, de pronto mi cuerpo se relajó y me fue imposible oponer resistencia. Los párpados me pesaban demasiado y en un instante me quedé dormida.

Soñé con agua, pero me resultaría difícil ser más específica. Mi cuerpo se sentía helado y debería temblar de frío, pero en realidad tenía las mejillas calientes y estaba recostada contra una superficie suave.

—¿Me estás diciendo que ella es una princesa? —preguntó Matt, y su voz resonó en mi interior. Mi cabeza reposaba sobre su regazo, y a medida que fui despertando, me di cuenta con mayor claridad de lo mal que me sentía.

—En realidad no es tan difícil de creer —dijo Rhys. Su voz provenía de alguna parte al otro lado de la habitación—. En cuanto entiendes todo lo que tiene que ver con los Trylle, es más sencillo asimilar el asunto de la princesa.

—Ya no sé qué creer —confesó Matt.

Abrí los ojos con dificultad. Los párpados me pesaban como nunca antes y tenía el ojo izquierdo hinchado por el golpe que me había dado Kyra; todo el lugar daba vueltas y necesité parpadear varias veces para enfocar las imágenes.



La caída

A pesar de que mi visión acabó por aclararse, me era imposible definir exactamente lo que estaba mirando: el suelo parecía hecho de tierra, y las paredes estaban construidas con piedras húmedas y desgastadas de color gris y marrón. Me dio la impresión de que estaba en un antiguo sótano o en... un calabozo.

Rhys caminó hasta el otro lado del lugar; tenía moretones en el rostro causados por golpes recientes. Traté de sentarme, pero todo el cuerpo me dolía y aún estaba mareada.

—Eh, tranquila —dijo Matt mientras colocaba una mano en mi hombro, pero no le presté atención.

Me fui levantando hasta quedar completamente sentada, lo cual me requirió mucho más esfuerzo de lo normal. Hice una mueca y me apoyé contra el muro, junto a Matt.

—¡Vaya, por fin has despertado! —dijo Rhys sonriendo; tal vez era la única persona en el mundo que podía mostrarse feliz en una situación como aquella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Matt. No tenía ningún moretón a la vista pero, claro, también era mucho más hábil peleando que Rhys o que yo.

—Excelente. —Tuve que mentir entre dientes porque incluso respirar me costaba trabajo. A juzgar por el intenso dolor que sentía en el diafragma, seguramente tenía una costilla rota, pero no quise alarmar a Matt—. ¿Qué sucede? ¿Dónde estamos?

—Esperaba que pudieras aclarárnoslo tú —señaló Matt.

—Ya se lo he dicho pero no me cree —añadió Rhys.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a Rhys, y Matt rió burlonamente.

—No estoy muy seguro —explicó, sacudiendo la cabeza—, pero creo que estamos en el palacio Vittra en Ondarike.

—¿Ondarike? —pregunté.

—Sí, la capital de los Vittra —agregó Rhys—. Lo que no sé es la distancia a la que esto está de Förening.

—Lo suponía —dije con un hondo suspiro—. Reconocí a Kyra, la Vittra que me atacó en la casa. No era la primera vez que venía a por mí.



La caída

—¿Qué? —preguntó Matt con los ojos bien abiertos, llenos de incredulidad—. ¿Esta gente ya había venido en tu busca antes?

—Sí, por eso tuve que irme. —Cerré los ojos porque mantenerlos abiertos me dolía demasiado y el mundo seguía dando vueltas a mi alrededor.

—Te lo dije —le insistió Rhys a Matt—. No te he dicho ni una sola mentira. Creo que, después de lo sucedido, tal vez deberías empezar a confiar en mí.

—Rhys no está mintiendo —dije con una mueca de dolor. Cada vez me costaba más trabajo respirar, por lo que tuve que hacer inhalaciones muy cortas que por supuesto me aturdieron aún más—. Sabe más que yo acerca de todo este asunto. En realidad, yo no he pasado mucho tiempo en Förening.

—¿Y por qué han venido a buscarte esos Vittra? —preguntó Matt—. ¿Qué quieren de ti?

Sacudí la cabeza sin decir nada porque creí que el simple hecho de hablar me provocaría aún más dolor.

—No lo sé —contestó Rhys por mí—. Jamás los había visto perseguir a alguien de esta forma. Pero bueno, es la princesa, y por lo que recuerdo, llevan algún tiempo prediciendo cosas acerca de ella.

Había tratado de indagar sobre esas predicciones, pero todo el mundo me había dado respuestas vagas. Lo único que sabía era que algún día sería poderosa; sin embargo, no me sentía de esa forma, y menos en ese momento. Hablar me causaba demasiado dolor, y por si fuera poco, me encontraba encerrada en un calabozo.

Y lo peor era que no sólo no había conseguido salvarme, sino que también había metido a Rhys y a Matt en aquel desastre.

—¿Estás bien, Wendy? —preguntó Matt.

—Sí —mentí.

—Pues no tienes demasiado buen aspecto —dijo Rhys.

—Estás pálida y respiras con dificultad —señaló Matt. Entonces sentí que se levantaba a mi lado—. Necesitas un médico o alguien que te pueda ayudar.

—¿Qué haces? —preguntó Rhys.



La caída

Abrí los ojos y vi lo que Matt se proponía. Tenía algo muy sencillo en mente: se dirigió hacia la puerta y comenzó a golpearla.

—¡Ayúdenme! ¡Alguien, por favor! ¡Wendy necesita un médico!

—¿Y qué te hace pensar que querrían ayudarla? —preguntó Rhys, dando voz a mis pensamientos. A fin de cuentas, Kyra se había deleitado lastimándome durante mi captura.

—Dado que no la han matado, es probable que su intención sea mantenerla con vida. —Matt dejó de golpear la puerta el tiempo suficiente para contestar a Rhys, y luego continuó pidiendo ayuda a gritos.

El sonido retumbó por todo el lugar y me fue imposible soportarlo por más tiempo: la cabeza ya me dolía bastante. Estaba a punto de decirle a Matt que se callara cuando de pronto se abrió la puerta.

Era el momento perfecto para que él y Rhys se lanzaran al ataque, pero no se les ocurrió a ninguno de los dos, sólo se hicieron a un lado.

El Vittra que había atacado la casa entró en el calabozo. Era el mismo que me había dejado inconsciente y a quien, según recordaba con vaguedad, Kyra había llamado Loki. Tenía el cabello largo y demasiado claro para ser un Vittra; era casi rubio.

Junto a él un trol, pero me refiero a un verdadero trol: bajito y con apariencia de duende. Tenía rasgos humanoides pero su piel era viscosa y de color marrón. Su cabeza estaba cubierta por un sombrero que sólo dejaba ver unos pocos mechones de cabello canoso. Ni siquiera le llegaba a Loki a la cintura, pero, por alguna razón, el hecho de que fuera un trol genuino lo hacía todavía más intimidante.

Rhys y Matt se quedaron boquiabiertos mirando al duende; seguramente yo habría hecho lo mismo de poder abrir la boca, pero apenas conseguía mantener la cabeza erguida.

—¿Dices que la chica necesita un médico? —preguntó Loki sin quitarme la vista de encima; seguía observándome con la misma curiosidad que antes.

—¿Kyra le hizo eso? —preguntó el duende. Su voz era demasiado grave para una criatura tan pequeña. Se volvió hacia Loki para recibir la confirmación, y luego negó con la cabeza al considerar el daño que me había hecho la Vittra—. Tal vez tendríamos que plantearnos seriamente ponerle una correa.



La caída

—Creo que Wendy tiene serias dificultades para respirar —dijo Matt. Sus rasgos se endurecieron mientras intentaba mantener el control.

Tenía claro que lo único que le impedía atacar a Loki era el estado en que me encontraba, porque si los atacaba, ya no podrían ayudarme.

—Bien, déjame echar un vistazo. —Con pasos largos y decididos, Loki caminó hasta donde me encontraba.

El duende se quedó junto a la puerta para evitar que Matt y Rhys escaparan, aunque lo cierto es que ellos estaban demasiado preocupados por lo que me sucedía para considerar aquella posibilidad.

Loki se agachó junto a mí y me miró en apariencia preocupado. A pesar de que era evidente que aquel chico podía noquearme o incluso algo peor, el dolor era tan fuerte que no me permitía sentirme atemorizada; por otra parte, había algo en él que me decía que me ayudaría.

—¿Qué es lo que te duele? —me preguntó.

—¡Si apenas puede respirar, ¿cómo esperas que hable?! —vociferó Matt—. Necesita atención médica de inmediato.

Loki levantó la mano para acallarlo, y Matt resopló.

—¿Puedes hablar? —me preguntó Loki sin quitarme la vista de encima.

Pero cuando abrí la boca, en lugar de hablar, tosí con un dolor insoportable. Cerré los ojos y traté de reprimirla, pero la tos era tan fuerte que me saltaron las lágrimas. De pronto noté algo húmedo, y al abrir los ojos vi que mis piernas y los pies de Loki estaban cubiertos por una brillante sustancia de color rojo: estaba tosiendo sangre de manera irrefrenable.

—¡Ludlow! —le gritó Loki al duende—. ¡Trae a Sara! ¡Pronto!



La caída

4

Rencor

Loki continuó agachado frente a mí, y de esa forma mantuvo alejado a Matt. Tal vez intuía que trataría de abrazarme y prefirió impedir que me llegara a mover y algo dentro de mí se quebrara o lesionara. Matt no dejaba de gritar con delirio, pero Loki insistió en que todo iría bien.

Casi de inmediato apareció en el calabozo una mujer que tenía el largo cabello oscuro recogido en una coleta. Empujó a Loki y se colocó en cuclillas frente a mí. Sus ojos eran casi tan oscuros como los de Finn, y aquello me reconfortó.

—Me llamo Sara y voy a ayudarte. —La mujer colocó la mano sobre mi abdomen y me hizo estremecer.

Me dolía tanto que sentí ganas de gritar, pero de pronto el dolor comenzó a desaparecer y un peculiar cosquilleo me adormeció todo el cuerpo. Tardé un rato en recordar cuándo había tenido esa misma sensación antes.

—Eres una sanadora —musité consternada al ver que me prestaba auxilio. Después de que desapareciera el dolor del pecho y el estómago, puso la mano en mi ojo para curar el moretón.

—¿Te duele algo más? —preguntó Sara sin prestar atención a mis palabras. Era increíblemente hermosa a pesar de que la sanación la hacía parecer abatida cada vez que la llevaba a cabo; ya había visto eso mismo antes.

—Creo que no —dije. Me senté titubeante, pero poco a poco fui adquiriendo más seguridad.

—Kyra realmente se extralimitó —dijo Sara, más para ella que para mí—. ¿Ya te encuentras bien?



La caída

—Sí. —Asentí con la cabeza.

—Excelente. —Sara se puso en pie y se volvió hacia Loki—. Deberías controlar mejor a tus rastreadores.

—No son mis rastreadores —dijo Loki cruzándose de brazos—. Si tienes algún problema con la forma en que llevan a cabo su trabajo, háblalo con tu esposo.

—Estoy segura de que a mi esposo no le gustaría el modo en que se ha manejado esta situación. —Sara lo observó con dureza pero él no se retractó.

—Te hice un favor —agregó Loki con parquedad—. Si yo no llego a acudir, el resultado habría sido mucho peor.

—No pienso discutir eso contigo en este momento. —Sara me lanzó una mirada y luego salió del calabozo.

—Entonces, ¿eso es todo? —nos preguntó en cuanto ella se marchó.

—Para nada. —Matt había permanecido sentado todo el tiempo a mi lado, pero en aquel momento se levantó—. ¿Qué es lo que quieren de nosotros? ¡No nos pueden mantener aquí encerrados!

—Tomaré eso como un sí. —Loki me brindó una sonrisa hueca y luego se dio la vuelta para salir del calabozo.

Matt se impulsó tras él, pero, antes de que pudiera alcanzarlo, Loki ya había salido. Cerró violentamente la puerta y Matt se precipitó contra ella. Entonces se oyó el ruido de las cerraduras, una tras otra, y Matt se dejó caer al suelo.

—¿Qué está pasando aquí? —vociferó, y luego se volvió para mirarme—. ¿Cómo es posible que ya no te estés muriendo?

—¿Preferirías eso? —Tiré de la manga de mi jersey para limpiar la sangre que tenía en la cara—. Podrían haber traído a Kyra para que terminara conmigo.

—No digas tonterías —dijo Matt rascándose la frente—. Quiero saber qué es lo que pasa porque tengo la impresión de estar en una pesadilla.

—Ya va mejorando —dije, y me volví para ver a Rhys—. Por cierto, ¿qué era esa cosa que estaba junto a Loki? ¿Era un verdadero trol?

—No lo sé —contestó Rhys, negando con la cabeza. Parecía tan confundido como yo—. Jamás había visto a un ser así, pero ten en



La caída

cuenta que todo el mundo hace lo imposible para que los *mänks* nunca nos enteremos de nada.

—Creía que los trols reales no existían. —Fruncí el ceño y traté de recordar lo que Finn me había contado acerca de ellos—. Pensaba que no eran nada más que un mito.

—¿En serio? —preguntó Matt—. ¿Después de lo que ha sucedido? ¿Eso quiere decir que basta con elegir una mitología y comenzar a creer en ella?

—Yo no elegí nada —dije levantándome. Aún estaba muy dolorida, pero me sentía infinitamente mejor que al despertar—. Creo en lo que tengo frente a mí, pero nunca había visto nada parecido. Eso es todo.

—¿Estás bien? —preguntó Matt mientras me observaba andar despacio de un lado a otro del calabozo—. Tal vez deberías descansar.

—No, estoy bien —le contesté con brusquedad para que me dejara en paz. Quería adaptarme al espacio y ver si había alguna manera de salir de aquel lugar—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

—Entraron en casa y nos atacaron. —Matt señaló la puerta refiriéndose a Loki y a los Vittra—. Ese tipo nos dejó inconscientes de alguna manera, y todos terminamos aquí. Nosotros despertamos apenas un poco antes que tú.

—Genial. —Empujé la puerta como si en verdad creyera que se abriría. No fue así, pero de todas formas tenía que intentarlo.

—Oye, ¿y dónde está Finn? —preguntó Rhys, dando así voz a mis pensamientos—. ¿Por qué no impidió esto?

—¿Qué tiene que ver Finn con este asunto? —preguntó Matt con tono irritado.

—Nada, es que él era mi rastreador. Es una especie de guardaespaldas. —Retrocedí, observé la puerta fijamente y deseé que se abriera—. Finn trató de evitar que esto ocurriera.

—¿Por eso huiste con él? —preguntó Matt—. ¿Te estaba protegiendo?

—Algo así —dije con un suspiro.

—¿Y dónde está ahora? —reiteró Rhys—. Creí que seguía contigo cuando llegaron los Vittra.



La caída

Matt comenzó a preguntarme a gritos por qué lo había dejado entrar en mi habitación, pero lo ignoré. No tenía energía para discutir con él acerca de lo que era correcto o de lo que él pudiera pensar sobre Finn.

—Se fue antes de que llegaran —dije en cuanto Matt terminó su diatriba—. No sé dónde está.

Jamás lo reconocería, pero estaba sorprendida de que no me estuviera protegiendo. Tal vez se había ido de verdad. Hasta ese momento había creído que sólo estaría alardeando, pero, en ese caso, habría aparecido cuando los Vittra nos atacaron.

A no ser que algo malo le hubiera sucedido. Tal vez los Vittra lo habían atrapado antes de que pudiera acudir en mi ayuda, porque, le importara o no, Finn era demasiado celoso de su deber. Si no me había protegido, la única razón lógica era que le había sido imposible hacerlo.

—¿Wendy? —preguntó Rhys.

Me dio la impresión de que llevaba un rato hablando, pero yo no había escuchado una sola palabra. Estaba demasiado ocupada contemplando la puerta y pensando en Finn.

—Tenemos que salir de aquí —les dije a los chicos.

—Eso es obvio —agregó Matt con un suspiro.

—Tengo una idea —dije mordiéndome el labio—, pero tal vez no sea muy buena. Puedo usar mi poder de persuasión cuando regresen, y convencerlos de que nos dejen ir.

—¿De verdad crees que eso bastará? —Rhys formuló la misma pregunta que yo misma llevaba un rato haciéndome.

Hasta ese momento sólo había usado la persuasión con humanos que no se lo esperaban, como Matt y Rhys. Además, Finn me había dicho que, si no entrenaba, mis habilidades jamás alcanzarían todo su potencial, y como en realidad no había llegado a iniciar el entrenamiento en Förening, no tenía idea de lo poderosa o débil que podía llegar a ser.

—En realidad no lo sé —confesé.

—¿Persuasión? —preguntó Matt, arqueando la ceja y mirando a Rhys—. ¿Se refiere a eso que me contabas antes? ¿Lo que supuestamente puede hacer Wendy con la mente? —Rhys asintió y Matt puso los ojos en blanco.



La caída

—Nada de supuestamente. —Su escepticismo me molestó mucho—. Se trata de algo que puedo hacer. Ya lo he aplicado contigo.

—¿Cuándo? —preguntó Matt, incrédulo.

—¿Cómo crees que te convencí de que me llevaras a ver a Kim? —le pregunté refiriéndome a la ocasión en que me había llevado al hospital psiquiátrico a ver a su madre, es decir, a mi madre « anfitriona ».

Matt la odiaba y no quería que tuviera contacto con ella. En aquella ocasión había usado la persuasión con él porque, aunque me sintiera culpable, era la única manera que tenía de poder hablar con ella.

—¿De verdad lo hiciste? —De pronto, la sorpresa y el dolor que había en su rostro se tornaron en enfado; era como si lo hubieran abofeteado. Bajé la mirada y me volví—. ¿Me engañaste? ¿Cómo pudiste hacerlo, Wendy? No dejas de decirme que nunca me mentirás, ¡pero luego vas y haces algo así!

—No te mentí —dije avergonzada.

—¡No! ¡Es algo aún peor! —Matt negó con la cabeza y se alejó como si no pudiera soportar la idea de estar cerca de mí—. No puedo creer que lo hicieras. ¿Y fue sólo esa vez o llevas tiempo empleando tu poder conmigo?

—No tengo ni idea —confesé—. Durante años no supe lo que hacía. Sin embargo, en cuanto lo descubrí, decidí no usarlo más; no me gusta, y mucho menos contigo. Sé que no es justo, soy consciente de ello.

—¡Pues claro que no es justo, maldita sea! —gritó Matt—. ¡Es muy cruel! ¡Eso se llama manipulación!

—Lo siento, de verdad. —Me volví para verlo, pero el dolor que reflejaba su mirada me dolió muchísimo—. Te prometo que jamás volveré a hacerlo. Al menos no contigo.

—Lamento mucho interrumpiros, pero tenemos que encontrar la manera de salir de aquí —intervino Rhys—. Así que, ¿cuál es el plan?

—Tenemos que llamar a alguien —dije, agradeciendo la interrupción: necesitaba dejar de pensar en lo mucho que Matt debía de estar odiándome en aquellos momentos.

—¿A qué te refieres con llamar a alguien? ¿Llevas encima tu móvil? —preguntó Rhys, emocionado.



La caída

—No, me refiero a que llamemos a alguien de aquí, como hizo antes Matt —dije señalando la puerta—. Podemos decir que tenemos hambre o frío, que alguno está muerto o algo así; en cuanto entren utilizo la persuasión para que nos dejen salir.

—¿De verdad crees que funcionará? —preguntó Matt, pero ya sin atisbo de duda, sino verdaderamente interesado en saber lo que yo pensaba.

—Puede ser —dije, dirigiéndome a Rhys—. Pero tengo que pedirte un favor. ¿Puedo practicar contigo?

—Sí, claro —dijo Rhys encogiéndose de hombros y depositando su confianza en mí de inmediato.

—¿A qué te refieres con «practicar»? —preguntó Matt con cierto grado de preocupación.

Se acercó un poco a Rhys y noté que por fin se había convencido de que aquel chico era su hermano; ahora quería protegerlo de mí. En cierta forma aquello me hizo sentir aliviada y feliz de saber que comenzaría a aceptarlo, pero por otra parte también era un tanto doloroso. Bueno, en realidad era muy doloroso saber que Matt me consideraba una amenaza.

—Es que no he hecho esto suficientes veces. —No me gustó un pelo el modo en que Matt me observaba, así que comencé a caminar por el calabozo para tratar de desviar su atención—. Además, hace mucho que no lo intento.

Aquello último no era del todo cierto porque apenas el día anterior había usado la persuasión con Rhys, pero no quería que reaccionara de la misma manera que Matt. Creí que las cosas fluirían mejor si podía evitar que me odiara la gente que me rodeaba.

—Entonces ¿qué es lo que quieres hacer? —preguntó Matt.

—No lo sé —contesté, encogiéndome de hombros—. Sólo sé que tengo que practicar porque es la única forma de fortalecerme.

A pesar de las evidentes reservas de Matt, Rhys cooperó conmigo. De pronto pensé que iba a ser muy raro que alguien presenciara aquello y en especial Matt, que parecía estar tan en contra de todo el asunto; sin embargo, no tenía otra opción porque no podía enviarlo a ningún otro lugar.

Me observaba con gran intensidad; lo vi con el rabillo del ojo. De hecho, me distraía, pero tal vez eso representaría un ejercicio más desafiante:



La caída

era obvio que tampoco iba a poder hacer que los Vittra me dejaran el camino libre para usar mi control mental con el guardia.

Decidí comenzar con algo muy sencillo. Rhys y yo estábamos de pie frente a frente, y repetí en mi cabeza: «Siéntate, quiero que te sientes».

Al principio sus ojos azules me miraron inmutables, pero luego una especie de neblina los cubrió; relajó los músculos de la cara, se quedó en blanco y, sin decir una sola palabra, se sentó en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Matt, cada vez más nervioso.

—Sí, sí, estoy bien. —Rhys sonaba como si acabara de despertar. Levantó la mirada hacia mí y me dio la impresión de que estaba aturdido—. ¿Y entonces? ¿Vas a practicar o qué?

—Ya lo he hecho. —Jamás había hablado sobre aquello con alguien en quien acabara de aplicar la persuasión, por lo que me pareció raro tocar el tema de forma tan abierta.

—¿Qué estás diciendo? —Rhys frunció el ceño y nos miró alternadamente a Matt y a mí, como si tratara de entenderlo.

—Te has quedado en blanco y luego te has sentado en el suelo —le aclaró Matt.

—¿Por qué te has sentado? —le pregunté.

—Yo... —Noté la concentración en su rostro—. No lo sé. Sólo... me he sentado. —Negó con la cabeza y volvió a dirigirse a mí—. ¿Ha sido cosa tuya?

—Sí. ¿No te has dado cuenta de nada? —interrogué.

No sabía si al utilizar mi poder le causaba algún daño a la gente. Nadie se había quejado nunca, pero tal vez no lo habían hecho porque no entendían lo que les había sucedido.

—No; yo ni siquiera... —Rhys volvió a sacudir la cabeza sin poder articular lo que quería decir—. Creí que me desmayaría o algo así, pero... en realidad, era consciente de que me estaba sentando. Ha sido más bien como un reflejo, como cuando respiras todo el tiempo pero sin pensarlo. Eso mismo era lo que sentía.

—Mmm. —Me quedé pensando—. Levántate.

—¿Qué? —preguntó Rhys.



La caída

—Que te levantes —repetí. Se me quedó mirando un instante y luego miró a su alrededor. Su mirada se endureció y arqueó las cejas sorprendido.

—¿Qué sucede? —preguntó Matt al tiempo que se acercaba a nosotros.

—No... no puedo levantarme.

—¿Necesitas que te ayude? —le ofreció Matt.

—No, no es eso —contestó Rhys, negando con la cabeza—. Es decir, creo que podrías levantarme porque eres más fuerte que yo, y porque no estoy clavado al suelo, pero... tengo la sensación de haber olvidado cómo levantarme.

—Qué raro. —Lo contemplé fascinada.

Una vez, tiempo atrás, había obligado a Matt a salir de mi habitación, y después de aquello pasó mucho tiempo antes de que él pudiera volver a entrar a mi cuarto. Y aquello significaba que mi poder de persuasión tenía algunos efectos secundarios que tarde o temprano desaparecían.

—¿Raro? —gruñó Matt—. Wendy, ¡ayúdalo!

—No le pasa nada malo —le contesté a la defensiva, pero me miró con tal furia que sentí deseos de esconderme debajo de una piedra. Me agaché frente a Rhys y le dije—: Mirame, Rhys.

—¿Sí? —preguntó vacilante.

Ni siquiera estaba segura de si podría revertir el proceso, porque jamás había tratado de deshacer la persuasión; no obstante, creí que no sería muy difícil. Además, si no lo conseguía, Rhys únicamente tendría que seguir sentado una semana o dos. Tal vez.

En lugar de preocuparme por todas las repercusiones posibles, enfoqué mi energía en él. Sólo pensé una y otra vez: «Levántate». Me llevó un poco más de tiempo que la vez anterior, pero al final sus ojos volvieron a nublarse: parpadeó algunas veces y luego se puso en pie.

—Menos mal que ha funcionado —dije con un suspiro de alivio.

—¿Estás segura? —me preguntó Matt mientras contemplaba a Rhys, que miraba hacia el suelo con el rostro inexpresivo. Parecía más perturbado que hacía unos segundos—. ¿Rhys? ¿Estás bien?



La caída

—¿Cómo dices? —Rhys levantó la cabeza y parpadeó como si acabara de percatarse de que nos encontrábamos allí—. ¿Qué? ¿Ha pasado algo?

—Ya te has puesto de pie —le dije señalando sus piernas. Miró hacia abajo.

—Oh. —Rhys levantó una pierna para asegurarse de que todavía funcionaban, pero no dijo nada durante un rato. Luego se volvió para mirarme—. Perdonad una cosa: ¿estábamos hablando de algo en particular?

—No te podías levantar, ¿lo recuerdas? —le pregunté con calma, aunque en realidad tenía un nudo en el estómago. Tal vez sí que le había causado un daño irreversible.

—Ah, sí —dijo mientras sacudía la cabeza—. Sí, lo recuerdo; pero ya estoy de pie. ¿Lo has hecho tú?

—Wendy, no me gusta que juegues así con él —dijo Matt en voz baja.

Se quedó mirando a Rhys sin dejar de espiarme con el rabillo del ojo; trataba de mantener un semblante sereno, pero pude ver el miedo en sus ojos.

Había asustado a Matt de una manera muy distinta a cuando huí de casa. En aquella ocasión temió que alguien me pudiera hacer daño, pero ahora parecía temerme a mí, lo cual me producía un profundo dolor en el corazón.

—Ya he acabado —dije, alejándome de Rhys.

Llevaba el pelo suelto, pero en la muñeca llevaba una goma que usé para hacerme un moño algo flojo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rhys en actitud de alerta.

Acababa de salir del trance, pero de cualquier modo no quise mirarlo a los ojos. A pesar de que Rhys estaba al tanto de lo sucedido, Matt me hizo sentir avergonzada de haber usado mi poder.

—Siéntate —le sugirió Matt a Rhys.

—¿Por qué? No me apetece sentarme.

—Hazlo de todas maneras —insistió Matt con más firmeza aún. Como Rhys no respondió, Matt repitió la orden—: Que te sientes, Rhys.



La caída

—No sé por qué es tan importante para ti que me siente. —Pareció muy agitado ante la presión de Matt, y aquello me pareció raro, porque nunca lo había escuchado enfadarse con nadie—. Estoy cómodo de pie.

—Eso es porque sencillamente no te puedes sentar —dijo Matt con un suspiro, y se volvió para mirarme—. Wendy, lo has dañado, pero de otra forma.

—¿Ha sido cosa de Wendy? —preguntó Rhys con el ceño fruncido—. No lo entiendo. ¿Qué has hecho? ¿Me has dicho que no me sentara?

—No. Primero te he dicho que te sentaras, y entonces no has podido levantarte; después te he pedido que te pusieras de pie, y ahora no te puedes sentar. —Respiré hondo; estaba muy frustrada—. ¡Ahora ya no sé qué decir! No quiero ni abrir la boca. ¿Y si digo alguna cosa que te obliga a dejar de respirar o algo así?

—¿Podrías hacer eso? —me preguntó Matt.

—¡No lo sé! —contesté exasperada—. No tengo ni idea de lo que soy capaz de hacer.

—Vale, no me voy a poder sentar durante algún tiempo —dijo Rhys encogiéndose de hombros—. ¿Y cuál es el problema? Ni siquiera tengo ganas de hacerlo.

—Tal vez sea un efecto secundario de la persuasión —le expliqué mientras caminábamos en círculos por el calabozo.

—Sea como sea, no me importa —dijo Rhys—. No te preocupes. Además, no necesito sentarme. Lo importante es que ahora sabes lo que puedes hacer. Utiliza tu poder para sacarnos de aquí, y luego ya encontraremos a alguien que pueda curarme en Förening, ¿te parece?

Entonces me detuve y miré a Matt y a Rhys preocupada. Tenía razón, debía hacer algo para que pudiéramos escapar porque corríamos peligro. El problema de Rhys para sentarse era un asunto de menor importancia, y si acaso, una razón para querer huir lo más pronto posible de allí.

—¿Estáis listos, chicos?

—¿Para qué? —preguntó Matt.

—Para correr. No sé qué habrá al otro lado de esa puerta ni cuánto tiempo podré contenerlos —respondí—. En cuanto la abran, tendréis



La caída

que estar preparados para huir a toda velocidad y llegar lo más lejos posible.

—¿Es que no vas a hipnotizarlos como en *La guerra de las galaxias*? — preguntó Rhys, como si su ocurrencia fuera lo más normal del mundo—. ¿Como cuando Obi-Wan les dice a los malos: «Éstos no son los androides que estáis buscando»?

—Sí, pero no sé cuántos guardias habrá ni lo peligrosos que serán.

De pronto volví a pensar en Finn y en el hecho de que no se hubiera presentado en mi casa durante el ataque. Me estremecí por un momento y sacudí la cabeza.

—Vamos, salgamos de aquí, ¿de acuerdo? No sabemos a qué nos enfrentamos, así que tendremos que lidiar con ello como venga. Cualquier cosa es mejor que quedarnos aquí sentados y esperar a que se les ocurra qué quieren hacer con nosotros, porque tengo la impresión de que cuando lo decidan no nos traerá nada bueno.

Matt no parecía convencido, pero en aquel momento me pareció que nada podría cambiar su actitud. Aquello era un tremendo desastre, y todo porque no había querido quedarme en Förening y ejercer de estúpida princesita.

De haberlo hecho, nada de aquello estaría pasando: Matt y Rhys estarían sanos y salvos en sus respectivos hogares, y Finn estaría..., bueno, no sabía dónde, pero seguramente cualquier situación sería mejor que la actual.

Con aquel pensamiento comencé a golpear la puerta con toda la fuerza de que fui capaz; me dolió el puño, pero no me importó.



La caída

5

Duende

—¿Qué? —preguntó una voz grave y cavernosa, antes de que se abriera una pequeña ventana en medio de la puerta.

Me agaché para mirar a través de ella y vi al duende que había venido antes acompañando a Loki. Sus ojos estaban ocultos bajo unas tupidas cejas, por lo que no estaba segura de llegar a verlo lo suficientemente bien para aplicarle el poder de persuasión. Además, ni siquiera sabía si funcionaría en trolls verdaderos ya que parecía ser una especie completamente distinta.

—Ludlow, ¿verdad? —le pregunté al recordar el nombre que Loki había gritado al pedir ayuda.

—No trates de hacerte la simpática, princesa —dijo el duende entre toses y carraspeos antes de escupir flemas al suelo. Luego se limpió la boca con la manga antes de volver a dirigirse a mí—: He rechazado a chicas mucho más hermosas que tú.

—Necesito ir al baño. —Abandoné mi actitud amistosa porque tuve la corazonada de que la honestidad y el cinismo me funcionarían mucho mejor con él.

—Pues adelante, no te hace falta pedir permiso —respondió riéndose de una forma muy desagradable.

—Aquí no hay baño y, como comprenderás, no pienso hacerlo de cuclillas en el suelo —agregué con genuina aberración ante la idea.

—Entonces aguántate. —Ludlow comenzó a cerrar la pequeña ventana, pero se lo impedí con la mano.



La caída

—¿No podrías conseguir que un guardia o quien fuera me llevara al baño? —pregunté.

—Yo soy el guardia —me contestó con brusquedad, bastante enfurruñado.

—¿Ah, sí? —contesté, y sonreí en cuanto advertí que sería mucho más sencillo de lo que había pensado.

—No me subestimes, princesa —gruñó Ludlow—. Desayuno chicas como tú con mucha frecuencia.

—Entonces ¿eres carníbal? —le pregunté arrugando la nariz.

—¡Ludlow! —se oyó una voz que provenía de detrás del duende. ¿Estás molestando a la pobre muchacha?

Ludlow se apartó y pude ver a través de la ventana que Loki se acercaba caminando con un aire arrogante.

—Por supuesto que no. Es ella la que me está molestando a mí —se quejó Ludlow.

—Claro, conversando con una hermosa princesa... Qué vida tan miserable tienes —agregó Loki con sequedad, y Matt resopló detrás de mí.

Ludlow murmuró algo, pero Loki levantó la mano para acallarlo. Estaba demasiado cerca de la puerta para que yo pudiera ver su cara y, además, la ventana estaba a la altura de los ojos de Ludlow, o sea que sólo llegaba a la cintura de Loki.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Necesito ir al lavabo. —Me acerqué más a la ventanita y traté de verlo. Quería concentrarme en sus ojos pero no alcanzaba siquiera a divisarlos.

—Sí, y yo le he dicho que podía hacerlo en el calabozo —agregó Ludlow, muy orgulloso.

—Ay, por favor, ¿no ves que ella no es una *mänks* común? ¡No podemos dejarla en la inmundicia! —le dijo Loki al trol en tono de reprimenda—. Vamos, abre la puerta y déjala salir.

—Pero, señor, se supone que no la debo sacar de ahí hasta que el rey lo solicite. —Ludlow lo miró con nerviosismo.



La caída

—¿Crees que al rey le gustaría que la tratáramos así? —preguntó Loki, y el duende se retorció las manos—. Si fuera necesario, le puedes decir a Su Majestad que todo fue culpa mía.

Ludlow asintió con reticencia y cerró la pequeña ventana sin que yo se lo impidiera esta vez. Me puse de pie y oí que se abrían las cerraduras y los seguros.

—Esto no me gusta nada —dijo Matt en voz muy baja.

—No nos quedan muchas más opciones —susurré—. Es culpa mía que estemos metidos en este problema, y yo lo voy a solucionar.

La puerta se abrió un poquito y di un paso hacia atrás para permitir que se abriera más. Había planeado que, en cuanto Loki entrara, usaría con él la persuasión y huiríamos, pero tanto él como Ludlow permanecieron fuera.

—¿Y bien? —preguntó el duende—. No pienso dejar la puerta abierta todo el día.

Ludlow se había limitado a abrir la puerta unos cuantos centímetros, sin dejarme apenas espacio para pasar. No me quedó otro remedio que salir a apretujones, y en cuanto estuve fuera, el duende cerró la puerta de golpe y se entretuvo en volver a echar los cerrojos.

—El lavabo está por aquí —dijo Loki señalando un corredor construido con el mismo tipo de ladrillos húmedos y fríos que había en el calabozo. El suelo estaba sucio y la única luz provenía de las antorchas que iluminaban el camino.

—Gracias —le dije a Loki con una sonrisa mientras me fijaba en sus ojos que, de hecho, eran muy hermosos, de un color dorado oscuro que de inmediato tuve que sacarme de la cabeza.

Me concentré tanto como pude y comencé a repetir en mi mente: «Déjanos ir, déjanos ir. Abre el calabozo y permítenos huir». Pasaron varios segundos antes de que recibiera alguna respuesta, y cuando lo hice, no era la que yo esperaba.

En sus labios apareció una sonrisa divertida y sus ojos brillaron con un placer malicioso.

—Apuesto a que ni siquiera necesitas ir al lavabo, ¿verdad? —me preguntó Loki con una sonrisa burlona.



La caída

—Que yo... ¿qué? —tartamudeé. Estaba sorprendida de que no hubiera sucedido nada.

—¡Ya le decía yo que no debíamos dejarla salir! —gritó Ludlow.

—Relájate —le dijo Loki al duende sin quitarme la vista de encima—. Todo está controlado. Es inofensiva.

Redoblé mis esfuerzos, pensando que no me había concentrado lo suficiente; quizá haber usado la persuasión con Rhys me hubiera debilitado, como les sucedía a los sanadores cuando usaban sus habilidades. No me sentía cansada, pero quizá fuera aquello mismo lo que me estaba sucediendo.

Volví a repetir las frases en mi mente una y otra vez, hasta que de pronto Loki hizo un gesto con la mano para detenerme.

—Tranquila, princesa, o acabarás por lastimarte —dijo entre risas—. Ya veo que eres perseverante, eso lo tengo que admitir.

—¿Qué pasa, eres inmune o algo así? —le pregunté.

No tenía ningún sentido fingir que no sabía de qué me estaba hablando: era obvio que él sabía lo que estaba intentando hacer.

—No, no exactamente. Lo que pasa es que estás demasiado desconcentrada. —Se cruzó de brazos y me miró con esa misma expresión de curiosidad que siempre tenía para mí—. Aunque eres muy poderosa.

—Usted dijo que era inofensiva —interpuso Ludlow.

—Lo es. Sin entrenamiento es prácticamente inofensiva —aclaró Loki—. Pero algún día nos será de gran ayuda. Por el momento sólo sabe hacer trucos de feria.

—Gracias —mascullé.

Me apresuré a rehacer mi plan. Tal vez pudiera vencer a Ludlow; el problema era que no sabía cómo abrir las cerraduras de la puerta. Incluso si lograba persuadir al duende, no estaba segura de conseguir lidiar con todos los cerrojos.

A pesar de todo, mi mayor problema en aquel instante era Loki, que tenía una clara ventaja sobre mí: además de ser más alto y más fuerte, podía dejarme inconsciente con tan sólo mirarme.



La caída

—Veo que no dejas de pensar a toda velocidad —dijo, casi asombrado. Me tensé porque me dio miedo que fuera capaz de leer mis pensamientos, y de inmediato traté de poner la mente en blanco—. Tranquila, no puedo ver lo que hay en tu mente; si así fuera, no te habría dejado salir. No obstante, ya que estás aquí fuera, tal vez debamos aprovechar la situación.

—¿A qué te refieres? —le pregunté agobiada, y me alejé de él.

—Estás sobreestimando mi interés por ti —agregó Loki con una enorme sonrisa—: prefiero a las princesas que llevan el pijama limpio.

Mi ropa estaría relativamente limpia de no ser por la sangre del jersey y el barro de las rodillas. Era obvio que estaba hecha un desastre, pero aquello no era culpa mía.

—Lo siento, por lo general tengo mucho mejor aspecto cuando me dan una paliza —dije, y su sonrisa desapareció.

—Sí, bueno, creo que eso es algo de lo que no te tienes que preocupar ahora. —Loki contraatacó con rapidez y retomó su tono arrogante—. Creo que ha llegado el momento de que vayas a ver a Sara.

—Señor, estoy convencido de que no ha sido nada sensato dejarla salir —intervino Ludlow, pero calló en cuanto Loki lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué hay de mis amigos? —pregunté señalando el calabozo.

—No se moverán de ahí. —Loki se rió de su propia broma, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no mostrarle que no me hacía ninguna gracia.

—Lo sé, pero no pienso irme sin ellos.

—Pues tienes suerte, porque no te vas a ir. —Loki dio un paso hacia atrás—. No te preocupes, princesa, están a salvo. Vamos, te conviene hablar con Sara.

—Pero si ya la conozco —dije en una suerte de protesta.

Miré la puerta con aprensión y Loki dio un paso más hacia atrás. Suspiré y pensé que tal vez hablar con los altos mandos sería la única manera de negociar la liberación de Matt y de Rhys, aun cuando no pudiera asegurar la mía.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunté mientras caminábamos.



La caída

Avanzábamos juntos por el corredor y pasamos varias puertas iguales a la del calabozo. No oí nada ni vi a otros duendes haciendo guardia, pero no pude evitar preguntarme cuántos prisioneros habría.

—¿Cómo he sabido qué?

—Que yo estaba..., ya sabes, tratando de persuadirte —dije—. Si no ha funcionado, ¿cómo te has dado cuenta?

—Porque eres poderosa —reiteró Loki, señalando su cabeza—. He notado como electricidad estática. He sentido que tratabas de entrar en mi cabeza —agregó, encogiéndose de hombros—. Tú también lo sentirías si alguien te lo hiciera, aunque no estoy seguro de si otra persona podría persuadirte o no.

—Entonces ¿no funciona en los Trylle ni en los Vittra? —sondeé, por más que no esperaba que respondiera a mi pregunta. En realidad, para empezar, no sabía por qué se dignaba dirigirme la palabra,

—No; sí que funciona. De hecho, si lo supieras aplicar bien, yo no habría sentido nada —me explicó Loki—. Pero es más difícil controlarnos a nosotros que a los *mänks*. Si tratas de persuadirnos de una forma descuidada, podemos percibirlo.

Llegamos a unos escalones de hormigón y Loki los subió a saltos sin esperarme. No parecía importarle que intentara escapar, y además me había dado más información de la necesaria. Desde mi punto de vista, era un guardián malísimo y Ludlow debería tener más autoridad que él.

Loki empujó las enormes puertas que se hallaban al final de la escalera y entramos en una especie de gran vestíbulo. Sin embargo, no se trataba del tipo de distribuidor que conduce a otro sitio, sino de un salón enorme con techos abovedados: las paredes eran de madera oscura con vetas rojas y en el centro de la sala había una espléndida alfombra roja.

Se percibía el mismo tipo de opulencia que en el palacio de Förening, pero los tonos eran más profundos y abundantes. Era más bien una especie de castillo muy lujoso.

—Qué lugar tan bonito —dije sin tratar de ocultar la sorpresa y el asombro en mi voz.

—Pues claro, es el hogar del rey. —Aquel lugar me había dejado estupefacta y Loki no parecía entender por qué— ¿Qué esperabas?



La caída

—No lo sé; mientras estaba allí abajo, supuse que todo sería espelúznate y muy sucio —dije encogiéndome de hombros—. Ni siquiera hay electricidad.

—Es para darle un aire más lúgubre —aclaró Loki con un gran ademán—: es un calabozo. —Luego me condujo por un pasillo decorado de la misma manera que el gran salón.

—¿Qué sucedería si tratara de escapar? —pregunté.

No había nadie más allí. Si pudiera correr más rápido que él, tal vez lograra escabullirme, aunque en realidad, no habría sabido adónde ir ni tampoco cómo liberar a Matt y a Rhys.

—Te detendría —contestó llanamente.

—¿Igual que Kyra? —En ese momento me dolió la costilla, como una especie de recordatorio del daño que la Vittra me había causado en mi casa.

—No. —Por un instante hizo un gesto enigmático que desapareció repentinamente en cuanto me sonrió—. Sencillamente, te abrazaría hasta que te desmayaras.

—Tal y como lo dices, suena muy romántico. —Arrugué la nariz al recordar cómo me había hecho perder la consciencia con tan sólo mirarme a los ojos. No me había hecho ningún daño, pero eso no lo convertía en una experiencia agradable.

—Así es como lo imagino.

—Eso me parece un tanto fuera de lugar —dije, pero él se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta—. ¿Por qué me secuestraste y me trajiste aquí?

—Me temo que ya me has hecho demasiadas preguntas, princesa —declaró Loki, casi abrumado—. Deberías guardarlas para Sara. Ella es quien tiene las respuestas.

Continuamos caminando en silencio. Me condujo pasillo adelante, hasta que subimos por una escalinata cubierta con una alfombra roja y luego bajamos a otro salón antes de llegar a unas puertas ornamentadas de madera en las que aparecía tallada una escena fantástica llena de parras, hadas y trols, todo muy Hans Christian Andersen.



La caída

Loki llamó a la puerta armando mucho alboroto y luego abrió sin esperar respuesta. Lo seguí.

—¡Loki! —gritó Sara—. ¡Tienes que esperar a que te dé permiso antes de entrar en mi habitación!

El dormitorio era muy parecido al resto de la casa. En el centro vi una cama con dosel y sábanas revueltas de color carmesí.

A un lado de la habitación había un tocador y frente a él estaba Sara, sentada en un taburete. Todavía llevaba el cabello recogido en una coleta, pero ahora vestía una larga bata de satén negro que ondeaba a su alrededor.

La tela flotó suavemente cuando se volvió para mirarnos; en cuanto descubrió mi presencia, sus ojos marrones se abrieron aún más. Sin embargo, se obligó a recobrar la compostura de inmediato.

Junto a ella había un duende de la misma raza que Ludlow, y a pesar de que usaba una especie de pequeño uniforme de mayordomo para parecer bien vestido, de todos modos aparecía horrible con su aspecto demacrado. De sus manos colgaban largos collares con muchas hileras de diamantes y perlas; al principio no caí en por qué los llevaba, pero luego entendí que los sostenía para ella, como una especie de joyero vivo.

También percibí la bola peluda que saltó de la cama y se puso a ladrar en cuanto entramos, y que luego se detuvo a unos pasos de nosotros; era una pomerania. Estaba claro que la mayor parte de su enfado iba dirigido hacia mí, así que cuando Loki le dijo que se calmara, se calló, pero no dejó de mirarme enfurruñado mientras caminaba hasta Sara.

—No esperaba verte tan pronto. —Sara sonrió forzosamente y su mirada se tornó gélida cuando observó a Loki—. Si hubiera sabido que venias, me habría vestido.

—La princesa estaba algo inquieta. —Loki se acomodó en un sillón de terciopelo cerca de la cama—. Pensé que merecía un descanso después del día tan duro que ha tenido.

—Lo entiendo, pero no estoy completamente preparada para recibirla —dijo señalando su bata, sin dejar de mirar a Loki con desprecio.

—Bueno, pues entonces no deberías haberme enviado a sacarla tan pronto —dijo Loki, desafiándola también con la mirada.



La caída

—Sabes bien que teníamos que... —De pronto Sara se detuvo y negó con la cabeza—. No importa, tienes razón: lo hecho, hecho está.

Me sonrió y su expresión me transmitió algo muy parecido a la calidez; o al menos, algo bastante más agradable de lo que me había transmitido Elora, mi madre, en todo momento.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Después de todo lo que habían hecho, seguía sin saber qué era lo que podían querer los Vittra de mí. Lo único que me quedaba claro era que se habían negado a renunciar a mi captura.

—Tienes razón, deberíamos hablar. —Sara tamborileó los dedos sobre la mesa un instante mientras pensaba—. ¿Nos podéis dejar solas un momento, por favor?

—Está bien. —Loki respiró hondo y se levantó—. Vamos, *Froud*. —El perrito corrió contento hasta alcanzarlo, y Loki lo levantó en sus brazos—. Los adultos tienen que hablar.

Con delicadeza, el duende dejó las joyas sobre el tocador y se dirigió a la puerta. Su caminar era lento y tambaleante debido a su estatura, pero Loki serpenteó un poco para darle oportunidad de salir antes que él.

—¿Loki? —le dijo Sara sin mirarlo—. Asegúrate de que mi esposo esté preparado para recibirnos.

—Como desees. —Loki hizo una ligera reverencia sin soltar al perrito. Después salió y cerró las puertas para dejarme a solas con Sara.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó sonriendo.

—Mejor, gracias. —No estaba segura de si en realidad debía estarle agradecida por algo: me había curado, pero a fin de cuentas también había tenido algo que ver con que me hirieran.

—Seguramente querrás cambiarte. —Sara señaló mi ropa con un gesto—. Creo que tengo algo de tu talla.

—Gracias, pero en realidad la ropa no es una prioridad: me gustaría saber qué está sucediendo. ¿Por qué me han secuestrado? —Estaba bastante irritada y mi tono me delató, pero ella fingió no darse cuenta.

—Estoy segura de que tengo algo por aquí —continuó Sara, como si no le hubiera dicho nada. Caminó hasta un enorme armario empotrado y abrió la puerta—. Tal vez te quede un poco grande, pero estoy segura de



La caída

que te servirá. —Después de buscar durante algunos segundos, sacó un vestido largo negro.

—¡Me importa un pimiento la ropa! —le espeté, furiosa—. Lo que quiero saber es por qué no dejan de perseguirme. No puedo darles lo que quieren si no sé de qué se trata.

La observé dirigirse a la cama y me di cuenta de que la había incomodado. Su mirada vagaba por todas partes pero casi nunca se posaba en mí, y cuando eso llegaba a suceder, de inmediato la apartaba para fijarse en alguna otra cosa. Al llegar a la cama, extendió mi vestido sobre ella.

—¿Les has hecho salir de la habitación para que pudiéramos hablar y ahora no dices nada? —pregunté sintiéndome cada vez más frustrada.

—Llevo imaginando este día desde hace mucho tiempo. —Sara tocó el vestido con cariño y le alisó las arrugas—, Y ahora que al fin ha llegado, siento que no estoy preparada.

—¿Y eso qué significa?

Me contempló con una expresión lastimera durante un instante, pero luego recobró el mismo semblante sereno e inexpresivo de antes.

—Si no te importa, voy a vestirme. —Me dio la espalda y se dirigió al biombo plegable que tenía en la esquina, del que colgaba un vestido rojo y negro. Sara cogió el vestido y se ocultó detrás del biombo para cambiarse.

—¿Sabes dónde está Finn? —le pregunté con un profundo dolor en el pecho.

—¿Es tu rastreador? —preguntó Sara mientras colgaba la bata de satén en el biombo. Lo único que podía ver de ella era su cabeza.

—Sí. —Tragué saliva con nerviosismo. Me temía lo peor.

—No estoy segura de dónde se encuentra. Nosotros no lo tenemos, si es eso lo que te inquieta.

—Y entonces ¿por qué no ha venido a por mí? ¿Por qué permitió que me secuestrarais? —cuestioné con severidad.

—Supongo que lo retuvieron hasta que lograron escapar contigo. —Sara dejó caer el vestido por encima de su cabeza en ese instante, por lo que de repente sus palabras se apagaron un poco—. Desconozco los



La caída

detalles, pero nuestros enviados tenían órdenes de no lastimar a nadie a no ser que fuera absolutamente necesario.

—Vaya, pues creo que Kyra no entendió muy bien esa parte, ¿no te parece? —le pregunté con sarcasmo, pero no contestó nada—. ¿Podrías al menos decirme si se encuentra bien?

—Loki no me informó de ningún hecho fatal —respondió.

—¿Él era quien estaba a cargo de traerme? —Miré las puertas cerradas de la habitación, y entonces comprendí que era a él quien debería haberle hecho aquellas preguntas.

Estaba planteándome salir a buscarlo cuando Sara salió de detrás del biombo.

—Sí, y aparte del... exabrupto de Kyra, Loki me informó de que todo había salido bien. —Sara se pasó las manos por la falda y luego señaló el vestido que estaba en la cama—. Vístete, por favor, vamos a ver al rey.

—¿Y él contestará a mis preguntas? —insistí, gestualizando mi reserva.

—Sí, estoy segura de que él te lo explicará todo —asintió Sara sin despegar la mirada del suelo.

Decidí seguirle la corriente. Si el rey trataba de seguir ocultándome información, saldría disparada de allí. No tenía tiempo que perder en evasivas y respuestas vagas; Matt y Rhys estaban encerrados, y encima Rhys ni siquiera podía sentarse.

Por otra parte, necesitaba agradecerles para tratar de convencerlos de que liberasen a Matt y a Rhys, así que si para lograrlo tenía que ponerme un estúpido vestido, lo haría.

Me dirigí al biombo para cambiarme mientras Sara seguía arreglándose. Se puso uno de los collares que el duende había dejado sobre el tocador y luego se soltó el cabello: era negro y lacio, y brillaba como la seda al caer sobre su espalda. Me recordó al de Elora.

Me pregunté lo que pensaría ella respecto a todo lo sucedido. ¿Enviaría a un equipo a rescatarme? ¿Se habría enterado siquiera de que estaba allí atrapada?

Después de ponerme el vestido, Sara trató de atar una de las cintas que tenía en la espalda, pero no le permití que lo hiciera. Se estiró para tocarla, y cuando me retiré bruscamente para que me dejara en paz, me



La caída

miró con una expresión casi trágica. Agitó las manos en el aire como si no pudiera creer lo que acaba de pasar, luego las dejó caer a los costados y finalmente asintió.

Me condujo por el corredor en silencio hasta que llegamos a otras puertas, similares a las de su habitación. Llamó, y mientras esperaba que le respondieran, volvió a alisarse la falda carmesí con encaje negro, aunque me pareció que en realidad aquel gesto era una manifestación de sus nervios, porque el vestido ya estaba lo bastante liso.

—Adelante —dijo una voz fuerte y grave desde el interior.

Sara asintió como si el rey pudiera verla y empujó las puertas.

Al igual que las demás estancias, las paredes de aquel salón eran de caoba oscura, y carecía de ventanas. A pesar de su enorme tamaño, provocaba la sensación de estar en una cueva. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías llenas de libros del suelo al techo, y muy cerca de ellas se ubicaba un pesado escritorio de madera. Aparte de eso, sólo había unas elegantes sillas de color rojo.

En la más grande, que tenía intrincados diseños tallados en la madera de las patas y estaba situada frente a nosotras, se hallaba sentado un hombre cuyo cabello largo y oscuro le llegaba un poco por debajo de los hombros. Iba vestido completamente de negro: con pantalones bien planchados, una camisa de vestir y un abrigo largo que más bien parecía una bata. Daba la impresión de tener unos cuarenta años, y el desgaste que mostraba su rostro lo hacía bastante atractivo.

Loki estaba sentado en una silla, pero se puso de pie en cuanto entramos. A *Froud*, el perrito, no se lo veía por allí, y sólo deseé que no se lo hubieran comido los trols.

—Ah, princesa —El rey sonrió al verme pero no se levantó. Miró a Loki furtivamente durante apenas un segundo—. Puedes retirarte, Loki.

—Gracia, señor. —Loki hizo una reverencia y salió de prisa. Me dio la impresión de que no le agradaba la compañía del rey, y aquello me puso aún más nerviosa.

—Entonces ¿me dirá qué sucede? —le pregunté al rey de forma directa, y sonrió.

—Supongo que deberíamos comenzar por lo más elemental —dijo—. Soy el rey de los Vittra, me llamo Oren y soy tu padre.



La caída

6

Reyes y peones

Lo primero que me vino a la mente fue lo más obvio: estaba mintiendo.

Pero después de eso me pregunté: ¿y si no fuera así?

Elora había sido una madre terrible en todos los sentidos, y apenas había demostrado interés por mí. Por otra parte, pensé en el encuentro con Sara minutos antes: había acariciado mi vestido con cariño e incluso había llegado a decir: «Llevo imaginando este día desde hace mucho tiempo».

Se había quedado cerca, retorciéndose las manos. Su mirada se había encontrado con la mía y me había sonreído llena de esperanza; sin embargo, en su rostro aún había un dejo de tristeza que no alcanzaba a comprender.

No me parecía a ella, o al menos no más de lo que me parecía a Elora: ambas me superaban en belleza. Por otra parte, Sara parecía mucho más joven que Elora, debía de tener unos treinta y tantos.

—Entonces... —Tragué saliva, me obligué a hablar y me volví para mirar a Oren—. ¿Quieres decir que Elora no es mi madre?

—No. Por desgracia, Elora sí es tu madre —contestó el rey con un hondo suspiro.

Eso me confundió mucho más, aunque el hecho de que lo admitiera le daba más credibilidad a sus palabras. Me pareció que le habría sido más fácil mentirme; si su plan era que me quedara y me pusiera de su parte, hubiera podido decirme que él y Sara eran mis verdaderos padres.

Pero no. Me dijo que Elora era mi madre, lo cual permitía que el vínculo entre ella y yo prevaleciera, y definitivamente no había forma de que eso lo beneficiara a él.

—¿Y por qué me cuentas todo eso? —pregunté.

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

—Necesitas conocer la verdad porque sé lo mucho que le gustan a Elora los juegos. —Cada vez que Oren mencionaba su nombre, lo hacía con un dejo de amargura, como si le doliera recordarlo—. Si estás al tanto de todos los hechos, te será más sencillo tomar una decisión.

—¿A qué decisión te refieres? —Hice la pregunta a pesar de que creía conocer ya la respuesta.

—A la única que importa, por supuesto —dijo sonriendo con una mueca muy peculiar—: qué reino vas a gobernar.

—Para ser honesta, no quiero gobernar ningún reino —agregué mientras retorcí un rizo que se había soltado de mi moño.

—¿Por qué no te sientas? —Sara señaló una silla que estaba detrás de mí, y en cuanto me senté, ella se acomodó cerca del rey.

—Entonces... —La miré, y ella me brindó una sonrisa melancólica—. ¿Tú eres mi madrastra?

—Sí —asintió con la cabeza.

—Ah. —Me quedé callada durante un rato, tratando de asimilarlo todo—: No lo entiendo, Elora me dijo que mi padre había muerto.

—De eso estoy seguro. —Oren se rió perturbadoramente—. Si te hubiera hablado sobre mí, habría tenido que darte a escoger, y ella sabe bien que jamás la elegirías.

—Entonces ¿cómo...? —Titubeé porque no encontraba las palabras adecuadas—. ¿Cómo es que vosotros dos... os unisteis para..., ya sabes, para concebirme?

—Estuvimos casados —dijo Oren—. Fue mucho tiempo antes de que me desposara con Sara, y además fue una unión muy breve.

—¿Estuviste casado con Elora? —pregunté, furiosa.

Al principio, cuando me dijo que era mi padre, había pensado que se trataba de una aventura ilícita como la que Elora había tenido con el padre de Finn, pero jamás hubiera imaginado que fuera un hecho público del que toda persona que conocí en Förening pudiera estar al corriente.

Y eso incluía a Finn; cuando me habló de la historia Trylle y me dio una especie de curso intensivo acerca de lo que debía saber para ser princesa, no mencionó en ningún momento que mi madre hubiera estado casada con el rey de los Vittra.



La caída

—Sí, estuvimos casados durante un período corto —respondió Oren—. Creímos que sería una buena forma de vincular nuestros respectivos reinos. Los Vittra y los Trylle han vivido en desacuerdo a lo largo de los años, por lo que quisimos promover la paz. Por desgracia, tu madre es la mujer más irracional, horrible e imposible de tratar del mundo. —Sonrió—. Pero eso ya lo sabes porque la conociste.

—Sí, me di cuenta de lo imposible que es tratarla. —Por un instante sentí un extraño deseo de defenderla, pero preferí quedarme callada.

Elora había sido fría, casi rozando la crueldad, pero por alguna razón me sentí ofendida cuando Oren habló mal de ella. De cualquier manera, asentí y sonreí como si estuviera completamente de acuerdo con él.

—Es increíble que llegara incluso a concebir un bebé con ella —dijo, un poco más para sí que para el resto, y al escucharlo me encogí sólo de pensar en el asunto. No tenía ningún deseo de imaginar a Oren y a Elora en un momento íntimo—. El matrimonio terminó antes de que nacieras. Elora te llevó consigo y te escondió. Te he buscado todos estos años.

—Pues lo hiciste muy mal —dije, y su expresión se endureció—. No sé si te han informado de que tus rastreadores me han golpeado en tres ocasiones diferentes. Tu esposa tuvo que sanarme para que no muriera.

—Lo lamento muchísimo, y te aseguro que Kyra ya está siendo castigada —dijo Oren, aunque su voz apenas denotaba disculpa. Más bien sonaba molesto; sólo esperaba que su enfado estuviera más dirigido a Kyra que a mí—. De cualquier manera, no habrías muerto.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunté incisivamente.

—Digamos que es intuición «real» —contestó Oren con cierta imprecisión. Tenía más preguntas que hacerle, pero no dejó de hablar—. No espero que no recibas con los brazos abiertos porque sé que Elora ya tuvo oportunidad de predisponerte, pero me gustaría que te tomaras unos días para conocer nuestro reino antes de decidirte o no a gobernar conmigo.

—¿Y qué pasaría si decidiera no quedarme? —pregunté con mirada desafiante.

—Antes de tomar una decisión, date una vuelta por el reino —sugirió Oren. Luego sonrió, pero el tono autoritario en su voz era inconfundible.



La caída

—Deja que mis amigos se vayan —espeté. Ése había sido el motivo original por el que había decidido hablar con el rey, pero toda su explicación acerca de mi nacimiento había acabado desviando la charla.

—Preferiría no hacerlo —dijo con la misma extraña sonrisa.

—No me quedaré si no los dejas ir —dije con toda la firmeza que pude.

—Mientras ellos estén aquí, tú no podrás irte. —La dureza en su tono le otorgó mayor severidad a sus palabras—. Son una especie de garantía para asegurarme de que vas a considerar mi oferta con mucha seriedad.

Sonrió como si con eso pudiera contrarrestar la velada amenaza que me acababa de lanzar, pero la malicia en su mirada me intimidó aún más; se me erizó el vello de la nuca y pensé que aquel hombre no podía ser mi padre.

—Te prometo que no iré a ninguna parte —dije, tratando de disimular que me temblaba la voz—. Si los dejas ir, me quedaré todo el tiempo que desees.

—Los dejaré ir cuando pueda confiar en ti —respondió con un argumento que sonaba razonable; tragué saliva y traté de pensar otra forma de negociar con él—. ¿Por qué te preocupan tanto esas personas? ¿Quiénes son?

—Mmm... —Pensé en mentirle, pero ya se había dado cuenta de que me importaban—. Uno de ellos es mi hermano, bueno, mi... hermano anfitrión o como se le llame, Matt. El otro, Rhys, es mi *mänsklig*.

—¿Todavía llevan a cabo la práctica de los *changelings*? —preguntó Oren con un gesto de desaprobación—. No debería sorprenderme, Elora detesta cualquier cambio y se niega a romper con la tradición. Sus costumbres están muy pasadas de moda.

—¿Cómo? —pregunté.

—Sí, todo ese asunto de los *mänsklig* es una pérdida total de recursos. —Oren movió la mano con desdén para señalar lo mucho que le molestaba el tema.

—¿A qué te refieres? —le pregunté—. ¿Qué hacéis vosotros con el bebé que recogéis cuando dejáis a un *changeling* en su lugar? —Los Trylle siempre se llevan al bebé que sustituyen.

—Nosotros no nos llevamos a los niños —dijo el rey. Se me hizo un nudo en el estómago al imaginar que los Vittra los mataban, tal como



La caída

alguna vez había pensado que hacían los Trylle—: los dejamos en hospitales u orfanatos humanos; no tenemos por qué preocuparnos por ellos.

—¿Y por qué los Trylle no hacen lo mismo? —pregunté, y en cuanto lo hice me di cuenta de lo lógica que era. ¿Por qué no lo harían todos así? Sería más sencillo y barato.

—Originariamente los recogían para aprovecharlos como esclavos, pero ahora conservarlos entre ellos es sólo una tradición. —El rey sacudió la cabeza como si la cuestión no tuviera mayor importancia.

»De cualquier manera, es algo discutible. —Oren resopló con fuerza—. Nosotros ya casi no realizamos la práctica de los *changelings*.

—¿En serio? —pregunté. Era el primer tema en el que podía estar de acuerdo con él desde que habíamos comenzado a hablar.

—Los *changelings* corren el riesgo de resultar heridos, perderse o sencillamente rechazarnos —dijo Oren—. Eso sería desperdiciar una vida, y aparte es una práctica que estaba acabando con nuestro linaje. Somos más poderosos que los humanos, y si deseamos algo, sólo tenemos que tomarlo. No es necesario que pongamos en peligro a nuestros descendientes dejándolos en las torpes manos de esos seres inferiores.

Tenía razón, pero no me pareció que su postura fuera mucho mejor que la de mi madre. Ella era una estafadora, sí, pero lo que él proponía era sencilla y llanamente robar.

—Elora no estaba dispuesta a cambiar las antiguas costumbres. —Al hablar de ella, el rostro de Oren se tornaba cada vez más sombrío—. Estaba tan empeñada en mantener separados a los humanos y a los trols, que terminaba vinculando sus vidas de manera irrevocable; y sin embargo era incapaz de darse cuenta de la hipocresía de su propia visión. Para ella, aquello era como dejar que una nana criara a sus hijos.

—Es algo completamente distinto —dije.

Recordé la infancia que tuve al vivir con una madre anfitriona que había tratado de matarme, y también el vínculo que me unía a Matt. Estaba segura de que una niñera no podía cuidar a un niño de esa manera.



La caída

—Así es —dijo Oren sacudiendo la cabeza—. Por eso no funcionó nuestro matrimonio. Yo quería conservarte, pero ella te entregó a otros de todos modos.

Sabía que en su razonamiento había algo que no encajaba por más que a mí se me escapara, pero sin embargo me sentí muy conmovida a pesar de que no acababa de creerle del todo. Era la primera vez que alguno de mis padres, de entre los anfitriones y los reales, expresaba su deseo de tenerme.

—Y yo... —comencé a decir, intentando que la emoción no se apoderara de mí—. ¿Tengo hermanos?

Oren y Sara se miraron de una manera que no pude interpretar, y luego ella se concentró en sus manos, que tenía juntas sobre el regazo. Era lo opuesto a Elora en casi todos los aspectos, excepto en el físico: en ese sentido eran notablemente similares por el cabello negro y aquellos hermosos ojos oscuros. En general Sara hablaba muy poco, pero lograba transmitir calidez y una especie de naturaleza sumisa que Elora jamás tendría.

—No. No tengo otros hijos. Y Sara tampoco —explicó Oren.

Aquello parecía entristecer aún más a su esposa, por lo que imaginé que no había sido elección suya.

—Lo siento —dije.

—Ella es estéril —anunció Oren sin ninguna necesidad. Sara se ruborizó.

—Vaya... Lo lamento, pero estoy segura de que no es por culpa suya —añadí de una forma imprudente.

—No, no lo es —convino Oren de buen grado—. Es a causa de la maldición.

—¿Perdón? —pregunté con la esperanza de haber oído mal.

No me sentía preparada para asimilar más hechos sobrenaturales: los trols y las habilidades o dones eran más que suficiente; en realidad no quería saber nada acerca de maldiciones.

—Cuenta la leyenda que una bruja resentida maldijo a los Vittra después de que le robáramos a su hijo y le dejáramos a un *changeling*. —El rey sacudió la cabeza como si no creyera ni una palabra de aquello, lo cual me causó cierto alivio—. Pero no puedo darles mucho crédito a



La caída

esas historias. Creo que todo proviene de la misma fuente que explica el origen de nuestras habilidades, aquello de donde descendemos.

—Y eso sería... —dije inquisitivamente.

—Que todos somos trols. Los Vittra, los Trylle, tú, Sara, yo. Todos somos trols —insistió con un gran ademán—. ¿Viste a esos otros trols que viven aquí? ¿Los que parecen duendes?

—¿Te refieres a Ludlow?

—Precisamente. Ellos también son trols Vittra, igual que tú y que yo —continuó explicando Oren—. Pero sin embargo esos duendes son una anomalía que padece nuestra colonia.

—No lo comprendo. ¿De dónde vienen?

—De nosotros mismos —respondió Oren como si fuera evidente. Sacudí la cabeza—. La infertilidad está muy extendida entre los Vittra, y de las pocas concepciones que se llegan a producir, más de la mitad acaban en nacimientos de duendes.

—¿Quiere decir que... —un asco repentino me hizo arrugar la nariz— los Vittra como tú y como Sara pueden tener hijos trols como Ludlow?

—Exacto —exclamó Oren.

—Eso es algo espeluznante —dije, y Oren movió la cabeza como si estuviera casi totalmente de acuerdo.

—En realidad no creo que se deba a la maldición de una amargada bruja vieja, sino a nuestra longevidad. Y aquí estamos —dijo con un suspiro y sonriendo—. Por supuesto, tú eres mucho más adorable de lo que jamás habríamos pensado.

—No sabes lo felices que estamos de tenerte con nosotros —agregó Sara.

En cuanto vi su rostro esperanzado, lo comprendí todo. Entendí por qué los Vittra me habían perseguido con tanta agresividad y perseverancia: no tenían otra opción. Yo era su única esperanza.

—A ver si lo entiendo —dije mirando a Oren—: te casaste con Elora para unir los dos reinos, porque no podías tener descendencia con alguien de tu propia tribu y necesitabas un heredero para el trono.

—Tú eres mi hija. —El rey levantó la voz, no lo suficiente como para poder decir que gritaba, aunque resonó por todo el salón—. Elora no



La caída

tiene más derechos sobre ti de los que yo poseo, y te quedarás aquí porque eres la princesa y es tu deber.

—Oren, Majestad —imploró Sara—. Wendy ha tenido un día muy agitado y necesita descansar para recuperarse. Creo que será imposible sostener una conversación razonable hasta que esté recuperada por completo.

—¿Y por qué no está curada del todo? —preguntó Oren con una mirada gélida que la hizo agachar la cabeza.

—Hice todo cuanto pude —contestó Sara en voz baja—. Y para empezar, no es culpa mía que haya sido herida.

—¿Qué hará falta para que Loki pueda mantener a esos malditos rastreadores bajo control? —gruñó Oren. No me sorprendió verlo tan furibundo porque ya presentía que, debajo de aquella apariencia amable, su personalidad colérica yacía dormida.

—Loki os hizo un favor, Majestad —lo increpó Sara con delicadeza—. Esto está más allá de lo que su misión implicaba. Estoy segura de que, si él no hubiera estado allí, el resultado habría sido mucho peor.

—Estoy cansado de discutir contigo acerca de ese idiota —dijo Oren—. Si la princesa necesita descansar, muéstrale su habitación y déjame en paz.

—Gracias, señor. —Sara se puso en pie, le hizo una reverencia y se dirigió a mí—: Vamos, princesa, te llevaré.

Estuve a punto de protestar, pero advertí que no era el mejor momento. Oren estaba a punto de estallar y despotricar contra el primero que le diera una excusa por el simple hecho de que era el rey y podía hacerlo, y la verdad es que no quería darle ningún pretexto para que se desquitara conmigo.

En cuanto salimos de la cámara real y las puertas se cerraron a nuestra espalda, Sara trató de justificarlo; según ella, toda aquella situación lo había estresado demasiado. Llevaba casi dieciocho años tratando de encontrarme, pero Elora le había puesto las cosas difíciles y todo había llegado a una situación crítica aquella noche.

Sara quería hacerme creer que Oren no solía comportarse así, pero yo tenía la sensación de que nada estaba más alejado de la verdad, de que debía de haber conocido a Oren de muy buen humor.



La caída

De pronto llegamos a una habitación cercana a la suya y Sara me indicó que entrara; era más pequeña y estaba decorada con menos muebles que la otra. Se disculpó porque no aún no tenían ropa para mí. En aquella casa no se habían preparado para recibirme como hicieran en Förening: sin embargo, no me importaba porque la ropa y el alojamiento no eran una prioridad para mí.

—No creerás en serio que voy a dormir aquí, ¿verdad? —le pregunté. Continuó caminando por la habitación, encendiendo las luces y enseñándome dónde estaba todo—. Con mis amigos presos en el calabozo, quiero decir.

—Creo que no tienes otra alternativa —dijo Sara con cautela. Su tono de voz no era tan amenazante como el de Oren y podría decirse que, sencillamente, aclaraba lo que ya era un hecho.

—Tienes que ayudarme. —Me acerqué a ella, tratando de apelar a su evidente instinto maternal—. Están allí y no tienen agua ni comida; no puedo dejarlos así.

—Te aseguro que están a salvo y que recibirán cuidados. —Sara me miró, y me dio la impresión de que decía la verdad—. Mientras estés aquí, se les dará alimento y abrigo.

—Pero eso no es suficiente —exclamé, negando con la cabeza—. No tienen ni siquiera una cama ni un lugar donde asearse. —Por supuesto no mencioné que Rhys no podía sentarse; no tenía ni idea de cómo romper el encantamiento que le había hecho.

—Lo siento —dijo Sara con sinceridad—. Te prometo que iré en persona a asegurarme de que estén cuidándolos bien, pero eso es lo único que puedo hacer.

—¿No podrían darles un cuarto o algo así? Encerradlos en alguna habitación que nadie use. —No me gustaba nada la idea de que continuaran en cautiverio, pero creí que sacarlos del calabozo sería un buen principio.

—Oren jamás lo permitiría —dijo, negando con la cabeza—. Sería demasiado arriesgado, lo lamento. —Sara me miró como si de verdad le fuera imposible hacer algo al respecto, y supe que no obtendría nada más de ella—. Voy a conseguirte ropa adecuada para dormir.

Respiré hondo y me senté en la cama, pero en cuanto se fue Sara me desplomé. La montaña rusa emocional de aquel día me había dejado completamente exhausta.



La caída

No obstante, en seguida supe que no podría dormir a pesar de lo cansada que estaba. Al menos no hasta que Matt y Rhys estuvieran a salvo.



La caída

7

Héroes y calabozos

No tenía un plan y ni siquiera sabía adónde ir. Me puse los pantalones de yoga y el top de color negro que Sara me había llevado porque no me apetecía ir con un vestido arriba y abajo cuando tenía que indagar. Luego me escabullí al pasillo.

Traté de recorrer el camino opuesto al que había tomado con Loki, pero la luz era demasiado tenue y me impedía reconocer los lugares por los que ya había pasado. A pesar de todo, recordaba que no habíamos dado muchas vueltas, por lo que imaginaba que volver no podía ser demasiado difícil.

En cuanto encontrara el calabozo, lo más complicado sería decidir qué hacer. Tal vez usaría la persuasión con el guardia o, si se trataba de otro duende, podría someterlo físicamente y hacer que abriera la puerta.

Entonces divisé la escalera de caracol que comunicaba sólo con el piso principal y supe que estaba a punto de encontrar la ruta al calabozo. Oí voces en cuanto llegué a la base de la escalera. Durante un instante, me quedé paralizada porque no sabía si correr o esconderme, pero finalmente decidí que lo mejor sería permanecer oculta entre las sombras, así que me apresuré a colocarme tras los escalones y me agaché lo máximo que pude.

A medida que se acercaban, las voces llegaban con mayor claridad; al parecer discutían acerca de la mejor manera de preparar sopa de calabaza. El corazón me latía con tal fuerza que estaba segura de que podían oírlo, así que contuve la respiración. Un instante después vi los pies de dos duendes que pasaban por allí.

Uno de ellos parecía ser una mujer. Tenía el cabello largo y desaliñado, recogido en una trenza que le caía sobre la espalda. Eran criaturas

Página 60

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

verdaderamente desagradables, pero su forma de caminar las hacía parecer inofensivas. Por si fuera poco, sonaban más normales y humanos que varios de los Trylle que había conocido en Förening.

Esperé un rato hasta que estuve segura de que se habían alejado lo suficiente y volví a respirar de nuevo. Supuse que podría enfrentarme a ellos, pero tampoco tenía ganas de terminar golpeando a desconocidos. Además, podían haber hecho ruido y alertado a toda la gente del castillo, Oren incluido.

Al salir de mi escondite casi choco con Loki. Estaba apoyado en la escalera con toda naturalidad; tenía el codo sobre el pasamanos y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Estuve a punto de gritar pero pude contenerme a tiempo; sabía que si llamaba la atención de los demás, empeoraría la situación.

—Hola, princesa —me saludó Loki con una sonrisa—. ¿No puedes dormir?

ÉL y Ludlow me llamaban «princesa» desde que había llegado allí. Hasta ese momento suponía que para burlarse de que los Trylle me consideraban de su realeza, pero pronto comprendí que era además la princesa de los Vittra y que Loki, en cierta forma, sólo me estaba mostrando algo así como reverencia.

Por desgracia, me percaté igualmente de que mi título no tenía ningún valor para él porque en aquel momento yo era además una prisionera.

—Sí, pero es que... me ha entrado un poco de hambre —dije con torpeza.

—Mmm, eso sería muy creíble... —contestó en tono escéptico— si fuera mínimamente cierto.

—No he comido nada en todo el día. —A pesar de que era verdad, había estado tan atormentada que ni siquiera había pensado en ello.

—¿Y qué planeas hacer? —preguntó Loki, ignorando mi inverosímil pretexto—. Aun en el caso de que llegaras a encontrar el calabozo, ¿cómo piensas sacarlos de allí?

—No lo haré, por ahora. Vas a ir corriendo a delatarme, ¿no es así? —Traté de descifrar su mirada, pero parecía tan divertido como siempre.

—Tal vez —dijo, encogiéndose de hombros como si aún no lo hubiera decidido—. Cuéntame tu plan. Tal vez sea tan malo que ni siquiera valga la pena alertar a los demás.



La caída

—¿A qué viene eso? —pregunté.

—Bueno, es que pareces ser de esas personas que se sabotean a sí mismas —contestó. Abrí la boca para protestar, pero comenzó a reírse de mi evidente indignación—. No te lo tomes como algo personal, princesa. Nos sucede incluso a los mejores.

—No voy a quedarme tranquila hasta que mis amigos salgan de aquí.

—Eso sí que me lo creo. —Se inclinó hacia mí—. ¿Ves como es todo mucho más sencillo cuando eres honesta?

—Lo dices como si fuera yo la que anduviera con secretos y artimañas —protesté.

—Pero si aún no te he mentado —dijo en un tono peculiarmente serio.

—Está bien —agregué—. ¿Cómo puedo sacar a mis amigos del calabozo?

—El hecho de que no te haya mentado no significa que vaya a responder a eso —contestó con una sonrisa.

—De acuerdo, los encontraré yo misma.

Por alguna razón sabía que Loki no iba a detenerme, aunque no me quedaba claro por qué. Por otra parte, estaba segura de que si Oren llegaba a enterarse de que no había tratado de impedir mi huida, le iría bastante mal.

Pasé junto a él y caminé por el pasillo que creí que conducía al salón principal. Loki me siguió; traté de andar más de prisa, pero le fue bastante sencillo seguir mi ritmo.

—Crees que es por aquí, ¿no es cierto? —me preguntó Loki en un molesto tono cantarín.

—No trates de confundirme. Tengo facilidad para orientarme y casi nunca me pierdo —mentí. En realidad me extraviaba con mucha frecuencia—. ¿Acaso no es ésa una cualidad propia de los Trylle?

—No lo sé porque no soy Trylle —contestó—. Y tú tampoco.

—Soy mitad Trylle —respondí a la defensiva.

Pero ¿por qué defendía algo así? En realidad no quería ser ni Trylle ni Vittra ni nada que se les pareciera. Durante toda mi vida me había sentido cómoda siendo humana, pero ahora que me encontraba en medio de aquella confusión étnica, por alguna razón mi deseo era



La caída

proteger a los Trylle y Förening; al parecer me importaba mucho más de lo que hubiera imaginado.

—Eres demasiado perseverante para ser princesa —señaló Loki, mirándome mientras caminaba con determinación por el pasillo.

—¿Y a cuántas princesas conoces? —repliqué.

—A ninguna. —Ladeó la cabeza como para reflexionar—. Supongo que esperaba que te parecieras más a Sara: ella es muy sumisa.

—Sara no es mi madre —aclaré.

Me dieron ganas de saltar de alegría cuando llegamos al salón principal, pero no me pareció apropiado. Además, sólo había encontrado la entrada al calabozo; todavía tenía que rescatar a Matt y a Rhys.

—¿Y ahora qué? —preguntó Loki al tiempo que se detenía justo en el centro del salón.

—Ahora voy a ir por ellos —contesté señalando las grandes puertas que conducían al sótano.

—No, no me parece buena idea —negó con la cabeza.

—Por supuesto que no: porque no quieres que los libere —dije. El corazón me palpitaba con fuerza, y no sabía hasta dónde me dejaría llegar Loki.

—No, no se trata de eso, es sólo que no me parece interesante. —Se arremangó el jersey y pude ver sus bronceados antebrazos—. De hecho, todo esto me está aburriendo bastante. ¿Por qué no hacemos otra cosa?

—No, los voy a sacar de ahí —insistí—. No permitiré que nos tengas aquí como prisioneros.

Loki rió con malicia y sacudió la cabeza negativamente.

—¿Qué es lo que te parece gracioso? —le pregunté con vehemencia mientras me cruzaba de brazos.

—Lo dices como si fuera yo el que los mantuviera cautivos. —Miró en otra dirección, pero cuando volvió a mirarme a los ojos sonreía con tristeza y amargura—. Esto es Ondarike: aquí todos somos prisioneros.

—¿Esperas que me crea que estás en este lugar en contra de tu voluntad? —pregunté, haciendo un gesto de incredulidad—. Te mueves libremente por el castillo.



La caída

—Tú también. —Loki me dio la espalda—. No todas las prisiones tienen barrotes; tú mejor que nadie deberías saberlo, princesa.

—¿Estás tratando de decirme que no apoyas al rey? —interrogué.

—Yo no he dicho eso. —Loki se encogió de hombros; al parecer la conversación lo agobiaba—. Lo que quiero decir es que, como no te puedo ayudar a salvar a tus amigos, tal vez deberíamos encontrar otra cosa que hacer.

—No pienso hacer nada más hasta que consiga liberarlos —insistí.

—Pero eso es porque no te he dicho lo que me gustaría hacer. —Loki cambió en un instante su expresión taciturna y me miró con tal picardía que me hizo sentir extraña.

No fue algo negativo, al menos no como cuando me hipnotizó para que me desmayara. De hecho no era un poder mágico Vittra ni nada parecido. Fue sólo que la forma en que me miró... me hizo estremecer.

Pero antes de tener tiempo siquiera de analizar lo que sentía, o lo que él trataba de decir, oímos un fuerte estruendo proveniente de las puertas principales. El vestíbulo donde estábamos tenía dos salidas: la que llevaba al nivel inferior, y las enormes puertas que conducían al exterior, mucho más grandes que las de los dormitorios del rey y la reina.

El estruendo se repitió y salté del susto. Loki se puso frente a mí: ¿estaría tratando de protegerme o de ocultarme?

Entonces las puertas reventaron y sentí una oleada de alegría.

Tove las había hecho salir volando con sus habilidades, y se encontraba al otro lado de la salida: parecía un tipo endiabladamente rudo. Tove era un chico Trylle muy poderoso y sexy al que había conocido en Förening: su personalidad extravagante y antisocial me había atraído desde el principio, pero era la última persona a la que hubiera esperado ver allí. Tove era capaz de mover objetos con la mente, por lo que resultaba un aliado muy poderoso. Luego vi quiénes le acompañaban: Duncan y Finn aguardaban justo detrás de Tove, esperando a que él abriera las puertas para poder entrar. Por supuesto, el corazón estuvo a punto de estallarme en cuanto vi a Finn.

Hasta aquel momento había temido que lo hubieran herido; incluso había pensado que jamás volvería a verlo, pero allí estaba él.



La caída

—¡Finn! ¡Estás bien! —Pasé corriendo junto a Loki hasta llegar a Finn.

Le extendí los brazos y me estrujó durante unos cuantos segundos. La fuerza con que me envolvió me hizo saber lo preocupado que había estado por mí; sin embargo, me soltó casi de inmediato y me apartó a un lado.

—Tenemos que salir de aquí, Wendy —dijo, como si yo hubiera sugerido que nos quedáramos a pasar unas vacaciones en el castillo.

—Matt y Rhys también están aquí, tenemos que liberarlos.

Había comenzado a explicarle a Finn que los chicos estaban en un calabozo cuando de repente vi que Tove tenía a Loki clavado al techo con sus poderes: extendía la mano hacia él, que flotaba en el aire haciendo muecas de dolor.

—¡No, Tove! ¡No le hagas daño! —grité.

Me miró vacilante, pero no me cuestionó en absoluto. Al instante bajó a Loki y lo dejó en el suelo; respiraba con dificultad y se inclinó, sujetándose el costado.

Tove no era un tipo violento por naturaleza, pero después de la encarnizada batalla que había librado contra los Vittra unas semanas atrás, no me sorprendía que estuviera un tanto alterado.

—Tenemos que sacarlos de aquí —dijo Duncan al tiempo que me sujetaba del brazo como si fuera a arrastrarme hasta el exterior; le lancé una mirada iracunda y me soltó de inmediato—. Lo siento, princesa, pero tenemos que darnos prisa.

—No me iré de aquí sin Matt y Rhys —repetí, y luego me volví para mirar a Loki—. ¿Me ayudarías a liberarlos?

Su mirada se encontró con la mía: su actitud arrogante había desaparecido por completo. Ahora parecía dolorido y daba la impresión de enfrentarse a un conflicto que, como yo sabía, no sólo era consecuencia del daño que Tove le acababa de infligir. Apenas unos momentos antes, me había dado la impresión de que Loki comprendía por qué quería huir de ahí, aunque le hubiera sido imposible ayudarme; ahora que tenía la oportunidad de hacerlo, que tenía un pretexto para ceder, yo sólo esperaba que decidiera brindarme su apoyo.

—Podemos regresar en otro momento a por ellos —sugirió Finn.



La caída

Aún no había aparecido ningún Vittra por el vestíbulo para investigar lo sucedido, pero estaba segura de que sólo era cuestión de tiempo. Además, tenía muy claro que más nos valía no meternos en nuevos problemas con Oren.

—No, no podemos irnos. Si lo hacemos, el rey los matará. —Mantuve la mirada fija en Loki—. Loki, por favor.

—Princesa, yo... —No pudo continuar.

—Dile al rey que te sometimos; puedes echarnos la culpa —le expliqué—. No tiene por qué enterarse de que nos ayudaste.

Loki no contestó de inmediato y eso exasperó a Finn, que se alejó de mí, se dirigió hasta él y le estrujó el brazo con determinación.

—¿Dónde están? —exigió Finn, pero Loki no respondió.

Yo sabía que debíamos apresurarnos, por lo que corrí hacia el calabozo.

—Por aquí —dije con ansiedad.

Corrí con tanto ahínco por la escalera que estuve a punto de caer, pero Finn alcanzó a sujetarme antes de que eso sucediera. Duncan sí que tropezó porque llevaba los cordones sin atar; lo miré con exasperación y esperé a que nos diera alcance.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Duncan cuando vio al duende que resguardaba el calabozo. No era Ludlow, sino otro trol igual a él.

Todos se detuvieron en cuanto lo vieron. Fue divertido ver la reacción de sorpresa de Duncan, Finn y Tove: al parecer no era la única que no estaba familiarizada con aquel tipo particular de seres Vittra. No estaba segura de quién era el mejor guardando secretos, si Oren o Elora, pero me daba la impresión de que en este caso ambos habían hecho muy bien.

—No os preocupéis por él. —Caminé hasta la puerta y con gran facilidad aparté al trol duende con un empujón.

No se resistió porque, en cuanto vio que éramos cuatro y que Loki era nuestro rehén, supo que no tendría muchas oportunidades de vencernos. Trató de escapar pero Tove lo detuvo y lo dejó clavado a la pared, evitando así que pudiera alertar a alguien más.

—La seguridad es bastante relajada por aquí —señaló Duncan, y luego observó que el duende se agitaba contra la pared mientras yo me dirigía a abrir la puerta.



La caída

—En realidad no esperábamos que apareciera nadie y se metiera por la fuerza —aclaró Loki. Articuló las palabras con mucho énfasis, como si sintiera dolor, o como si hablara con un niño. A pesar de todo, no intentó zafarse de Finn en ningún momento.

—Bien, pues eso ha sido una estupidez —dijo Duncan riendo—. Vaya, me refiero a que ella es la princesa; era muy obvio que vendríamos a rescatarla.

—Pues supongo que así es —agregó Loki, sin darle mayor importancia.

—¡No logro entender esto! —dije después de un rato de dar vueltas y girar inútilmente las cerraduras; era el sistema de seguridad más laberíntico con el que había tropezado en la vida. Miré a Loki—: ¿Tú sabes cómo abrirlo?

Suspiró y Finn tiró de su brazo; Loki y yo lo miramos con fastidio, pero Finn sólo hizo caso a mi reclamo.

—Ayúdala, ¿de acuerdo? —dijo, y lo soltó con repugnancia.

Loki se acercó a la puerta y comenzó a abrir las cerraduras en silencio; no dejaba de observarlo y a pesar de eso me era imposible entender lo que hacía. Se oyeron varios clics y luego oí que Rhys gritaba desde el interior de la celda. Finn no despegaba la mirada de Loki por si se le ocurría hacer algún movimiento en falso, mientras Duncan daba vueltas, inquieto, y comentaba lo oscuro que estaba allí.

Matt y Rhys salieron corriendo en cuanto se abrió la puerta y casi derribaron a Loki. Rhys me abrazó entusiasmado, y aunque no pude ver lo enfadado que seguramente estaría Finn al contemplar la escena, sí alcancé a notar el desprecio con que Matt lo miró.

Aquella situación hubiera podido tornarse en una verdadera disputa, pero no había tiempo para ello.

—Tú tuviste algo que ver en este asunto, ¿no es así? —le preguntó Matt a Finn sin quitarle los ojos de encima.

—Matt, deja ya eso —le indiqué mientras soltaba a Rhys—. Finn ha venido a rescatarnos y ahora tenemos que salir de aquí de inmediato, así que cállate y vámonos.

—Ya debería haber llegado alguien para tratar de detenernos, ¿no os parece? —preguntó Duncan, asombrado ante la falta de respuesta de los Vittra.



La caída

—Vamos, salgamos de aquí —exclamó Matt interrumpiéndolo.

Tove soltó al duende que mantenía clavado en la pared, y luego los chicos se apresuraron a guiarnos para escapar.

Entonces me detuve y me volví para mirar a Loki. Estaba frente a la puerta del calabozo y tenía una apariencia de enorme tristeza y desamparo; la seguridad que antes había mostrado se había esfumado por completo. Sus ojos de color caramelo se posaron en mí.

—Espera unos minutos antes de decirle a Oren que hemos escapado, ¿de acuerdo? —le pedí.

—Como quieras —fue lo único que dijo. La forma en que me miró volvió a encender la sensación que había tenido poco antes de que llegaran los demás a rescatarme.

—Gracias por dejarnos huir —le dije, pero no respondió. Al recordar lo que me había dicho cuando estábamos solos, consideré la posibilidad de invitarlo a escapar con nosotros; de hecho, estuve a punto de hacerlo, pero Finn me hizo abandonar la idea.

—¡Wendy! —me llamó bruscamente.

Tuve que correr para alcanzarlos, y cuando lo conseguí, Finn me tomó de la mano. Su ligero contacto me transmitió fortaleza y seguridad, y me hizo estremecer por completo. Íbamos subiendo por la escalera a toda velocidad, pero el hecho de que estableciera aquel contacto conmigo casi me hizo olvidar que había resultado herida y que estábamos escapando de una prisión enemiga.

El frío viento nocturno me golpeó en cuanto salimos. Duncan nos iba guiando, pero a veces tropezaba en la oscuridad con Rhys, quien casi le pisaba los talones. Tove y Matt se detenían en ocasiones para asegurarse de que Finn y yo aún los seguíamos, y por supuesto, Matt no dejaba de mirarnos con recelo.

La tierra estaba helada y las ramas y rocas lastimaban mis pies desnudos, pero cada vez que aminoraba la marcha Finn estrujaba mi mano y aquello era suficiente para alentarme a seguir adelante. El aire tenía el aroma del invierno: notaba su helor y su olor a pino. A lo lejos oí el ulular de una lechuza.

Me volví en una ocasión, pero como el palacio Vittra no tenía ventanas por las que se pudiera ver luz alguna, me fue casi imposible distinguir la oscura forma que se erguía amenazante detrás de nosotros.



La caída

El Cadillac plateado de Finn estaba aparcado junto al lindero que marcaban los árboles. La luz de la luna se colaba por entre las ramas y hacía destellar el auto. Apreté el paso para llegar a él: no tenía energía suficiente para seguir corriendo hasta Förening, y había llegado a temer que no existiera otra opción.

Cuando llegamos al vehículo, Duncan ya ocupaba la parte trasera y Matt me esperaba con la puerta abierta. Rhys estaba junto a él pero parecía ansioso y no dejaba de balancearse de un lado a otro.

—¡Subid al coche! ¡Vamos! —ordenó Finn como si fueran idiotas. Tove fue el único que le obedeció; se sentó en el asiento del acompañante.

—No me puedo sentar, Wendy —dijo Rhys.

—¿Qué? —Finn parecía irritado y no dejaba de mirarnos a Rhys y a mí.

—Es que usé la persuasión en él y quedó afectado —traté de explicarle burdamente, pero Finn me interrumpió.

—Tan sólo dile que se meta en el maldito coche —dijo Finn, pero como no entendí lo que quería decirme, tuvo que explicarse mejor—: usa la persuasión para que se siente en el coche, ya lo arreglaremos cuando lleguemos a casa.

Miré a Rhys con dificultad bajo la luz de la luna; en realidad no sabía si el contacto visual era tan importante, pero me concentré lo más que pude y le dije que subiera. Lo hizo unos segundos después y suspiró aliviado.

—¡Sienta taaaan bien sentarse! —dijo, y me hizo sentir culpable de nuevo.

Matt subió al coche justo después de Rhys y dejó la puerta abierta; esperaba que yo subiera en la parte de atrás con él, pero Finn aún me tenía cogida de la mano. Me hizo rodear el coche por delante y entré por el lado del conductor; me deslicé y me acomodé en medio para que él pudiera conducir.

Matt empezó a protestar, pero Finn arrancó el coche en ese mismo instante. Matt profirió una maldición y golpeó la puerta trasera mientras Finn aceleraba; los demás mantuvimos un incómodo silencio. Creo que todos esperábamos que los Vittra nos atacaran, en especial por la forma en que me habían perseguido hasta capturarme. El rescate había resultado... demasiado sencillo.



La caída

—Es muy extraño —observó Duncan—: no han hecho nada. Ni siquiera han intentado detenernos.

—Será porque hace poco mermamos su ejército —dijo Tove como si intentara concebir una explicación—. Estoy seguro de que la mayoría de los Vittra se está recuperando o... —No terminó la frase porque no se atrevía a recordar el hecho de que los Trylle hubieran tenido que matar a muchos Vittra en el ataque.

Duncan volvió a comentar varias veces lo raro que había resultado todo y lo distinto que era Ondarike a como siempre lo había imaginado; nadie agregó nada, por lo que finalmente se quedó en silencio.

Me acomodé lo mejor que pude en mi asiento. Pero en cuanto me sentí a salvo, el agotamiento se apoderó de mí y ya no me importó la incomodidad.

Recosté la cabeza en el hombro de Finn y en secreto me alegré de estar junto a él. Me fui quedando dormida mientras escuchaba su respiración, que me ayudó mucho a relajarme.



La caída

8

Predicciones

Aunque quedarme dormida junto a Finn fue algo muy agradable, el despertar resultó un asunto completamente distinto. Todavía tenía el cuerpo dolorido por el reciente ataque de Kyra, y como me había quedado dormida en una mala postura, cuando abrí los ojos me dolían todos los músculos del cuerpo.

Cuando Finn se detuvo frente a la casa me estiré y el cuello me dolió más de lo que me había dolido en la vida, así que bajé del coche y ejercité en círculo los hombros para relajarlos; mientras tanto, Matt contemplaba la mansión completamente emocionado.

La casa de Elora era un verdadero palacio que se erguía en toda su belleza y opulencia sobre los acantilados del río Mississippi; sus blancos muros exteriores estaban cubiertos de enredaderas, y unas delgadas columnas sostenían la construcción enclavada al borde de la pendiente. Toda la pared posterior estaba hecha de vidrio y tenía vistas al río. Recordé lo mucho que me había asombrado la elegancia de la mansión la primera vez que la vi; ahora, sin embargo, estaba demasiado enfadada para siquiera reparar en ella.

Tenía que aclarar muchas cosas con Matt, pero primero necesitaba hablar con Elora para reprocharle sus mentiras; si hubiera sabido antes que el rey Vittra era mi padre, jamás habría llevado a Rhys a casa de Matt ni los hubiera expuesto a un peligro tan grande.

En cuanto entramos en el palacio dejé que Rhys ayudara a Matt a instalarse; todavía no había encontrado la manera de reparar el daño que le había causado a Rhys, así que me tuve que limitar a decirle que se pusiera de pie y dejé que Finn y Tove le ayudaran a resolver el resto.

Finn me dijo que primero tenía que calmarme, pero lo ignoré y llena de furia atravesé el comedor para ir en busca de Elora. Ya no me daba



La caída

miedo, ni lo más mínimo. Al contrario que Oren, que sí que podría hacerme daño, ella, en el peor de los casos, sólo podía llegar a humillarme.

El palacio estaba dividido en dos enormes alas separadas por una sala circular que hacía las veces de vestíbulo. En el ala sur se llevaban a cabo todos los asuntos oficiales, y era allí donde se hallaban las salas de reunión, un salón de fiestas, un enorme comedor, las oficinas, el salón del trono, las habitaciones de los empleados y el dormitorio de Elora.

El ala norte albergaba los lugares más típicos de una casa, como mi habitación, las de los huéspedes y la cocina. La sala de estar de Elora estaba al final de esa ala, en la esquina del edificio, por lo que dos de sus paredes eran en realidad enormes ventanales. La reina pasaba allí la mayor parte de su tiempo libre; pintaba, leía o se dedicaba a cualquier otra actividad que la relajara.

—¿Cuándo pensabas decirme que Oren es mi padre? —le exigí que me respondiera en cuanto abrí la puerta de golpe.

Elora estaba en la *chaise longue*, y su largo vestido oscuro caía con suavidad a su alrededor. Incluso cuando estaba descansando mostraba esa intrínseca elegancia que la caracterizaba. Su belleza y su porte fueron los rasgos que más le había envidiado cuando la conocí, pero ahora no podía verlos como otra cosa que una débil fachada. Todo lo que Elora hacía tenía como objetivo guardar las apariencias, y por eso había llegado a dudar que se pudiera llegar a un nivel más profundo con ella.

Me quedé parada con los brazos cruzados y ella se cubrió los ojos con la mano como si le molestara demasiado la luz. Dado que la aquejaban las migrañas, no era del todo improbable que estuviera sufriendo una en aquel preciso momento; aunque ciertos detalles parecían desmentirlo, como el hecho de que las persianas de los amplios ventanales estuvieran abiertas de par en par y dejaran pasar la luz matinal.

—Me alegro de que estés a salvo —dijo. Sin embargo, ni siquiera levantó la mano con la que se cubría para hacer el esfuerzo de mirarme.

—Ya. Se nota. —Me dirigí a la *chaise longue* y me detuve frente a ella—. Elora, tienes que explicarme la verdad, porque si pretendes que algún día llegue a gobernar no puedes ocultarme información de este tipo. Sería una pésima reina si no estuviera al tanto de todo.



La caída

En lugar de gritarle todo lo que en verdad hubiera querido expresar, había decidido adoptar una actitud razonable.

—Ahora ya conoces la verdad. —Daba la impresión de haberse cansado de una conversación que apenas acababa de comenzar. Finalmente, bajó el brazo y sus oscuros ojos se enfrentaron a mi furiosa mirada—. ¿Por qué me miras de ese modo?

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —la increpé.

—¿Qué más quieres que te diga? —Con un suave y elegante movimiento, se sentó, y como no retrocedí, se levantó. Al parecer no le agradaba la idea de que me dirigiera a ella desde una posición superior.

—Los Vittra me secuestraron, su rey es mi padre ¿y no tienes nada que decirme al respecto? —La observé llena de incredulidad, pero ella se limitó a darme la espalda y caminó hasta la ventana.

—Tu difícil situación me apenaría más si no hubieras huido. —Se cruzó de brazos hasta casi envolverse por completo, y se puso a mirar cómo fluía el río al fondo del acantilado—. Te di órdenes específicas de no abandonar el complejo, y todos te explicamos que era para protegerte. Creo que después del ataque conocías perfectamente los peligros que implicaba escapar. Yo no tengo la culpa de que te hayas colocado en una situación tan comprometedor.

—¡Pensaba que el ataque los habría dejado demasiado lastimados y temerosos para intentar secuestrarme de nuevo! —grité—. Jamás creí que los Vittra tuvieran alguna razón concreta para perseguirme, pero tal vez si hubiera estado al tanto de la existencia de mi padre, habría sabido que efectivamente la tenían.

—Sabías que al marcharte de aquí estabas poniendo tu propia vida en tus manos —dijo Elora llanamente.

—¡Maldita sea, Elora! —estallé—. Esto no va de ver quién es el culpable, ¿de acuerdo? Lo que quiero saber es por qué me mentiste: me dijiste que mi padre había muerto.

—Era mucho más sencillo y práctico que decirte la verdad —me explicó, como si con eso se arreglara de golpe la situación. De acuerdo, mentirme era más sencillo, y claro, ¿para qué iba a querer yo que su vida se complicara ni nada por el estilo?

—¿Y cuál es la verdad entonces? —le pregunté sin miramientos.



La caída

—Me casé con tu padre porque eso era lo correcto —explicó, y luego se quedó callada durante tanto tiempo que creí que ya no añadiría nada más, pero continuó—: Los Vittra y los Trylle han sido enemigos durante siglos, tal vez desde siempre.

—¿Por qué? —Me acerqué un poco más a ella pero no se dio la vuelta.

—Por varias razones. —Se encogió de hombros—. Los Vittra siempre han sido sumamente agresivos, pero nosotros somos más poderosos. Ese hecho condujo a una estructura de poder muy peculiar, por lo que ellos siempre se han esforzado para obtener más control, más territorio y más gente.

—¿Por eso pensaste que al casarte con Oren acabarían siglos de luchas?

—Mis padres así lo creyeron. Arreglaron el matrimonio antes siquiera de que yo llegara a Förening. —Al igual que yo, Elora había sido una *changeling*, por más que rara vez lo mencionara—. Por supuesto, pude haberme negado, de la misma forma en que tú rehusaste cambiar de nombre.

Su último comentario denotaba cierta amargura. Como parte de mi regreso al reino Trylle, se suponía que tenía que rebautizarme y recibir un nombre más apropiado; sin embargo, me había negado a ello y gracias a que los Vittra interrumpieron la ceremonia, no me había visto forzada a hacerlo, así que Elora tuvo que ceder y me permitió conservar mi nombre; de esa manera me convertí en la primera princesa en la historia de los Trylle en defenderse así.

—Pero ¿te opusiste? —le pregunté, tratando de ignorar su discreta alusión a mi desobediencia.

—No. Tuve que dejar de lado mis deseos personales por el bien común. Tú también deberías aprender a hacerlo, por cierto. —De pronto la luz brilló sobre su cabello como si tuviera un halo, pero en cuanto le dio la espalda a la ventana, desapareció.

»Si una simple boda podía terminar con todo aquel odio, no podía negarme —continuó explicando—. Debía pensar en las vidas y la energía desperdiciada de los Trylle y los Vittra.

—Y por eso te casaste —resumí—. ¿Qué sucedió después?

—No mucho. El matrimonio fue demasiado breve. —Se frotó los brazos para paliar un frío que sólo ella sentía—. Antes de la boda lo vi unas cuantas veces en las que se comportó muy bien. No lo amaba, pero...



La caída

Dejó la frase en el aire, pero por la manera en que la había empezado, imaginé que había llegado a quererlo.

En realidad no me imaginaba a Elora sintiendo afecto por nadie. Aunque a veces la había visto flirtear con Garrett Strom, siempre parecía que se trataba de una especie de montaje teatral.

Aún no estaba segura de que mantuvieran una relación, pero a él parecía gustarle Elora y nos visitaba con frecuencia. Además, como era markis, ella podría casarse con él si así lo decidiera.

Por otra parte, Finn y Rhys ya me habían hablado sobre el secreto y prolongado amorío que Elora había mantenido con el padre de Finn después de que el mío se fuera. Sin embargo, era rastreador como su hijo y nunca se divorció, por lo que no pudieron tener una relación abierta. Rhys, pese a ello, insistía en que Elora había estado profundamente enamorada de él.

—¿Y qué pasó después de que te casaras? —proseguí.

Elora se había quedado perdida en sus recuerdos, así que mi pregunta la hizo volver en sí.

—Oh, las cosas no salieron bien —dijo con toda naturalidad—. Él no era exactamente cruel, y eso dificultó mucho la situación: no podía separarme sin una causa demostrable, porque había mucho que dependía de esa unión.

—Pero finalmente lo hiciste, ¿no?

—Sí; fue después de quedarme embarazada de ti. Yo... —Elora hizo una pausa para encontrar las palabras adecuadas— ya no pude soportarlo más, así que lo abandoné justo antes de que nacieras y luego te escondí. Quería una familia fuerte que te pudiera proteger y resguardar en caso de que tu padre te buscara.

—¿Por eso Finn comenzó a rastrearne tan pronto? —pregunté.

Por lo general los rastreadores esperaban hasta que los *changelings* cumplían dieciocho años o más para recuperarlos; a esa edad ya se habían convertido en adultos y tenían acceso a sus fideicomisos. Finn, sin embargo, comenzó a seguirme a comienzos del último año de instituto, por lo que me convertí en uno de los *changelings* más jóvenes en regresar a Förening.

Finn me había explicado que, como me mudaba mucho, habían decidido recuperarme antes perderme el rastro, pero mi intuición me



La caída

decía que en realidad lo que temían era que los Vittra me encontraran antes de que ellos consiguiesen traerme de vuelta a Förening.

—Sí —asintió Elora—. Por fortuna todavía no era reina cuando nos separamos y por lo tanto Oren no tenía ningún poder sobre mi reino; de otra manera, todo habría sido muy diferente.

—¿Cuándo te convertiste en reina? —pregunté, sin prestar toda mi atención a lo que había dicho sobre Oren.

Me era difícil imaginar a Elora como princesa: era obvio que en algún momento había sido una joven sin experiencia, pero ahora poseía la majestuosidad de alguien que siempre hubiera sido reina.

—Fue poco después de que nacieras —dijo, y se volvió a mirarme—. Me alegro de que estés aquí de nuevo.

—Por poco no vuelvo —le expliqué con la intención de que se preocupara un poco más por mí, pero se limitó a arquear una ceja y permaneció en silencio. —Kyra, la rastreadora Vittra, me dio una paliza. Habría muerto de no ser porque la esposa de Oren es una sanadora.

—No hubieras muerto —me dijo bruscamente, de la misma forma que todos los demás parecían reaccionar cuando mencionaba que Kyra me había herido.

—¡Tosí sangre! Creo que tenía una costilla rota que me estaba perforando el pulmón o algo así. —Todavía me dolían los costados y nadie podía quitarme de la cabeza la idea de que había estado a punto de morir en aquel calabozo.

—Oren jamás te habría dejado morir —dijo Elora en un tono displicente. Se alejó de la ventana y volvió a sentarse en la *chaise longue*; yo permanecí de pie.

—Tal vez no —admití—, pero pudo haber matado a Matt y a Rhys.

—¿Matt? —Elora se quedó perpleja por unos instantes, expresión que resultaba bastante inusual en ella.

—Mi hermano..., es decir, mi hermano anfitrión o como quieras llamarlo. —Ya estaba cansada de explicar la existencia de Matt como si no tuviera relación conmigo, así que decidí que a partir de aquel momento sólo me referiría a él como mi hermano porque, por lo que a mí concernía, lo seguía siendo.

—¿Están en el palacio? —Su confusión se tornó en molestia.



La caída

—Sí. Ni se me pasó por la cabeza dejarlos allí: Oren los habría matado para vengarse de mi huida. —No estaba segura de que aquello fuera verdad, pero la intuición me decía que sí.

—Entonces ¿pudisteis escapar todos? —Por un instante sonó como si en verdad le importara; no es que su actitud se pareciera ni siquiera lejanamente a la de Matt, pero al menos parecía humana y afectuosa.

—Sí, así es. Finn y Tove lograron sacarnos de allí sin ningún problema.

—Fruncí el ceño al recordar lo sencillo que nos había resultado escapar.

—¿No sucedió nada? —preguntó Elora y con eso aumentó mi preocupación.

—No —negué con la cabeza—. Y eso fue todo en realidad: no sucedió absolutamente nada. Prácticamente salimos caminando de allí.

—Bueno, ahí lo tienes, ése es Oren —dijo dirigiendo los ojos al techo—. Su excesiva arrogancia ha sido siempre su punto débil.

»Es poderoso, muy poderoso —continuó Elora y en su voz había un aire de asombro que jamás le había oído con anterioridad—. Sin embargo, siempre ha pensado que puede tomar lo que le venga en gana y que nadie lo detendrá. Es cierto que la mayoría de los trols le temen demasiado como para molestarlo, pero tu padre ha supuesto erróneamente que yo también formo parte de ese grupo.

—Pero también soy tu hija, ¿es que ni siquiera imaginó que tratarías de rescatarme? —pregunté con vacilación.

—Como te decía, es demasiado arrogante. —Se frotó las sienes y se acomodó en la *chaise longue*.

Elora tenía el don de la precognición y otros poderes telequinéticos cuyo alcance yo desconocía, aunque esperaba llegar a comprenderlos pronto.

Al recordarlo, me volví para observar con mayor detenimiento las pinturas mediante las cuales ella predecía el futuro: en aquel momento, en el salón sólo había dos terminadas y una que acababa de comenzar. En esta última únicamente había trazado en una de las esquinas una pincelada de color azul, por lo que no pude sacar ninguna información de ella.

Por otra parte, en la primera de las pinturas terminadas se veía el jardín ubicado en la parte trasera de la casa: la imagen comenzaba debajo del balcón y recorría el acantilado, que estaba rodeado por un grueso muro de ladrillo; sólo había estado allí en una ocasión, pero fue



La caída

un momento idílico porque gracias a la magia de los Trylle jamás dejaba de florecer.

En la pintura de Elora, el jardín estaba cubierto por una ligera capa de nieve que brillaba como si se tratara de diamantes; sin embargo, la corriente que fluía a modo de cascada en la fuente del centro no se había llegado a congelar. A pesar de que era una escena invernal, todo florecía y seguía creciendo en plenitud: los pétalos de color rosa, azul y morado tenían un ligero escarchado que los hacía brillar y daba al espectador la impresión de encontrarse en una exótica tierra de hadas.

Elora tenía una habilidad prodigiosa para pintar, y se lo habría comentado si creyera que mi opinión le interesaba. La belleza del cuadro del jardín me extasió tanto que me tomó un rato percatarme de que en él aparecía alguien que estaba al acecho.

En uno de los extremos había una figura; parecía un hombre con el cabello más claro que yo, aunque como la imagen estaba sombreada, era difícil asegurarlo. El individuo en cuestión estaba a demasiada distancia y su rostro aparecía tan borroso que resultaba muy difícil distinguirlo.

Pero a pesar de que no se podía ver con claridad, algo en su presencia resultaba amenazante, o al menos daba la impresión de que eso era lo que había percibido Elora cuando hizo la pintura.

—¿Cuándo te enteraste de que los Vittra me habían capturado? —le pregunté, aun sabiendo que tal vez siempre había estado al tanto.

—Cuando me lo dijo Finn —contestó distraída—. Vino y se llevó a Tove y al otro para ir a rescatarte.

—Y tú sólo... —Iba a preguntarle si los había dejado ir sin ni siquiera enviar un ejército de apoyo, pero mi mirada se desvió hacia la otra pintura y dejé la frase en el aire.

La segunda era un retrato mío, de cintura para arriba. Al fondo se veía una mezcla de tonos negros y grises, por lo que no pude identificar dónde me encontraba. Se me veía muy parecida a mi aspecto actual, aunque sin embargo iba mucho mejor vestida. Aunque llevaba el cabello suelto, mis rizos oscuros estaban arreglados de una manera muy hermosa. Asimismo, iba ataviada con un increíble vestido blanco decorado con diamantes a juego con los del collar y los pendientes que también lucía.



La caída

No obstante, lo más asombroso se encontraba sobre mi cabeza: llevaba puesta una corona de plata trenzada, adornada con diamantes. Mi rostro parecía inexpresivo, lo que me impedía saber si me alegraba o no de haber sido coronada. De cualquier forma, allí estaba yo: retratada como reina.

—¿Cuándo has pintado ese retrato? —pregunté señalando la pintura. Ella se había vuelto a cubrir los ojos con el brazo pero lo apartó para ver a que me refería.

—Ah, eso —contestó—. No dejes que te preocupe, porque si lo haces, te volverás loca tratando de discernir y prevenir el futuro. Es mucho mejor dejar que los sucesos se vayan produciendo.

—¿Ése es el motivo de que no te preocupara que pudiera haber muerto? —la interrogué; me sorprendió mucho percatarme de cuánto me irritaba la indiferencia de mi madre.

Elora sabía que no iba a morir pronto porque tenía la prueba de que algún día llegaría a ser reina. Pero, por supuesto, no se había tomado la molestia de compartir esa información conmigo.

—Sí, entre otras cosas —dijo con un hondo suspiro.

—¿Qué significa eso? —la cuestioné—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan misteriosa?

—¡No significa nada! —exclamó exasperada—. Esa pintura podría incluso indicar que serás reina de los Vittra, o qué sé yo. El futuro es demasiado abstracto para entenderlo o cambiarlo, y sólo porque pinte algo no significa que se vuelva real.

—Pero predijiste el ataque que sucedió durante mi ceremonia de bautismo —la refuté—. Vi la pintura que mostraba el salón de baile incendiado.

—Así es, y a pesar de todo no pude impedirlo —dijo con un tono gélido.

—¡Ni siquiera lo intentaste! ¡No me advertiste ni cancelaste la ceremonia!

—¡Por supuesto que traté de evitarlo! —Elora casi me mató con la mirada; en otro tiempo me habría hecho llorar, pero ya no—. Me reuní con asesores, lo discutí con todo el mundo; les advertí a Finn y a los demás rastreadores, pero no tenía ningún dato en firme sobre el que basarme: sólo veía el fuego, los candelabros y el humo. No vi a la gente ni el salón; ni siquiera contaba con una referencia temporal del suceso.



La caída

¿Tienes idea de cuántos candelabros hay tan sólo en el ala sur? ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Decirle a todo el mundo que evitara acercarse a los candelabros durante el resto de sus vidas?

—No; no lo sé —tartamudeé—, pero pudiste... haber intentado hacer algo.

—Siempre sucede del mismo modo: nunca acabo de comprender la visión hasta que el hecho ha tenido lugar —explicó Elora, más para sí que para mí—. Me pasa con todas. Eso es peor que poder ver el futuro, porque no sé lo que significan las imágenes y por tanto no puedo impedirlo. Resulta demasiado evidente después, cuando ya ha ocurrido todo.

—¿Qué es lo que estás tratando de decirme? —pregunté—. ¿Qué no seré reina?

—No, lo que quiero que entiendas es que la pintura en sí no significa nada. —Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz—. Me está dando un terrible ataque de migraña, preferiría terminar con esta conversación.

—De acuerdo, como quieras —exclamé levantando los brazos: sabía que no podía forzar a Elora a nada. De hecho, había tenido suerte de que no llamara a Finn para que me sacara de allí.

En ese instante recordé que Finn estaba abajo; no había podido decirle gran cosa durante el trayecto hasta Förening, pero definitivamente teníamos mucho de que hablar.

Abandoné el salón para ir en su busca. Sabía que debería estar más preocupada por otros asuntos, pero en aquel momento lo único que quería era estar a solas con él. Hablar sin temor y..., no lo sé. Tenía que verlo cuanto antes.

Pero encontré a Duncan en lugar de a Finn; me estaba esperando en el pasillo, a una cierta distancia. Al parecer llevaba un buen rato apoyado en la pared, jugando con su teléfono, pero se enderezó de inmediato en cuanto me vio salir del salón. Me sonrió con timidez, y al intentar ocultar el teléfono en su bolsillo terminó cayéndose al suelo.

—Lo siento, princesa. —Duncan se agachó torpemente para recogerlo—. Sólo quería que pudierais hablar un rato a solas con vuestra madre.

—Gracias. —Continué caminando por el pasillo y me siguió—. ¿Por qué me estabas esperando? ¿Necesitas algo?



La caída

—No, es que ahora soy vuestro rastreador, ¿recordáis? —Parecía algo avergonzado—. Y como los Vittra quieren capturarla, tengo que estar de guardia todo el tiempo.

—Por supuesto —asentí. Como Finn me había salvado la vida por centésima vez, tenía la esperanza de que lo restituyeran en su cargo y volviera a ser mi rastreador oficial—. ¿Dónde está Finn? Necesito hablar con él.

—¿Finn? —Duncan tropezó—. Eh, él ya no es vuestro rastreador.

—Sí, ya lo sé, y te aseguro que no trato de subestimar tu capacidad —agregué sonriendo—. Sólo quiero conversar un rato con él.

—Ya, comprendo —dijo sacudiendo la cabeza—, es sólo que... —Dejé de caminar porque no sabía qué lo perturbaba tanto—. Lo que quiero decir es que, como ya no es vuestro rastreador... se ha marchado.

—¿Se ha marchado? —Volví a sentir aquel dolor en el corazón que ya me resultaba tan familiar.

No debería haberme sorprendido ni haber permitido que aquello me lastimara, pero la herida volvió a abrirse como cuando se fue la vez anterior.

—Sí. —Duncan bajó la vista y jugueteó con el cierre de su chaqueta—. Como vos os encontráis bien..., ya no tenía motivos para permanecer aquí.

—Ya veo —agregué, paralizada por el dolor.

Le podía haber preguntado a Duncan dónde se encontraba Finn. Sí, tal vez debería haberlo interrogado, porque seguramente no andaba muy lejos de allí, de hecho, podía imaginarlo diciendo poco antes que se iba para protegerme, resguardar mi honor o algo así; pero nada de aquello me importaba ya.

En aquel momento sus razones dejaron de tener importancia para mí; lo único que me parecía relevante era que estaba harta de que me rompiera el corazón.



La caída

9

Subestimado

Tove no pudo solucionar el problema que yo le había causado a Rhys, porque la forma en que funcionaban sus habilidades no se lo permitía. Después de hablar con Elora, cuando subí a mi habitación tuve que enviar a Rhys a verla para que le ayudara a deshacerse de los efectos de la persuasión. Podría haberlo acompañado, pero supuse que mi madre ya había tenido suficiente de mí con la visita que le acababa de hacer.

Tove se fue a su casa a descansar después de que le agradeciera todo lo que había hecho por mí; lo más probable es que no hubiéramos podido escapar sin su ayuda, porque incluso a pesar de la relajada seguridad de Oren, Tove había intervenido y había controlado a los trols.

Rhys ya había comenzado a ayudar a Matt a instalarse en una de las habitaciones vacías del pasillo cercana a la mía; fui a ver qué tal les iba y noté que a Duncan le hacía muy feliz seguirme a todas partes casi pisándome los talones. Después de hablar con él un rato, logré convencerlo de que me esperara fuera. Duncan no confiaba en Matt porque era humano, pero si iba a ser mi rastreador, tendría que aprender a lidiar con aquello.

Matt estaba en medio de la habitación y parecía confundido a pesar de que no era el tipo de persona que solía verse sobrepasada por las circunstancias. Se había cambiado de ropa, y ahora llevaba unos pantalones deportivos que le quedaban bien y una camiseta que supuse que era de Rhys porque le quedaba demasiado ajustada.

—¿Cómo te sientes con todo esto? —le pregunté mientras cerraba la puerta con cautela. Sabía que Duncan seguía de guardia fuera y no quería que nos escuchara; no era que planeara hablar sobre nada secreto, pero necesitaba un momento de privacidad con mi hermano.



La caída

—Mmm... ¿genial? —Sonrió con melancolía y negó con la cabeza—. No lo sé, ¿cómo se supone que debo sentirme?

—Tal y como te sientes ahora mismo.

—Nada de esto parece real, ¿sabes? —Matt se sentó en la cama y respiró hondo—. Sigo pensando que en algún momento voy a despertar y a descubrir que todo ha sido parte de un sueño muy extraño.

—Sé exactamente lo que es eso. —Recordé lo confundida y atemorizada que estaba cuando llegué a Fórening. De hecho, seguía teniendo la misma sensación casi siempre.

—¿Cuánto tiempo me voy a quedar aquí? —preguntó Matt.

—No lo sé, no lo había pensado. —Me acerqué y me senté en la cama junto a él. La verdad es que quería que se quedara para siempre, pero sabía que mi deseo era muy egoísta—. Supongo que hasta que la situación se calme: cuando los Vittra dejen de ser una amenaza.

—¿Y por qué te buscan?

—Es una historia demasiado larga que ya te contaré más tarde. —Quería explicárselo todo de principio a fin, pero me encontraba demasiado exhausta para hacerlo, al menos por el momento.

—Pero tendrán que darse por vencidos, ¿no? —preguntó Matt, y asentí con la cabeza como si estuviera convencida de ello.

—Quiero que te quedes aquí hasta que eso suceda porque necesito saber que vas a estar a salvo —le dije. No estaba segura de cómo manejaría Elora la situación, pero no me importaba.

—Sí, sé a qué te refieres —me contestó con un tono ligeramente sarcástico que me hizo sentir culpable.

—Lo siento mucho, Matt.

—Pudiste haberme hablado acerca de todo esto.

—No hubieras creído ni una sola palabra.

—Wendy, estamos hablando de mí, ¿de acuerdo? —Se volvió para mirarme y por fin pude tenerlo cara a cara—. Vale, ya sé que es muy difícil de creer, y que, al no poder comprobarlo en persona, me habría costado mucho más trabajo asimilarlo. Pero recuerda que siempre he estado de tu lado. Debiste confiar en mí.



La caída

—Lo sé. Perdóname —le dije avergonzada—. Pero ahora estoy muy contenta de que estés aquí y de poder decirte todo esto. Me fue bastante difícil ocultarte información, y no quiero volver a hacerlo.

—Muy bien.

—Pero deberías llamar a Maggie —le dije—: explícale que estamos bien y convéncela para que no vuelva a casa por el momento. No sé si los Vittra serían capaces de llegar a secuestrarla para forzarme a obedecerlos.

—¿Aquí sí estarás a salvo? —preguntó Matt—. ¿Verdaderamente a salvo?

—Sí, por supuesto —respondí con mayor convicción de la que en verdad tenía—. Duncan está ahí fuera haciendo guardia en este preciso momento.

—Pero ese chico es un idiota —dijo Matt con mucha seriedad, y yo me eché a reír.

—Estamos seguros, no te preocupes —le reiteré, y me puse en pie—. Pero insisto en que llames a Maggie. Tengo que ir a bañarme y a cambiarme de ropa.

—¿Y qué le digo?

—No lo sé —dije negando con la cabeza—. Pero asegúrate de que no vaya a casa.

Le prometí a Matt que aclararía el resto de sus dudas después de descansar un buen rato. Duncan trató de seguirme y entrar a mi habitación, pero no se lo permití.

Hasta que no estuve en la ducha, bajo el chorro de agua, no me permití llorar. Ni siquiera tenía claro por qué lo hacía; tal vez fuera en parte porque Finn me había vuelto a dejar, aunque tenía una sensación general de que aquello era demasiado.

Mi ánimo mejoró después de vestirme. Todo había salido bien y habíamos logrado escapar con tan sólo algunas heridas sin importancia. Además, ahora tenía a Matt cerca de mí otra vez; no sabía cuánto tiempo duraría aquello, pero al menos él ya sabía la verdad.

Y por último, ahora conocía la razón por la que los Vittra estaban tan obsesionados conmigo. No es que la respuesta me facilitara demasiado



La caída

las cosas, pero el hecho de comenzar a entender algo me parecía un buen avance.

Después de analizar la situación, comprendí que lo único que de verdad me causaba desasosiego era la ausencia de Finn. Tenía un dolor oculto en el pecho que debía ignorar, porque había demasiados temas que exigían mi atención como para quedarme sentada echándolo de menos.

Lo que más me molestaba era que hubiera aparecido de nuevo: me habría sido más sencillo superarlo si me hubiera dejado en paz de una vez y no lo hubiera vuelto a ver nunca.

Después de un rato fui a la habitación de Matt y descubrí que Rhys le hacía compañía; para mí tranquilidad, me percaté de que Elora se había encargado de anular la persuasión y los daños colaterales que yo había causado. Rhys me sugirió que tenía que comenzar pronto mi «entrenamiento» para controlar mis habilidades; no sabía bien lo que aquello implicaría pero tampoco deseaba que me diera más información.

Me senté en un mullido sillón y decidí que se lo explicaría todo. Rhys ya le había contado algunas cosas en el calabozo de los Vittra, pero yo quería aclarar las dudas que aún le quedaran; me parecía que lo más importante era que recibiera esa información de mí.

Comencé desde el principio y le dije que Elora me había cambiado por Rhys. Le conté que Finn había sido enviado para rastrear me y llevarme consigo de vuelta, y le expliqué lo que significaba ser princesa, así como las características de los Trylle y sus habilidades.

Rhys no intervino mientras hablaba, pero me observó con sumo interés: pensé que tal vez no estuviera al tanto de todo lo que le estaba narrando a Matt.

Mi hermano tampoco dijo mucho, sólo hizo algunas preguntas. Y aunque se levantó y dio vueltas por la habitación mientras yo hablaba, no parecía ansioso ni confundido. Cuando terminé, se quedó en silencio durante unos minutos para asimilar la información.

—¿Y bien? —Como no respondía nada, al final tuve que preguntarle.

—Bueno..., pero ¿vosotros coméis, o no? —preguntó Matt—. Porque la verdad es que me estoy muriendo de hambre.

—Pues claro que comemos. —Sonreí con alivio.



La caída

—Yo no llamaría comida a lo que ellos comen —dijo Rhys mofándose. Había permanecido sentado en la cama un buen rato, pero se levantó cuando la conversación estaba a punto de terminar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Matt.

—Bueno, tú has vivido con Wendy, seguramente sabes qué alimentos le gustan. —Rhys notó que tal vez había dicho algo inapropiado y se apresuró a corregirlo—. Los Trylle son más selectivos a la hora de alimentarse que nosotros. No beben refrescos ni comen carne.

Matt se quedó mirando a Rhys durante unos instantes y luego se volvió hacia mí. Percibí algo nuevo en sus ojos, y era que Rhys había señalado que él y Matt formaban un «nosotros», que eran parte de un club al que yo ya no pertenecía.

Nunca he creído que Matt pudiera valer menos que yo, eso es algo que sencillamente jamás me hubiera atrevido a pensar; sin embargo, habíamos pasado a ser distintos. Nos habíamos desvinculado. Y a pesar de que las diferencias entre nosotros eran evidentes, me resultaba muy extraño comprobar lo diferentes que éramos en realidad; para colmo, otra persona señalaba el hecho de que ahora ya ni siquiera pertenecíamos a la misma especie.

—Por fortuna, tengo un refrigerador lleno de comida de verdad —insistió Rhys para tratar de aligerar el ambiente en la habitación—, y soy un cocinero bastante decente. Pregúntale a Wendy.

—Sí, es muy bueno —mentí. Me percaté de que ya no estaba tan hambrienta: tenía el estómago demasiado tenso y me pareció increíble que, a pesar de todo, todavía pudiera sonreírles a ambos—. Vamos, comamos algo.

Rhys había creído que si continuaba parloteando podría disimular su desafortunado comentario, y ni Matt ni yo tratamos de hacerlo cambiar de idea. Caminamos tras él hasta la cocina y Duncan me siguió desde que salimos de la habitación de mi hermano.

A pesar de que no tenía nada que reprocharle, la presencia constante de Duncan me irritaba mucho más de lo que me había llegado a incomodar Finn al principio; aunque tal vez se debiera a que ahora no era Finn quien estaba junto a mí, sino él.

Me senté en uno de los bancos de la cocina y observé cómo interactuaban los chicos: Rhys seguía alardeando sobre sus habilidades culinarias, pero en cuanto Matt lo vio en acción, decidió intervenir y



La caída

hacerse cargo del asunto. Me quedé con la barbilla apoyada en la mano y experimenté todo tipo de emociones conflictivas mientras veía que ellos charlaban, reían y se molestaban entre sí.

Por una parte estaba muy emocionada de que ambos se tuvieran ahora mutuamente en sus vidas, tal y como debería haber sido desde el principio; desde mi punto de vista, negarle a Rhys la posibilidad de convivir con un hermano mayor como Matt era un cruel efecto colateral de la práctica de intercambio de los changelings.

Por otra parte, sin embargo, tenía la sensación de que estaba perdiendo a mi propio hermano.

—Princesa, ¿os importa si cojo una botella de agua? —preguntó Duncan, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Por qué habría de importarme? —Lo miré como si fuera idiota, pero no lo notó. O tal vez lo miraban así con tanta frecuencia que ya había asumido como algo normal que la gente lo tratara de ese modo.

—No lo sé. A algunos Trylle no les gusta que los rastreadores cojan sus cosas. —Duncan se dirigió a la nevera para sacar una botella de agua mientras Matt seguía tratando de enseñarle a Rhys a dar la vuelta a las tortitas de arándano.

—Y entonces ¿qué comes y bebes si no puedes coger lo que les pertenece a los otros? —le pregunté a Duncan.

—Tengo que comprar mis propios alimentos. —Duncan todavía tenía la puerta de la nevera abierta y sacó otra botella que me mostró—. ¿Queréis una?

—Sí, claro —dije encogiéndome de hombros, y me la entregó—. ¿Llevas mucho tiempo rastreando?

—Creo que unos doce años. —Destapó la botella y dio un largo trago—. Guau, qué raro se me hace que haya pasado tanto tiempo.

—¿Y de verdad eres lo mejor que tenían? —le pregunté, tratando de no parecer desagradable.

Pero Duncan parecía fascinado con la habilidad de Matt para preparar tortitas; era obvio que el chico no poseía la confianza ni la profesionalidad de Finn, pero desde mi punto de vista jugaba a su favor ser tan diferente a él como le fuera posible.



La caída

—No —confesó Duncan, y si mi pregunta lo avergonzó, no lo hizo evidente. Sólo continuó jugando con el tapón de la botella—, pero soy lo más cercano a lo mejor. Mi apariencia es engañosa y eso también cuenta: la gente me subestima.

Por la forma en que lo dijo, recordé la película *Scream*: tal vez Duncan tuviera algo de aquel torpe y distraído encanto juvenil.

—¿Alguna vez te han dicho que te pareces a Dewey, el ayudante del alguacil en las películas de *Scream*? —le pregunté.

—¿Te refieres a David Arquette? —preguntó Duncan. Al parecer ya había acumulado la suficiente confianza como para hablarme de tú. Luego agregó—: Pero yo soy mucho mejor parecido, ¿verdad?

—Oh, sí, de eso no cabe duda —asentí. Aquel chico jamás me habría atraído, pero a su manera, tenía su punto sexy.

De repente Rhys soltó una maldición porque se le cayó una tortita al suelo. Con mucha paciencia, Matt trató de explicarle lo que había hecho mal y cómo corregirlo: usó el mismo tono de voz con el que me había enseñado a atarme los cordones de los zapatos, a montar en bicicleta y a conducir; me estaba resultando muy extraño verlo ser el hermano mayor de alguien más.

—¡Wendy! —gritó Willa detrás de mí, y apenas me dio tiempo de volverme cuando ya me tenía abrazada, estrujándome—. ¡Estoy feliz de que te encuentres bien!

—Mmm, gracias —le dije mientras me zafaba de ella.

Willa Strom era unos cuantos años mayor que yo, y era la única Trylle aparte de Finn que me llamaba «Wendy» en lugar de «princesa»; supongo que aquello era suficiente para considerarla mi amiga. Garrett, su padre, era el único amigo de Elora, y Willa había sido sumamente amable y atenta conmigo después de que Finn se marchara por primera vez. Sin ella, la ceremonia de bautismo hubiera sido un desastre mucho antes del ataque de los Vittra.

—Mi padre me había dicho que los Vittra te secuestraron, pero nadie sabía bien qué había sucedido. —Willa podía ser muy esnob, pero la preocupación que mostraba era auténtica—. He venido corriendo en cuanto me he enterado de que habías regresado. Qué alegría volver a verte.

—Sí, a mí también me alegra estar de vuelta —dije, aunque no estaba segura de si aquello era verdad o no.



La caída

—¿Duncan? —Willa lo miró como si apenas se percatara de que también estaba allí—. Tiene que ser una broma: no hay manera de que Elora te haya permitido ser el rastreador de Wendy.

—¿Lo ves? Todos me subestiman —dijo Duncan sonriendo. Parecía muy orgulloso de ello, así que no lo contradije.

—Ay, Dios, se lo tengo que contar a mi padre. —Willa sacudió la cabeza y se acomodó unos rizos castaños de su cabello perfectamente peinado por detrás de las orejas—. No es posible que Duncan sea tu rastreador.

—Estaré bien, te lo aseguro —le dije encogiéndome de hombros—. Además, estoy en el palacio. ¿Qué podría suceder aquí?

Con un gesto, Willa me hizo recordar que ella sabía tan bien como yo lo que podía suceder, pero por suerte, antes de que pudiera añadir nada más, Matt anunció que el desayuno estaba listo. Al hablarle a Matt de mis experiencias con los Trylle, había eludido mencionar que los Vittra habían entrado en el palacio, y también que Oren era mi padre; pensé que toda aquella información le afectaría demasiado.

—¿Te gustaría desayunar también? —le preguntó Matt a Willa mientras servía las tortitas en platos. Con los mejores modales del mundo, la invitó a compartir el desayuno—. Hay suficiente.

—¿Son de arándano? —preguntó Willa, arrugando la nariz y haciendo un gesto de total disgusto ante la idea de comerlos—. Noooo, de ninguna manera.

—Están muy buenas —dijo Matt al tiempo que le acercaba un plato.

Por razones que aún desconocía, los Trylle disfrutábamos de muy pocos alimentos; en general sólo comíamos frutas y vegetales frescos. No me gustaba ningún tipo de zumo, pero sí me podía un poco de vino. Las tortitas se hacían con harina procesada y azúcar, por lo que jamás me habían atraído; no obstante, llevaba varios años comiéndolas sólo por complacer a Matt.

—No pensarás comerte eso, ¿verdad? —Willa me miró con aversión cuando levanté el tenedor y lo acerqué a las tortitas.

Matt también le había servido a Duncan; estaba segura de que a él le apetecerían tanto como a Willa y a mí, pero también tomó el tenedor y se dispuso a comerlas.

—Están deliciosas —mentí.



La caída

A lo largo de los años mucha gente me había asegurado que estaban buenas de verdad, aunque nunca había logrado averiguar cómo alguien podía siquiera metérselas en la boca después de bañarlas en mermelada tal y como Matt y Rhys estaban haciendo en aquel mismo momento. Duncan y yo nos negamos a comerlas de aquella forma, más que nada porque jamás habríamos podido tragarlas en aquellas condiciones.

—Llevo años cocinando para Wendy —dijo Matt, sin inmutarse ante la reacción de Willa—. Sé cómo preparar la comida que le gusta.

Podría decirse que en general Matt se había vuelto muy bueno en complacerme, pero con mucha frecuencia comía lo que me daba sólo para hacerlo feliz, y porque de lo contrario me habría muerto de hambre.

—Oh, sí, seguro —interpuso Willa con tono burlón—, como si yo fuera a confirmar en un mänks en pantalones y camiseta para que me prepara tortitas.

—Willa —intervine—. Es mi hermano, así que déjalo en paz, ¿de acuerdo?

—¿Cómo? —Willa inclinó la cabeza, sin hacerse a la idea de a qué me refería—. Ah..., ¿te refieres a que es tu hermano anfitrión?

—Sí. —Corté un gran pedazo de tortita y me lo llevé a la boca.

—Pero si sabes que no es tu verdadero...

—¡Willa! —le grité con rudeza y con la boca llena de comida, tanta que estuvo a punto de atragantármeme—. Entiendo lo que quieres decir, pero ahora deja ese asunto en paz.

—No me sorprende que el bobo de Duncan pueda comer algo así —explicó Willa mientras alisaba su vestido de diseño y trataba de no parecer ofendida al haberla hecho callar de aquella manera—, pero tú eres una princesa. Él es demasiado estúpido para...

—¡Oye! —interrumpió Matt. Estaba sentado comiendo junto a Duncan, pero en aquel momento se detuvo y la fulminó con la mirada—. Vale, ahora lo entiendo. Eres guapa, sofisticada y rica: pues qué bien. Pero a menos que tengas pensado preparar el desayuno para todos, te sugiero que dejes ese tono insoportable y te sientes.

—¡Guau! —dijo Rhys entre carcajadas. Le encantó ver que alguien la ponía en su lugar.



La caída

Willa le puso mala cara a Rhys, pero no dijo nada; cuando Matt volvió a sus tortitas, se sentó junto a mí.

Desde que la conocí había notado que siempre se comportaba como si fuera superior; era agradable conmigo porque pensaba que éramos iguales, pero definitivamente esa política no la aplicaba con los demás.

—Tengo sed —dijo al cabo de un rato, aunque todavía parecía enfadada.

Duncan se levantó de inmediato para ir a buscarle agua, pero Matt negó con la cabeza y lo detuvo. El chico se volvió a sentar con vacilación porque, debido a su oficio de rastreador, había pasado gran parte de su vida sirviendo a los changelings; se les consideraba empleados, y por tanto los miembros de la realeza los trataban como tales.

—Ya sabes dónde está la nevera —dijo Matt sin dejar de masticar su bocado.

Willa abrió la boca pero no dijo nada. Se volvió para mirarme con la esperanza de que la defendiera, pero yo me limité a encogerme de hombros. Además, era cierto: ella ya sabía dónde estaba la nevera.

Después de un minuto de conflicto interior, se levantó y caminó hasta el refrigerador. Rhys soltó unas risitas ahogadas pero Matt lo aplacó.

Todo el asunto fue bastante asombroso para mí: Finn había sido el rastreador de Willa y siempre se había comportado de una manera muy estricta con ella, pero jamás la había visto obedecerlo o tratarlo con el respeto que le estaba mostrando en aquel momento a Matt, quien para los estándares de los Trylle tenía una jerarquía incluso inferior a la de Finn.

En los cinco minutos que hacía que Matt conocía a Willa, había logrado meterla en cintura como nadie más había hecho en toda su vida.

Willa se quedó conmigo el resto de la tarde. Rhys quería jugar a un videojuego o algo así, y yo no estaba con ánimos suficientes, así que nos separamos y noté que alejarse de Matt le devolvió la calma a mi amiga.

Nos quedamos en mi habitación y Duncan permaneció fuera, pero al cabo de un rato me dio pena y lo invité a entrar y sentarse con nosotras.

Willa, por su parte, se dedicó a organizar mi ropa porque le entretenía mucho hacerlo: clasificó las prendas con un sistema que, aunque ya me lo había explicado, jamás terminé de entender. Mientras tanto me quedé



La caída

sentada en el suelo, observándola y pensando en lo extraño que resultaba que ahora aquélla fuera mi vida.

También me contó lo maravilloso que estaba resultando su entrenamiento: Willa tenía poderes sobre el viento, pero hasta antes del ataque, jamás les había dado importancia.

Ahora quería prepararse y fortalecerse lo máximo posible. En su opinión, mi entrenamiento debía comenzar de inmediato porque yo más que nadie necesitaba estar bien adiestrada.

La noche transcurrió más o menos de la misma forma, pero me sorprendió bastante ver a Willa bajar a la cocina y unirse a nosotros para cenar. En aquella ocasión incluso comió de lo que Matt había preparado, y para mí fue como si el mundo se hubiera puesto cabeza abajo.

Me acosté poco después, pero pasé toda la noche dando vueltas: tenía demasiadas cosas en la cabeza, y aquello me impidió dormir. De pronto alguien me despertó, pero como tenía la impresión de que apenas acababa de conciliar el sueño, me acurruqué aún más y le pedí que me dejara en paz.

En ese momento, totalmente enterrada bajo las sábanas, me percaté de que tal vez fuera una muy mala señal que hubiera alguien en mi habitación, en particular por los malignos trols que trataban de secuestrarme y todo eso.



La caída

10

Entrenamiento

—¡Demonios! —gritó Tove, y saltó a un lado de mi cama.

Me incorporé y por poco di un bote. Estaba preparada para atacar a quien me hubiera despertado, pero resultó ser Tove Koner; en ese momento noté que le había hecho algo, aunque no sabía exactamente qué.

Por lo que yo recordaba, ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar y me había limitado a incorporarme, pero Tove estaba al otro lado de la habitación y se frotaba las sienes con las manos; estaba agachado y el cabello le caía sobre el rostro.

—¿Tove? —Dejé los pies colgando al borde de la cama y me levanté. Como no me respondió, me acerqué un poco más—. ¿Tove? ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Sí. —Sacudió la cabeza y de enderezó. Dejó de tocarse las sienes pero mantuvo los ojos cerrados.

—Lo siento mucho; ¿qué te he hecho?

—No lo sé. —Abrió bien la boca y estiró los músculos de la mandíbula, como si lo hubiera abofeteado—. He venido a despertarte para tu entrenamiento, y tú...

—¿Te he golpeado? —interpuse en cuanto calló.

—No, ha sido algo dentro de mi cabeza. —Se quedó mirando al horizonte—. No..., tienes razón: ha sido como si me hubieras abofeteado en el interior.

—¿De qué estás hablando?



La caída

—¿Ya habías hecho algo así antes? ¿Tal vez en alguna ocasión en que tuvieras miedo? —Me miró e ignoró mi confusión; sólo le interesaba satisfacer su duda.

—No que yo sepa, en realidad ni siquiera entiendo lo que ha sucedido.

—Mmm. —Tove suspiró y se pasó la mano por el cabello—. Tus habilidades todavía se están desarrollando. Dentro de poco tiempo deberán surgir por sí mismas, y tal vez esto sea parte de ese proceso. O quizá he sido yo el culpable.

—¿Qué?

—Sí, porque soy psíquico —me recordó—. Tu aura está muy oscura hoy.

Tove no podía leer la mente ni nada por el estilo, pero sí percibía situaciones; yo más bien proyectaba fuera de mí y podía entrar en las mentes de otras personas, como hacía Elora, y aplicar la persuasión. Tove era receptor, por lo que podía ver el aura de los demás y era más sensible a las emociones.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Que no estás a gusto. —Tove sonaba distraído; de repente se dirigió a la puerta—. Vístete de prisa: tenemos mucho que hacer.

Salió antes de que pudiera hacerle más preguntas. Me pregunté qué sería lo que Willa veía en él; aunque, de hecho, tampoco estaba segura de si el chico le atraía o si su interés sólo derivaba del hecho de que su familia fuera muy poderosa. Los Kroner, y específicamente Tove, eran los siguientes en la línea de sucesión al trono en caso de que yo no pudiera cumplir mis funciones.

Con todo, Tove era muy atractivo. Su cabello oscuro mostraba un brillo natural que lo recorría de la raíz a las puntas, aunque era rebelde, y de hecho le llegaba hasta debajo de las orejas; su piel tenía un tono verdoso como el del musgo, lo cual era común en algunos Trylle muy poderosos. No había visto a nadie más con esa característica excepto a su madre, aunque en su caso la tonalidad verdosa era aún más tenue.

Tove estaba a cargo de mi entrenamiento, pero no sabía por qué; tampoco si Elora lo había autorizado, a pesar de sus vínculos familiares. Además de ello, divagaba mucho y era un poco raro.



La caída

De entre todos los Trylle que conocía, Tove era el que tenía los poderes más potentes, y eso era especialmente peculiar porque en general las habilidades de los varones tenían menos alcance que las de las mujeres.

Pero a fin de cuentas lo que deseaba era controlar mis poderes, y pensé que me iría mucho mejor pasar el día ocupada en alguna actividad que dando vueltas por ahí. Me vestí con rapidez y salí de mi habitación. Fuera encontré a Tove hablando con Duncan.

—¿Lista? —me preguntó sin mirarme, y comenzó a caminar antes de que le contestara.

—No es necesario que vengas con nosotros —le dije a Duncan mientras caminaba de prisa tras Tove; comenzó a seguirme como siempre, pero se detuvo al oírme.

—No. Tal vez sea mejor que sí nos acompañe —dijo Tove mientras se acomodaba el cabello detrás de las orejas.

—¿Por qué? —pregunté, pero Duncan ya estaba muy emocionado por verse incluido.

—Necesitamos a alguien para hacer pruebas —respondió Tove con toda naturalidad, y la sonrisa de Duncan se desvaneció.

—¿Adónde vamos? —Casi tuve que trotar para seguirle el paso, y deseé que caminara con mayor lentitud.

—¿Has oído eso? —Tove se detuvo de repente y Duncan casi chocó con él.

—¿El qué? —Duncan miró alrededor como si esperara que de detrás de alguna puerta cerrada surgiera un atacante.

—No he oído nada —dije.

—No, por supuesto que no —me dijo Tove en tono displicente.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué no habría de oírlo?

—Porque has sido tú quien ha producido el sonido. —Tove respiró hondo pero seguía centrado en Duncan—. ¿Estás seguro de que no has oído nada?

—Sí, seguro —contestó el chico. Luego me miró con la esperanza de que le aclarara por qué Tove estaba actuando de esa forma, pero me limité a encogerme de hombros, ya que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.



La caída

—Tove, ¿qué sucede? —pregunté en voz alta para que me prestara atención.

—Debes tener cuidado. —Tove inclinó la cabeza, estaba escuchando—. Ahora estás inactiva, pero cuando te molestas, te enfadas, te asustas o te irritas, envías señales. Creo que es una reacción que no puedes controlar, y la estoy recibiendo porque soy sensible. Ni Duncan ni el Trylle promedio pueden hacerlo porque la señal no está dirigida a ellos; sin embargo, si yo alcanzo a oírla, tal vez otros también puedan hacerlo.

—¿Qué? Pero si no he dicho nada —insistí, mi frustración hacia él seguía creciendo.

—Has pensado: «Desearía que caminara con mayor lentitud» —dijo Tove.

—Pero no estaba tratando de usar la persuasión contigo ni nada por el estilo —dije confundida.

—Lo sé. Ya aprenderás a manejar lo que te sucede —me prometió, y luego empezó a caminar otra vez.

Tove nos condujo abajo. No sé adónde había creído que nos llevaría, pero ciertamente me sorprendió mucho ver que llegábamos al salón de baile devastado por el ataque de los Vittra. Aquel lugar había sido alguna vez lujoso, como sacado de un cuento de hadas de Disney: suelo de mármol, paredes blancas con ornamentos de oro, bóvedas, candelabros de diamantes.

Sin embargo, su aspecto era muy diferente después del ataque. La cúpula de vidrio se había roto, y para que no entraran la lluvia y el polvo, en su lugar se habían colocado unas lonas azules y blancas que le daban al recinto un brillo muy peculiar. Los candelabros y trozos de vidrio continuaban en el suelo, al igual que las mesas y sillas destrozadas. El suelo y las paredes estaban ennegrecidos a causa del fuego y el humo.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunté. Debido al enorme tamaño del salón, mi voz hizo eco como otras veces, aunque ahora las lonas afectaban la reverberación.

—Me gusta este lugar. —Tove extendió las manos y usó su telequinesis para apartar los escombros hacia los lados.

—¿Sabe la reina que estamos aquí? —A Duncan le incomodaba el lugar, por lo que traté de recordar si lo había visto durante el ataque; sin



La caída

embargo, aquella noche no estaba prestando mucha atención y había tanta gente que era imposible afirmarlo con certeza.

—No estoy seguro —dijo Tove encogiéndose de hombros.

—¿Y sabe que me estás entrenando? —le pregunté. Asintió y miró alrededor, dándome la espalda—. ¿Por qué me vas a entrenar tú? Tus habilidades son distintas a las mías.

—Son similares. —Se volvió para mirarme—. Además, nadie tiene las mismas habilidades que otro.

—¿Ya has entrenado a alguien?

—No, pero soy quien está mejor capacitado para entrenarte a ti —dijo, y luego comenzó a remangarse la camisa.

—¿Por qué? —pregunté, y noté que Duncan tenía la misma expresión de duda que yo.

—Eres demasiado poderosa para que lo haga cualquier otro. Nadie más podría ayudarte a desarrollar todo tu potencial porque no lo comprenden de la forma en que yo lo hago. —Terminó de remangarse y colocó las manos sobre la cadera—. ¿Estás lista?

—Supongo que sí —contesté encogiéndome de hombros. No estaba segura de qué significaba eso exactamente.

—Mueve esto. —Tove señaló vagamente el desastre que había en el salón.

—¿Te refieres a que lo haga con la mente? —Negué con la cabeza—. No puedo hacer eso.

—¿Es que acaso ya lo has intentado? —me desafió Tove, y su mirada refulgió.

—Bueno... la verdad es que no —confesé.

—Pues entonces hazlo.

—¿Cómo?

—Averígualo —me instó, encogiéndose de hombros.

—Vaya, ya veo lo bueno que eres en esto de entrenar a gente —repliqué con un hondo suspiro.



La caída

Tove se rió y yo traté de hacer lo que me acababa de proponer. Decidí comenzar con algo pequeño, así que elegí una silla rota que estaba cerca de nosotros. La observé muy concentrada; lo único que sabía cómo usar era el poder de persuasión, por lo que supuse que debía proceder de la misma manera. Repetí en mi mente: «*Quiero que se mueva la silla, quiero...*»

—¡Nooo! —exclamó Tove, causándome un sobresalto—. Lo estás pensando de la forma equivocada.

—Y entonces ¿cómo debería hacerlo?

—No es una persona. No puedes decirle qué hacer, tienes que moverla tú —añadió como si con eso quedara claro lo que quería decir.

—Pero ¿cómo? —volví a preguntarle, aunque no respondió—. Sería más sencillo si me lo explicaras.

—No puedo hacerlo, no funciona así.

Gruñí algunos improperios entre dientes, y luego me volví para mirar la silla y me preparé para hacerlo.

Bien, no podía decirle que se moviera, tenía que hacerlo yo misma. Pero ¿cómo traducir dicha noción al pensamiento? Agucé la mirada con la esperanza de que fuera de alguna utilidad, y repetí: «Mueve la silla, mueve la silla».

—Ahora mira lo que has hecho —dijo Tove.

Pensé que no habría sucedido nada, pero de pronto vi a mi rastreador caminando hacia la silla.

—Duncan, ¿qué haces? —le pregunté.

—Yo, eh..., voy a mover la silla. Creo. —Parecía algo confundido, pero lleno de determinación. Tomó la silla y me miró, totalmente perplejo—. Pero no sé adónde.

—Déjala en cualquier lugar —le dije distraída, y le pregunté a Tove—: ¿He hecho yo eso?

—Por supuesto. Te he oído recitar las instrucciones con toda claridad. Si lo hubieras hecho con un poco más de control, sería yo el que tendría la silla en las manos. —Cruzó los brazos y me miró casi con desaprobación.

—Pero no es lo que trataba de hacer; ni siquiera estaba mirándolo a él.



La caída

—Eso lo hace mucho peor, ¿no crees? —me cuestionó.

—No lo comprendo —exclamó Duncan. Dejó la silla en el suelo y, libre al fin, caminó hasta donde estábamos—. ¿Qué es lo que quieres que haga ella?

—Tienes que controlar tu energía antes de que alguien salga lastimado. —Tove me miró con solemnidad y sus ojos verde musgo se posaron en los míos durante casi un minuto antes de mirar en otra dirección. Señaló su cabeza más o menos de la misma forma en que lo había hecho Loki cuando me explicó que había detectado mi poder de persuasión—. Tienes demasiada potencia. Tus deseos salen disparados como...

—¿Como electricidad estática? —interpuse.

—¡Exactamente! —Tove chasqueó los dedos y me señaló—. Tienes que afinar tu capacidad, sintonizar bien tus frecuencias: como si fueras una radio.

—Me encantaría hacerlo, pero dime cómo.

—Bueno, no es tan simple como girar un picaporte. Y tampoco tienes interruptor de encendido y apagado. —Caminó en círculo con paso lento—. Es una habilidad que tienes que practicar, como cuando les enseñan a los bebés a ir al baño. Debes aprender a controlarla y a dejarla salir.

—Ésa es una analogía muy sexy —comenté.

—Sé que puedes mover la silla —dijo Tove, y luego se detuvo abruptamente—. Pero eso puede esperar. Por ahora lo que necesitas es aprender a controlar la persuasión. —Miró a Duncan y le preguntó—: No te molesta que experimentemos contigo, ¿verdad?

—Mmm... supongo que no.

—Ordénale hacer algo, lo que sea. —Ladeó un poco la cabeza, sin dejar de observar a Duncan. Luego se dirigió a mí—. Pero asegúrate de que yo no oiga nada.

—¿Cómo quieres que lo haga? Ni siquiera sé cómo es posible que oigas lo que digo —señalé.

—Focaliza. Tienes que dirigir bien tu energía; es imperativo.

—Pero ¿cómo?



La caída

Tove continuaba diciéndome que hiciera cosas sin explicarme la manera de hacerlas; habría dado lo mismo que me ordenara construir un maldito cohete espacial, porque sencillamente no tenía idea de cómo hacerlo.

—Focalizabas mejor cuando Finn andaba por aquí —dijo Tove de repente—. Estabas más enraizada, como pasa con la electricidad.

—Bien, pues él ya no está —contesté bruscamente.

—Pero eso no importa porque él no hacía nada —continuó explicando Tove sin inmutarse—. Tú eres quien tiene el poder. Lo que pasó fue que hiciste como una forma de tierra alrededor de él; ahora dime cómo.

No tenía ganas de pensar en Finn ni en cómo actuaba cuando estaba con él. De hecho, una de las razones por las que la idea del entrenamiento me había parecido tan buena era porque había pensado que así podría distraerme y dejar de pensar en su ausencia; y ahora Tove me estaba diciendo que Finn era la clave de mi éxito. Genial.

Estaba molesta, pero en lugar de gritarle a mi entrenador, decidí alejarme. Detestaba la capacidad que Tove tenía para saberlo todo, sin que le permitiera articular nada en especial. Estiré los brazos y giré el cuello para deshacerme un poco de la tensión; Duncan comenzó a decir algo, pero Tove lo hizo callar.

Finn. ¿Qué era lo que yo hacía de manera distinta cuando lo tenía cerca? Pues me volvía loca; su proximidad hacía que mi corazón se acelerara y el estómago se me agitara; me era muy difícil dejar de contemplarlo. Cuando Finn estaba cerca de mí, me era casi imposible pensar en cualquier otra cosa.

Y eso era todo; resultaba terriblemente sencillo.

Siempre que Finn estaba cerca, yo sólo podía concentrarme en él. De alguna manera, eso era lo que me permitía contener mi energía. Si mi mente consciente se concentraba en algo, entonces el resto podía obedecer; tal vez ahora mi energía se desbordaba porque lo que hacía era justamente tratar de no pensar en Finn.

Él no era la clave, pero cuando estaba a mi alrededor, yo siempre encauzaba mi mente, y cuando él se encontraba lejos, yo trataba de no pensar en nada porque todo me evocaba recuerdos de él; entonces mi pensamiento se esparcía y se aferraba a lo que se hallara a mano.

Cerré los ojos y traté de pensar en algo, de concentrarme en cualquier otra cosa.



La caída

Lo primero que me vino a la cabeza fue Finn, como siempre, pero disipé ese pensamiento porque seguramente existía algo más. Después recordé a Loki, y la conmoción que sentí fue tal que decidí desecharlo de inmediato. Concluí que no quería concentrarme en él ni en ninguna otra persona en realidad.

Fue entonces cuando mi mente viajó al jardín de detrás del palacio: era un lugar hermosísimo y me encantaba. Elora lo había retratado en una pintura muy bella, pero francamente no le hacía justicia en absoluto. Recordé el aroma de las flores y la sensación de la hierba bajo mis pies desnudos; pude ver el vuelo de las mariposas y también escuché el murmullo de la corriente que fluía cerca de mí.

—Vuelve a intentarlo —sugirió Tove.

Me volví hacia donde estaba Duncan, que tenía las manos en los bolsillos; cuando me vio, tragó saliva como si temiera que lo fuera a abofetear. Mantuve en mi mente la imagen del jardín y comencé a repetir: «Silba *Estrellita*, silba *Estrellita*». Parecía algo trivial, pero ése era el objetivo: no lastimarlo.

Los músculos de su rostro se relajaron, puso una mirada medio perdida, y luego comenzó a silbar. Satisfecha con mi trabajo, me volví para mirar a Tove.

—¿Y bien? —le pregunté, con gran expectativa.

—No he oído nada —dijo Tove sonriendo—. Excelente trabajo.

Pasé el resto del día practicando con Duncan, y como las primeras veces no resultó dañado, se fue sintiendo más cómodo cada vez. Fue muy comprensivo a pesar de que lo hice silbar, bailar, aplaudir y una larga serie de tonterías.

Asimismo, Tove me explicó qué había sido lo que había salido mal con Rhys y que le había impedido sentarse: al parecer, cuanto más me concentraba para tratar de persuadir a alguien, más perdurable resultaba su obediencia.

De hecho, la mente de Rhys era incluso más maleable porque no era Trylle sino humano, y estaba más dispuesto a obedecer: era muy sencillo de manejar, y en aquella ocasión yo había aplicado más energía de la necesaria. Resultaba obvio que ahora tendría que aprender a controlar las dosis.

Por supuesto, también podía invalidar cualquiera de las órdenes que daba, como cuando le indiqué a Rhys que se levantara en lugar de



La caída

sentarse y viceversa. Pero si no focalizaba mi energía, existía la posibilidad de que persuadiera a gente sin siquiera proponérmelo, tal como había sucedido cuando había hecho que Duncan cambiara la silla de lugar.

Durante todo el día traté de contener mi energía porque entendí que podía ser muy peligrosa en potencia. Para cuando llegó la tarde, estaba completamente exhausta, pues además ni siquiera había tomado un descanso para comer. Luego reflexioné y noté que de todas formas tampoco tenía hambre.

Tove me aseguró que con el tiempo podría utilizar mis poderes con la misma naturalidad con que respiraba o parpadeaba, pero a pesar de los comentarios que hacía para levantarme el ánimo, me costaba mucho trabajo creerle porque no conseguía ver los resultados del entrenamiento.

Acompañé a Tove hasta la puerta y luego subí a mi habitación para darme un baño y tomar una siesta; como a Duncan le había tocado ser conejillo de indias y eso lo había dejado profundamente agotado, se atrevió a dejarme sola para ir a descansar también.

De camino a mi habitación, oí unas voces que me hicieron detenerme.

—Ésta es la reina Sybilla —dijo Willa al tiempo que señalaba la pared. Matt estaba a su lado admirando la pintura, y ella le explicaba—: es una de las monarcas más respetadas porque, según recuerdo, gobernó durante la Guerra del Largo Invierno, que al parecer fue mucho peor de lo que su nombre indica.

—¿Un invierno largo? —preguntó Matt con una sonrisita, y Willa se rió. Fue agradable escucharla: no recordaba haberla oído reír nunca.

—Lo sé, es una tontería. —Willa tenía el cabello recogido en una coleta, lo cual le daba un toque muy juguetón. Se acomodó un mechón suelto—. Para serte sincera, creo que la mayor parte de estas historias son bastante bobas.

—Sí, ya me había dado cuenta —agregó Matt.

—Hola, chicos —saludé con vacilación mientras me acercaba a ellos.

—¡Ah, hola! —Willa sonrió aún más, y ambos se volvieron para mirarme.

Como siempre, Willa estaba espectacular. Vestía una blusa de corte en V y un adorno de diamante que llegaba justamente al lugar donde



La caída

comenzaba su escote. Además de aquella joya, también lucía un brazalete, pendientes, anillos y en el tobillo una ajorca, todo parte de la idiosincrasia Trylle: nos fascinaban las joyas. Mi caso no era tan grave como el de Willa, pero definitivamente siempre me habían vuelto loca los anillos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Matt, aunque no parecía enfadado ni preocupado. Solo tenía curiosidad.

—Entrenando con Tove —dije, y encogí los hombros para restarle importancia al asunto. Esperaba que Willa se acercara a mí y comenzara a presionarme para que le diera detalles, pero no mostró ningún interés—. Y vosotros, ¿qué estabais haciendo?

—He venido a ver si te apetecía hacer algo divertido, pero me he encontrado a tu hermano dando vueltas como un cachorrillo perdido. —Rió un poco y Matt se limitó a negar con la cabeza y a rascarse la nuca.

—No andaba como un cachorrillo perdido —dijo con una sonrisa, aunque algo ruborizado—, es sólo que no tengo nada que hacer aquí.

—Justamente. Por eso he pensado en mostrarle el lugar —explicó Willa y señaló los pasillos—. Trataba de explicarle lo formidable de tu linaje.

—La verdad es que sigo sin comprender —interpuso Matt, casi con agobio.

—Si te soy sincera, yo tampoco —confesé, y ambos rieron.

—¿Tienes hambre? —preguntó Matt, y me sentí aliviada en cuanto comenzamos a hablar de un tema menos peligroso, como lo mucho que le preocupaba mi alimentación—. Estaba a punto de bajar y preparar la cena para Rhys, para mí y para esa chica que tiene un nombre raro.

—¿Rhiannon? —preguntó Willa.

—Sí, eso es —asintió Matt.

—Ah, es una niña muy agradable —dijo Willa, y me quedé boquiabierta.

Rhiannon era la *mänsklig* de Willa, es decir, la chica por la que la habían cambiado al nacer. Rhiannon era increíblemente dulce y se llevaba muy bien con Rhys, pero jamás había oído a Willa hablar tan bien de ella.

—¿Es la novia de Rhys o algo así? —preguntó Matt mirando a Willa.

—No lo sé. Creo que ella está enamorada de él, pero no sé si Rhys le



La caída

corresponde. —En ese momento Willa pareció incluso feliz ante tal posibilidad, pero por lo general, siempre que hablaba de Rhys o de cualquier otro *mänks*, lo hacía con bastante displicencia.

—Entonces ¿qué, Wendy? —me preguntó Matt—. ¿Te apetece cenar?

—No, gracias —dije negando con la cabeza—. Estoy bastante agotada. Necesito bañarme y echarme una siesta.

—¿Estás segura? —preguntó Matt. Yo asentí—. ¿Y tú, Willa? ¿Tienes planes para cenar en algún lugar?

—Mmm, no. —Willa le sonrió—. Me encantaría quedarme a cenar.

—Maravilloso —agregó Matt.

Traté de salirme de la conversación lo antes posible porque me parecía demasiado irreal. Willa estaba siendo más que amable y, para colmo, ahora se mostraba dispuesta a comer algo que prepararía un *mänks*.

Y claro, aún quedaba por explicar la forma en que Matt actuaba. Era algo... peculiar. No sabía con exactitud qué era lo que estaba sucediendo, pero fue un alivio alejarme de ellos.



La caída

11

Estrellita

A pesar de haberme pasado otro largo día entrenando, mi humor no cambió en absoluto. Efectivamente, el control de mi energía iba mejorando y aquello me parecía muy positivo, pero cada vez me resultaba más difícil no pensar en Finn. Creía que el tiempo me ayudaría a olvidarlo, pero no era así: el dolor no dejaba de crecer.

Estuvimos toda la mañana en el salón del trono, que no había visitado hasta entonces. Era como un atrio cubierto por una gran bóveda. El recinto era circular, incluso las paredes lo eran, y la sección de detrás del trono estaba construida exclusivamente con vidrio; había enredaderas pintadas entre los decorados de oro y plata de los muros.

El lugar parecía más bien pequeño debido a la altura del techo, pero Tove me explicó que no era necesario que fuera muy amplio porque sólo se usaba para recibir a dignatarios.

En el centro estaba el solitario trono, de almohadillas tapizadas con suntuoso terciopelo rojo; a los lados, dos sillas más pequeñas no tan elegantes. El trono no estaba fabricado en madera, sino en platino: el metal estaba trenzado, creando diseños como de encaje con diamantes y rubíes incrustados.

Caminé hasta él y toqué el terciopelo con cautela: parecía tan nuevo y afelpado que daba la impresión de que jamás se había usado. A pesar de que los brazos también estaban elaborados con metal, eran peculiarmente delicados al tacto; los recorrí con la mano y tracé los diseños entrecruzados del entramado.

—A no ser que planees mover eso con la mente, te sugiero que comiences a practicar —dijo Tove.



La caída

—¿Por qué vamos a entrenar aquí? —pregunté mientras me alejaba del trono. Por alguna razón, aquel objeto me cautivaba y hacía que todo lo que me rodeaba cobrara un aspecto más real.

—Me gusta este espacio —dijo, señalando vagamente lo amplio del recinto—. Ayuda a mis pensamientos. Además, hoy van a remodelar el salón de baile y no podremos usarlo.

Me alejé del trono con cierta reticencia y caminé hasta donde estaba Tove para interesarme por cualquiera que fuese la misteriosa lección de aquel día. Duncan se quedó en un extremo del salón la mayor parte de la mañana, descansado, porque aquel día no lo usaría como conejillo de indias. Tove quería que trabajara el dominio de mis pensamientos, aunque ese día, sin embargo, deseaba que usara técnicas que me resultaban aún más ilógicas.

El ejercicio consistía en quedarme frente a una pared contando hasta mil, y al mismo tiempo debía pensar en un jardín y aplicar el poder de persuasión. Como no se lo transmitía a nadie en particular, no me quedaba claro cómo iba a detectar si funcionaba o no, pero Tove me explicó que el objetivo era que aprendiera a flexionar mis músculos psíquicos. Para llegar a controlar el aspecto que él quería, mi mente tendría que aprender a lidiar con muchas ideas de manera simultánea, algunas de ellas contrapuestas.

Tove se extendió sobre el suelo y se quedó recostado en el frío mármol mientras yo practicaba. Al cabo de un rato, Duncan se cansó y se acercó al trono para sentarse con una pierna colgada a un lado; aquello me irritó un poco, pero como me era difícil señalar con precisión lo que causaba mi molestia, preferí no decir nada. Yo no apoyaba la forma de ser de la aristocracia, y ciertamente no iba a aplicar ninguna de sus costumbres para incomodar al chico.

—¿Cómo vas? —preguntó Tove después de media hora de silencio; todos permanecíamos callados porque yo estaba concentrada en lo que quiera que fuera que supuestamente debía dominar.

—Muy bien —mascullé.

—Genial, entonces agreguemos una canción. —Tove miró hacia la bóveda y se quedó observando las nubes que nos cubrían.

—¿Qué? —Dejé de contar y de aplicar la persuasión para poder mirarlo de frente—. ¿Por qué?



La caída

—Todavía puedo escucharte —explicó Tove—. Cada vez es más tenue pero percibo un leve zumbido, como el de cables eléctricos. Tienes que apagar el ruido en tu cabeza.

—¿Y hacer un millón de cosas al mismo tiempo me servirá para eso? —pregunté con escepticismo.

—Sí. De esa forma te irás fortaleciendo y aprenderás a contener la energía —concluyó sin dar lugar a discutir—. Ahora tienes que añadir una canción.

—¿Y qué quieres que cante? —le interrogué con un hondo suspiro mientras me volvía hacia la pared de nuevo.

—Algo que no sea *Estrellita* —exclamó Duncan con una mueca—. No consigo apartar esa melodía de mi cabeza desde ayer.

—A mí me gustan los Beatles —dijo Tove.

Miré a Duncan y vi que ahogaba una risita de sorpresa; respiré hondo y comencé a cantar *Eleanor Rigby*. Me confundí un par de veces con la letra, pero por suerte a Tove no le importó. Ya era bastante difícil tratar de practicar la persuasión como para además recordar la letra de una canción que llevaba años sin escuchar.

—Espero no interrumpir. —La voz de Elora arruinó la poca concentración que había conseguido, así que dejé de cantar y me volví para mirarla.

Duncan se levantó de inmediato del trono, pero de todas formas alcancé a ver la fulminante mirada que le lanzó Elora. El chico miró hacia abajo y su cabello cubrió el rubor color carmín que apareció en sus mejillas.

—Por supuesto que no —contesté encogiéndome de hombros; por primera vez me alegré de ver a Elora porque, en cuanto llegó, supe que podría descansar un rato.

Elora inspeccionó el salón con desdén, aunque, como seguramente ella misma había participado en su diseño, era imposible saber qué era lo que le desagradaba. Se paseó por el lugar, con un vestido largo arrastrándose alrededor de los pies; Tove no se levantó, se limitó a observarla con un interés bastante superficial.

—¿Me permiten hablar a solas con la princesa? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular mientras nos daba la espalda a los tres.



La caída

Duncan ofreció disculpas entre murmullos y salió del salón tan de prisa que estuvo a punto de tropezarse; Tove, siempre feliz de hacer todo a su propio ritmo, abandonó el salón del trono con demasiada parsimonia. Como si aquello no fuera suficiente, se pasó una mano por el despeinado cabello e hizo un comentario impreciso, algo sobre que regresaría a buscarme cuando hubiese terminado.

—Jamás me ha interesado este lugar —dijo Elora en cuanto salieron—. Sé que la intención al diseñarlo fue precisamente hacernos recordar nuestras raíces orgánicas, pero, francamente, siempre me ha dado la impresión de que parece más un invernadero que un salón del trono. No me parece adecuado.

—A mí me gusta. —Entendí lo que Elora acababa de decir, pero a mí me seguía pareciendo un recinto hermoso. El vidrio le brindaba un toque opulento, aunque de buen gusto.

—Tu «amigo» se ha instalado aquí. —Elora escogió sus palabras con cautela y luego se dirigió al trono. Recorrió los brazos de la misma forma en que yo lo hiciera, pero sus largas uñas pintadas de negro disfrutaron más tiempo de los detalles.

—¿Mi amigo?

—Sí, el... muchacho. Se llama Matt, ¿no es así? —Levantó la cabeza para mirarme de frente y comprobar si estaba en lo cierto.

—Te refieres a mi hermano —dije deliberadamente.

—No lo llares así. Puedes pensar en él de la forma que te plazca, pero si alguien te llega a oír llamándolo así... —Dejó la frase inconclusa—. ¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?

—Hasta que yo sienta que es seguro que se vaya. —Me enderecé; estaba preparándome para otro enfrentamiento, pero ella no prosiguió. Sólo asintió con la cabeza una vez y miró por la ventana—. ¿No tratarás de impedírmelo?

—Princesa, llevo algún tiempo siendo reina —dijo, sonriendo con frialdad—. Sé muy bien elegir mis contiendas, y sospecho que ésta es una que no podría ganar.

—Entonces ¿estás de acuerdo? —pregunté, incapaz de ocultar la sorpresa en mi voz.

—Cuando las cosas no se pueden cambiar, uno aprende a tolerarlas —agregó llanamente.



La caída

—¿Quieres conocerlo? —No sabía bien cómo comportarme.

Si no pretendía oponerse a que Matt se quedara y tampoco había ido al salón del trono para reprenderme por algo en particular, entonces me resultaba imposible saber por qué quería hablar conmigo; era la primera vez que me buscaba sólo porque sí.

—Estoy segura de que lo veré a su tiempo. —Se pasó la mano por el negro cabello para alisarlo, y se acercó más a mí—. ¿Cómo va tu entrenamiento?

—Bien —dije encogiéndome de hombros—. Aún no lo entiendo del todo, pero supongo que voy por buen camino. Creo.

—¿Y te estás entendiendo con Tove? —Me observó con sus ojos oscuros como si me estuviera analizando.

—Sí, muy bien.

No sé qué fue lo que vio en mí en ese momento, pero seguramente le agradó porque asintió y sonrió. Se quedó un rato más y conversó un poco conmigo; me preguntó más acerca del entrenamiento, pero su interés se desvaneció casi de inmediato. Se disculpó y me dijo que tenía que atender algunos asuntos.

En cuanto se fue, Tove volvió para continuar practicando, pero sugerí que sería mejor que fuéramos a comer. Nos dirigimos a la cocina y allí encontramos a Matt preparando algo para él y para Willa. Rhys estaba en la escuela, por lo que se encontraban solos.

Willa le arrojó una uva a Matt, y cuando se la devolvió, ella se rió. Si Tove notó algo inusual en la manera en que se trataban, no dijo nada; de hecho, casi no levantó la mirada del plato. Comió en absoluto silencio mientras yo los observaba con una mezcla de fascinación y desconcierto.

Comí a toda prisa, y al terminar, Tove y yo volvimos al entrenamiento y los dejamos a ellos en la cocina. La verdad es que no pareció importarles en absoluto que nos fuéramos.

Aquel día no tuve mucho tiempo para pensar en la extraña forma en que estaban actuando Matt y Willa porque seguíamos entrenando en el salón del trono de la misma manera en que lo habíamos estado haciendo durante la mañana. Hacia el final del día comencé a sentirme agotada, pero sólo dejé de practicar cuando Tove me lo indicó.



La caída

Entonces él se fue a casa y poco después Duncan me siguió hasta mi habitación, porque, por más que insistiera, no había manera de que me dejara en paz. Quería estar sola, pero le permití entrar: me sentía rara y malvada por hacerlo quedarse todo el tiempo en el pasillo.

Sabía que en teoría era mi guardaespaldas, pero no se trataba de un tipo arrogante vestido de traje y con un audífono en la oreja, sino de un chico en tejanos, lo cual me hacía más difícil tratarlo como si fuera un empleado.

—No entiendo por qué odias tanto este lugar —dijo Duncan mientras admiraba mi habitación.

—No lo odio —dije, aunque no estaba segura de que fuera cierto.

Todo el día había llevado el cabello en un moño suelto, pero en cuanto llegué a mi habitación lo solté y me pasé la mano por entre los rizos. Duncan echó un vistazo a las cosas que tenía sobre el escritorio e incluso tocó mi ordenador y los CD. Si hubieran sido míos de verdad, me habría puesto furiosa, pero todo formaba parte de aquel lugar al que había ido a vivir, a pesar de que aquellos objetos estaban en mi habitación, en realidad muy pocas cosas me pertenecían.

—¿Por qué huiste? —preguntó Duncan al tiempo que levantaba un CD de Fall Out Boy y leía la lista de canciones.

—Pensé que lo sabías. —Me recosté en la cama, entre el oleaje de mantas y almohadas, y coloqué una de éstas bajo mi cabeza para poder verlo mejor—. Das la impresión de estar al tanto de todo.

—¿A qué te refieres? —Dejó el CD en el escritorio y se volvió para verme—. No creo dar esa impresión en absoluto.

—Tal vez no —agregué mientras me retiraba un rizo de la frente—, pero cuando llegaste a mi casa a recogerme, me pareció que lo sabías.

Duncan había dicho algo el día que lo conocí; no recordaba con exactitud qué había sido, pero con aquel comentario me había dado a entender que sabía lo que había sucedido entre Finn y yo. O por lo menos, que estaba enterado de por qué lo habían retirado, es decir, de los sentimientos que tenía hacia mí.

Aunque, por otra parte, yo ya no tenía muy claro cuáles eran aquellos sentimientos. Incluso me parecía que, si alguna vez habían sido ciertos, eso había cambiado. En algún momento estuvimos juntos en aquella misma cama, abrazándonos y besándonos; yo hubiera querido



La caída

llegar más lejos, pero Finn lo impidió, diciendo que no quería hacerme daño. Tal vez fuera simplemente que no me deseaba en absoluto.

Porque de otra manera, no se habría ido así como lo hizo. Era imposible.

—No sé de qué estás hablando. —Duncan negó con la cabeza—. Creo que nunca llegué a entender por qué te fuiste.

—Quizá fueron imaginaciones mías. —Rodé sobre mi espalda para poder mirar al techo, y antes de que pudiera preguntarme algo más, cambié de tema—: Por cierto, ¿qué es lo que sucedió con vosotros?

—¿Cuándo? —Duncan había dejado de observar los CD y ahora estaba inspeccionando mi pequeña colección de libros.

No es que fueran malos, pero todos los habían elegido entre Rhys y Rhiannon, por lo que en realidad no reflejaban mis preferencias; aparte de uno de Jerry Spinelli; no se me hubiera ocurrido comprar ninguno de aquellos libros.

—Cuando estuvisteis en mi casa; salisteis por la ventana y entonces los Vittra me secuestraron. ¿Qué hicisteis? ¿Adónde fuisteis?

—No llegamos muy lejos. Finn tenía pensado quedarse por allí cerca porque estaba convencido de que tarde o temprano vendrías con nosotros —dijo mientras levantaba un libro y lo hojeaba distraídamente—. Pero apenas habíamos caminado una manzana cuando nos emboscaron. Era ese tipo del cabello rubio y desaliñado: le bastó con mirarnos para que nos desmayáramos.

—Loki —murmuré con un suspiro.

—¿Quién? —preguntó Duncan, pero le respondí negando con la cabeza.

Seguramente los Vittra habían estado al acecho, esperando una oportunidad para sorprender a Finn y a Duncan; les habían preparado una emboscada y luego Loki se había hecho cargo de ellos. Finn tuvo suerte de que sólo lo hicieran desmayarse, porque cuando me atacó Kyra, estaba muy claro que tenía intención de acabar conmigo.

Tal vez a ella la hubieran enviado a buscarme mientras Loki se encargaba de someter a Finn y a Duncan. En realidad, Loki no parecía ser gran partidario de la violencia, y de hecho, si no hubiera intervenido, Kyra me habría matado.



La caída

—Espera —dijo Duncan, entornando los ojos para verme mejor, como si acabara de percatarse de algo—: ¿Creíste que te habíamos dejado sola?

—No sabía qué pensar —respondí—. Tan sólo os marchasteis, y aquello no era lo que yo esperaba. No quería ir con vosotros, pero os fuisteis sin siquiera tratar de convencerme, así que pensé que...

—¿Ése es el motivo de que andes tan cabizbaja?

—¡No estoy cabizbaja! —La verdad era que había estado algo deprimida desde que volvimos, bueno, desde antes de eso, pero jamás habría dicho que andaba cabizbaja.

—Te aseguro que sí —insistió con una sonrisa—. Jamás te hubiéramos dejado sola; eras un blanco muy fácil y Finn nunca habría permitido que te sucediera algo. —Duncan continuó inspeccionando mis efectos personales y levantó mi iPod—. Quiero decir, él ya no te puede dejar, y mientras sigas aquí, estarás completamente a salvo.

—¿Qué? —El corazón comenzó a palpitarme con fuerza—. ¿De qué estás hablando?

—¿Cómo dices? —Era obvio que Duncan había hablado de más, y al darse cuenta palideció—. No sé nada.

—No, Duncan, explícame qué has querido decir —le ordené, al tiempo que me sentaba en la cama. Sabía que no era buena idea mostrar que me interesaba mucho el asunto, pero fue inevitable que lo hiciera—. ¿Finn está aquí? Es decir, ¿aquí, aquí?

—Creo que no debería haber dicho nada —dijo balanceándose con nerviosismo.

—Tienes que contármelo todo —insistí mientras me acercaba hasta el borde de la cama.

—No. Finn me mataría si lo hiciera. —Duncan bajó la mirada y jugueteó con una de las presillas rotas de su cinturón—. Lo siento.

—¿Te ordenó que no me dijeras que está aquí? —le pregunté, y sentí que alguien me apuñalaba el corazón.

—No está aquí, en el palacio —contestó gruñendo, y luego me miró con timidez—. Si me involucro en la sórdida relación que tenéis, sea la que sea, jamás volveré a conseguir un empleo. Por favor, princesa, no me obligues a seguir hablando.



La caída

No fue sino hasta que él mismo lo expresó que me percaté de que sí podía obligarlo a darme más detalles: aunque mi poder de persuasión no era tan fuerte para usarlo con Tove o Loki, ya llevaba algún tiempo practicando con Duncan y era muy susceptible a mi encanto.

—¿Dónde está? —le exigí que me dijera, mirándolo de frente.

Ni siquiera tuve que repetirlo en mi cabeza; en cuanto lo ordené, se le aflojó la mandíbula y los ojos se le vidriaron. Me sentí muy mal al ver que su mente se había vuelto tan sensible; más adelante tendría que compensárselo de alguna manera.

—Está en Förening, en casa de sus padres —dijo Duncan mientras parpadeaba con fuerza.

—¿Sus padres?

—Sí, viven al final del sendero —explicó, y señaló hacia el sur—. Sigue el camino principal que conduce a la entrada y luego toma la tercera desviación a la izquierda, un sendero de grava. Baja por el costado del acantilado. Ahí está su casa: es fácil reconocerla por las cabras.

—¿Cabras? —pregunté. De cualquier forma, tenía la sensación de que Duncan me estaba tomando el pelo.

—Su madre tiene un pequeño criadero de cabras de angora. Con la lana teje jerséis y bufandas que luego vende. —Duncan sacudió la cabeza—. Creo que ya he hablado demasiado. Me voy a meter en problemas.

—No, todo irá bien —le aseguré saltando de la cama.

Corrí al armario para cambiarme de ropa. No es que me viera mal, pero como planeaba encontrarme con Finn, tenía que estar estupenda. Duncan no paraba de quejarse de lo idiota que había sido por confesármelo todo; traté de calmarlo, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Para empezar, no podía creer lo ingenua que había sido: estaba convencida de que nada más relevarlo de mi cuidado, habrían enviado a Finn a rastrear a alguien más, pero ahora me daba cuenta de que seguramente necesitaba descasar un tiempo, y que tendría que hacerlo en algún lugar cercano. Si no se había quedado en el palacio, la casa de sus padres era la siguiente ubicación lógica. Aunque la verdad era que él casi nunca los había mencionado, por lo que no se me ocurrió pensar siquiera que pudieran vivir cerca.



La caída

—Elora se enterará; ella siempre acaba por saberlo todo —masculló Duncan mientras yo cerraba la puerta del armario.

—Te prometo que no se lo diré a nadie. —Me miré en el espejo: me veía pálida, dispersa y aterrada. A Finn le gustaba que me soltara el cabello, así que preferí no recogérmelo a pesar de que se veía algo desaliñado.

—De todas formas se va a enterar —insistió Duncan.

—Protegeré tu trabajo —le dije, aunque no conseguí borrar el escepticismo de su rostro—. Soy la princesa y tengo algo de influencia por aquí. —Duncan se encogió de hombros, pero advertí que había logrado calmar algunos de sus temores—. Debo irme. No puedes decirle a nadie dónde me encuentro.

—Pero se van a volver locos en cuanto se enteren de que no sé dónde estás.

—Bueno... —Miré alrededor, tratando de pensar rápido—. Pues entonces quédate aquí, y si alguien viniera a buscarme, di que estoy dándome un baño y que no quiero que me molesten. Nos protegeremos el uno al otro.

—¿Estás segura de eso? —preguntó arqueando una ceja.

—Sí —le mentí—. Tengo que irme. Gracias por todo.

A Duncan seguía sin convencerle la idea, pero no le di muchas opciones. Salí corriendo y traté de no llamar la atención: Elora tenía a otros rastreadores vigilando por ahí; sin embargo, logré escabullirme sin que lo notaran.

Cuando abrí la puerta principal me percaté de que ni siquiera sabía por qué me urgía tanto ver a Finn. ¿Qué iba a hacer cuando lo tuviera delante? ¿Convencerlo de que viniera conmigo? ¿De verdad era lo que quería?

Dado el estado en que había quedado la situación entre nosotros, ¿qué era lo que estaba buscando?

Estaba claro que no tenía la respuesta. Lo único que sabía era que necesitaba verlo, así que caminé de prisa por el sinuoso sendero que iba hacia el sur, y traté de recordar las instrucciones que me había dado Duncan.



La caída

12

Familia

El sendero de grava se iba volviendo cada vez más inclinado, y no habría podido saber que iba por el camino correcto de no ser por el balido de las cabras.

Detrás de una curva vi la casita enclavada a un lado de los acantilados. La cubrían tantas enredaderas y matorrales que, de no ser por el humo que salía de la chimenea, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba allí.

El campo donde pastaban las cabras estaba en una especie de meseta por encima del resto del acantilado, y lo rodeaba una valla de madera. La lana de las cabras era larga y tenía un color blanco deslucido que el cielo nublado y la fría bruma en el aire no ayudaban a destacar; incluso las hojas otoñales que cubrían el prado de la casa de Finn, doradas y rojizas, parecían faltas de vigor.

Había llegado hasta allí pero no sabía qué hacer, así que me abracé y tragué saliva. ¿Debía llamar a la puerta? ¿Acaso tenía algo que decirle? Él se había marchado; había tomado una decisión y yo lo sabía bien.

Miré hacia atrás, al palacio, y traté de evaluar si sería mejor regresar sin haberme encontrado con él. De pronto, la voz de una mujer interrumpió mis pensamientos; el sonido provenía de la casita de Finn.

—Ya os he dado de comer —les dijo la mujer a las cabras.

Iba caminando por el prado, procedente del pequeño establo situado en el extremo del campo. Su viejo vestido se arrastraba por el suelo y tenía el dobladillo sucio. Sobre los hombros llevaba una capa oscura, y el cabello recogido en dos apretados moños. Las cabras se apiñaban a su alrededor, suplicándole un bocado, y mantenían a la mujer demasiado distraída empujándolas como para que se hubiera dado cuenta de mi presencia de inmediato.



La caída

Sin embargo, cuando finalmente me vio, hizo sus pasos más lentos hasta casi detenerse. Sus ojos eran tan negros como los de Finn, y aunque era bastante bella, su rostro reflejaba un cansancio mayor al que hubiera visto en cualquier otra persona de Förening. No podía tener más de cuarenta años, pero su piel mostraba la apariencia bronceada y desgastada como consecuencia de toda una vida de trabajo duro.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó mientras apretaba el paso para llegar hasta mí.

—Mmm... —Me abracé con más fuerza y me volví hacia el sendero—. No creo.

Abrió la valla, haciendo un sonido con la garganta para que las cabras retrocedieran; salió, se detuvo a unos metros de mí y me miró con una ligera desaprobación. Luego se limpió las manos en el vestido para librarse de alguna suciedad de los animales.

Asintió con la cabeza y resopló.

—Hace frío aquí —dijo—. ¿Por qué no entras?

—Gracias, pero... —comencé a darle un pretexto para no hacerlo, pero me interrumpió.

—Creo que deberías pasar.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la casa. Me quedé atrás un momento, debatiéndome entre seguirla o salir huyendo, pero entró en la casa y dejó la puerta abierta; del interior salió un aire tibio con un delicioso aroma a estofado de verduras, un guiso reconfortante, casero y apetecible como pocas veces me resultaba la comida.

Cuando entré en la casa, ya había colgado la capa y estaba cerca de la enorme estufa de leños con forma redondeada que se encontraba en una esquina. En el fuego reposaba una olla negra en la que hervía el maravilloso estofado que la mujer removió con un cucharón de madera.

La casita parecía tan pintoresca y humilde como esperaba que fuera el hogar de un trol. Me recordaba a la cabaña de los siete enanitos de Blancanieves; el suelo era de tierra y estaba cubierto por una capa negra y lisa, producto del desgaste.

En el centro de la cocina se hallaba una robusta mesa de madera llena de marcas. En una esquina había una escoba, y en el alféizar de cada una de las pequeñas ventanas redondas descansaba un cajón con flores. Como las del jardín del palacio, éstas también se abrían con



La caída

brillantes colores rosa y morado, a pesar de que la temporada había quedado atrás.

—¿Te vas a quedar a cenar? —me preguntó mientras rociaba el estofado con algo.

—¿Disculpe? —pregunté, sorprendida por su invitación.

—Necesito saberlo. —Se volvió para mirarme y se limpió las manos en el vestido para retirar el polvo de las especias—. Si voy a tener que alimentar otra boca, tendré que preparar más pan.

—Oh, no, estoy bien. —Negué con la cabeza en cuanto entendí que no se trataba de una invitación. El estómago me chillaba de hambre, pero aquella mujer temía que abusara de su cena y su familia—. Pero gracias de todas maneras.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —La vi poner sus manos en la cadera y noté que tenía la misma mirada oscura y severa que Finn mostraba cuando estaba enfadado.

—¿Cómo? Usted... —tartamudeé ante la brutal franqueza de su pregunta—. Usted me ha invitado a pasar.

—Estabas acechando ahí fuera; sé que quieres algo. —Cogió un trapo del cuenco de metal que usaban como fregadero y comenzó a limpiar la mesa a pesar de que no se veía sucia—. Preferiría que pasaras y tratáramos el asunto para acabar cuanto antes.

—¿Usted sabe quién soy? —le preguntó con cautela.

No pretendía mostrar superioridad, pero no entendí por qué la mujer reaccionaba de aquella forma. Aunque supiera que yo era la princesa, no tenía razón para ser tan cortante.

—Por supuesto que sé quién eres —contestó—. Y supongo que tú también sabes quién soy yo.

—¿Quién es usted? —le pregunté, a pesar de que ya lo sabía.

—Soy Annali Holmes, humilde servidora de la reina. —Dejó de limpiar la mesa para poder lanzarme una mirada de desprecio—. Soy la madre de Finn, y si has venido a verlo, déjame decirte que no está aquí.

De no haber estado tan confundida por la forma en que me estaba tratando, el corazón se me habría detenido. Sentí que me acusaba de algo, pero ni siquiera sabía de qué.



La caída

—Yo, yo no,, —dije tartamudeando—. He salido a dar un paseo porque necesitaba aire fresco. No tenía ninguna intención concreta.

—Nunca la tienes —dijo Annali con una parca sonrisa.

—Usted acaba de conocerme.

—Es posible —asintió—. Pero conocí a tu madre muy bien. —Se volvió y puso la mano en el respaldo de una de las sillas del comedor—. Y también conozco a mi hijo.

Entendí demasiado tarde de dónde provenía su ira: años atrás, su esposo y mi madre habían tenido un amorío; Annali estaba enterada de ello, y lo estaba pagando conmigo. No sabía cómo no me había dado cuenta antes.

Allí estaba yo, fastidiando la vida de su hijo después de que mi madre casi hubiera arruinado la suya. Tragué saliva y me percaté de que no debería haber ido: ya había molestado a Finn y herido a su familia lo suficiente.

—¡Mamá! —gritó una niña desde uno de los cuartos de la casa. Annali recobró la compostura de inmediato y sonrió forzosamente.

Entró en la cocina una pequeña de unos doce años que traía consigo un maltratado libro de texto; llevaba varias capas de ropa que incluían un vestido viejo y un jersey de lana, y parecía desabrigada y aterida de frío a pesar del calor de la casa. Su cabello era un amasijo oscuro muy parecido al que yo misma había lucido toda la vida, y en la mejilla tenía una mancha de mugre.

La niña se quedó boquiabierta cuando me vio.

—¡Es la princesa! —dijo entrecortadamente.

—Sí, Ember, ya sé quién es —dijo Annali con toda la dulzura de que fue capaz.

—Lo siento mucho, se me han olvidado los buenos modales. —Ember arrojó el libro a la mesa e hizo una ágil y profunda reverencia.

—Ember, no tienes que hacer eso, al menos no aquí en nuestra casa —la reprendió Annali con tono de molestia.

—Tu madre tiene razón. Además, me siento bastante tonta cuando la gente hace eso —añadí.



La caída

Annali me miró con el rabillo del ojo, y por alguna razón, creo que el hecho de que me mostrara de acuerdo con ella la hizo odiarme todavía más; tal vez sintió que trataba de menospreciar su autoridad en su propia casa.

—¡Por Dios, princesa! —Ember se retorció y rodeó la mesa para ir a saludarme— ¡No puedo creer que estés en mi casa! ¿Qué haces aquí? ¿Es algo relacionado con mi hermano? Ha salido con papá pero volverá pronto. Deberías quedarte a cenar. Mis amigos de la escuela se van a morir de envidia. ¡Ay, por Dios! ¡Eres mucho más hermosa de lo que dijo Finn!

—¡Ember! —Annali interrumpió bruscamente a su hija cuando se dio cuenta de que no dejaría de parlotear jamás.

Me ruboricé y miré en otra dirección, sin saber qué responderle. Podía comprender en teoría lo emocionante que era conocer a una princesa, pero no me parecía que hubiera razón alguna para sentirse deslumbrado por conocerme a mí.

—Lo siento. —Ember se disculpó, pero eso no minimizó su deleite en absoluto—. Llevo tiempo implorándole a Finn que me permita conocerte, pero él...

—Ember, creo que tienes que hacer los deberes —dijo Annali sin mirar a ninguna de las dos en particular.

—Venía a verte precisamente porque hay una cosa que no entiendo — contestó Ember al tiempo que señalaba el libro de texto.

—Bien, pues entonces trabaja en alguna otra cosa —le dijo Annali.

—¡Pero, mamá! —se quejó la niña.

—Ember, basta —exclamó Annali con firmeza, en un tono que me pareció demasiado familiar: lo había estado escuchando durante años cuando Maggie y Matt me regañaban. Ember respiró hondo y levantó el libro de la mesa antes de regresar a su cuarto. Masculló entre dientes que la vida no era justa, pero Annali la ignoró.

—Su hija es encantadora —dijo cuando la niña se hubo retirado.

—No vengas a hablarme sobre mis propios hijos —contraatacó Annali con rudeza.



La caída

—Lo siento. —Me froté los brazos sin saber qué hacer. Ni siquiera tenía claro por qué estaba allí—. ¿Por qué me ha invitado a pasar si no me quiere en su casa?

—Lo dices como si tuviera otra opción. —Me miró con exasperación y volvió junto a la estufa—. Has venido aquí por mi hijo, y ya sé que no puedo impedirlo.

—Yo no... —No pude concluir la frase—. Quería hablar con Finn, no alejarlo de usted —expliqué con un suspiro—. Tan sólo quería despedirme.

—¿Vas a ir a algún lugar? —me preguntó, dándome la espalda mientras removía el estofado.

—No, por más que quisiera, no podría ir a ningún lugar. —Me acomodé las mangas de la blusa y bajé la mirada al suelo—. En realidad no quería molestarla. Ni siquiera sé por qué he venido. No debería haberlo hecho.

—¿No has venido para llevártelo? ¿Eso es cierto? —Annali se volvió para mirarme cara a cara, y entornó los ojos.

—Es que él se fue —dije—, y no puedo obligarlo a volver... Aunque tampoco es algo que deseara, por más que pudiera —expliqué, negando con la cabeza—. Lamento haberla molestado.

—La verdad es que no te pareces en nada a tu madre. —Annali parecía bastante sorprendida por ello. Me volví para mirarla—. Ya me lo había dicho Finn, pero no le creí.

—Gracias —dije—. Es decir... es que no quiero ser como ella.

De pronto oí voces masculinas que se acercaban por el sendero; los muros de la casa eran bastante delgados. Miré a través de la pequeña ventana que estaba junto a la puerta, y a pesar de que el vidrio era imperfecto y ofrecía una imagen borrosa, divisé a dos personas que se acercaban a la casa.

—Ya están de vuelta —dijo Annali con un suspiro.

El corazón comenzó a palpitarme en el pecho y tuve que apretar bien las manos para que no me temblaran. Todavía no tenía idea de lo que estaba haciendo allí, y ahora que Finn se acercaba con paso veloz a la puerta, deseé no haber ido en absoluto. No se me ocurría qué decirle porque, a pesar de que tenía mucho de que hablar con él, aquellos eran el lugar y el momento menos oportunos.



La caída

La puerta de la casa se abrió y entró de repente un viento frío, con el cual me hubiera gustado escapar, pero el hombre me impidió salir; parecía tan conmocionado y nervioso como yo. Se detuvo en la puerta para que Finn no pudiera entrar, y durante unos instantes se quedó allí quieto sin hacer otra cosa que mirarme.

Aunque su piel era más oscura que la de Finn, sus ojos eran un poco más claros; no obstante, descubrí suficientes rasgos similares para saber que era su padre. Noté algo casi dulce en él: tal vez la suavidad de su piel y los pómulos bien marcados. Finn era de facciones más duras y fuertes, lo cual me gustaba infinitamente más.

—Princesa —exclamó al cabo de un rato.

—Sí, Thomas —dijo Annali sin tratar de ocultar la irritación que transmitía su voz—. Es la princesa; y ahora entra en casa antes de que se salga todo el aire caliente.

—Lo siento. —Thomas se inclinó ante mí, y luego se hizo a un lado para que Finn pudiera pasar.

Él no hizo ninguna reverencia ni dijo una sola palabra; permaneció inmutable, y sus ojos eran demasiado oscuros para descifrar lo que pensaba. Se cruzó de brazos, y como no me quitaba la mirada de encima, me volví en otra dirección. El aire se hubiera podido cortar con un cuchillo y de pronto sentí que era demasiada tensión para mí.

—¿Y a qué debemos este placer? —preguntó Thomas para romper el incómodo silencio. Ya estaba junto a Annali y la abrazaba por los hombros; al sentir su cercanía, ella miró hacia lo alto, pero no se retiró.

—He salido a tomar aire fresco —tartamudeé. Los músculos de la boca no me respondían, por lo que tuve que forzarme a hablar.

—¿No deberías volver a casa ya? —sugirió Annali.

—Sí —asentí con rapidez, agradecida de que me hubiera facilitado el pretexto para salir de allí.

—Permíteme que te acompañe —dijo Finn, que habló por primera vez en todo este tiempo.

—No creo que sea necesario, Finn —señaló Annali.

—Tengo que asegurarme de que vuelva a casa —intervino él. Luego abrió la puerta y dejó que el aire helado entrara; fue un hermoso



La caída

descanso después de estar en el sofocante ambiente de la cocina—. ¿Estás lista, princesa?

—Sí —asentí, y me dirigí a la puerta. Me despedí con la mano; en realidad no quería mirar a Annali y a Thomas de frente—. Ha sido un placer conocerlos. Por favor, despídanme de Ember.

—Puede volver cuando quiera, princesa —dijo Thomas, y cuando salía de la casita alcancé a oír el codazo que le propinó Annali.

Respiré hondo y caminé por el sendero de grava. Las piedras se me iban clavando en los pies descalzos, pero fue una sensación agradable: me distrajo del incómodo silencio que reinaba entre Finn y yo.

—No tienes necesidad de acompañarme —le dije en voz baja cuando llegamos a la cima del camino. A partir de allí, la grava del sendero se tornaba en una suave ceniza que conducía de vuelta al palacio.

—Sí, tengo que hacerlo —contestó Finn con naturalidad—. Es mi deber.

—Ya no.

—Mi deber sigue siendo cumplir los deseos de la reina, y sé que su mayor deseo es mantener a la princesa a salvo —dijo en un tono casi sarcástico.

—Estoy perfectamente a salvo sin ti —dije, y caminé más de prisa.

—¿Hay alguien enterado de que has salido del palacio? —preguntó Finn, mirándome de perfil mientras aceleraba para seguirme el paso. Negué con la cabeza—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? —No le contesté porque no quería meter en problemas a Duncan, pero Finn lo dedujo por sí mismo—. Ha sido Duncan, ¿verdad? Genial.

—¡Duncan ha estado realizando una excelente labor! —exclamé—. Y tú mismo debes estar convencido de ello, porque de otra manera no habrías dejado mi seguridad en sus manos.

—No tengo ningún control respecto a quién se hace cargo de tu seguridad —interpuso Finn—, y lo sabes. No sé por qué estás enfadada conmigo por ese asunto.

—¡No lo estoy! —Caminé todavía más de prisa, casi a punto de echar a correr, pero no fue buena idea porque sin querer pisé una piedra afilada—. ¡Maldita sea!

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Finn mientras se detenía para ver qué me había pasado.



La caída

—Sí, es sólo que he pisado una piedra. —Me froté el pie, y como no sangraba, traté de continuar caminando. Aún me dolía, pero saldría adelante—. ¿Por qué no usamos tu coche?

—No tengo —dijo Finn metiendo las manos en los bolsillos, lo que hizo su paso más lento.

Yo cojeaba un poco, pero no se ofreció a ayudarme. De cualquier modo, tampoco lo habría aceptado, por supuesto, pero ése era otro asunto.

—¿Y el Cadillac con el que siempre vas ? —pregunté.

—Es de Elora —explicó—. Me lo presta para trabajar, igual que hace con todos los demás rastreadores, pero los coches no nos pertenecen. De hecho, no poseo nada.

—¿Y tu ropa? —pregunté, básicamente para molestarlo. Supuse que le pertenecía, pero quería seguir discutiendo con él por cualquier cosa.

—Wendy, ¿has visto ese lugar? —Finn se detuvo y señaló su propia casa. Estábamos ya a tanta distancia que ni siquiera se veía, pero de todas formas miré hacia los árboles, detrás de los cuales se encontraba la modesta vivienda—. Ésa es la casa en la que crecí, donde vivo y donde probablemente moriré. Eso es lo que poseo; es lo único que tengo.

—Yo tampoco tengo nada propio, en realidad —dije, y él rió de manera sombría.

—Todavía no lo entiendes, Wendy. —Posó sus ojos en los míos y sus labios me mostraron una amarga sonrisa—. Soy solamente un rastreador. Tienes que acabar con esto, debes irte y ser princesa. Debes hacer lo que más te conviene y dejarme hacer mi trabajo.

—No tenía intención de molestarte; no tienes que acompañarme a casa. —Me di la vuelta y traté de retomar el paso que llevaba, mucho más rápido de lo que mi pie podía aguantar.

—Voy a asegurarme de que regresas sana y salva —dijo Finn a unos pasos detrás de mí.

—Si sólo estás haciendo tu trabajo, ¡entonces hazlo! —Me detuve y me volví de pronto hacia él—. Pero ya no soy parte de él, ¿verdad?

—¡No, no lo eres! —vociferó y se acercó un poco más—. ¿Por qué has ido a mi casa? ¿Qué creías que lograrías con eso?

—¡No lo sé! —le grité—. Pero ¡es que ni siquiera te despediste de mí!



La caída

—¿Y de qué habría servido? —Negó con la cabeza—. De nada.

—¡Sí, claro que habría servido de algo! —insistí—. ¡No puedes dejarme así sin más!

—¡Tuve que hacerlo! —Sus oscuros ojos echaron fuego y sentí que el estómago se me encogía—. Debes ser la princesa, y yo no puedo arruinar ese destino. No lo haré.

—Lo entiendo, pero... —Los ojos se me llenaron de lágrimas, y tuve que tragar saliva—. No puedes seguir desapareciendo de esa forma. Por lo menos debes decir adiós.

Finn se acercó un poco más a mí. Sus ojos ardían de una manera que sólo había visto en él, y el frío del aire parecía haberse desvanecido por completo. Me acerqué, a pesar de que temía que se diera cuenta de cómo me latía el corazón en el interior del pecho.

Me lo quedé mirando mientras rezaba para que me tocara, pero no lo hizo. No se movió ni un centímetro.

—Adiós, Wendy —dijo en voz tan baja que apenas alcancé a escucharlo.

—¡Princesa! —gritó Duncan.

Me volví y vi que estaba un poco más adelante en el camino; agitaba los brazos como loco. El palacio estaba a la vuelta, pero no advertí lo cerca que estábamos. Cuando me volví para ver a Finn, ya se había alejado varios pasos en dirección a su casa.

—Él puede velar por ti el resto del camino —dijo Finn al tiempo que hacía una señal a Duncan, y luego dio un paso más. Como no dije nada, se detuvo—. ¿No te despides de mí?

—No —dije sacudiendo la cabeza.

—¡Princesa! —volvió a gritar Duncan, y lo oí correr hacia nosotros—. Princesa, Matt se ha percatado de que no estabas y quería alertar a los guardias. Tienes que volver conmigo antes de que dé aviso.

—Ya voy —le contesté, y le di la espalda a Finn.

Caminé hasta el palacio con mi nuevo rastreador y no me volví ni una sola vez a mirar a Finn. Estaba muy orgullosa de mí misma porque aunque no le había gritado por ocultarme quién era mi padre, había logrado decirle unas cuantas cosas que tenía pendientes.



La caída

—He tenido suerte de que haya sido Matt y no Elora quien haya notado tu ausencia —dijo Duncan mientras dábamos la vuelta para llegar al palacio. El camino de asfalto se fue convirtiendo en una entrada de adoquines que resultó mucho más amable con mis pies.

—Duncan, ¿así es como vives? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—A la casa de Finn —Señalé a lo lejos con el pulgar—. ¿Vives en un lugar así de pequeñito? Es decir, cuando no estás rastreando a alguien.

—Sí, más o menos —asintió—. Creo que mi casa es un poquito más acogedora; vivo con mi tío. Fue un excelente rastreador antes de retirarse. Ahora da clases en la escuela para *mänks*, lo cual no está tan mal.

—¿Y vives cerca de aquí?

—Ajá —dijo, y señaló la colina ubicada al norte del palacio—. El lugar está bastante escondido en el acantilado, pero es por allá. —Me miró—. ¿Por qué? ¿Te gustaría conocerlo?

—No en este momento, pero gracias por la invitación —contesté—. Era tan sólo curiosidad. ¿Todos los rastreadores vivís de igual modo?

—¿Cómo Finn y como yo? —Duncan se quedó pensando un rato y asintió—. Sí, creo que sí. Al menos todos los rastreadores que se quedan a vivir aquí.

Se adelantó para abrir las puertas principales, pero me detuve y me quedé contemplando el palacio. Las enredaderas crecían entrecruzándose sobre el imponente exterior pintado de blanco, y cuando la luz del sol alcanzaba la superficie, brillaba de una forma hermosísima, aunque tan fuerte que se tornaba casi cegador.

—¿Princesa? —Duncan seguía esperándome con las puertas abiertas—. ¿Te encuentras bien?

—¿Morirías para salvarme? —le pregunté sin miramientos.

—¿Cómo?

—Si me encontrara en peligro, ¿estarías dispuesto a morir para protegerme? —insistí—. ¿Lo han hecho otros rastreadores?



La caída

—Sí, por supuesto —asintió Duncan—. Muchos otros rastreadores entregaron sus vidas para salvar el reino, y yo estaría muy orgulloso de poder hacer lo mismo.

—Pues no lo hagas —le dije mientras caminaba hasta él—. Si alguna vez llegamos a estar en una situación en la que tengas que decidir entre tú y yo, sálvate. No soy nadie por quien merezca la pena morir.

—Princesa, yo...

—Nadie de la realeza es digno de que mueran por él —le dije con toda seriedad—. Ni la reina ni ningún *markis* o *marksinna*. Es una orden directa de la princesa, y tienes que obedecerme. Sálvate a ti mismo.

—No lo entiendo. —En su rostro se leía su total confusión—. Pero si ése es su deseo, princesa...

—Así es, gracias. —Le sonreí y entré en el palacio.



La caída

13

Cautivo

A pesar de que las cúpulas seguían cubiertas con lonas, los trabajadores ya habían retirado todos los escombros del salón de baile y eso disgustó mucho a Tove. Le gustaba la idea de que los destrozos siguieran allí porque me servían como material para practicar, así que cuando desaparecieron decidió que a partir de entonces trabajaríamos con las lonas.

Duncan no nos acompañó esta vez: al parecer, su cerebro comenzaba a resentirse de las manipulaciones que le había practicado como parte de mi entrenamiento, y como a veces era muy sensible a las ondas mentales que yo producía cuando me esforzaba demasiado, nos pareció que sería mejor que descansara en otro lugar durante un tiempo.

Increíblemente, aunque pasé horas tratando de mover la lona, lo único que conseguí fue hacerla ondear apenas, e incluso aquello dejó mucho que desear: Tove dijo que era posible que al fin lo hubiera logrado, pero yo estaba convencida de que la lona se había movido a causa de alguna fuerte ráfaga de viento.

La cabeza comenzó a dolerme y de hecho empecé a sentirme como una estúpida, con los brazos extendidos en el aire y tratando de empujar la nada.

—Esto no funciona. —Suspiré y bajé los brazos.

—Inténtalo con más fuerza —dijo Tove. Estaba tumbado en el suelo junto a mí, con los brazos doblados y la cabeza apoyada sobre ellos.

—No puedo más. —Me senté de golpe en el suelo de una manera muy inapropiada para una princesa, pero sabía que a Tove eso no le molestaría. De hecho, tenía la impresión de que apenas se daba cuenta de que yo era una chica—. No es por quejarme, pero ¿estás seguro al menos de que puedo hacer esto?



La caída

—Sí, claro.

—¿Y si por tratar de conseguir algo para lo que ni siquiera tengo capacidad termino provocándome un aneurisma? —le pregunté.

—Eso no va a suceder —me contestó llanamente. Luego levantó un brazo y con tan sólo extender la mano hizo que la lona se levantara y las sogas que la sujetaban se tensaran al límite.

Después la devolvió a su lugar y me miró—. Haz eso.

—¿Te importa si antes descanso un poco? —pregunté casi implorando. La frente me sudaba y unos rizos sueltos se me pegaban a las sienes a causa del sudor.

—Hazlo si sientes que de verdad debes hacerlo. —Tove bajó el brazo y volvió a colocarlo bajo su cabeza—. Si esto te está ocasionando tantos problemas y tan serios, tal vez tendrías que seguir ejercitando lo básico. Mañana podrías volver a practicar con Duncan.

—No, no quiero practicar con él. —Doble las piernas y coloqué una mejilla sobre las rodillas—. No quiero acabar volviéndolo loco.

—¿Qué tal con Rhys? —preguntó Tove—. ¿Preferirías practicar con él?

—No, y no se hable más. —Me quedé absorta en una marca que había en el suelo de mármol y pensé un rato antes de decir—: No quiero volver a practicar con gente.

—Es la única forma en que podrás llegar a dominar tus habilidades —dijo Tove.

—Lo sé, pero... —Suspiré—. Tal vez lo que sucede es que ya no quiero ser buena en eso. Es decir, sí que me gustaría poder controlar mi poder, pero no quiero utilizarlo contra otras personas; ni siquiera aunque se tratara de gente con malas intenciones. No me siento cómoda.

—Lo entiendo. —Tove se levantó y cruzó las piernas antes de mirarme cara a cara—. Sin embargo, no hay nada de malo en que aprendas a dominar tu poder.

—Soy más fuerte que Duncan, ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto —asintió Tove.

—Entonces ¿por qué es él quien me tiene que proteger a mí? —le pregunté—. Se supone que soy más poderosa.



La caída

—Porque él es más prescindible —respondió Tove sin darle mayor importancia. Seguramente mi expresión reflejó un asombro absoluto porque se apresuró a explicarme algunas cosas—. O al menos ésa es la forma en que la reina lo entiende; la sociedad Trylle, en general. Y para ser honesto..., estoy de acuerdo con ello.

—Vamos, no puedes creer en serio que mi vida es más valiosa que la de Duncan sólo porque soy princesa, ¿verdad? —pregunté—. Los rastreadores viven en la miseria y encima esperamos que estén dispuestos a dar la vida por nosotros.

—No viven en la miseria, pero tienes razón: el sistema es un desastre —dijo Tove—. Los rastreadores están destinados a una vida de deudas sólo porque nacieron aquí y no los llevaron al mundo de ahí fuera para que recabaran una herencia ajena. Son sirvientes por contrato, pero ésa es sólo una forma de evitar decir claramente que no son más que esclavos. Y eso no está bien.

Hasta que oía a Tove enunciarlo de aquella manera no me había percatado de que así era exactamente. Los rastreadores eran una suerte de esclavos, y la mera idea me daba asco.

—Pero tú necesitas guardias —continuó Tove—. Todo líder del mundo libre requiere guardaespaldas de algún tipo, incluso las estrellas de rock. No es tan terrible.

—Ya, pero en el mundo libre a los guardaespaldas se les contrata, y son ellos mismos quienes eligen esa vida —agregué—. Nadie les fuerza a hacerlo.

—¿Crees que a Duncan lo obligaron? ¿O a Finn? —preguntó Tove—. Ambos se ofrecieron como voluntarios, todos lo son. Protegerte es un gran honor. Además, vivir en el palacio es muy atractivo.

—No quiero que nadie salga herido por protegerme —le contesté mirándolo directamente a los ojos.

—Pues qué bien. —Hizo una mueca que parecía una sonrisa, y agregó—: Ahora no tienes otro remedio que aprender a defenderte por ti misma. Puedes empezar por mover esa lona.

Me puse de pie con la intención de dominar la lona de una vez por todas, pero de pronto nos interrumpió una estruendosa sirena.

—Oyes eso, ¿verdad? —me preguntó Tove inclinando la cabeza hacia mí.



La caída

—¡Sí, por supuesto! —Tuve que gritar porque el ruido era infernal.

—Únicamente quería asegurarme de que no era sólo yo —explicó.

Su comentario me hizo plantearme qué sería lo que en realidad oía en su cabeza. Sabía que percibía cosas que nadie más notaba, peor si aquello incluía sirenas así de ruidosas, entonces era comprensible que siempre estuviera tan distraído.

—¿Qué es eso?

—¿La alarma de incendios, tal vez? —Tove se encogió de hombros y se puso de pie—. Vayamos a ver.

Me tapé los oídos con las manos y salí del salón detrás de él. La alarma dejó de sonar cuando llegamos a la mitad del pasillo, pero los oídos me siguieron zumbando. Estábamos en el ala sur, donde se llevaban a cabo todos los asuntos de Estado, por lo que nos encontramos con algunos de los funcionarios de la reina, que tampoco sabían qué estaba sucediendo.

—¿Por qué se ha activado esa alarma?! —gritó Elora desde el salón de enfrente, y sus palabras retumbaron dentro de mi cabeza; era odioso que cada vez que se enfadaba hiciera uso de la telepatía.

No pude escuchar la respuesta a su pregunta, pero estaba claro que había una gran conmoción: la gente gruñía, gritaba, golpeaba puertas y discutía. Entonces advertimos que algo pasaba en el vestíbulo circular, y como Tove continuó caminando sin vacilar, le seguí.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Elora, aunque por suerte había abandonado la telepatía. La oí porque estábamos bastante cerca del vestíbulo.

—Estaba merodeando por el perímetro —dijo Duncan. Eché a correr en cuando escuché eso. No estaba segura de qué lío se habría metido esta vez, pero aquello no sonaba nada bien—. Acababa de golpear a uno de los guardias cuando lo he visto.

Llegué a donde se encontraba y vi a Elora parada en medio de la escalinata. Vestía una larga bata, por lo que supuse que la alarma había sonado cuando se encontraba acostada, tratando de reponerse de otra de sus migrañas. Se frotó las sienes e inspeccionó el lugar con su típico desdén.

Las puertas principales todavía estaban abiertas, y por ellas entraba el hálito de una nevada temprana. En el centro del vestíbulo circular se



La caída

hallaba un grupo de guardias exaltados, y de pronto la lámpara de techo que se cernía sobre sus cabezas se agitó a causa de una ráfaga de viento. Fue un alivio para mí ver a Duncan en uno de los extremos, porque la situación parecía un tanto fuera de control.

Por lo menos cinco o seis guardias estaban tratando de someter a alguien; dos de ellos eran musculosos y enormes, y a pesar de eso no podían con aquel individuo. Me costaba trabajo verlo bien porque el hombre al que pretendían reducir no dejaba de forcejear.

—¡Ya es suficiente! —gritó Elora, y una vez más su voz me perforó el cerebro.

Tove se puso las manos en la cabeza y presionó con fuerza; a mí dejó de dolerme, pero él continuó en esa misma posición.

Los guardias se hicieron a un lado como había ordenado Elora y dejaron libre al tipo al que estaban tratando de mantener sujeto. Por fin pude ver por qué se había producido tanta conmoción: el hombre estaba de espaldas a mí, pero era el único trol con cabello claro al que conocía.

—¿Loki? —pregunté con más sorpresa que cualquier otra emoción, y entonces él se volvió para mirarme.

—Princesa —dijo con una mueca que simulaba ser una sonrisa; sus ojos brillaron.

—¿Lo conoces? —preguntó Elora, no sin una buena dosis de veneno.

—Sí, bueno, no —corregí.

—Por favor, princesa, pero si somos viejos amigos —me dijo Loki con un guiño. Luego se volvió para mirar a Elora, extendió los brazos y trató de sonreír de la manera más convincente posible—. Todos somos amigos aquí, ¿no es cierto, Majestad?

Elora aguzó la mirada y aquello bastó para que Loki cayera de rodillas, emitiera un horrible sonido gutural y se abrazara a la altura del estómago.

—¡Detente! —grité, y corrí hasta él. En aquel mismo instante la puerta frente a nosotros se cerró y la lámpara colgante se agitó.

Elora dejó de mirarlo para lanzarme una mirada asesina; tuve suerte de que no usara sus poderes contra mí. Me detuve antes de llegar a donde se encontraba Loki, que seguía doblado a causa del dolor y tenía la



La caída

cabeza apoyada en el suelo de mármol. Oí cómo jadeaba, pero se volvió para que no pudiera ver cuánto sufría.

—¿Por qué diablos habría de detenerme? —preguntó Elora. Tenía apoyada una mano en la barandilla y comenzó a apretarla con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Este trol estaba tratando de entrar al palacio, ¿no es verdad, Duncan?

—Sí —contestó mi rastreador, titubeante, y luego me miró de reojo durante un segundo—. Bueno, eso creo. Parecía... sospechoso.

—¡Un comportamiento sospechoso no te da derecho a torturar a nadie! —le grité a Elora, y ella se quedó petrificada. Sabía que discutir no mejoraría la situación, pero no pude contenerme.

—Es Vittra, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero... —Humedecí los labios y me volví para mirar a Loki. Ya se había sentado y había conseguido recobrar un poco la compostura, pero todavía tenía el rostro desencajado—. Me trató bien mientras estuve allí. No me lastimó, y de hecho me ayudó. Creo que al menos deberíamos corresponderle aquí con el mismo respeto.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Elora.

—Sí, así es. —Loki se sentó sobre los talones para poder responder—. Descubrí que me era más fácil obtener lo que deseo si en lugar de usar innecesariamente la crueldad, recurría a la decencia más elemental.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Elora sin que la declaración de Loki la hubiera conmovido en absoluto.

—Loki Staad. —Cuando pronunció su nombre, levantó el rostro como si quisiera mostrar que se sentía orgulloso.

—Conocí a tu padre —dijo Elora, y sus labios se transformaron en un remedo de sonrisa bastante desagradable. Era el tipo de mueca que se espera de alguien que le acaba de robar un dulce a un niño—. Y lo odiaba.

—Eso me sorprende, Majestad. —Loki le ofreció una sonrisa tan amplia que logró borrar todo indicio de que apenas unos momentos antes su rostro estaba convulso por una dolorosa agonía—. Mi padre era un miserable de sangre fría: justamente el tipo de persona que a vos podría agradaros.



La caída

—Es curioso, porque estaba a punto de mencionar lo mucho que me recuerdas a él. —La gélida sonrisa de Elora se mantuvo intacta mientras acabó de bajar la escalinata, y Loki a su vez se esforzó admirablemente para que la suya no disminuyera—. Crees que puedes hacer uso de tu encanto para salir airoso de cualquier situación, pero no me impresionas lo más mínimo.

—Es una lástima —dijo Loki—, porque, con todo respeto, Majestad, yo podría hacerla estremecer.

Elora se rió, pero cuando el sonido de su carcajada retumbó en las paredes, pareció más bien un cacareo. Hubiera querido gritarle a Loki que dejara de atacarla, y en aquellos momentos deseé poder manejar la telepatía de la forma en que ella lo hacía todo el tiempo.

Sin embargo, mi prioridad inmediata era asegurarme de que no matara a Loki. Él había arriesgado su propia vida en Ondarike para ayudarme, y a pesar de que no habíamos conversado demasiado, estuvo dispuesto a sacrificar muchísimo por mí.

Antes de abandonar el palacio de Vittra estuve a punto de invitarlo a que se uniera a nosotros, pero no había llegado a hacerlo y me había quedado con la duda de si había tomado la decisión correcta o no. Con Loki tenía algo que yo misma no era capaz de explicarme, una especie de conexión que no me parecía prudente.

Al recordar lo sucedido en Ondarike, lo que más me sorprendía era la desobediencia en que Loki había incurrido al permitirnos escapar: estaba a cargo de vigilarnos y su insubordinación tendría que haber sido castigada con la pena de muerte.

A pesar de todo, aquel joven había elegido desafiar a su reino y a su monarca para salvarme: algo que ni siquiera Finn habría hecho.

Elora se detuvo frente a Loki; él permaneció de rodillas, sin dejar de desafiar a la reina con la mirada. En aquel momento deseé que dejara de sonreír de aquella forma tan estúpida que sólo conseguiría conducirlo a la muerte.

—Eres un ser insignificante —dijo Elora, mirándolo desde su privilegiada posición—. Podría destruirte en un instante, y sin duda lo haré en el momento en que me parezca más conveniente.

—Lo sé —dijo Loki asintiendo.

Elora tenía la mirada fija en él, y así la mantuvo durante un buen rato antes de que me percatara de que le estaba haciendo algo: tal vez le



La caída

estuviera hablando o lo estuviera controlando de alguna manera. Loki no se quejaba del dolor, pero su sonrisa se esfumó.

Al cabo de un instante, ella respiró hondo, miró en otra dirección y les hizo un gesto a los guardias.

—Lleváoslo —dijo.

Dos de los más corpulentos se colocaron a la espalda de Loki, lo sujetaron de los brazos y lo levantaron: estaba casi desmayado por el daño que le acababa de infligir Elora, y era incapaz de sostenerse en pie a sí mismo.

—¿A dónde lo llevan? —le pregunté a Elora mientras los guardias casi lo arrastraban. Su cabeza se balanceaba hacia atrás y hacia delante, pero seguía vivo y consciente.

—Eso no es asunto tuyo, como tampoco lo es lo que sucederá con él —me dijo siseando.

Luego inspeccionó todo el lugar y después de eso los guardias se dispersaron para continuar con su trabajo. Duncan se quedó allí esperándome y Tove se mantuvo quieto, a unos metros de distancia. Nunca permitía que mi madre lo intimidara y por eso lo admiraba bastante.

—Debes informarme sobre lo que se les hace a los prisioneros, porque algún día seré reina —dije, tratando de echar mano del argumento más sólido que se me ocurrió. Ella miró en otra dirección y se quedó callada durante un rato. Insistí—: Elora, ¿adónde lo llevan?

—Por el momento, a las habitaciones de la servidumbre —contestó.

Luego miró a Tove y me dio la impresión de que si él no se hubiera encontrado allí, la conversación habría sido muy distinta: Aurora, la madre de Tove, pretendía derrocar a la mía y por tanto Elora no quería que ninguno de ellos llegara a detectar indicio alguno de debilidad o incertidumbre. A pesar de lo mucho que me desagradaban sus métodos, supe que debía respetar sus deseos en aquel momento.

—¿Por qué? ¿Acaso no podría huir de allí con facilidad? —pregunté.

—No, no podría. Me encargaré de que caiga muerto si trata de escapar —dijo—. Deberíamos construir una prisión en toda regla, pero el Canciller nunca lo ha permitido. Es por eso que tengo que hacerme cargo del prisionero. —Elora respiró hondo y se volvió a frotar las sienes—. Tendremos una reunión para decidir qué hacemos con él.



La caída

—¿Cuáles son las opciones?

—Tendrás oportunidad de asistir a esa reunión para que aprendas lo que implica ser reina, pero no podrás intervenir para defenderlo. —Posó sus ojos sobre los míos con brillante fiereza y me habló con telepatía: «No puedes defenderlo porque eso sería traición. Si Tove llegara a mencionarle a su madre que has intervenido a favor del prisionero hace un momento, podrían exiliarte».

Parecía más agotada que un rato antes. Su piel siempre tenía la suavidad de la porcelana, pero ahora mostraba algunas arrugas alrededor de los ojos. Además, por un momento se llevó una mano al vientre, como si tratara de recuperar el aliento.

—Necesito reposar —dijo, y luego extendió el brazo para dar más órdenes—: Duncan, por favor, escóltame hasta mi habitación.

—Sí, Majestad. —Duncan se apresuró a ayudarla, pero cuando pasó junto a mí, me ofreció una sonrisa apenada.

Hice un gesto para indicarle que sabía que no tenía otra opción. Los Vittra habían tratado de matarnos a mí, a Finn, a Tove, a mi hermano y prácticamente a toda la gente que me importaba, y Loki era un Vittra. Por otra parte, aunque era obvio que no debía defenderlo, no podía olvidar que había actuado de forma distinta mientras me habían mantenido secuestrada.

Estaba convencida de que aunque presentarse en el palacio resultaba bastante sospechoso, eso no justificaba que se le torturara. No es que pensara abogar para que lo dejaran libre, pero estaba dispuesta a otorgarle el beneficio de la duda. En realidad lo que quería era investigar por qué había ido a Förening, antes de condenarlo y olvidarme de él.

Respiré hondo y sacudí la cabeza en cuanto Elora se fue. Era evidente que ahora era yo quien ocupaba el primer lugar en la lista de gente a la que ella no soportaba, y eso no podía resultar más inconveniente.

—Eso ha estado bien —dijo Tove; casi olvidaba que estaba allí. Me volví y lo vi sonreír con un peculiar gesto de orgullo.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. Lo único que he conseguido ha sido arruinar las cosas. Elora está furiosa conmigo, y a partir de ahora se vengará de mí a través de Loki. Además, ni siquiera sé qué demonios hace aquí, o por qué ha venido solo. Estoy tratando de salvarlo y ni siquiera tengo claros sus motivos.



La caída

—No, bueno, eso sí que ha salido muy mal —concedió Tove—, pero en realidad me refería a la puerta y la lámpara.

—¿Cómo?

—Cuando Elora lo estaba torturando, has hecho que la puerta se cerrara de golpe y la lámpara temblara —explicó Tove al tiempo que señalaba ambos objetos, como si con eso quedara claro lo que trataba de decirme.

—No, creo que eso debe de haber sido cosa del viento.

—Has sido tú —me aseguró Tove—. Ha sido algo involuntario, pero lo has hecho tú: creo que es un gran progreso.

—¿Quieres decir que cada vez que quiera cerrar la puerta sólo necesito que Elora torture a alguien? —pregunté—. Vaya, suena fácil.

—Conociendo a tu madre, sospecho que sí, sería fácil —comentó con una sonrisa socarrona.

Tove y yo retomamos el entrenamiento, pero estaba tan distraída después del incidente que ya no pude mover nada. Él regresó a su casa y yo me dirigí a mi habitación. Se me ocurrió pasar a ver cómo estaba Matt porque la alarma seguramente lo había alterado, y además Rhys estaba en la escuela. Cuando llegué a su cuarto y llamé a la puerta, no hubo respuesta y me atreví a entrar. No estaba allí.

Me preocupó no ver a Matt después de la intromisión de Loki, pero antes de ir a buscarlo por todo el palacio, fui a mi habitación a buscar un jersey. En la puerta encontré una nota escrita de su puño y letra.

«He ido a casa de Willa a almorzar. Regresaré luego. Matt.»

Genial. Rompí la nota en pedacitos y entré en mi habitación. Tenía muchas ganas de hablar con él porque me sentía muy confundida, pero estaba paseando con Willa y eso ni siquiera era lógico. No podía imaginar qué estarían haciendo juntos todo el tiempo, porque en realidad deberían odiarse.

Me quedé dormida prácticamente nada más arrojarme sobre la cama. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba, pero imaginé que se debía a las exigencias derivadas de mis entrenamientos.



La caída

14

Síndrome de Estocolmo

Ya estaba acostumbrada a las juntas de defensa: habían comenzado después de que los Vittra irrumpieran en mi ceremonia de bautismo.

Nos reuníamos en el Salón Bélico, en el ala sur. Las paredes estaban tapizadas con mapas en los que se había marcado, en rojo y verde, cuáles eran los territorios de las demás tribus.

En un lado de la sala había una enorme mesa de caoba, y detrás de ella, una pizarra. Elora y Aurora, la madre de Tove, se sentaban en uno de los extremos y siempre conducían juntas las reuniones. Era obvio que Aurora desconfiaba de la capacidad de Elora para dirigir el reino, pero todavía no tenía claro por qué mi madre permitía que aquella mujer asumiera algo de control, aunque fuera mínimo.

El resto del salón estaba lleno de sillas desordenadas que ni siquiera eran del mismo tipo porque las traían de distintos lugares del palacio. Como nuestras madres dirigían las sesiones, Tove y yo éramos los primeros en llegar, lo cual nos daba cierta ventaja porque nos permitía ocultarnos en las últimas filas.

Los veintitantos asistentes eran prácticamente los mismos cada vez: Garrett Strom, padre de Willa y tal vez novio de Elora; el Canciller, un hombre atolondrado y obeso que siempre se me quedaba mirando de una manera que me provocaba escalofríos, Noah Kroner, el siempre callado padre de Tove, y algunos otros *markis*, *marksinnas* y rastreadores.

Página 137



Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2

La caída

Sin embargo, esta vez la sala se llenó más de lo normal. Acudió gente a la que nunca había visto, incluidos bastantes rastreadores nuevos; ninguno de ellos se sentó porque aquello hubiera sido inadecuado teniendo en cuenta que había tan pocos lugares. Duncan, por ejemplo, permaneció detrás de mí a pesar de que le había dicho en tres ocasiones que tomara asiento.

Willa irrumpió unos minutos antes de que comenzara la reunión, y entró en el salón empujando a los demás. Sus brazaletes tintinearón cuando chocó con un rastreador, y me sonrió emocionada antes de sentarse en la silla que estaba junto a mí.

—Disculpad mi tardanza. —Volvió a ajustar su falda y la estiró hasta que le llegó a la altura de las rodillas. Se apartó el cabello de delante de los ojos y nos miró con alegría—. ¿Me he perdido algo?

—Todavía no han abordado ningún tema —contesté.

—Hay mucha gente, ¿no os parece? —Willa miró alrededor, y cuando vio que su padre nos observaba, lo saludó agitando la mano.

—Así es —contesté.

La silla que estaba justo frente a mí no había sido ocupada, así que Tove pasó el rato jugando a deslizarla hacia atrás y hacia delante con sus poderes. Las multitudes lo abrumaban porque le provocaban demasiado ruido en la cabeza: al mover objetos restaba una parte de su poder, lo cual le ayudaba a minimizar la capacidad que tenía de escuchar cosas y a acallar la estática.

—¿Así que esta vez se trata de algo verdaderamente importante? —me preguntó Willa en voz baja—. He oído por ahí que conoces al Vittra que capturaron.

—No lo conozco —contesté mientras me acomodaba en la silla—. Lo vi cuando me tuvieron presa, pero nada más.

—¿Fuiste tú quien lo capturaste? —le preguntó Willa a Duncan.

Me perturbó demasiado que se dirigiera directamente a él en lugar de preguntarme a mí respecto a lo que había hecho mi rastreador, porque eso significaba que al fin estaba empezando a tratar a la gente con una mínima dignidad humana. Duncan se hinchó de orgullo, pero de pronto pareció recordar que yo había defendido a Loki, así que se mostró algo avergonzado y bajó la mirada.



La caída

—Lo descubrí haciendo que un guardia se desmayara y por eso pedí apoyo. Eso fue todo —respondió.

—¿Y por qué a ti no te hipnotizó? —le pregunté.

No había tenido oportunidad de hablar con él desde el día anterior, y todavía me intrigaba que hubiera podido capturar a Loki cuando éste habría podido tumbarlo con tan sólo mirarlo a los ojos.

—Supongo que pensó que no necesitaba hacerlo. —Duncan recobró la expresión de orgullo que había mostrado antes, pero eso no me molestó en absoluto—. Mi inofensiva apariencia debió de engañarlo y los otros guardias lo sometieron.

—¿Y qué estaba haciendo cuando lo encontraste? —le preguntó Willa.

—No lo sé —dijo Duncan, negando con la cabeza—. Creo que estaba mirando a través de una ventana.

—Quizá buscaba a Wendy —dijo Tove sin darle mucha importancia al asunto, y en aquel momento la silla con la que jugaba se deslizó hacia atrás con tanta fuerza, que casi golpea mis espinillas—. Lo siento.

—Ten más cuidado —le dije mientras levantaba las piernas para que no pudiera lastimarme.

Me abracé las rodillas y Elora me miró con mala cara. Como no me inmuté, de pronto oí su voz en mi cabeza: «Una princesa no se sienta de esa forma», pero como vestía pantalones, decidí ignorarla y me volví para hablar con Tove.

—¿Qué te hace pensar que me buscaba? —pregunté. Loki me había dejado huir de Ondarike, por lo que me parecía incomprensible que hubiera acudido en mi busca.

—Es que te quiere —dijo Tove, sin intención alguna.

—Eres la princesa —señaló Willa, como si pudiera olvidárseme—. Por cierto, ¿te apetece dedicar esta noche a cosas de chicas?

—¿A qué te refieres? —la interrogué.

—Tengo la impresión de que no te he visto mucho estos días, y por eso se me ha ocurrido que sería muy divertido que nos reuniéramos para hacernos la manicura y ver unas películas —propuso Willa—. Has estado sometida a mucho estrés y necesitas relajarte.



La caída

—Sería muy bueno para tu entrenamiento que de vez en cuando desconectaras tu mente —agregó Tove.

—Suena genial, Willa, pero tenía pensado ver a Matt y hacer algo con él —le expliqué—. Los últimos sucesos han sido muy perturbadores y no hemos tenido oportunidad de pasar tiempo juntos.

—Ah, pero Matt está ocupado —dijo Willa, ajustándose un brazalete—. Va a salir esta noche con Rhys; creo que quieren vincularse más como hermanos.

Vi que Tove seguía deslizando la silla hacia atrás y hacia delante, e hice un esfuerzo por no sentirme herida por lo que acababa de decir Willa. Matt y Rhys necesitaban pasar tiempo juntos, y yo había estado demasiado ocupada. Convivir les vendría bien, y para mí también sería beneficioso.

De pronto alguien se sentó en la silla que estaba delante de mí y Tove suspiró con gran dramatismo. Elora le lanzó una de sus miradas, pero su madre ni se inmutó. Era el tipo de reacción que me resultaba totalmente ilógica porque Aurora siempre nos trataba con desdén a Elora y a mí, pero se comportaba de un modo diferente con su hijo a pesar de que él era más rebelde incluso que yo. Tove hacía lo que le venía en gana en el momento en que le placía, mientras que yo por lo menos trataba de mantener un poco las formas.

—Este lugar está hasta los topes —dijo Willa cuando vio que entraban más Trylle al salón.

Ya sólo quedaba espacio para que la gente permaneciera de pie, por lo que incluso algunos de los *markis* y *marksinnas* se quedaron sin asiento. Elora se aclaró la garganta y se preparó para la reunión justo cuando entraban dos rastreadores más al salón.

Casi no podía verlos, pero los reconocí de inmediato: eran Finn y Thomas, su padre; encontraron un lugar en un extremo. Finn se cruzó de brazos y Thomas se apoyó en la estantería que había a su espalda.

—Que bien. Han convocado a los pesos pesados —susurró Tove.

—¿Qué? —le pregunté, apartando la mirada de Finn.

—Finn y Thomas —contestó, señalándolos con un gesto—. Son los mejores. Y conste que no pretendo ofender, Duncan.

—No, no, si tienes toda la razón —dijo el chico y me pareció que hablaba en serio.



La caída

—Es hora de dar comienzo a esta reunión —exclamó Elora para que le prestaran atención a pesar del barullo imperante en la sala.

El lugar quedó en completo silencio al cabo de unos momentos. La reina miró a todos excepto a Thomas: lo eludió de la misma manera que Finn me ignoraba a mí.

—Gracias —dijo Aurora con una falsa sonrisa y luego se acercó más a mi madre.

—Como todos sabéis, encontramos a un intruso en el palacio —dijo mi madre con toda calma—. Gracias a nuestro sistema de alarmas y a la oportuna intervención de los rastreadores, pudimos capturarlo antes de que pudiera causar daño alguno.

—¿Es cierto que se trata del *markis* Staad? —preguntó la *marksinna* Laris, una Trylle algo histérica que en una ocasión había mencionado que le encantaba que me dejara suelto el cabello, pero que ella jamás sería tan valiente como para hacer algo así de vulgar.

—Sí, al parecer es el *markis* Staad —dijo Elora.

—¿*Markis*? —susurré. Willa me miró inquisitivamente, pero sólo sacudí la cabeza.

¿Loki Staad era un *markis*? Siempre había dado por hecho que era un rastreador, como Duncan y Finn. Los *markis* y las *marksinnas* formaban parte de la realeza y por tanto ocupaban un lugar privilegiado, o por lo menos solían estar rodeados de servidumbre, como Willa, que era una de las más sensatas y modestas que conocía.

—¿Y qué andaba buscando aquí? —preguntó alguien más.

—Eso no importa —dijo el Canciller mientras se ponía en pie; el rostro se le llenó de sudor por el esfuerzo que necesitó hacer para levantarse—. Debemos enviarles un mensaje claro a los Vittra. Tienen que saber que no permitiremos que nos intimiden. ¡Debemos ejecutarlo!

—¡No podéis matarlo! —grité, y Elora me miró de tal forma que las orejas me zumbaron. Todas las miradas se volvieron hacia mí, incluida la de Finn. A pesar de ello mostré una convicción admirable que me sorprendió incluso a mí—. Eso sería inhumano.

—No somos unos bárbaros. —El Canciller se enjugó el sudor de la frente y me lanzó una mirada condescendiente—. Nos encargaremos de que su muerte sea tan indolora y benevolente como sea posible.



La caída

—Pero el *markis* no ha hecho nada malo. —Me levanté. No estaba dispuesta a quedarme sentada mientras ellos proponían asesinarlo—. No se puede ejecutar a alguien sin tener una razón de peso.

—Es por vuestra protección, princesa —dijo el Canciller, todavía anonadado ante mi defensa—. El *markis* ha tratado de secuestraros y haceros daño en repetidas ocasiones. Eso representa un crimen contra los Trylle, y en este caso, la única acción que corresponde es la ejecución.

—No es la única acción que podemos llevar a cabo —dijo Elora con suma cautela—, pero la consideraremos.

—No podéis estar hablando en serio —dije—. Fue a mí a quien secuestró, y soy yo misma la que afirmo que no merece morir.

—Se tomarán muy en cuenta vuestras preocupaciones, princesa —dijo Aurora con la exageradamente dulce sonrisa que siempre llevaba tatuada en el rostro.

La multitud comenzó a murmurar, y hubiera podido jurar que oí la palabra «traición»; sin embargo, no fui capaz de saber quién la había pronunciado. Alguien que se encontraba frente a mí dijo algo respecto al síndrome de Estocolmo y luego rió burlonamente.

—Se trata de la princesa —dijo Willa con brusquedad—: respétenla, por favor.

—Podríamos negociar con ellos —exclamó Finn, alzando su sería voz para que se oyera a pesar del ruido.

—¿Disculpa? —Aurora arqueó las cejas y los ojos de Elora estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—Tenemos al *markis* Staad —continuó Finn—, y después del rey, es el Vittra de mayor rango. Si lo matamos nos quedaremos con las manos vacías porque habremos aniquilado la única esperanza de un heredero que tienen los Vittra, y entonces vendrán aún con más furia a por la princesa.

—¿Estás proponiendo que trabajemos en colaboración con los Vittra? —preguntó Elora.

—¡Nosotros no negociamos con terroristas! —gritó un *markis*, pero Elora levantó la mano para acallarlo.



La caída

—Nunca hemos negociado, y párense a pensar en lo sucedido —dijo Finn señalando hacia el salón de fiestas—. Los Vittra ya han irrumpido dos veces en Förening en lo que llevamos de mes, y durante la batalla perdimos a más Trylle de los que habían muerto en los últimos veinte años.

Volví a sentarme para observar cómo defendía su postura. Su actitud le permitía ejercer autoridad en todo el recinto aunque me ignorara, y además tenía razón en lo que decía.

—Ésta es la pieza más valiosa que podríamos tener para negociar —continuó Finn—. Podemos usar al *markis* Staad para conseguir que los Vittra se replieguen, porque seguramente no querrán perderlo.

—El *markis* no es la pieza más valiosa que tenemos —interpuso la *marksinna* Laris—. Ese lugar le corresponde a la princesa. —Todos los ojos se volvieron a posar en mí—. Los Vittra no nos habían atacado jamás como han hecho recientemente, y todos sabemos que lo que en realidad quieren es a la princesa, y en cierta manera tienen derecho a ella. Si les damos lo que piden, nos dejarán en paz.

—No les entregaremos a la princesa. —Garrett Strom se levantó haciendo aspavientos—. Ella es nuestra soberana, y no sólo es la heredera más poderosa que hemos tenido: también es parte de nuestra tribu. Jamás entregaremos a un Trylle a los Vittra.

—¡Pero ella es la causante de todo el problema! —La *marksinna* Laris también se puso de pie y gritó con gran estridencia—. Lo que está sucediendo se debe al terrible tratado que hizo la reina hace veinte años. ¡Los Trylle estamos pagando un precio muy alto por su error!

—¿Recuerdas cómo eran las cosas hace veinte años? —preguntó Garrett—. Si la reina no hubiera llevado a cabo el tratado, los Vittra nos habrían asesinado a todos.

—¡Es suficiente! —gritó Elora. Su voz retumbó en mi cabeza y en la de todos los demás presentes—. Os he convocado a todos a esta reunión para que pudiéramos evaluar juntos las diferentes opciones, pero si no sois capaces de debatir de manera inteligente, tendré que darla por terminada. En realidad no necesito vuestro permiso para tomar decisiones. Soy la reina y mis órdenes son absolutas.

En aquel momento entendí por primera vez por qué Elora se mostraba tan intransigente en ocasiones: la gente congregada en el salón estaba discutiendo sin miramientos el sacrificio de su única hija.



La caída

—El *markis* Staad permanecerá en el palacio hasta que decida qué voy a hacer con él —dijo Elora—. Si lo ejecuto o lo uso para negociar será decisión mía y os lo haré saber cuando considere conveniente. —Se alisó inexistentes arrugas en el vestido que llevaba, y dio por finalizada la sesión—. Eso es todo.

—Tenemos que restituir a Finn en su cargo —dijo Tove antes de que la gente comenzara a abandonar el salón.

—¿Qué? —le pregunté con un susurro—. No, Tove, no creo que...

—Dada la situación, todos los rastreadores deberían estar disponibles —agregó sin prestarme atención—. Creo que deberíamos convocar a las cigüeñas al nido. Finn y Thomas deberían permanecer en el palacio. Yo puedo quedarme y ayudar, pero no creo que eso sea suficiente.

—Tove se puede quedar en el palacio —ofreció Aurora apresuradamente—, si eso sirve de algo.

—Se ha aumentado el número de rastreadores que están de guardia —le dijo Elora, y al mismo tiempo miró de reojo a Thomas—. Además, contamos con un nuevo sistema de alarmas y la princesa está protegida en todo momento.

—Pero han enviado a un *markis* a por ella —le recordó Tove—. Thomas y Finn son lo mejor que tenemos. Ambos han sido guardias personales de Su Majestad durante casi veinte años.

Elora ponderó las palabras de Tove durante unos instantes.

—De acuerdo. Ambos deberán presentarse en palacio mañana temprano —ordenó, asintiendo.

—Sí, Su Gracia —dijo Thomas con una reverencia.

Finn no dijo nada, pero le lanzó a Tove una mirada molesta antes de retirarse. Después de aquello, todos fueron saliendo poco a poco del salón, y yo me quedé sentada en la esquina con Tove, Willa y Duncan.

Garrett, Noah, el Canciller y otras dos *marksinnas* se quedaron a conversar con Elora y Aurora. Me di cuenta de que mi madre estaba furiosa, así que decidí salir del lugar antes de darle oportunidad de reprendermme; sólo necesitaba aclarar una cosa.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté a Tove.

—Es la mejor manera de mantenerte a salvo —respondió, encogiéndose de hombros.



La caída

—No me digas —susurré, pues todavía estábamos rodeados de gente que podía escucharnos—. ¿Y por qué es tan importante mantenerme a salvo, si puede saberse? Tal vez los Vittra deberían estar con los Vittra. La *marksinna* Laris tiene razón; si toda esta gente está resultando herida por mi culpa, tal vez debería irme...

—Laris es una bruja estúpida con aires de grandeza —interpuso Willa antes de que yo pudiera terminar la frase—, y nadie va a sacrificarte sólo porque las cosas se pongan difíciles. Eso sería una locura, Wendy.

—Todos los miembros de la realeza están locos y son unos paranoicos, ¿qué tendría eso de raro? —Tove se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus rodillas—. Tú les harás mucho bien a tus súbditos, pero para eso tienes que vivir lo suficiente.

—Gracias, eso resulta muy alentador —dije mientras me recostaba en la silla.

—Voy a casa a preparar mis cosas —comunicó Tove, y se puso en pie.

—¿De verdad crees que es necesario que te quedes en palacio a cuidarme? —pregunté.

—Tal vez no lo sea —confesó—. Pero será mucho mejor que quedarme en casa, y además, así me será más fácil ayudarte a entrenar.

—Entonces no discutiré más —le dije.

—Bueno... —Willa se dirigió a mí en cuanto Tove se hubo marchado—. Te urge una noche de chicas. Sobre todo porque de aquí en adelante tu casa va a estar llena de hombres.

Habría aceptado participar en cualquier plan que me permitiera huir del Salón Bélico antes de que Elora me regañara, pero pensándolo bien, aquello de la noche de chicas no sonaba nada mal. Willa me tomó del brazo y salimos juntas de allí.

Pasamos toda la noche en mi habitación. Pensaba que tal vez tuviera en mente que nos disfrazáramos o algo igual de tonto, pero finalmente nos pusimos unos pijamas cómodos y descansamos.

Después de la reunión, le pregunté acerca de la historia entre los Vittra y los Trylle. Willa tenía un libro que había encontrado entre los objetos personales de su padre; me lo prestó para que lo pudiera leer y trató de contestar todas mis dudas. A cambio, tuve que cantar en el karaoke con ella y dejar que me pintara las uñas de los pies.



La caída

No pude leer mucho del libro y tampoco logré investigar todo lo que quería; tan sólo me enteré de que los Vittra atacaban y los Trylle contraatacaban. A veces el número de muertos llegaba a ser muy alto, y en otras ocasiones apenas se habían consignado reportes de pequeños daños materiales.

Terminé desvelándome demasiado con Willa, y para cuando la noche hubo avanzado ya un buen trecho, nos habíamos olvidado por completo del libro y nos divertíamos bailando y cantando canciones de Cyndi Lauper.

Al final, Willa se quedó a dormir, y como acaparó la cama durante toda la noche, no conseguí descansar lo más mínimo.

Al llegar la mañana salí trabajosamente de mi habitación: me sentía como si me hubiera atropellado un tren. Lo único que deseaba era bajar, comer algo, beber agua, y no moverme durante tres o cuatro horas.

Al salir de mi cuarto no me encontré a Duncan merodeando fuera, y pensé que era positivo que al fin hubiera tenido la oportunidad de dormir hasta tarde.

Avancé un poco por el pasillo y entonces descubrí por qué Duncan había podido descansar esa noche.

Finn caminó hacia mí con las manos en la espalda, y yo sólo pude tratar de ahogar un gemido. Ya estaba vestido para trabajar; llevaba la ropa bien planchada y el cabello impecablemente peinado hacia atrás; el mío, por el contrario, era un desastre y lo más seguro era que estuviera espantosa.

—Buenos días, princesa —dijo Finn en cuanto estuvo cerca de mí.

—Sí, más o menos —contesté.

Finn asintió con la cabeza y pasó de largo. Me volví porque pensé que tal vez hubiera alguien a mi espalda que lo llamaba, pero no, estábamos solos.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Mi trabajo, princesa. —Se volvió para mirarme por encima del hombro—. Estoy inspeccionando los pasillos para comprobar que no haya intrusos.

—Entonces ¿ni siquiera vas a hablar conmigo?



La caída

—Eso no forma parte de mi trabajo —me contestó y continuó caminando.

—Genial —agregué con un suspiro.

Había sido una estúpida al emocionarme porque Finn sería restituido en su puesto. Debí haber imaginado que el hecho de que estuviera de nuevo en el palacio no significaba que las cosas fueran a cambiar entre nosotros. Ahora la situación sólo sería más dolorosa e incómoda.



La caída

15

Los Capuleto y los Montesco

—¿Qué estás haciendo aquí? —le exigí a Loki que me respondiera, pero él se limitó a arquear las cejas.

Lo habían hospedado en las antiguas habitaciones de empleados, y la verdad es que no era el tipo de celda que creí que le darían. En alguna ocasión Duncan me había explicado que, en otro tiempo, el palacio había llegado a estar repleto de servidumbre que vivía allí mismo, pero que, sin embargo, en las últimas décadas se había registrado una drástica reducción en el número de *mänsklig* y de Trylle que permanecían allí, por lo que había una menor necesidad de sirvientes.

A pesar de que no contáramos con un calabozo, había imaginado que encerrarían a Loki en un lugar parecido a aquel en el que los Vittra me habían mantenido en cautiverio, pero no: su cuarto era como el que ocupaba Finn cuando vivía en el palacio. La única diferencia era que el de Loki no tenía ventanas; por lo demás, aunque era pequeño, contaba con baño y una cama de matrimonio.

Para colmo, la puerta estaba abierta de par en par. Había un rastreador montando guardia en el pasillo, pero ni siquiera estaba exactamente a las puertas de la habitación. Quería hablar unos minutos a solas con Loki, así que había convencido a Duncan de que distrajera al rastreador que estaba al cargo del Vittra, lo cual le resultó bastante sencillo.

Loki estaba en la cama, sobre las mantas; tenía la cabeza apoyada en las manos y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. En la mesa se veía un plato lleno de comida que ni siquiera había tocado.



La caída

—Princesa, de haber sabido que vendrías a visitarme, habría adecentado un poco el lugar. —Loki sonrió y señaló su cuarto vagamente. No parecía desarreglado porque en realidad no había casi nada en él.

—¿Por qué estás aquí? —repetí la pregunta. Lo miré desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados.

—Porque creo que a la reina no le haría demasiada gracia que me fuera. —Se incorporó y dejó que las largas piernas colgaran por el borde de la cama.

—¿Por qué no te vas? —añadí, pero él se rió.

—No creo que eso sea posible, princesa, ¿o acaso sí lo es? —Se puso en pie y caminó con paso lento hasta donde yo me encontraba.

Había algo en mí que me decía que debía retroceder, pero me negué a hacerlo; no quería que Loki percibiera debilidad por mi parte, así que levanté el rostro y él se detuvo al llegar a la puerta.

—No veo nada que te detenga.

—Tal vez, pero es que los métodos de tu madre son más bien invisibles —explicó—. Si saliera de este lugar, me sentiría tan terriblemente enfermo que ni siquiera podría caminar.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Porque ya lo he intentado —dijo con una sonrisa—. No iba a permitir que algo tan trivial como el dolor físico me impidiera escapar, pero entonces descubrí que había sumestimado a la reina Trylle; ella es muy, muy buena en el uso de la persuasión.

—¿Y cómo funciona eso, si se puede saber? ¿Le ha bastado con aplicar la persuasión en ti y decirte lo que sucedería si salías de aquí? —pregunté—. ¿Ahora simplemente no puedes salir?

—No tengo ni idea de cómo funciona su poder. —Loki miró en otra dirección para mostrarme que la charla le aburría—. Ése nunca ha sido un tema que me haya interesado especialmente.

—Entonces, ¿cuáles son los temas que te interesan?

—Esto y aquello —me contestó encogiéndose de hombros. Volvió a sentarse en la cama.

—¿Por qué has venido? —volví a plantear—. ¿Qué esperabas obtener?



La caída

—¿Acaso no resulta obvio? —Sonrió de la misma forma traviesa en que siempre lo hacía—. He venido por ti, princesa.

—¿Así, completamente solo? —Mi expresión fue de incredulidad—. La última vez que los Vittra vinieron a capturarme eran todo un ejército y a pesar de eso los vencimos. ¿Qué pretendías lograr sin ayuda?

—Pensé que así no me atraparían. —Volvió a encoger los hombros sin que la situación lo inmutara ni siquiera un poco; era como si ser prisionero no le supusiera ningún problema.

—¡Eso es condenadamente estúpido! —le espeté, exasperada por su falta de preocupación ante lo que le sucedía—. ¿Acaso no sabes que te quieren ejecutar?

—Sí, algo he oído al respecto. —Loki respiró hondo y miró al suelo durante unos instantes, pero de repente recordó algo, porque se animó y se levantó de nuevo—. Me he enterado de que intercediste por mí. —Caminó hacia donde yo estaba mientras seguía hablando—. No lo estarás haciendo porque me extrañarías mucho si muriera, ¿verdad?

—No seas ridículo —le dije en tono burlón—. Estoy en contra del asesinato, aunque se trate de deshacerse de gente como tú.

—Gente como yo, ¿eh? —Loki arqueó una ceja—. ¿Te refieres a jóvenes endiabladamente guapos y varoniles que vuelven locas a las princesas rebeldes?

—Tú has venido a secuestrarme, no a conseguir que me volviera loca por ti —dije, pero él descalificó mi argumento agitando la mano.

—Cuestión de semántica.

—Lo que no entiendo es por qué tendrías que secuestrar a alguien —agregué—: eres un *markis*.

—Soy lo más cercano a un príncipe que tienen los Vittra —confesó con una sonrisa llena de ironía.

—Entonces ¿por qué demonios estás aquí? —insistí—. A mí la reina jamás me permitiría ir en una misión arriesgada.

—Pero sí que le permitió a ese otro *markis* ir a rescatarte —Loki se refería a Tove—, el que me clavó a la pared.

—Eso es muy distinto —dije sacudiendo la cabeza—. Él es muy poderoso y no fue solo. —Entorné los ojos—. ¿Viniste tú solo?



La caída

—Sí, por supuesto. Después de lo que sucedió la última vez que te visitamos, nadie hubiera sido tan estúpido como para acompañarme.

—Pero eso no explica por qué estás aquí —dije—. ¿Por qué te habrías de ofrecer voluntario si sabías lo peligroso que era? Porque supongo que sí sabrás que venir aquí ha sido muy peligroso, ¿no es cierto? Te has reído al oírme decir que querían ejecutarte, pero esta gente habla en serio, Loki.

—Te echaba mucho de menos, princesa; no pude evitar venir. —Trató de pronunciar la frase con su habitual desenfado, pero su sonrisa tenía cierto aire de sinceridad.

—No te burles. —Hice un gesto de fastidio.

—Pero ésa era la respuesta que esperabas, ¿no? Que decidí volver por ti. —Loki se apoyó en el marco de la puerta, sin salir del cuarto, y suspiró—. Querida princesa, tienes una opinión demasiado alta de ti misma. No me ofrecí como voluntario.

—No era eso lo que había imaginado. —Su comentario me irritó y provocó que me ruborizara un poco—. Si no te ofreciste tú, entonces ¿por qué te enviaron?

—Porque te dejé escapar. —Se quedó mirando al pasillo, donde Duncan distraía al otro rastreador—. El rey me envió para que enmendara mi error.

—¿Y por qué eras tú el encargado de cuidarme en Ondarike? ¿Por qué tú? ¿Por qué no le encomendaron la tarea a algún rastreador o algo así?

—No tenemos tantos rastreadores porque no solemos practicar el intercambio de *changelings*. —Loki me miró—. Los duendes hacen buena parte de los trabajos físicos, pero a ellos se les puede someter sin siquiera proponérselo. Los Vittra que trataron de secuestrarte la última vez no son mucho más poderosos que los *mänsklig*; por eso lograsteis vencerlos. El rey me envió porque soy el más fuerte.

—¿Quién eres? —le pregunté; abrió la boca dispuesto a decir nuevamente algo ingenioso y sarcástico, pero levanté la mano y se lo impedí—. Mi madre dijo que había conocido a tu padre, y que estás muy próximo al rey y a la reina Vittra.

—No estoy próximo al rey —negó Loki con la cabeza—. Nadie lo está. Sin embargo, tuve algo que ver con la reina. Sara, su esposa, fue mi prometida.



La caída

—¿Qué? —Me quedé atónita—. Pero ella es... es mucho mayor que tú.

—Sí, diez años —asintió Loki—. Pero así funcionan los matrimonios arreglados, en especial cuando hay muy pocas parejas disponibles en la comunidad. Por desgracia, el rey decidió que quería casarse con ella, antes de que yo alcanzara la mayoría de edad.

—¿Y tú la amabas? —le pregunté sorprendida de mi propio y repentino interés.

—¡Era un matrimonio arreglado! —dijo Loki riéndose—. Yo tenía nueve años cuando ella se casó con el rey. Puedes estar segura de que lo superé. Sara siempre me ha considerado un hermano menor; aún lo sigue haciendo.

—¿Y qué hay de tu padre? Elora dijo que lo había conocido.

—Por supuesto. —Se pasó una mano por el cabello y apoyó el peso de su cuerpo en la otra pierna—. Ella vivió un tiempo con los Vittra. Después de casarse con el rey, vivieron en Förening, pero cuando Elora se quedó embarazada, Oren insistió en que se mudaran a su casa.

—¿Y ella obedeció? —pregunté, asombrada de que Elora hubiera accedido a hacer algo que no deseaba.

—Supongo que no tuvo otra opción. Cuando el rey quiere algo, puede llegar a ser bastante... —Dejó la frase inconclusa—. Asistí a su boda, ¿lo sabías?

Loki sonrió al recordar. Su expresión era encantadoramente honesta, y cada vez que dejaba de lado su típico sarcasmo se tornaba tremendamente atractivo; detrás de su actitud altiva se ocultaba un tipo bastante sexy. De pronto me sentí demasiado agitada para hablar siquiera.

—¿Te refieres a la boda de mis padres? —le pregunté cuando por fin pude articular palabra.

—Sí —asintió—. Era muy pequeño; creo que tenía unos dos o tres años. Lo único que recuerdo es que me llevó mi madre y que me permitió bailar toda la noche. Caminé por el pasillo arrojando pétalos, lo cual es muy poco masculino, lo sé; el problema era que no había más niños de sangre real en la ceremonia.

—¿Y dónde estaban?



La caída

—Los Vittra no tenían niños, y los hijos de los Trylle ya habían sido intercambiados como *changelings* —explicó Loki.

—¿Te acuerdas de la boda? Pero si eras sólo un bebé —exclamé.

—Sí, pero fue la boda del siglo —dijo con una sonrisita burlona—. Allí estaban la flor y nata de los trols. Fue un gran espectáculo.

Descubrí que Loki utilizaba el humor y el sarcasmo para mantener una barrera entre nosotros; era una actitud similar a lo que hacía Finn con su frío exterior. Apenas unos instantes antes había alcanzado a ver el destello de algo auténtico en su mirada, mientras recordaba a su madre, algo similar a lo que había detectado en él cuando en Ondarike se había identificado con los sentimientos que me provocaba estar prisionera.

—¿Sabes por qué motivo se casaron?

—¿Oren y Elora? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿No lo sabes?

—Sé que Oren quería un heredero para el trono y que los Vittra no pueden tener hijos; Elora, por su parte, deseaba unir a las tribus —expliqué—. Pero ¿por qué? ¿Por qué era tan importante que se unieran los Vittra y los Trylle?

—Pues porque hemos estado en guerra durante siglos —dijo encogiéndose de hombros—. Tal vez desde el principio de los tiempos.

—Pero ¿por qué? —repetí la pregunta—. He leído algunos libros de historia, pero no he podido encontrar la razón. ¿Por qué nos odiamos tanto?

—No lo sé —dijo sacudiendo la cabeza con impotencia—. ¿Por qué odiaban los Capuleto a los Montesco?

—El señor Montesco le robó la esposa al señor Capuleto —le respondí—. Se trataba de un triángulo amoroso.

—¿Cómo? —preguntó Loki—. No recuerdo que Shakespeare escribiera eso.

—Lo habré leído por ahí en algún libro —le resté importancia al asunto—. Pero eso es irrelevante. Lo que quiero decir es que... siempre hay una razón.

—Estoy seguro de que así es —concedió Loki.



La caída

Se me quedó mirando un rato y sentí que sus ojos de color caramelo casi me atravesaban. De pronto fui consciente de lo cerca que estaba de mí, y de que en aquel momento contábamos con una total privacidad allí en su cuarto.

Bajé la mirada, retrocedí un poco y traté de calmar el pulso de mi corazón.

—Lo importante es que los protagonistas han cambiado mucho —dijo Loki al cabo de unos minutos—. Los Vittra quieren más, y los Trylle se aferran a su imperio decadente como si se jugaran la vida en ello.

—Si hay un imperio que está en decadencia, ése es el de los Vittra —contraataqué—. Al menos aquí podemos tener descendencia.

—Uuuy, qué golpe tan bajo, princesa. —Loki se puso las manos sobre el pecho y fingió un enorme dolor.

—Pero es verdad, ¿no es cierto?

—En efecto. —Loki dejó caer la mano y recobró su típica sonrisa socarrona—. Bueno, princesa, ¿qué plan tienes para sacarme de aquí con vida?

—Ninguno —contesté—. Eso es lo que he estado tratando de decirte. Te quieren ejecutar y no sé cómo impedirlo.

—¡Princesa! —gritó Duncan desde el otro extremo del pasillo.

Cuando me volví lo vi parado frente al otro chico, que parecía bastante irritado. No sé qué le habría dicho Duncan para lograr que relajara la guardia, pero era obvio que se le habían agotado los pretextos.

—Debo irme —le dije a Loki.

—¿Tu rastreador te está regañando? —me preguntó Loki mientras se asomaba por el pasillo. Duncan sonrió con timidez, y el guardia caminó hacia nosotros para continuar con su vigilancia.

—Algo así. Escucha, tienes que portarte bien y hacer lo que te digan. No causes problemas. —Cuando terminé de darle instrucciones, me lanzó aquella mirada suya de exagerada inocencia que parecía decir: «¿Quién, yo?»—. Sólo así tendré posibilidad de convencerlos de que no te ejecuten.

—Si ése es vuestro deseo, princesa... —Loki hizo una reverencia y luego me dio la espalda para ir hacia su cama.



La caída

El guardia volvió e hizo una reverencia mucha más marcada que la del *markis*; le sonreí antes de salir de allí caminando a toda prisa. Me habría gustado hablar más con Loki, a pesar de que no estaba segura de haber conseguido nada con ello. Dado que el guardia era un subordinado, tenía el poder de ordenarle que me diera más tiempo, pero no quería que luego anduviera por ahí diciendo por el palacio que yo visitaba al *markis*; ya me había arriesgado lo suficiente.

—Lo siento —dijo Duncan cuando lo alcancé—. Traté de mantenerlo entretenido durante más tiempo, pero le dio miedo meterse en problemas o algo así. Es una tontería porque al fin y al cabo tú eres la princesa, o sea su jefa, pero...

—Está bien, Duncan —le sonreí para acabar con el tema—. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias. —Se quedó callado, asombrado por aquel minúsculo halago.

—¿Sabes dónde está Elora? —le pregunté sin dejar de caminar.

—Mmm, creo que le esperaba un día de continuas reuniones. —Duncan miró su reloj y me siguió el paso—. En este preciso instante debe de estar con el Canciller, repasando la estrategia de seguridad por si Loki no fuera el único intruso.

Todavía no me había quedado claro por qué había ido Loki a Förening, pero no creía que hubiera venido para hacerme daño, ni a mí ni a ningún otro miembro de la comunidad. Mientras estuvimos en Ondarike vi cuánto le molestó que Kyra me hubiera causado heridas, y además tampoco había herido a ninguno de los guardias Trylle que lo habían apresado en nuestro palacio. Si en lugar de él, se hubiera tratado de Kyra o de cualquier otro Vittra, habrían atacado con todas sus fuerzas y habrían intentado por todos sus medios dar conmigo.

¿Habría venido Loki a Förening para protegerme? ¿Sería aquélla su forma de librarme otra vez de los Vittra?

—Estoy segura de que Loki es un caso aislado y ni siquiera representa una amenaza —dije—. No creo que haya suficientes Vittra listos para lanzar un contraataque.

—¿Eso es lo que él te ha dicho?

—Digamos que sí —asentí.

—¿Y le crees? —Me preguntó Duncan. No lo hizo en un tono sarcástico ni suspicaz, por lo que me dio la impresión de que en el fondo confiaba



La caída

en mi instinto. Si yo afirmaba que Loki no era una amenaza, Duncan me apoyaría.

—Sí. —Fruncí el ceño en cuanto descubrí que hablaba en serio—. Estoy convencida de que él me ayudó a escapar de Ondarike.

—Entiendo —asintió. Mi razonamiento era suficiente para él.

—Tengo que hablar con Elora. A solas —le expliqué cuando llegamos a la escalinata—. ¿Sabes si tiene algún hueco en su agenda?

—No estoy seguro —contestó. Comencé a subir y me siguió, a unos pasos de distancia—. Tendría que preguntarle a su consejero, pero si te urge reunirte con ella, puedo insistirle para que te consiga un hueco.

—Sí, es muy importante —dije—. Si hablas con ella o con su consejero y te dicen que no tiene tiempo para mí, por favor averigua en qué momento podría estar sola. La acorralaré en el cuarto de baño si es necesario.

—De acuerdo —asintió Duncan—. ¿Quieres que vaya de inmediato a hacer eso?

—Sí, sería genial, gracias.

—No hay problema. —Duncan me ofreció una gran sonrisa; siempre le agradaba poder servir. Regresó corriendo por donde habíamos llegado, para ir al encuentro de mi madre.

Me dirigí a mi habitación para poder pensar un poco. Entre el secuestro, el descubrimiento de quiénes eran mis padres, el entrenamiento de Tove y ahora mis intentos de salvar a Loki, la cabeza no dejaba de darme vueltas, y eso sin contar que, por lo que pude comprobar en la reunión de defensa del día anterior, mi propio pueblo estaba dispuesto a sacrificarme.

Me pregunté si me encontraría en el lugar adecuado. En realidad no quería gobernar un reino, así que en cierta forma no me importaba que corona terminaría llevando sobre mi cabeza. No había duda de que Oren parecía un ser malvado, pero lo cierto era que Elora tampoco se quedaba muy atrás.

Si decidía irme con los Vittra, dejarían en paz a los Trylle; tal vez ésa fuera mi mejor maniobra como princesa.

—¡Wendy! —Era Matt. Me gritó en cuanto me vio pasar por delante de su cuarto, de camino al mío; su llamada disipó mis pensamientos.



La caída

—Hola, Matt —le respondí sin mucho ánimo; salió a saludarme con tanta premura que ni siquiera le dio tiempo de dejar en su cuarto el libro que leía—. Siento mucho no haberte buscado antes, es que he estado muy ocupada.

—No te preocupes, lo entiendo —dijo, aunque no parecía muy convencido. Pegó el libro contra su pecho y me preguntó—: ¿Cómo estás? ¿Va todo bien? Nadie me ha explicado nada, y con el ataque del otro día...

—No fue un ataque —le expliqué, negando con la cabeza—. Fue sólo Loki. Él está...

—¿Ése no fue el tipo que te secuestró? —me preguntó muy irritado.

—Sí, pero... —Traté de pensar en una justificación para lo que había hecho, pero era obvio que Matt no se tragaría ningún cuento, así que no añadí nada más—. Es sólo un individuo y no hay mucho que él pueda hacer solo. Lo tienen encerrado y todo está bajo control. Estamos a salvo.

—Pero ¿cómo de a salvo, si todavía se producen intrusiones? —cuestionó Matt—. Se supone que estamos aquí porque éste es lugar más seguro para ti, pero si no pueden protegerte, entonces...

—Te aseguro que lo es —insistí, terminante—. Hay guardias por todos lados, y estaremos mejor aquí que en el mundo exterior.

No estaba segura de que eso fuera cierto, pero no quería que Matt saliera a investigar por sí mismo. Oren ya estaba enterado de cuánto me importaba mi hermano, y tenía muy claro que el rey Vittra era el tipo de individuo que, de ser necesario, no dudaría un instante en usar eso como una arma en mi contra. Lo mejor para Matt sería permanecer en Förening, donde los Trylle pudieran cuidarnos.

—Todavía no entiendo qué es lo que sucede ni quiénes son esas personas —confesó Matt—. No tengo otro remedio que confiar en ti, pero necesito asegurarme de que no te pasará nada.

—Estaré bien, te lo prometo. Ya no tienes que preocuparte por mí. —Sonreí con melancolía al percatarme de que lo que acababa de decirle era cierto—. Pero cuéntame: ¿cómo has estado tú? ¿Has encontrado algo que hacer para mantenerte ocupado?

—Sí, he estado conviviendo un poco con Rhys, y ha sido muy agradable, la verdad —contestó—. Es un buen chico; un poco... extraño, pero bueno.



La caída

—Te lo dije.

—Así es —agregó con una sonrisa.

—Y veo que también has encontrado algo para leer —comenté, señalando el libro.

—Sí. De hecho, fue Willa quien me lo consiguió. —Matt separó el libro de su pecho para mostrármelo. Estaba encuadernado a mano, en cuero, y parecía muy antiguo—. Son todos los planos y diseños de los palacios que se han construido.

—¿Ah, sí? —Lo tomé para hojear las amarillentas páginas; en ellas se mostraban los elaborados diseños de las espléndidas mansiones que había ocupado la realeza Trylle.

—Le dije a Willa que era arquitecto, y ella me consiguió este libro. —Matt se acercó un poco para poder ver las ilustraciones conmigo—. Creo que su padre lo tenía por ahí.

De inmediato me sentí como una tonta: la verdadera pasión de Matt era la arquitectura, y ahora que vivíamos en un lujoso palacio enclavado al borde de un acantilado, era obvio que se interesaría por su construcción. No podía creer que no se me hubiera ocurrido antes.

Matt iba señalando los detalles en las ilustraciones y comentando cuán ingeniosos eran, y asentí y me mostré asombrada cuando me pareció adecuado.

Estuve conversando un rato más con él y luego me dirigí a mi habitación para descansar por fin. Alguien llamó a la puerta en cuanto me acosté; di un hondo suspiro y me levanté para abrir.

Me encontré a Finn allí parado, junto al marco de la puerta, con sus ojos del color de la noche, como siempre lo habían sido.

—Princesa, te necesito —dijo sin emoción.



La caída

16

Punto Fuerte

—¿Perdona? —pregunté cuando por fin pude articular palabra.
—La reina tiene un momento para recibirte —dijo Finn—, pero debes darte prisa.

Se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo. Salí de mi habitación y cerré la puerta, y nada más oírme, bajó el ritmo; supuse que tenía que alcanzarlo.

—¿Dónde está? —pregunté. Como no me apresuré a llegar hasta él, tuvo que darse la vuelta—. ¿Dónde me espera Elora?

—Yo te llevaré —contestó.

—No es necesario, puedo ir sola, gracias.

—No debes quedarte sola. —Se detuvo hasta que lo alcancé, y luego caminamos juntos.

—Este lugar está repleto de guardias. Creo que puedo ir hasta donde se encuentre mi madre sin problemas —espeté.

—Tal vez.

Odiaba la idea de andar por ahí a su lado y fingir que no me importaba en absoluto. El silencio me resultaba demasiado incómodo, así que me esforcé por entablar una conversación.

—Y... ¿qué te parece trabajar con tu padre? —le pregunté.

—Es aceptable —contestó, un tanto obligado.

—¿Aceptable? —Lo miré para tratar de descifrar cómo lo hacía sentir aquello en realidad, pero era como si llevara puesta una máscara:



La caída

miraba al frente con sus oscuros ojos y en sus labios no se notaba expresión alguna.

—Sí, ésa es la mejor manera de describirlo.

—¿Te llevas bien con él? —añadí, y como no contestó, seguí hablando—. Me da la sensación de que tienes más relación con tu madre, o al menos se nota que se preocupa mucho por ti.

—Es difícil tener relación con alguien a quien no conoces —dijo con cautela—. Mi padre estuvo lejos durante la mayor parte de mi infancia, y cuando volvió, tuve que dejar la casa para ir a trabajar.

—Entonces es una buena noticia que podáis estar juntos —agregué—. Así podréis convivir más.

—Podría decir lo mismo respecto a ti y la reina. —Me miró de reojo, con cierta provocación que marcaba un contraste con la frialdad de sus palabras.

—Tu padre parece una persona más accesible que mi madre —respondí—. Al menos su comportamiento parece más humano.

—¿Sabes que eso que acabas de decir es un insulto en este lugar? —me recordó Finn—. No nos hace mucha gracia ser considerados humanos.

—Sí, eso lo tengo claro —mascullé.

—Lamento mucho lo que sucedió el otro día durante la reunión de defensa. —Bajó la voz y comenzó a hablarme en aquel tono conspirador que solía usar cuando estábamos solos.

—No es culpa tuya. De hecho, me ayudaste, y te estoy muy agradecida.

—Es sólo que no podía aceptar lo que se estaba discutiendo. —Finn se detuvo frente a una sólida puerta de caoba—. No me gustó que os culparan a ti y a tu madre por lo que ha sucedido. Pero tampoco te pongas en contra de ellos, sólo tienen miedo.

—Lo sé. —Me paré junto a él y respiré hondo—. ¿Te puedo preguntar algo importante?

—Por supuesto —dijo, aunque su voz transmitió una ligera vacilación.

—¿Crees que sería mejor que me fuera con los Vittra? —le interrogué. Abrió bien los ojos, pero hablé antes de que me pudiera contestar—. No te estoy preguntando si sería lo mejor para mí. Me gustaría que dejaras a un lado tus sentimientos, cualesquiera que sean. ¿Crees que sería



La caída

bueno para los Trylle, para toda la gente de Förening, que me fuera con los Vittra?

—El hecho de que estés dispuesta a sacrificarte por tu gente es precisamente la razón por la que te necesitan aquí. —Me miró profundamente a los ojos—. Debes permanecer con nosotros. Todos te necesitamos.

Tragué saliva, bajé la mirada y me sentí ruborizar: me parecía terrible que el simple hecho de hablar con él me ocasionara tanta inquietud.

—Elora te espera dentro —dijo en voz baja.

—Gracias —asentí, y sin mirarlo, abrí la puerta para entrar. Jamás había estado en el estudio privado de la reina, pero no me pareció muy distinto a las salas en las que trataba los asuntos de Estado. Había una gran cantidad de estanterías, un enorme escritorio de roble y, frente a la ventana, una *chaise longue* tapizada de terciopelo. En una de las paredes colgaba un retrato de Elora, y por el tipo de pinceladas supe que era ella misma quien lo había pintado.

Se encontraba sentada en el escritorio, con una pila de documentos ante sí. En su mano sostenía una pluma fuente de marfil, y por supuesto, al lado tenía el tintero. Elora sujetaba la pluma con cautela sobre los papeles, como si sintiera miedo ante lo que estaba a punto de firmar.

No levantó la cabeza de inmediato; su negro cabello colgaba alrededor de su rostro como una cortina. No estaba segura de si se había dado cuenta de que yo estaba allí.

—Necesito hablar contigo, Elora —dije aproximándome a su escritorio.

—Eso me han dicho. Habla ya; no tengo mucho tiempo. —Se volvió para mirarme y casi me quedé sin habla.

Nunca la había visto tan demacrada: su piel, normalmente inmaculada, parecía envejecida de un día para otro. Sobre la frente se le apreciaban signos de expresión que no le había notado el día anterior. Sus oscuros ojos también habían adquirido una apariencia blanquizca, como si estuviera desarrollando cataratas, y en la línea que dividía su cabello alcancé a ver unos inicios de canas que por alguna razón no había percibido de inmediato en cuanto la vi.

—Princesa, por favor —dijo Elora con irritación—: ¿qué quieres?



La caída

—Quería hablar contigo acerca de Lo... eh, del *markis* Vittra — tartamudeé.

—Creo que ya dejaste muy clara cuál era tu postura respecto a ese asunto. —Sacudió la cabeza y una gota de tinta de la pluma cayó sobre el escritorio.

—Creo que no deberías ejecutarlo —le dije con un poco más de fortaleza.

—Ya expresaste tus opiniones, princesa.

—Es que no tiene sentido, ni siquiera en el terreno político —continué hablando porque me negaba a pasar por alto aquel asunto—. Si lo matas, se producirán más ataques por parte de los Vittra.

—Ejecutemos o no al *markis*, los Vittra jamás se detendrán.

—¡A eso me refiero! —exclamé—. No tenemos por qué enfrentarnos a ellos de esa manera. Ya ha muerto demasiada gente por esta causa y no necesitamos aumentar la lista.

—Tampoco puedo mantenerlo prisionero durante mucho más tiempo — me explicó, y de repente, en un momento de inusual honestidad, dejó a un lado su habitual fachada y me permitió ver lo extenuada que se encontraba—. El poder que estoy usando para mantenerlo cautivo... está acabando conmigo.

—Lo siento —dije sin añadir nada más, porque no sabía cómo reaccionar ante aquella demostración de fragilidad.

—Creo que a Su Joven Majestad le complacerá saber que estoy buscando una solución —agregó Elora, aunque empleó un tono particularmente amargo al referirse a mí como «Majestad».

—¿Y qué planeas hacer? —pregunté.

—Estoy revisando tratados antiguos. —Tocó los papeles que tenía frente a ella—. Intento hallar algún tipo de mecanismo de intercambio para que podamos devolver al *markis* y conseguir a cambio un poco de paz. Sé que Oren jamás cederá en sus pretensiones de capturarte, pero necesitamos ganar algo de tiempo antes de su siguiente ataque.

—Oh. —Me sentí desarmada durante unos instantes. Lo cierto era que no esperaba que estuviera haciendo algo para ayudarme a mí o a Loki—. ¿Y qué te hace pensar que Oren pueda estar organizando otro ataque?



La caída

Los Vittra parecen encontrarse demasiado diezmados para pelear en estos momentos.

—No sabes nada acerca de los Vittra ni de tu padre —contestó Elora en un tono tan condescendiente como exasperado.

—¿Y de quién crees que es la culpa? —cuestioné—. ¡Me enteré de tu existencia hace apenas dos meses! Si no estoy al tanto de una gran cantidad de asuntos es porque tú quieres que así sea. Pretendes que gobierne este sitio, pero te niegas a explicarme lo que sucede aquí.

—¡Princesa! ¡No tengo tiempo! —exclamó. Me pareció que estaba empezando a llorar cuando me miró, pero las lágrimas desaparecieron antes de que pudiera comprobarlo—. Tengo muchísimos deseos de contártelo todo, ¡pero no tengo tiempo! Tendrás que enterarte de todo a su debido tiempo; ojalá fuera de otro modo, pero así son las cosas.

—¿A qué te refieres? —le pregunté—. ¿Por qué no tienes tiempo?

—Ni siquiera lo tengo para esta discusión. —Elora sacudió la cabeza y me despidió agitando la mano—. Tienes muchos asuntos pendientes, y yo tengo una reunión en diez minutos. Si quieres que salve a tu adorado *markis*, te sugiero que vuelvas por dónde has venido y me permitas continuar con mi trabajo.

Me quedé frente a su escritorio un momento antes de darme cuenta de que ya no tenía nada más que decirle. Elora estaba de mi lado por primera vez; su propósito no era ejecutar a Loki. Pensé que sería mejor salir de allí antes de que pudiera escapárseme algo que la hiciera cambiar de opinión.

Había creído que Finn estaría esperándome en el pasillo para escoltarme hasta mi habitación, pero fue a Tove a quien encontré: apoyado en la pared, jugueteaba con una naranja que sostenía en las manos.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —dijo en tono áspero.

—No, me refería a que no esperaba encontrarte en este lugar.

—Pensaba ir a verte de todas maneras, así que le he dicho a Finn que podía irse. —Tove rió con un aire de complicidad y sacudió la cabeza.

—¿Tengo que practicar hoy? —le pregunté. Me gustaba el entrenamiento que me estaba proporcionando, pero él había pensado



La caída

que sería mejor que descansara un día o dos para no agotarme por completo.

—No. —Tove arrojó la naranja al aire mientras nos alejábamos del estudio de Elora—. Voy a quedarme un tiempo en el palacio, y se me había ocurrido que sería buena idea pasarme a comprobar qué tal estabas.

—Ah, entiendo. —Había olvidado que Tove se quedaría con nosotros para asegurarse de que todo estuviera en orden en lo que hacía referencia a la seguridad—. ¿Y por qué necesitabas verificar si estaba bien?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Me parece que...

—¿Está gris mi aura hoy? —interrogué, mirándolo de reojo.

—Sí, la verdad es que sí —asintió—. Últimamente ha mostrado un color café con leche enfermizo tirando a amarillo sulfuroso.

—Ni siquiera sé de qué color es el sulfuro y, aunque lo supiera, no tengo ni idea de lo que estás tratando de decirme —le expliqué—. Te pasas el día hablando de auras, pero no me has enseñado nada sobre ello.

—Tu aura es de color anaranjado. —Levantó la fruta que tenía en la mano para ilustrar su comentario, y luego comenzó a lanzarla de una mano a otra—. Es un aura inspiradora y compasiva. Cada vez que estás cerca de las personas a las que amas, aparece también un halo morado: el color del aura relacionado con la protección y el cariño.

—¿Y? —le interrogué, arqueando una ceja.

—Ayer, cuando te pusiste de pie en la reunión y comenzaste a pelear por aquello en lo que crees, tu aura resplandeció con un tono dorado. —Sumido en sus pensamientos, Tove se detuvo de repente—. Fue deslumbrante.

—¿Y qué significa ese tono dorado?

—No lo sé con exactitud —respondió, negando con la cabeza—. Jamás había visto nada igual. Tu madre suele tener una aura de color gris con tonos rojizos, pero cuando está completamente imbuida en su papel de reina, también se jaspea de dorado.

—Entonces el dorado significa que... ¿qué soy una líder? —le pregunté con escepticismo.



La caída

—Tal vez. —Tove volvió a encogerse de hombros y empezó a caminar de nuevo.

Bajó por la escalera y lo seguí, a pesar de que deseaba estar sola. Continuó explicándome todo lo que sabía sobre auras y acerca de lo que significaba cada color.

A pesar de todo, seguía sin entender cuál era el propósito del aura. Tove me explicó que el aura le permitía conocer con claridad el carácter y las intenciones de otra persona. A veces, cuando era realmente poderosa, podía llegar a sentirla; me explicó que el día anterior, durante la junta, había percibido la mía como una especie de calidez, como si hubiera estado tomando el sol de verano.

Se detuvo en el salón de estar y se derrumbó en una silla cerca de la chimenea; peló la naranja y arrojó la cáscara a los leños apagados. Yo me senté en el sofá más cercano y miré por la ventana.

El otoño comenzaba a dar paso al invierno y fuera el aguanieve caía con fuerza; al golpear contra el vidrio de la ventana, sonaba como si llovieran moneditas.

—¿Cuánto sabes de los Vittra? —le pregunté.

—¿Mmm? —Tove mordió la naranja y me miró mientras se limpiaba el zumo que le resbalaba por la barbilla.

—¿Sabes muchos acerca de los Vittra? —parafraseé mi pregunta.

—Algo. —Tove extendió el brazo y me ofreció un gajo de su naranja—. ¿Quieres?

—No, gracias —contesté, negando con la cabeza—. ¿Cuánto?

—Un gajo o dos, pero si quieres, te la doy entera. —Tove me ofreció nuevamente la naranja, pero la rechacé con delicadeza.

—No, me refería a cuánto sabes de los Vittra. Cuéntame algo —insistí.

—Esa petición es demasiado vaga. —Tove se comió otro gajo, hizo una mueca y arrojó el resto a la chimenea. Luego se frotó las manos en los pantalones para secarse el zumo y miró a su alrededor.

Parecía muy distraído y pensé que tal vez el palacio lo abrumaba: demasiadas personas atrapadas en un mismo espacio, con muchísimos pensamientos. Tove estaba acostumbrado a visitarnos sólo unas cuantas horas de vez en cuando.



La caída

—¿Sabes por qué razón son enemigos los Vittra y los Trylle? —sondeé.

—No. —Negó con la cabeza—. Pero creo que todo se debe a una chica.

—¿En serio?

—¿Acaso no es siempre así? —Respiró hondo y se levantó. Se acercó a la repisa de la chimenea y empujó algunas figuritas de marfil y madera que había sobre ella: a ratos usaba los dedos; en otros momentos, la mente—. Una vez oí decir que Helena de Troya era una Trylle.

—¡Creía que Helena de Troya era sólo un mito! —exclamé.

—También los trols. —Tove levantó una de las figuritas: era un cisne de marfil con hojas de hiedra grabadas, de madera. Lo tocó con delicadeza, como si le diera miedo dañar el intrincado diseño—. ¿Quién puede decir lo que es real y lo que no?

—Entonces ¿troyanos y Vittra son los mismo? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

—No lo sé. —Tove se encogió de hombros y devolvió la figurita a la repisa—. No tengo mucha fe en la mitología griega.

—Genial. —Me recosté en el sofá—. ¿Y qué es lo que sí sabes?

—Sé que su rey es tu padre. —Tove empezó a dar vueltas por el salón mirándolo todo y al mismo tiempo nada—. Y que es un maldito tirano que no parará hasta recuperarte.

—¿Tú sabías que era mi padre? —le pregunté, mirándolo llena de incertidumbre—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me correspondía a mí hacerlo. —Tove miró el aguanieve que caía al otro lado de la ventana; luego caminó hasta allí y puso la mano sobre el vidrio. El calor de su piel dejó una marca humeante.

—Debiste hacerlo —insistí.

—No lo van a matar —dijo distraídamente. Luego se inclinó hacia delante y exhaló en el vidrio, llenándolo de vapor.

—¿A quién? —pregunté.

—A Loki, el *markis*. —Tove dibujó algo en el vaho y luego lo borró con el codo.

—Elora dice que va a tratar de...



La caída

—No: lo que trato de decirte es que no pueden matarlo —me aseguró, y luego me miró fijamente a la cara—. Aparte de ti y de mí, tu madre es la única con el poder suficiente para retenerlo.

—Espera, espera. —Levanté la mano—. ¿A qué te refieres con que nadie tiene tanto poder para retenerlo? Yo misma vi cómo lo sometieron los guardias en el vestíbulo cuando lo detuvieron; incluso Duncan les ayudó.

—No, los Vittra funcionan de una manera distinta a la nuestra. —Tove negó la cabeza y se sentó en el otro extremo del sofá—. Nuestras habilidades radican aquí —dijo, al tiempo que se daba unos golpecitos en la cabeza—. Nosotros podemos mover objetos con la mente o controlar el viento.

—Loki puede hacer con su mente que la gente se desmaye, y la reina Vittra puede sanar a otros —dije.

—Eso es porque por las venas de la reina Vittra corre sangre Trylle desde hace una o dos generaciones; es el requisito para que pueda gobernar. De hecho, Loki también tiene nuestra sangre porque su padre era Trylle.

—¿Y ahora es un Vittra? —Recordé que Elora había mencionado que lo odiaba.

—Lo fue durante algún tiempo, pero ya murió —dijo Tove con mucha naturalidad.

—¿Cómo? ¿Por qué? —le pregunté.

—Por traición. —Tove se inclinó hacia delante y levantó con la mente un florero que había sobre una mesita. Me dieron ganas de gritarle y decirle que prestara atención, pero sabía muy bien lo que estaba tratando de hacer.

—¿Fuimos nosotros quienes lo matamos? —indagué.

—No. Creo que intentó desertar para volver a Förening. —Tove se mordió el labio y se concentró más en el florero que sostenía levitando—. Lo asesinaron los Vittra.

—Ay, Dios mío. —Me reacomodé en el sofá—. ¿Y por qué Loki continúa apoyándolos?



La caída

—No conozco a Loki, y tampoco conocí a su padre. —El florero bajó poco a poco hasta descansar sobre la mesita—. No podría explicarte sus razonamientos.

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

—Tú también lo sabrías si no fuera por la situación en la que nos hallamos inmersos. —Tove exhaló profundamente; mover el florero había conseguido apaciguarlo—. Forma parte del entrenamiento que estás recibiendo: tienes que conocer nuestra historia. Sin embargo, debido a los ataques, ahora lo más importante es que estés preparada para la batalla.

—¿En qué se diferencian los poderes de los Vittra de los nuestros? —le pregunté para retomar el tema.

—En la fuerza —dijo, flexionando el brazo para ilustrar su respuesta—. Ellos son inigualables en el aspecto físico; incluso sus mentes son más impenetrables y ése es el motivo por el que personas como tú o Elora tenéis dificultada para controlarlos; a mí también me cuesta más trabajo moverlos. Por otra parte, igual que sucede entre nosotros, cuanto más poderoso es un Vittra, mayor es su rango; por eso Loki tiene tanta fuerza, porque es un *markis*.

—Pero en el palacio de los Vittra lo moviste a tu antojo —le recordé.

—Sí, he estado reflexionando mucho sobre eso. —Frunció el ceño, confundido—. Creo que eso se debió a que él me permitió hacerlo.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé. —Tove negó con la cabeza—. Loki me permitió someterlo allí, y luego se dejó capturar aquí. Pero el poder que Elora ejerce sobre él es real. Sin embargo, los otros guardias... —Volvió a hacer un gesto de incredulidad—. Los guardias no tienen siquiera la más mínima posibilidad de enfrentarse a él.

—¿Y por qué haría algo así?

—No lo sé —confesó Tove—. Pero te aseguro que es mucho más fuerte que cualquiera de nosotros. Elora no podría retenerlo el tiempo suficiente para que lo ejecuten.

—¿Y tú? —pregunté con cautela.

—Creo que sí —asintió—. Es decir, creo que podría, pero es algo que no me gustaría hacer.



La caída

—¿Por qué no?

—Creo que no deberíamos ejecutarlo porque, para ser francos, no nos ha hecho nada. Preferiría averiguar qué se trae entre manos. —Tove se encogió de hombros y me observó con detenimiento—. Y además, porque tú no quieres que lo lastime.

—¿Desobedecerías a Elora si yo te lo pidiera? —pregunté, y él asintió—. ¿Por qué? ¿Por qué harías algo por mí y no por ella?

—Porque a ti te debo mi lealtad, princesa —dijo con una sonrisa—. Confío en ti y estoy seguro de que los otros Trylle harán lo mismo en cuanto descubran todo de lo que eres capaz.

—¿Y de qué soy capaz? —indagué. Su confesión me había conmovido de una manera muy especial.

—De llevarnos a la paz —dijo con tanta convicción que no quise contradecirlo.



La caída

17

Adormecida

Después de escuchar lo que Tove me dijo acerca de Loki, creí que debía hablar con él. Hasta aquel momento no me había explicado por qué había acudido a Förening, pero tenía que averiguarlo. ¿Qué esperaba obtener al entrar en el palacio Trylle sin la ayuda de otros Vittra?

Por desgracia, la vigilancia en el exterior de su cuarto se había incrementado.

Los guardias se habían enterado de nuestra conversación y habían decidido redoblar esfuerzos para mantenernos alejados. A Duncan lo habían reprendido duramente por permitirme ver a Loki, y cuando por fin regresó a cumplir sus labores como guardaespaldas, se negó rotundamente a apoyarme para que pudiera acercarme otra vez al prisionero.

Hubiera podido recurrir a la persuasión, pero ya había manipulado su cerebro lo suficiente todos aquellos días en los que había estado practicando con él. Además, aunque aún no se lo había dicho abiertamente a Tove, me había prometido a mí misma no volver a persuadir a nadie.

Ante la imposibilidad de encontrarme con Loki, pensé que debía emplear el día en relajarme. A la mañana siguiente volvería al entrenamiento, y ya trataría después de reencontrarme con él. Estaba convencida de que encontraría la manera de eludir a los guardias sin tener que hacer uso de mis poderes de persuasión.

Sin embargo, no pude pasar mucho tiempo sola. Duncan me escoltó hasta mi habitación y apenas llevaba cinco minutos allí cuando llegó Rhys de la escuela; preparó pizza y me invitó a su cuarto a ver películas malas y a relajarme junto a él, Matt y Willa.

Como tenía la sensación de que no había pasado suficiente tiempo con ellos, acepté e invité a Duncan a unirse a nosotros. Me senté en el sofá



La caída

para asegurarme de estar a una distancia adecuada de Rhys, pero ni siquiera fue necesario porque allí estaba Matt para vigilar que no estuviéramos demasiado cerca el uno del otro.

Con todo, daba la impresión de que Matt no se estaba haciendo cargo de sus funciones de hermano mayor, pues se le veía bastante ocupado con Willa: no dejaron de jugar y de reírse, pero desde luego fue ella la que más me sorprendió porque incluso comió algo de pizza más tarde. Ni siquiera yo lo hubiera hecho, pero Willa la degustó con una sonrisa y todo.

Para que no volviera a suceder lo mismo que la última vez que había estado mirando películas en el cuarto de Rhys, en esta ocasión me aseguré de retirarme antes de quedarme dormida. Cuando llegamos a la mitad de *El despertar del diablo*, me disculpé y salí de allí.

De camino a mi habitación, vi a Finn haciendo su ronda: le saludé pero no me respondió, y ni siquiera movió la cabeza. Duncan ofreció disculpas por el comportamiento de Finn, pero aquello sólo me irritó aún más: no necesitaba que otros rastreadores se esforzaran por hacerme sentir mejor.

Tove me despertó a la mañana siguiente muy temprano y con mucho ímpetu. Como estaba viviendo con nosotros, ni siquiera tenía que desplazarse hasta allí. A mí me pareció que era demasiado pronto, pero su insomnio había empeorado desde que se había mudado al palacio, así que ni siquiera mencioné la hora.

Me arreglé y luego pasamos todo el día entrenando. Fuimos a la cocina, que normalmente solía estar vacía, pero con tantos guardias y gente en el palacio contaba con una actividad incesante; para disgusto del chef, Tove se empeñó en que practicara moviendo cacerolas y sartenes.

Esperaba que se produjera una escena al estilo de *Mary Poppins*, con todos aquellos utensilios en movimiento, pero no fue así: apenas logró que un par de sartenes de hierro levitaran, y estuve a punto de arrancarle la cabeza a Duncan cuando hice volar con la mente una cacerola a toda velocidad.

En cierta forma estaba fascinada porque al fin había logrado mover objetos; Tove creía que aquello tenía algo que ver con el hecho de que hubiera golpeado la puerta sin tocarla cuando Elora estaba lastimando a Loki. Según él, en aquel momento había conseguido desatar lo que me había estado impidiendo desarrollar mi potencial.



La caída

No obstante, mi emoción por el progreso de mis habilidades decayó debido a lo cansada que me sentía; me encontraba agotadísima cuando terminamos, como nunca antes. Duncan se ofreció para ayudarme a subir la escalera hasta mi habitación, y a pesar de que me habría venido bien, tuve que rechazarlo porque sabía que debía aprender a manejar mi energía.

Estaba decidida a evitar que Duncan, Finn o incluso Tove arriesgaran sus vidas para protegerme; de hecho, no quería necesitarlos. Era más fuerte que ellos y tenía que aprender a velar por mí misma.

Era consciente de que no podría dominarlo todo de la noche a la mañana, pero trabajaría con ahínco hasta sentirme tan fuerte como todo el mundo esperaba que fuera.

Tomé un descanso después de un buen rato de entrenamiento y luego me dirigí a la reunión de defensa. Asistimos a ella Tove, Duncan, algunos guardias de élite, Elora y yo. Cuando llegamos, Finn y Thomas, su padre, ya estaban allí. Los saludé a ambos: Thomas respondió pero Finn me ignoró... una vez más.

No se abordó mucho en aquella reunión. Simplemente, Elora nos puso al tanto de los últimos sucesos: no había habido más intrusos Vittra y Loki continuaba preso; luego continuó con el asunto de los cambios de guardia de los rastreadores. Hubiera querido preguntarle acerca del plan para negociar con los Vittra la liberación de Loki, pero me lanzó una mirada de advertencia y supe que no era el momento indicado para hacerlo.

Al terminar, mi único deseo era ir a mi habitación, darme un largo baño caliente y dormir. Pero cuando estaba a punto de meterme bajo la ducha, me di cuenta de que se había terminado el gel para el cuerpo, por lo que fui al armario del pasillo en busca de otro.

De pronto me noté adormecida, como si mi cerebro estuviera padeciendo un cortocircuito. Por alguna razón no podía sentir las extremidades: ni los dedos de las manos ni los de los pies, para empezar. Una migraña hizo su aparición en la base de mi cráneo y la visión de mi ojo izquierdo se nubló un poco.

El entrenamiento de aquel día me había afectado más de lo que quería admitir. Tove me había ofrecido en varias ocasiones que tomara un descanso, pero me había negado con obstinación. Era obvio que ahora estaba pagando las consecuencias.



La caída

Creo que por ese motivo perdí el control cuando Finn pasó junto a mí. Yo iba en bata por el pasillo y había salido de mi cuarto en busca de más gel; él seguía con sus rondas. Pasó junto a mí, le saludé y de nuevo ni siquiera me sonrió ni respondió a mi saludo.

Y eso fue todo: la gota que colmó el vaso.

—¿Qué demonios pasa, Finn?! —le grité, volviéndome bruscamente junto a él; se detuvo, pero sólo porque lo asusté. Me miró, parpadeó y se quedó con la boca abierta. Creo que jamás lo había pillado tan desprevenido—. Ya sé que no piensas decirme nada, que te quedarás mirándome con tu expresión vacía, como siempre.

—Yo, yo... —tartamudeó, y sacudí la cabeza en señal de desaprobación.

—Ya basta, Finn. —Levanté la mano para acallarlo—. Si te has empeñado en fingir que no existo, no trates de arreglarlo ahora.

—Wendy. —Respiró hondo, con exasperación—: Sólo estoy tratando de hacer mi trabajo...

—Y qué más da —exclamé, con una mirada de fastidio—. ¿Es que acaso tus funciones incluyen que seas un cretino con la princesa y la ignores? ¿Está escrito eso en algún lugar?

—Tan sólo me esfuerzo por protegerte, y lo sabes.

—Ya me ha quedado bastante claro que no podemos estar juntos, y puedes creerme, no soy tan débil como para abalanzarme sobre ti si me correspondes el saludo cuando nos cruzamos. —Golpeé la puerta del armario—. No hay absolutamente ninguna razón para que seas tan grosero conmigo.

—No lo soy. —Su expresión se suavizó; parecía triste y confundido—. Yo... —Bajó la mirada— No sé cómo debo actuar cuando estoy junto a ti.

—¿Y de dónde has sacado que ignorarme sería lo mejor? —le pregunté, y para mi sorpresa, mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Por eso no quería estar aquí —me explicó, negando con la cabeza—. Le supliqué a la reina que me dispensara, pero...

—¿Le suplicaste? —pregunté. Aquello era demasiado.

Finn no suplicaba. Era demasiado orgulloso como para implorar nada; y sin embargo, a pesar de ello, su deseo de estar lejos de mí era tan grande como para haberlo hecho.



La caída

—¡Sí! —respondió señalándome—. ¡Mírate! ¡Mira lo que te estoy causando!

—O sea ¿que te das cuenta? —le pregunté—. ¿Sabes que me haces daño, y de todas formas lo sigues haciendo?

—¡No tengo más opción, Wendy! —gritó—. ¿Qué quieres que haga? Dime cómo debería actuar.

—Ya no quiero nada de ti —confesé y me alejé de él.

—¡Wendy! —me llamó, pero sacudí la cabeza y continué caminando.

—Estoy demasiado cansada para esto, Finn —mascullé, y entré en mi habitación.

En cuanto cerré la puerta, me apoyé en ella y eché a llorar. Ni siquiera sabía por qué; en realidad no era que echara de menos a Finn, pero en cierta manera no podía controlar mis emociones, y comenzaron a escaparse de mí en forma de un descomunal sollozo.

Me derrumbé en la cama y decidí que el único remedio era dormir.



La caída

18

Secretos

A la mañana siguiente Duncan necesitó unos veinte minutos para despertarme, más o menos; o al menos eso fue lo que me dijo más tarde, cuando ya estaba en pie. Primero había probado llamando a la puerta, pero no funcionó porque ni siquiera lo oí. Tampoco lo había logrado sacudiéndome. Y ya estaba medio convencido de que había muerto cuando apareció Tove y me echó agua fría en la cara.

—¿Qué demonios?! —grité al tiempo que me incorporaba.

El agua me chorreaba por la cara y tuve que parpadear varias veces hasta que conseguí ver a Tove y a Duncan sujetándose la cabeza; el corazón me palpitaba con fuerza y necesité apartarme el cabello del rostro.

—Lo has vuelto a hacer —dijo Tove, frotándose las sienes.

—¿El qué? —pregunté—. ¿Qué sucede?

—Has vuelto a abofetearme con la mente. —Tove hizo una mueca y Duncan bajó las manos—. Te hemos asustado para que despertaras y nos has larvado un contraataque dormida. Ya se está desvaneciendo.

—Lo siento. —Me bajé de la cama con el pijama empapado—. Pero eso no explica lo del agua.

—Es que no conseguía despertarte —me explicó Duncan, nerviosísimo—. Temí que hubieras muerto.

—Te dije que no estaba muerta. —Tove lo miró fijamente y luego estiró la mandíbula para aliviar el dolor de la bofetada mental que le había asestado sin querer.

—¿Te encuentras bien? —Duncan se acercó a mí para comprobar si mostraba alguna herida.



La caída

—Sí, estoy bien —asentí—. Aparte de estar empapada, claro, y de que aún me siento igual de cansada.

—Hoy no vamos a entrenar —me informo Tove.

—¿Cómo? —le pregunté incisivamente—. ¿Por qué? Si precisamente ahora estaba comenzando a obtener algunos logros.

—Lo sé, pero también es verdad que todo esto te está agotando demasiado —me explicó—. Te podrías lesionar un músculo o algo así. Mañana seguiremos practicando.

Traté de protestar, aunque sin demasiada convicción; además, por más que lo hubiera intentado, no habría conseguido que Tove cambiara de opinión por mí. A pesar de que había dormido bastante bien, seguía extenuada. Tenía la sensación de que un lado entero de mi cabeza estaba aletargado, como si la mitad de mi cerebro siguiera dormido, aunque era evidente que no era así, porque en ese caso se hubiera tratado de un colapso cerebral; no obstante, necesitaba hacer una pausa.

Tove se fue para dedicarse a lo que generalmente hiciera en su tiempo libre, y Duncan me prometió un día de descanso aun a mi pesar.

Lo primero era cambiarme de ropa y darme una ducha. Cuando salí lo encontré sentado en mi cama desarreglada, y en cuanto me vio, comenzó a enumerar una a una todas las actividades tranquilas a las que podíamos dedicar el día; sin embargo, ninguna de ellas me sonó divertida.

—¿Tú dirías que hablar con amigos es relajante? —le pregunté mientras me secaba los rizos con una toalla; quería dejarme el cabello suelto porque todavía me dolía la cabeza.

—Sí —dijo Duncan con algo de vacilación.

—Genial, pues entonces ya sé lo que voy a hacer. —Arrojé la toalla a la silla más cercana, y él se deslizó hasta el borde de la cama.

—¿Qué? —Aguzó la mirada; como no me había entusiasmado ninguna de sus ideas, seguramente sentía recelo de lo que le propondría.

—Voy a hablar con un amigo —contesté.

—¿Con cuál? —Duncan se levantó de la cama y me siguió hasta la puerta, casi pisándome los talones.

—Un amigo. —Me encogí de hombros y salí al pasillo.



La caída

—Pero... si no tienes muchos amigos —señaló Duncan; fingí sentirme ofendida, y él notó lo desafortunadas que habían sonado sus palabras—. Lo siento.

—No te preocupes, en el fondo creo que tienes razón —dije mientras pasábamos junto a los cuartos de Rhys y de Matt.

—Oh, no. —Duncan negó con la cabeza cuando comprendió adonde me dirigía—. Princesa, se supone que tienes que relajarte. Además, ese *markis* Vittra definitivamente no es un amigo.

—Pero tampoco es exactamente un enemigo. Sólo quiero conversar con él.

—Princesa... —Suspiró—. Es una mala idea.

—Gracias por tus comentarios, Duncan, los tengo en cuenta. Y no querría que pensaras que me gusta ejercer mi autoridad sobre ti, pero soy la princesa y no puedes detenerme.

—Bajo ninguna circunstancia se te permitirá verlo —dijo Duncan mientras caminaba a unos pasos detrás de mí—. La reina previno a los guardias después de tu charla con él.

—Si no te parece bien, no tienes por qué acompañarme.

—¿Cómo quieres que no vaya contigo? —En lugar de hacerme caso, Duncan aceleró el paso—. No puedo permitir que te encuentres con él a solas.

—Gracias por preocuparte, pero te aseguro que estaré bien. —Me volví para mirarlo—. No quiero meterte en problemas ni nada por el estilo. Tal vez sería mejor que te quedaras.

—No, eso no sería lo mejor —me dijo, mirándome con severidad—. Mi labor es protegerte, princesa, no al revés. Tienes que dejar de preocuparte por mi seguridad.

En el preciso instante en que llegábamos a la escalinata oímos un estruendo en la puerta principal. Aquello era muy extraño porque casi nadie llamaba a golpes; por lo general hacían sonar el timbre, que imitaba del sonido de unas campanas tubulares.

Lo más extraño fue que Elora llegó hasta el vestíbulo circular y se dirigió a la puerta; su largo vestido negro se arrastraba detrás de ella sobre el suelo de mármol.



La caída

Duncan y yo seguíamos en el primer piso y Elora estaba justo debajo de nosotros. Me agaché detrás de la baranda para que no me viera, y mi rastreador hizo lo mismo. Desde donde me encontraba, podía ver con toda claridad a mi madre a través del entramado de madera.

Estaba sola, y se detuvo un momento para mirar a su espalda antes de abrir la puerta. Su rostro parecía más relajado y rejuvenecido que la última vez que nos habíamos visto, pero su cabello tenía dos mechones de canas más.

—¿Por qué ha venido ella misma a abrir la puerta? —susurró Duncan—. ¿Por qué no la acompaña un guardia?

—¡Shh! —Con un ademán le dije que se callara.

En cuanto Elora vio que no había nadie cerca, abrió la puerta. En aquel momento se coló un gélido viento que inundó el vestíbulo, y tuvo que sujetar bien la puerta para que no se le escapara.

Entonces entró una mujer y Elora volvió a cerrar con el mayor sigilo que pudo. La visitante llevaba una capa de color verde oscuro que le cubría la cabeza y hacía imposible reconocerla; su largo vestido de color vino parecía de satén, y llevaba el borde sucio y húmedo a causa de la lluvia.

—Menos mal que al final has podido venir a pesar del clima. —Elora le sonrió y utilizó su habitual tono altivo y condescendiente.

Luego se acomodó el cabello para ocultar mejor sus mechones blancos; la mujer no habló, pero Elora le señaló el primer piso. Y aquello resultó aún más incomprensible, porque siempre atendía sus asuntos en la planta baja del ala sur. En aquella ocasión, sin embargo, la reina pensaba conducir a la mujer directamente a su habitación.

—Vamos —le indicó mi madre mientras emprendían el camino—. Tenemos mucho de que hablar.

Tomé a Duncan del brazo y lo arrastré por el pasillo antes de que Elora empezara a subir por la escalinata; lo que encontramos más cerca donde escondernos fue un pequeño armario que servía para guardar escobas, así que abrí la puerta tratando de no hacer ruido.

Una vez estuvimos dentro, cerré la puerta casi por completo, dejando una pequeña rendija para espiar. Duncan estaba pegado a mi espalda, y también trataba de mirar hacia el pasillo; tuve que darle un codazo para que me permitiera respirar.

—¡Ay! —exclamó con un gesto de dolor.



La caída

«¡Silencio!», lo reprendí.

—No hace falta que me grites —susurró.

—Yo no... —Estaba a punto de decirle que no le había gritado, cuando descubrí que ni siquiera había abierto la boca: sencillamente lo había pensado y él me había oído. Era lo mismo que Elora solía hacer siempre.

«¿Duncan, puedes escucharme?», pregunté mentalmente para probar. Sin embargo, no respondió; sólo se quedó parado de puntillas, mirando por encima de mí.

Habría tratado de intentarlo de nuevo, pero justo entonces oí que Elora llegaba a la cima de la escalinata y me centré en ella; como quedó entre el armario de las escobas y su invitada, no pude ver el rostro de la otra mujer, que todavía llevaba puesta la capa verde.

Después de que pasaran por donde nos habíamos escondido, esperé un poco antes de abrir la puerta y me asomé al pasillo: sólo pude ver sus siluetas a lo lejos. Pasaron junto al rastreador que vigilaba el cuarto de Loki, el único guardia que había en aquella planta.

Por más que la planta baja estaba repleta de rastreadores y siempre había un guardia o dos en cualquier lugar en el que uno se hallara, el primer piso, por el contrario, solía estar vacío.

—¿Por qué habrá traído Elora a alguien aquí arriba? —me preguntó Duncan al tiempo que salía del armario detrás de mí.

—No lo sé —respondí negando con la cabeza—. ¿Se te ocurre adónde pueden dirigirse?

—No; la reina nunca me ha invitado a pasar a su zona personal —explicó Duncan.

—Ya, a mí tampoco.

Así pues, decidí que tenía que seguirla e investigar la causa de aquella excesiva discreción. Me pegué con sigilo a la pared y fui avanzando sin despegarme lo más mínimo; Duncan me seguía. Debíamos de tener una pinta de lo más ridícula, como los personajes de cómic cuando tratan de esconderse detrás de delgados árboles y rocas diminutas.

Elora abrió las enormes puertas al final del pasillo y me quedé paralizada: aquello era su habitación, o al menos eso me habían dicho, ya que jamás había entrado allí. Continué presionándome contra la



La caída

pared y por suerte Elora no levantó la vista cuando se volvió para cerrar la puerta.

—¿Qué diablos hace? —pregunté.

—Yo podría preguntarle lo mismo —dijo Loki sin que lo esperara en absoluto.

Su cuarto se encontraba a unas cuantas puertas de distancia de donde Duncan y yo tratábamos de ocultarnos; cuando me volví lo vi apoyado en el marco de la puerta. Era lo más lejos que se atrevía a salir. Su guardia lo miró con recelo en cuanto vio que se dirigía a mí.

Como tenía puesta toda mi atención en Elora, había olvidado que Loki también estaba alojado en aquel piso. Me separé de la pared, traté de enderezarme y de paso acomodé mis rizos lo mejor que pude: aún seguían húmedos.

—Este asunto no te incumbe. —Lenta y deliberadamente, caminé hacia Loki; él me sonrió con complicidad.

—A mí me da lo mismo, pero tú y tu amiguito —Loki señaló a Duncan con un ademán— parecéis alumnos expulsados de la Escuela de Espías marca Acme.

—Cuánto me alegro de que te dé lo mismo —dije cruzándome de brazos.

—Tengo curiosidad, sin embargo. —Loki frunció el ceño con genuino interés—. ¿Por qué estás espionando a tu propia madre?

—No tenéis por qué responder a sus preguntas, princesa —dijo el guardia mientras observaba de reojo a Loki—. Puedo cerrar la puerta para que sigáis vuestro camino.

—No, estoy bien. —Le sonreí con amabilidad al guardia antes de volver a lanzar una severa mirada a Loki—. ¿Has podido ver con quién estaba mi madre?

—No. —Su sonrisa se hizo mucho más amplia—. Y adivino que tú tampoco.

—Princesa, creo que esta actividad no es nada relajante —intervino Duncan.

—Ya te he dicho que me encuentro bien, Duncan.

—Pero, princesa...



La caída

«¡Duncan!» Mi telepatía había vuelto a activarse; me sorprendió mucho, pero traté de aprovecharla mientras durara. Me volví en dirección a mi rastreador y repetí: «Estoy bien. Ahora, por favor, llévate a este guardia a algún otro lugar».

—Está bien —dijo Duncan con un suspiro, y se dirigió al guardia—: La princesa necesita estar a solas con el prisionero.

—Pero tengo órdenes estrictas de...

—Es la princesa —agregó Duncan—. ¿De verdad quieres discutir con ella?

Ni Duncan ni el guardia querían irse, pero cuando lo hicieron, mi rastreador me miró fijamente mientras el otro continuaba insistiendo en el aprieto en que se metería si la reina llegaba a enterarse de aquello.

—Veo que has aprendido un truco nuevo —señaló Loki con una sonrisa.

—Conozco más trucos de los que puedas imaginar —dije, y él arqueó la ceja en señal de aprobación.

—Si quieres enseñarme alguno, ya sabes que mi puerta siempre está abierta para ti. —Loki señaló su cuarto y se hizo a un lado, invitándome a pasar.

Sin saber exactamente por qué, acepté la oferta: entré, y casi lo rocé al pasar junto a él. Me senté en la cama porque no había sillas, pero lo hice lo más erguida que pude. No quería sentirme demasiado cómoda o darle una impresión errónea.

—Siéntete como en casa, princesa —dijo en tono burlón.

—Estoy en casa —le recordé—. Éste es mi hogar.

—Por el momento —asintió Loki. Luego se sentó en la cama cerca de mí, pero yo me retiré casi a un metro de distancia—. Ya veo cómo son las cosas.

—Tove me habló sobre ti —le confesé—. Sé lo poderoso que eres.

—¿Y a pesar de eso has venido a mi cuarto sola? —preguntó. Luego se recostó apoyándose en los codos y me observó.

—También tú sabes lo poderosa que soy yo —respondí en mi defensa.

—Muy buen punto.



La caída

—El rey te asignó la misión de vigilarme porque está al tanto de tus capacidades —señalé—, y sin embargo me dejaste ir.

—¿Es eso una pregunta? —Loki se volvió en otra dirección y retiró una pelusilla de su camisa negra.

—No. Tengo muy claro que sucedió tal como he dicho. —No le quité la mirada de encima porque esperaba que me revelara algo de forma inesperada, pero Loki se limitó a mostrarse aburrido y huraño—. Quiero saber por qué lo hiciste.

—Princesa, cuando has entrado en mi cuarto pensaba que querías jugar un poco, no hablar de política. —Hizo un puchero y se echó a un lado para poder mirarme con desánimo.

—Hablo en serio, Loki —gruñí.

—Yo también. —Se enderezó y aprovechó la oportunidad para acercarse más a mí. Una de sus manos estaba ya detrás de mí, y su brazo prácticamente rozaba mi espalda.

—¿Por qué te empeñas en no decirme por qué me dejaste ir? —le pregunté, tratando de mantener la voz lo más neutra posible a pesar de la forma en que Loki me estaba mirando.

—¿Y por qué te interesa tanto saberlo? —replicó en un tono serio y profundo.

—Porque sí. —Tragué saliva—. Necesito saber si todo esto es una especie de juego.

—¿Y qué pasaría si lo fuera? —Mantuvo sus ojos fijos en los míos, pero levantó la barbilla en señal de desafío—. ¿Harás que me ejecuten?

—No, sabes bien que no —le dije.

Loki inclinó la cabeza, me observó con detenimiento y de pronto hizo un gesto de revelación.

—Te abrumba sólo pensarlo, ¿no es eso?

—Así es. Y ahora, ¿vas a decirme de una vez por qué me dejaste escapar?

—Tal vez por la misma razón por la que tú no quieres matarme.

—No te comprendo.



La caída

Hubiera querido negar con la cabeza, pero tenía miedo de perder el contacto visual con él. En realidad no le estaba aplicando ninguna persuasión, pero había logrado captar su atención, y no tenía intención de perderla pues eso tal vez significara que Loki dejaría de hablar.

—Creo que sí lo comprendes, princesa. —Tragó saliva y respiró hondo antes de continuar—. Sé lo que siente cuando se es prisionero y pensé que sería agradable dejar escapar a alguien, para variar.

—Eso puedo creérmelo —admití—, pero entonces ¿por qué has venido a buscarme? ¿Por qué me permitiste huir, para luego rastrearme de nuevo?

—Ya te lo dije: órdenes del rey.

—¿Y te envió aquí solo?

—No, no exactamente. —Loki se encogió de hombros, pero no me quitó la mirada de encima; sus ojos casi atravesaban los míos—. Fui yo quien le pedí que me dejara venir solo. Le convencí de que confiabas en mí y que podría lograr que vinieras conmigo.

Mi corazón se detuvo por un instante y supe que debería haberme sentido nerviosa o molesta con él, pero sin embargo no fue así.

—¿Y lo sigues creyendo?

—No lo sé, pero ahora que lo dices, no me lo había planteado. Lo único que sabía era que si Oren enviaba a otros para que me acompañaran, no se detendrían hasta capturarte, y eso no me pareció justo.

—Entonces ¿no vas a tratar de llevarme a Ondarike por la fuerza?
—pregunté.

Loki entrecerró los ojos como si de verdad lo estuviera pensando.

—No. Eso me ocasionaría muchos inconvenientes.

—¿Muchos inconvenientes? —Arqueé una ceja—. ¿Acaso no te bastaría con hacer que me desmayara y llevarme sobre tu hombro? Quizá era ésa tu intención cuando llegaste aquí, antes de permitir que te apresaran.

—No permití que me apresaran —dijo riéndose—. Es evidente que no opuse tanta resistencia como cabía esperar, pero no tenía otra opción mejor. En realidad no quería llevarte conmigo. Sólo deseaba que pareciera así para que el rey no tuviera ninguna razón para matarme.



La caída

Incliné la cabeza y lo observé con atención.

—Entonces, ¿sólo estás aquí para salvar tu pellejo?

—Eso parece, ¿no es así?

—¿Me has hecho algo? —pregunté.

Me sentía un poco mareada y noté mi pulso muy acelerado. Sus ojos de color caramelo casi me tenían hipnotizada, y el estómago me revoloteaba; era una sensación que sólo había experimentado con Finn, pero me negué a creer que algo parecido me estuviera sucediendo con Loki: que me sintiera atraída hacia él. Por eso prefería creer que me había hechizado o algo así, que trataba de someterme como había hecho la primera vez que nos vimos, cuando me dejó inconsciente.

—¿Algo como qué? —Loki arqueó una ceja con curiosidad.

—No lo sé. Como aquel truco con el que me hiciste desmayar.

—No, en absoluto. —Suspiró con fuerza, casi lamentándose—. Y dudo mucho que vuelva a intentarlo.

—¿Por qué?

Una de las comisuras de sus labios se torció un poco, y luego se inclinó más hacia mí. Por un momento temí que fuera a besarme. Mi corazón palpitaba con fuerza y me di cuenta de que sentía aún más temor de que no llegara a hacerlo.

Su mirada seguía fija en la mía, pero abrí mi campo visual para tratar de contemplar su rostro al completo. Su piel era bronceada y perfecta, y su mandíbula, fuerte pero al mismo tiempo delicada. Loki era sumamente atractivo, y creo que aquél era un detalle que había tratado de ignorar desde la primera vez que lo vi.

Entonces se detuvo: justo antes de que sus labios rozaran los míos; ya empezaba a sentir la calidez de su aliento en mi mejilla.

—Quiero saber cuando estás conmigo es porque así lo deseas, no porque algo te fuerza a hacerlo —dijo, e hizo una pausa—. Y en este momento no te estás moviendo.

—Yo, yo... —traté de balbucear alguna respuesta pero no pude, así que opté por mirar en otra dirección y baje de la cama de un salto.

—¿Ahora quién está jugando? —suspiró Loki. Se recostó en la cama y me contempló.



La caída

Respiré hondo y me crucé de brazos.

—¡Wendy! —gritó Duncan desde el pasillo, y cuando me volví hacia la puerta vi a Finn: nos estaba mirando a Loki y a mí con furia.

—Princesa, debes dejar este lugar de inmediato —dijo. Su voz era totalmente inexpresiva, pero no me fue difícil oír que la ira hervía por debajo de su tono neutro.

—¿Qué está pasando aquí, eh? —preguntó Loki confundido—. ¿Por qué estos rastreadores no dejan de decirte lo que tienes que hacer todo el tiempo? Casi eres la reina y tienes dominio sobre todas las cosas.

—Te sugiero que te calles si no quieres obligarme a que te cierre la boca, Vittra. —Finn le lanzó a Loki una mirada de desprecio; sus ojos ardían. El prisionero, por su parte, no pareció sentirse amenazado; de hecho, sólo bostezó.

—Finn... —suspiré, pero de todas formas abandoné el cuarto. No tenía otra opción: ni podía seguir hablando con Loki delante de Finn ni quería discutir con Finn delante de Loki.

—Ahora no, princesa —masculló Finn entre dientes.

En cuanto salí de allí, Finn cerró la puerta de un portazo. Me volví para mirarlo, dispuesta a gritarle por reaccionar de aquella manera tan exagerada, pero él me sujetó del brazo y comenzó a tirar de mí por el pasillo.

—¡Suéltame, Finn! —Traté de zafarme, pero él era más fuerte que yo, al menos en el aspecto físico—. Loki tiene razón. Eres mi rastreador y tienes que dejar de manipularme y decirme qué hacer.

—¿Loki? —Finn se detuvo para lanzarme una mirada suspicaz—. ¿Te tuteas con el prisionero Vittra que te secuestró e intentas decirme a mí lo que es apropiado y lo que no?

—¡No estoy tratando de decirte nada! —grité, y por fin logré que me soltara el brazo—. Pero si quisiera decirte algo, sería que te estás comportando como un idiota.

—Estooo, tal vez deberíamos calm... —trató de intervenir Duncan. Todo aquel tiempo se había mantenido a unos pasos de distancia, con una expresión de tremenda preocupación.

—¡Duncan! ¡Jamás te atrevas a decirme cómo hacer mi trabajo! —gritó Finn, enterrándole el dedo en el pecho—. Eres el rastreador más inútil e



La caída

incompetente que he conocido. En la primera oportunidad que tenga le recomendaré a la reina que te despida. ¡Y créeme que estoy siendo amable, porque la verdad es que debería sugerir que te desterrasen!

A Duncan se le desencajó el rostro por completo, y durante un espantoso instante estuve segura de que iba a llorar; sin embargo, se limitó a mirarnos pasmado, y luego bajó la mirada y asintió.

—¡Finn! —le grité, aunque en realidad lo que hubiera deseado era abofetearlo—. ¡Duncan no ha hecho nada malo! —El chico se dio la vuelta para irse. Traté de detenerlo—. No, Duncan, no. No tienes que ir a ninguna parte.

Sin embargo, siguió avanzando y lo dejé irse; tal vez debería haber ido tras él, pero quería seguir despotricando un poco más contra Finn.

—¡No es la primera vez que te deja a solas con el Vittra! —gritó—. Ya sé que no te importa tu vida, pero el trabajo de Duncan es prevenir que la pongas en peligro.

—¡Solo estaba tratando de averiguar más cosas acerca de los Vittra para poder detener esta ridícula contienda! —le grité por respuesta—. Por eso estaba entrevistando al prisionero. No tiene nada de raro y además estaba perfectamente a salvo.

—Oh, sí, «entrevistando» —gruñó Finn—. ¡Estabas coqueteando con él!

—¿Coqueteando? —repetí y le respondí con una mirada de exasperación—. ¿Te estás comportando como un idiota porque crees que estaba coqueteando? Pues estás equivocado, pero incluso aunque así hubiera sido, eso no te daría ningún derecho a tratarnos de este modo ni a mí, ni a Duncan ni a nadie más.

—No me comporto como un idiota —insistió Finn—, estoy haciendo mi trabajo, y confraternizar con el enemigo está muy mal visto, princesa. Si él no te lastima, entonces lo harán los otros Vittra o los propios Trylle.

—¡Sólo estábamos hablando, Finn!

—Te he visto, Wendy —espetó—. Estabas coqueteando con él. Pero si incluso te has soltado el pelo para escabullirte e ir a verlo.

—¿El pelo? —Lo toqué—. Lo llevo suelto porque me duele la cabeza a causa del entrenamiento. Además, no me había escabullido, solo estaba... No, ¿sabes qué? No tengo por qué darte explicaciones. No he hecho nada malo y no pienso seguir hablando contigo.



La caída

—Princesa...

—¡No quiero oír nada más! —dije, negando con la cabeza—, Te lo digo en serio: no me apetece lo más mínimo seguir hablando contigo. ¡Tan sólo vete, Finn!

Le di la espalda para recuperar el aliento, pero todavía podía sentirlo detrás de mí; al cabo de un rato se fue. Me abracé para no temblar: no podía recordar cuándo había sido la última vez que me había sentido tan enfadada, y tampoco podía creer que Finn nos hubiera hablado de aquella manera a Duncan y a mí.

En aquel momento, al fondo del pasillo se entreabrió la puerta de la habitación de Elora, y aquello disipó mis pensamientos. Me volví y ni siquiera traté de ocultarme.

La mujer de la capa verde salió primero. Ya no llevaba la capucha puesta, por lo que al fin pude ver su rostro: miró a Elora con la misma deslumbrante, falsa y cursi sonrisa de siempre. Entonces se volvió hacia mí, pero la sonrisa continuó tatuada en su cara.

Era Aurora, y no tenía ni idea de por qué había ido a ver a mi madre con tanto misterio.



La caída

19

Arreglos

Me llevó bastante tiempo conseguirlo, pero finalmente logré convencer a Duncan de que no se fuera. Cuando lo encontré estaba practicando su discurso de renuncia; se sentía aterrado al pensar que podía habernos decepcionado a la reina o a mí, pero en cuanto le expliqué que no lo había hecho en absoluto, aceptó quedarse en el palacio.

El resto de aquel día lo pasé siguiendo cada una de sus sugerencias, incluida la de relajarme de forma tranquila; aquello significaba que, aunque mi mente fuera a mil por hora, tenía que quedarme echada en la cama y asistir con él a un maratón de capítulos de una vieja comedia familiar.

Lo cierto es que aquel descanso me hizo mucho bien, porque a pesar de que al día siguiente aún no había recuperado toda mi energía, parecía lo suficientemente fresca para que Tove decidiera continuar con el entrenamiento.

Durante nuestra sesión le expliqué que había logrado emplear la telepatía con Duncan, pero que sólo había funcionado cuando estaba irritada. Siguiendo aquella lógica, Tuve pasó toda la mañana tratando de molestarme para que repitiera la hazaña. En alguna ocasión funcionó, pero la mayor parte del tiempo terminé enfadadísima sin que consiguiéramos ningún avance nuevo.

Estábamos listos para ir a almorzar cuando llegó Thomas, que se había hecho cargo de la seguridad de Elora desde su regreso al palacio. Mi madre lo había enviado en mi busca.

—Y bien... —traté de iniciar una conversación banal sobre cualquier cosa mientras nos dirigíamos al salón de pintura de mi madre—. ¿Qué tal está siendo la vuelta?



La caída

Me volví para mirarlo: llevaba el cabello castaño perfectamente peinado hacia atrás, lo que lo hizo a mis ojos parecido a Finn, pero sus rasgos eran mucho más finos. Entonces, de pronto me pasó por la cabeza la loca idea de que... parecía un gigoló.

—Este lugar era muy diferente cuando yo vivía aquí —contestó Thomas con la misma naturalidad con que Finn solía responder a mis preguntas.

—¿Ah, sí?

—A la reina le gusta redecorar —dijo.

—Nunca me ha dado la impresión de que le interesara ese asunto —agregué con honestidad.

—La gente no siempre es lo que parece.

Carecía de respuesta para aquello, así que continuamos caminando en silencio hasta el salón. Thomas me abrió la puerta, y cuando entré encontré a Elora recostada en la *chaise longue*.

—Gracias, Thomas. —Elora le sonrió, y me dio la impresión de que aquél era el gesto más sincero que jamás le hubiera visto hasta entonces.

Thomas se inclinó antes de irse, pero no dijo nada. Aquello me pareció casi triste, o lo hubiera sido si no me importara que mi madre tuviera un amorío con un hombre casado.

—¿Querías verme? —le pregunté a Elora y me senté en el sofá más cercano a ella.

—Sí. Hubiera deseado reunirme contigo en mi estudio, pero... —Sacudió la cabeza y dejó la frase inconclusa, como si yo supiera a qué se refería. Se la veía agotada, pero no en tan malas condiciones como la última vez. Al parecer estaba mejorando.

—¿Has tenido algún avance con los Vittra? —le pregunté.

—Sí, en efecto. —Elora estaba recostada, pero se incorporó ligeramente—. He contactado con su reina. Aprecia mucho al *markis* Staad por razones que desconozco, y está dispuesta a hacer un intercambio para recuperarlo.

—Ésa es una excelente noticia —dije, aunque mi emoción parecía algo forzada. Estaba contenta de saber que no se ejecutaría a Loki, pero me extraño descubrir que me entristecía la idea de verlo partir.



La caída

—Así es —coincidió conmigo, pero tampoco ella parecía feliz del todo; más bien sonaba cansada y melancólica.

—¿Sucede algo? —pregunté solícita, pero ella negó con la cabeza.

—No, de hecho todo está... como debe ser. —Elora alisó las arrugas de su vestido y sonrió débilmente—. Los Vittra han accedido a no llevar a cabo más ataques hasta la coronación.

—¿La coronación? —pregunté.

—Sí, la coronación en la que te convertirás en reina —explicó Elora.

—Pero no seré reina hasta dentro de bastante tiempo aún, ¿verdad? —sondeé; sólo de pensarlo me invadían los nervios. A pesar de todo el entrenamiento que estaba recibiendo en los últimos días, todavía no me consideraba en absoluto preparada para gobernar—. Falta bastante para ello, ¿no es cierto?

—Así es. —Elora sonrió sin ganas—. Pero recuerda que el tiempo siempre encuentra la manera de acercarse con sigilo.

—No tengo ninguna prisa. —Me recosté en el sillón—. Puedes conservar la corona todo el tiempo que quieras.

—Lo haré. —Elora rió con ganas, pero su risa sonó hueca y triste.

—Espera, no lo entiendo, ¿dices que el rey ha accedido a mantener la paz hasta después de que me convierta en reina? —cuestioné—. ¿No será entonces demasiado tarde para secuestrarme?

—Oren siempre ha creído que puede tomar lo que le venga en gana —explicó Elora—. Sin embargo, siempre ambiciona lo más valioso, y tú lo serás cuando te conviertas en reina. Tal vez cree que entonces serás una aliada mucho más poderosa.

—¿Y por qué me habría de convertir en su aliada?

—Porque eres su hija —contestó, casi arrepentida—. Oren no ve ninguna razón para que no llegues a pensar como él. —Elora me miró, pero sus oscuros ojos parecían distantes—. Debes protegerte, princesa, confiar en la gente que te rodea y defenderte por todos los medios posibles.

—Eso trato de hacer —le aseguré—. Tove y yo hemos estado entrenando toda la mañana, y me ha dicho que lo estoy haciendo muy bien.



La caída

—Tove es muy poderoso —concedió Elora—. Por eso es esencial que lo mantengamos cerca de ti.

—Pues ya está a sólo un pasillo de distancia —señalé.

—Es poderoso —reiteró Elora—, pero carece de la fortaleza necesaria para ser líder.

—Yo no estoy tan segura de eso —agregué encogiéndome de hombros—. Es muy perspicaz.

—Pero divaga y a veces actúa de forma irracional. —Elora extravió la mirada durante un momento—. A pesar de todo, es leal y te apoyará.

—Sí... —No entendía qué era lo que trataba de decirme—. Tove es un joven excelente.

—Me alegra oírte decir eso. —Elora exhaló y se frotó las sienes—. No me veía con fuerzas de discutir hoy contigo.

—¿Discutir? ¿Sobre qué? —pregunté.

—Sobre Tove. —Elora me miró como si todo aquello fuera demasiado obvio—. ¿No te lo he dicho?

—¿Decirme el qué? —me incliné hacia delante, totalmente confundida.

—Pensaba que te lo había dicho, hace apenas un instante. —Frunció el ceño, y pude notarle aún más arrugas—. Todo está sucediendo demasiado rápido.

—¿De qué estás hablando? —Me levanté porque sus frases inconexas comenzaban a preocuparme—. ¿A qué te refieres?

—Apenas acabas de llegar. Creí que tendría más tiempo. —Elora negó con la cabeza—. Pero bueno, de todas maneras, ya está todo arreglado.

—¿Qué tratas de decirme? —insistí.

—Tu matrimonio. —Elora me miró: parecía no entender por qué no comprendía a qué se estaba refiriendo—. Tú y Tove os casaréis en cuanto cumplas dieciocho años.

—Un momento. —Levanté las manos y di un paso hacia atrás, en un reflejo defensivo—. ¿Qué?

—Es la única forma. —Elora bajó la mirada y sacudió la cabeza; con aquel gesto trataba de darme a entender que había hecho todo lo posible por evitarlo. Y considerando lo mucho que odiaba a Aurora, la



La caída

madre de Tove, lo más probable era que fuera cierto que lo hubiera intentado todo—. Es la única manera de proteger el reino y la corona.

—¿Qué? —repetí—. Pero si cumpliré dieciocho años dentro de tres meses.

—Por suerte, Aurora lo organizará todo —dijo Elora agobiada—. Tendrá lista la boda del siglo para entonces.

—No, Elora. —Agité las manos—. ¡No me puedo casar con Tove!

—¿Por qué no? —Me miró, pestañeando con fuerza.

—¡Porque no estoy enamorada de él!

—El amor es un cuento de hadas que los *mänks* les cuentan a sus hijos para poder tener nietos —dijo Elora, y me ignoró—. El amor no tiene nada que ver con el matrimonio.

—Pero no puedes esperar que yo... —Suspiré y sacudí la cabeza—. No puedo.

—Debes hacerlo. —Elora se apoyó en un brazo para levantarse y luego, antes de ponerse en pie, se sostuvo un momento en la *chaise longue*, como si creyera estar a punto de caer. Cuando se sintió segura, avanzó hacia mí—. Es la única manera, princesa.

—¿La única manera de qué? —cuestioné—. No, prefiero no ser reina a casarme con alguien a quien no amo.

—¡No digas eso! —dijo Elora con brusquedad. El veneno habitual volvió a sus palabras—. ¡Una princesa jamás debe decir algo así!

—Bien... ¡pues no puedo hacerlo! ¡Me niego a casarme con él! ¡O con cualquier otro, a no ser que sea yo quien lo quiera!

—Escúchame, princesa. —Elora me tomó de los brazos y me miró directamente a los ojos—. Los Trylle están convencidos de que deberíamos enviarte con los Vittra porque su rey es tu padre, y ése el único argumento que Aurora necesita para derrocarte.

—A mí no me interesa la corona —insistí—. Nunca me ha importado.

—En cuanto te derroquen, te exiliarán y terminarás viviendo con los Vittra. Sé que tú no ves al *markis* Staad como alguien malvado —continuó Elora—, y tal vez tengas razón, pero el rey sí lo es. Viví con él tres años y lo dejé cuando naciste. Sabía lo que eso significaría para



La caída

nuestro reino, pero tuve que hacerlo. Eso te dará una idea de su maldad.

—No volveré con los Vittra —exclamé—. Me mudaré a Canadá, a Europa o a donde sea.

—Él te encontraría —dijo Elora—, y aunque no lo hiciera, si te fueras sería el fin de nuestro pueblo. Tove es poderoso pero no lo suficiente para gobernar un reino o para enfrentarse a Oren. Los Vittra atacarían y destruirían a los Trylle: el rey nos mataría a todos, en especial a la gente que amas.

—Eso no lo puedes saber. —Retrocedí para alejarme de su contacto.

—Sí lo sé, princesa. —Tenía la mirada fija en mí, y no cabía duda de su sinceridad.

—¿Tuviste una visión? —le pregunté, y luego miré alrededor para buscar la pintura. Quería que alguno de los cuadros me mostrara la devastación que había visto Elora.

—Vi que te necesitan —dijo—: te necesitan para sobrevivir.

Jamás la había notado tan desesperada y eso me espantó terriblemente. Tove me agradaba pero no estaba enamorada de él; además, no quería casarme con alguien a quien no amaba, particularmente si existía la posibilidad de que estuviera enamorada de otra persona.

Pero Elora me estaba suplicando que lo hiciera. No tenía dudas acerca de lo que me estaba diciendo, y odiaba admitirlo, pero su argumento era sólido.

—Elora... —Tenía la boca seca y me fue difícil tragar saliva—. No sé qué decir.

—Cásate con él, princesa —ordenó Elora—. Tove te protegerá.

—Pero no me puedo casar con alguien sólo para que sea mi guardaespaldas —expliqué con calma—. Tove merece ser feliz, y a mí también me gustaría tener esa oportunidad.

—Princesa, yo no... —Elora cerró los ojos con fuerza y se puso los dedos en las sienes—. Princesa.

—Lo siento, no estaba tratando de discutir contigo —dije.

—No, princesa, yo... —Extendió el brazo y se sujetó del respaldo del sofá para no caer.



La caída

—¿Elora? —Me apresuré a llegar a su lado, y coloqué mi mano en su espalda—. ¿Qué sucede, Elora?

Su nariz sangraba, pero no se trataba de una simple hemorragia: era como si se le hubiera reventado una arteria. Tenía los ojos en blanco y su cuerpo estaba flácido. De pronto se desplomó y apenas alcancé a atraparla en mis brazos.

—¡Ayudadme! —grité—. ¡Alguien!...

«¡Ayuda!»



La caída

20

Dinastía

Thomas fue el primero en entrar. Conseguí colocar a Elora en el suelo, y en ese instante empezó a sacudirse como si tuviera un leve ataque.

Me agaché junto a ella, pero Thomas me apartó para atenderla. Me apoyé en el sofá mientras él trataba de revivirla, y comencé a rezar para que mi madre se repusiera.

—Wendy —dijo Finn.

Ni siquiera lo había oído entrar. Levanté el rostro con los ojos llorosos, y me extendió la mano; se la tomé y permití que me ayudara a ponerme en pie.

—Trae a Aurora Kroner —le dijo Thomas a su hijo—. Ahora.

—Sí, señor —asintió.

Finn todavía me tenía cogida de la mano, por lo que aprovechó para sacarme de la habitación. Caminó con premura porque el tiempo era fundamental; sentía las piernas adormecidas y vacilantes, pero las obligué a apresurarse.

—Busca a Tove o a Willa, incluso a Duncan —me dijo Finn cuando llegamos al vestíbulo—. Vendré a por ti después.

—¿Qué le está pasando a Elora? —pregunté.

—No tengo tiempo para explicártelo, Wendy. —Finn negó con la cabeza; en sus ojos se veía el dolor—. Te buscaré en cuanto tenga algo de que informarte.

—Está bien, vete —asentí para que se apresurara.



La caída

Finn salió corriendo por la puerta principal, y me dejó sola y asustada en el vestíbulo.

Duncan me encontró exactamente en el mismo lugar en el que Finn me había dejado. Se había enterado del colapso de Elora por otros rastreadores, quienes de inmediato se pusieron en alerta máxima; los oí inspeccionando todo el palacio, pero aquél era otro asunto. Mi madre tal vez estaba a punto de morir.

Duncan sugirió que subiéramos a mi habitación, pero yo no quería alejarme tanto; necesitaba estar cerca por si sucedía algo. Nos sentamos en la sala y trató de consolarme, pero fue inútil.

Finn llegó unos minutos después con Aurora, y ambos atravesaron el vestíbulo corriendo. El vestido de Aurora ondeaba detrás de ella a cada paso que daba, y su cabello también, pues llevaba el peinado deshecho.

Garrett y Willa se presentaron poco después; él fue a ver cómo estaba Elora, y Willa se sentó conmigo. Estrechó mis hombros y no dejó de recordarme lo fuerte que era mi madre: nada podría detenerla.

—Pero... ¿qué sucederá si muere? —le pregunté mientras miraba distraídamente la chimenea apagada que tenía enfrente.

En la sala hacía mucho frío a causa del viento helado que golpeaba las ventanas. Duncan estaba arrodillado frente a los leños: llevaba varios minutos tratando de encender la chimenea.

—No va a morir —dijo Willa, y me abrazó con más fuerza.

—No, Willa, en serio —insistí—. ¿Qué va a pasar si la reina muere?

—Eso no sucederá —repitió Willa con una sonrisa forzada—. No tenemos que preocuparnos por eso en este momento.

—Ya casi lo he conseguido. En seguida estará encendido el fuego —mintió Duncan para cambiar de tema.

—Es de gas, Duncan —le dijo Willa—: sólo tienes que girar la perilla.

—Ah. —Duncan siguió sus instrucciones y de pronto una brillante llama cubrió los leños.

Me fijé en la sangre de Elora que había salpicado mi blusa, y me sorprendió reconocer lo asustada que estaba. No quería que muriera.

Ella siempre parecía tan fuerte y daba la impresión de tenerlo todo tan bajo control, que llegué a preguntarme cuánto dolor estaría sintiendo.



La caída

Nos habíamos reunido en el salón de pintura y no en el estudio, como habría querido: era obvio que no se sentía suficientemente bien para moverse. Tal vez no hubiera debido levantarse ni forzarse en absoluto, y mucho menos discutir conmigo. Quizá era yo quien había provocado que su salud empeorara.

¿Por qué no me había comentado que estaba demasiado débil? En realidad, ya conocía la respuesta: para ella, su sentido de la responsabilidad estaba por encima de cualquier otra cosa.

—Princesa. —Finn disipó mi reflexión con su llamada. Estaba en la entrada de la sala y parecía abatido.

—¿Está bien? —Salté y me separé de Willa en cuanto lo vi aparecer.

—Ha pedido verte. —Finn señaló el salón de pintura sin mirarme a los ojos.

—Entonces ¿está consciente? ¿Sigue viva? ¿Cómo se encuentra? ¿Sabe lo que le ha sucedido? ¿La ha sanado Aurora? —pregunté. Hablé tan rápido que Finn no pudo responderme, pero no hallaba la manera de calmarme.

—Creo que ella preferiría contestarte por sí misma —dijo sin más rodeos.

—Sí, es su estilo —asentí. Estaba consciente y deseaba verme. Aquello era una buena señal.

Willa y Duncan me sonrieron para reconfortarme, pero no podían ocultar su ansiedad. Les dije que volvería pronto y que estaba segura de que todo saldría bien. No sabía si era verdad, pero tenía que apaciguar sus miedos de alguna forma.

Caminé con Finn hasta llegar al salón; sus pasos eran lentos y contenidos. Yo hubiera querido correr a ver a Elora, pero me obligué a caminar con calma. Me envolví en mis propios brazos y luego los froté con las manos.

—¿Está enfadada conmigo? —le pregunté a Finn.

—¿La reina? —Pareció extrañado—. No, por supuesto que no. ¿Por qué habría de estarlo?

—Estábamos discutiendo cuando... Tal vez si no la hubiera contrariado, ella no habría enfermado... tanto.

—No, no fuiste tú quien provocaste esto. —Finn negó con la cabeza—.

La caída

De hecho, fue muy bueno que estuvieras con ella porque solicitaste ayuda de inmediato.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Pediste ayuda con tus pensamientos —me explicó al tiempo que se daba unos golpecitos en la frente—. Estábamos demasiado lejos, por lo que si no lo hubieras hecho así, no nos habríamos enterado. Elora estaría mucho peor si tú no hubieras estado con ella en el salón.

—¿Qué le ha sucedido? —le pregunté sin rodeos—. ¿Lo sabes?

—Ella misma te lo explicará.

Pensé que debía presionar a Finn para que me diera más información, pero ya casi habíamos llegado a la habitación y además el momento no parecía apropiado para discutir con él.

Finn parecía muy cambiado, y se le veía más apacible y preocupado. Volvió a bajar la guardia, y a pesar de que yo no estaba de humor para aprovechar su nueva actitud, disfruté mucho de encontrarme junto a él de nuevo sin aquella enorme muralla que solía levantar entre nosotros. Lo echaba de menos.

Aurora salió del salón antes de que entráramos. Su piel, que por lo general estaba inmaculada, ahora se veía de un tono casi gris; tenía los ojos vidriosos y el cabello le colgaba en despeinadas ondas alrededor del rostro. Se apoyó en la pared para sostenerse y jadeó varias veces.

—¿*Marksinna*? —Finn se acercó a ella con presteza, y la ayudó a mantenerse en pie—. ¿Se encuentra bien?

—Sólo estoy fatigada —contestó Aurora al tiempo que Finn la ayudaba a acomodarse en una silla del pasillo. La *marksinna* se movía como si fuera una anciana, y cuando se sentó, sus huesos crujieron—. ¿Podrías llamar a mi hijo? Necesito acostarme y quiero que me lleve a casa.

—Sí, por supuesto —dijo Finn, y me miró disculpándose—. Princesa, ¿no hay problema si te dejamos sola con la reina?

—En absoluto —respondí—: por favor, ve a buscar a Tove. Yo estaré bien.

Finn se apresuró a ir por Tove para que ayudara a la *marksinna*, y yo entré en el salón. Me sentí un poco culpable por dejar a Aurora sola en el pasillo, en particular porque parecía encontrarse muy agotada, pero mi prioridad era mi madre.



La caída

La puerta del salón estaba abierta, por lo que permanecí unos instantes mirando desde fuera.

Elora estaba recostada en su *chaise longue* tal como la había encontrado un rato antes cuando había llegado para conversar con ella. En esta ocasión, sin embargo, la cubría una manta negra. Su cabello, normalmente negro como una ala de cuervo, ahora se veía tan canoso que apenas dejaba entrever unos mechones negros. Ya le habían enjuagado la sangre del rostro, y cuando llegué, tenía los ojos cerrados.

Garrett estaba sentado junto a ella, en una silla que había acercado lo más posible a la cabeza de Elora. Entre las manos tenía una de las manos de ella, y no dejaba de contemplarla con angustia y adoración. Su cabello parecía más despeinado que de costumbre y en su camisa había un poco de la sangre de mi madre.

Al otro lado de la *chaise longue* estaba Thomas vigilando. Tenía la misma actitud estoica de los otros rastreadores cuando se encontraban de guardia; no obstante, tenía la mirada fija en Elora. Sus ojos no mostraban la misma intensidad que los de Garrett, pero algo brillaba en ellos, algún rescoldo de aquello que había ocurrido entre él y Elora años atrás.

Mi madre abrió los ojos y al primero que miró fue a Thomas. Garrett tensó la mandíbula y apretó los dientes, pero no dijo nada; ni siquiera soltó la mano de la reina.

—¿Elora? —pregunté con timidez al entrar en el salón.

—Princesa. —Su voz sonaba débil, pero aun así trató de sonreír.

—¿Deseabas verme? —pregunté.

—Sí. —Trató de incorporarse, pero Garrett la detuvo colocando la mano en su hombro.

—Necesitas descansar, Elora —le dijo.

—Estoy bien. —Elora lo ignoró, pero volvió a recostarse—. Necesito hablar en privado con mi hija. ¿Nos podríais dejar un momento a solas?

—Sí, Majestad —dijo Thomas e hizo una reverencia—. Pero, por vuestro bien, no os exaltéis, por favor.

—Por supuesto, Thomas. —Elora le sonrió angustiada y él volvió a inclinarse antes de salir.



La caída

—Estaré en el pasillo por si me necesitas —dijo Garrett; sin embargo, dudó al pararse. No se habría dirigido hacia la puerta de no haberle lanzado Elora una mirada—. Si necesitas algo, llámame o envía a la princesa, ¿de acuerdo?

—Si eso hará que salgas más rápido, entonces sí, de acuerdo —dijo Elora con un suspiro.

Garrett se detuvo cuando pasó junto a mí. Me dio la impresión de que quería decirme algo, aunque tal vez sólo deseara pedirme que mantuviera la calma. Elora repitió su nombre y él se apresuró a llegar a la puerta. La cerró detrás de sí y entonces me senté junto a mi madre.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Es obvio que he tenido mejores días. —Elora se arropó bien y se acomodó en la *chaise longue*—. Pero viviré para luchar un día más y eso es lo que importa.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te has desmayado?

—¿Qué edad crees que tengo? —me preguntó posando sus ojos en los míos. Unos días antes los había visto casi del color negro, pero ahora eran de un gris vidrioso que parecía síntoma de cataratas.

Era difícil adivinar qué edad tendría. Yo le había calculado, cuando la conocí, unos cuarenta y tantos o unos muy bien llevados cincuenta, pero incluso así, detrás de sus asombrosos rasgos se adivinaba una naturaleza antigua.

Ahora que yacía en su *chaise longue* completamente frágil y agotada, Elora parecía bastante mayor. Casi una anciana, aunque por supuesto no pensaba mencionárselo.

—Mmm...¿tal vez cuarenta?

—Eres muy gentil, pero una pésima mentirosa. —Se incorporó un poco sin llegar a sentarse—. Vas a tener que mejorar bastante en ese aspecto. La triste realidad es que para ser un buen líder, se tiene que saber mentir.

—Ya tendré tiempo para practicar mi expresión teatral —le dije—. Pero tienes buen aspecto, si es eso lo que me estás preguntando. Tal vez sólo cansada, exhausta.

—Así es como me siento —confesó Elora con desgana—. Y apenas tengo treinta y nueve.



La caída

—¿Treinta y nueve qué? —le pregunté confundida. Apoyó la cabeza en la mano para poder mirarme.

—Treinta y nueve años —agregó con una amplia sonrisa—. Te has quedado pasmada: no te culpo. Sin embargo, me sorprende que no lo hayas descubierto antes. Te dije que me había casado con tu padre siendo muy joven. Te tuve a los veintiún años.

—Pero... —tartamudeé—. ¿Tiene eso algo que ver con lo que está pasando? ¿Estás envejeciendo con demasiada rapidez?

—No exactamente —dijo, y frunció los labios—. Es el precio que pagamos por nuestros dones. Al usarlos, nos van socavando y nos envejecen.

—Todo eso que haces, como comunicarte con telepatía y mantener prisionero a Loki... ¿te está matando? —le pregunté.

—Me temo que sí —asintió.

—Entonces ¿por qué utilizarlo? —Hubiera deseado gritarle pero mantuve la voz tan neutra como pude—. Puedo entender que te defiendas, pero ¿llamar a Finn con telepatía? ¿Por qué hacer algo que te destruye?

—La telepatía no consume tanta energía —dijo Elora, desestimando mi comentario—. Y lo que de verdad me agota, como retener a un prisionero, es algo a lo que recorro sólo cuando es estrictamente necesario. La pintura de precognición es el mayor problema, y es justo lo que no puedo controlar.

Miré varias pinturas que Elora tenía apoyadas en las ventanas: también tenía una habitación repleta de sus cuadros al otro lado del pasillo.

—¿A qué te refieres con que no puedes controlarlo? —le pregunté—. No lo uses.

—No puedo ver las visiones; tan sólo invaden mi cabeza —explicó señalando su frente—. Es como una oscuridad desesperante que me invade hasta que las pinto y las saco de mí. No puedo evitar que me lleguen, e ignorarlas es demasiado doloroso. Si tratara de retenerlas en mi cabeza, me volvería loca.

—Pero también te están matando —agregué a la vez que me hundía en mi asiento—. ¿Para qué enseñarles a otros Trylle a usar sus habilidades, si eso significa que se debilitarán y envejecerán?



La caída

—Ése es el precio —dijo con un suspiro—. Si no las aplicamos, nos volvemos locos, y si lo hacemos, envejecemos. Cuanto más poderosos somos, mayor es nuestra desgracia.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué me volveré loca si me detengo?

—En realidad no sé qué sucederá contigo. —Elora apoyó la barbilla en una mano y se volvió para mirarme a los ojos—. También eres hija de tu padre.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Te refieres a que también tengo sangre Vittra?

—Precisamente.

—Tove me habló sobre ellos. Me explicó que son muy fuertes, pero ése no es mi caso. —De pronto recordé todas las peleas en las que me había visto envuelta durante mi ilustre vida escolar, y la verdad era que me habían golpeado tanto como yo había hecho a otros—. No, no soy fuerte.

—Algunos de ellos poseen fuerza física, claro —aclaró Elora—. Por ejemplo, el tal Loki Staad es bastante fuerte. Si mal no recuerdo, para cuando empezó a caminar ya podía levantar un piano de cola.

—Ajá. Pues yo no puedo hacerlo.

—Oren no es así. Él es... —No terminó la frase, pero se quedó reflexionando—. Ya lo conociste. ¿Qué edad crees que tiene?

—No lo sé —contesté y me encogí de hombros—. Tal vez sea unos cuantos años más joven que tú.

—Tenía setenta y seis cuando nos casamos... hace veinte años —dijo Elora.

—No puede ser. ¿Cómo? —Me puse en pie—. ¿Me estás diciendo que tiene casi cien años? ¿Tiene más del doble de tu edad? ¿Y tú pareces mayor y él aparenta ser más joven? ¿Cómo es eso posible?

—Es algo así como inmortal.

—¿Es inmortal? —quedé anonadada.

—No, princesa, he dicho que es algo así como inmortal —repitió Elora con cautela—. Oren envejece, pero a un ritmo muchísimo más lento. Por si fuera poco, sana con mucha rapidez y es muy raro que se lastime. Es uno de los últimos Vittra de sangre pura que nacieron.



La caída

—Por eso soy tan especial, y por eso no te preocupaste en absoluto cuando te dije que mi madre anfitriona había intentado asesinarme. — Coloqué ambas manos en el respaldo de la silla para apoyarme—. Crees que soy como él.

—Tengo la esperanza de que seas como ambos —confesó Elora—. Tendrás las habilidades Trylle para mover y controlar objetos, y los dones Vittra para sanar y tener la suficiente fortaleza para controlarlos.

—Demonios —Las manos me temblaban, por lo que decidí sentarme—. Ahora ya sé lo que sienten los caballos de carreras. Yo no fui concebida: fui diseñada genéticamente.

Elora desestimó mi acusación con un ademán.

—No, no fue exactamente así.

—¿En serio? —le pregunté con una intensa mirada—. Por eso te casaste con él, ¿no es cierto? Para crearme: una pequeña arma biológica perfecta. Y cuando me tuviste, lo dejaste e intentaste conservarme para ti sola. De eso se trata toda esta guerra que vivimos ahora, ¿verdad? Es una lucha para decidir quién me controlará, ¿no?

—No, te equivocas —negó Elora con la cabeza—. Me casé con tu padre porque tenía dieciocho años y mis padres me obligaron a hacerlo. Al principio Oren se comportaba con amabilidad y toda la gente me decía que era la única forma en que terminaríamos con la guerra. Si me casaba con él, podía impedir que se continuara derramando sangre. Por eso acepté.

—¿Derramamiento de sangre? —pregunté—. ¿Y por qué peleaban los Vittra y los Trylle?

—Los Vittra están en decadencia. Sus habilidades se desvanecen y el dinero se les acaba. Asimismo, Oren siempre ha creído que tiene derecho a tomar lo que quiera —Elora hizo una pausa para recuperar el aliento—, y siempre deseó lo que nos pertenecía: nuestra riqueza, nuestra gente.

»Sin embargo, lo que más anhelaba, por encima de todo, era mi poder —continuó—. En aquel tiempo, era mi madre quien poseía la hegemonía. Cuando ella se negó a aceptarlo como su pareja, no dejó de atacarnos. Solíamos ser una nación con ciudades por todo el mundo, pero Oren nos redujo a unos cuantos centros aislados.

—¿Y aún así te casaste con él, con un hombre que estaba matando a tu pueblo, porque tu madre no lo aceptaba como esposo?



La caída

—Nadie me explicó todo eso cuando me comprometieron con Oren, pero él había accedido a la paz si le entregaban mi mano en matrimonio —explicó Elora—. Mis padres creían que no tenían otra opción y Oren supo convencerlos; tal vez no posee el poder de la telepatía, pero es muy persuasivo cuando se lo propone.

—Entonces te casaste con él y unisteis vuestros pueblos. ¿Qué fue lo que salió mal? —pregunté.

—Algunas de nuestras ciudades se negaron a unirse a los Vittra y armaron revueltas —dijo Elora—. Mis padres seguían siendo los reyes y trataron de razonar con los rebeldes. Nos enviaron a Oren y a mí como embajadores para convencerlos de que nuestra visión era pertinente.

»Cuando llegamos a la primera ciudad, la gente nos cuestionó; a él especialmente —prosiguió—. Oren logró hechizarlos con su encanto, y yo eché mano de la persuasión para convencer hasta a nuestros más ardientes detractores para que se unieran a la alianza con los Vittra; más adelante descubrimos que aquello había sido un error fatal.

»Nunca amé a Oren, pero le tenía mucha estima al principio de nuestro matrimonio. Pensaba que llegaría a amarlo algún día. Sin embargo, nunca me di cuenta de lo mucho que se esforzaba por parecer amable: a medida que pasaba el tiempo, su máscara comenzó a desmoronarse.

»Nos detuvimos en una villa en Canadá y tuvimos una reunión con los Trylle de la zona, de la misma forma que veníamos haciendo en otras comunidades. —Elora hizo una pausa y dirigió la mirada a la ventana para contemplar el clima helado—. Todos estaban allí, incluso los niños *mänsklig*, los rastreadores y sus familias.

»Alguien le preguntó a Oren qué esperaba obtener con todo aquello, y por alguna razón que alguien lo cuestionara lo sacó de quicio. —Elora exhaló con fuerza y bajó la mirada—. Comenzó a gritarles y a atacarlos; los asistentes se defendieron y... Oren los asesinó a todos. Sólo sobrevivieron dos personas.

»Oren manipuló la historia y tuve que seguirle el juego porque no sabía qué hacer. Mis padres me convencieron de que lo necesitábamos para mantener la paz. Era mi esposo, y además me había convertido en cómplice del asesinato de nuestra propia gente sólo porque no me había atrevido a enfrentarme a él; si lo hubiera hecho, me habría matado a mí también, pero claro, eso no cambia la realidad: no hice nada para salvarlos.



La caída

—Lo lamento —dije. No sabía cómo responder a la confesión que acababa de escuchar.

—A Oren lo convirtieron en héroe de guerra, y yo... —Elora dejó la frase inconclusa. Se limitó a acariciar distraídamente la manta que la cubría.

—¿Por qué te quedaste con él? —pregunté.

—¿Te refieres a después de descubrir que me había casado con un monstruo? —me preguntó Elora con una sonrisa triste—. No era entonces como soy ahora. Era mucho más confiada y estaba dispuesta a tener esperanza, a creer y a seguir a otros. Eso es algo que le tengo que agradecer a tu padre: me hizo comprender que tenía que convertirme en una líder.

—¿Qué fue lo que te hizo abandonarlo finalmente?

—Oren hizo un esfuerzo cuando regresamos. Trató de ser bueno, o al menos tanto como podía. No me golpeaba ni me insultaba. Seguía controlando todo lo que pensaba y decía, pero estábamos en paz. Ya no había guerra ni muerte. En aquel momento me pareció que terminar con las contiendas a cambio de un mal matrimonio valía la pena; estaba dispuesta a seguir así con tal de que nadie más muriera.

»Pero luego me quedé embarazada y todo cambió. —Elora se acomodó en su *chaise longue*—. No me había dado cuenta de que lo único que Oren siempre había querido eras tú: jamás había advertido que su mayor interés era conseguir al heredero perfecto para su trono. Llevábamos intentando tener hijos casi tres años antes de poder concebirte, y la espera lo tenía abrumado.

»En cuanto se enteró de que tendría un hijo, algo en su interior se modificó por completo. —Elora chasqueó los dedos para ilustrar la situación—. Se volvió todavía más dominante, no me permitía abandonar la habitación jamás. De hecho, era tanto el temor que tenía de perderte, que ni siquiera quería que saliera de la cama.

»Mi madre y yo comenzamos a buscar familias para acomodarte. Sabía que tendría que dejarte como *changeling*, pero no porque ésa fuera la costumbre, sino porque no podía permitir que Oren te criara. —Elora sacudió la cabeza—. Por supuesto, Oren no quería separarse de ti: te deseaba para él solo.

»Entonces, cuando el rey, mi padre, decretó que tendrías que ser entregada como *changeling* al igual que todos los anteriores herederos



La caída

al trono, Oren me llevó consigo a Ondarike y me recluyó como prisionera allí.

»Dos semanas antes de que nacieras, mi madre y mi padre lograron sacarme de su castillo. Mi padre murió en la batalla, junto con otros valerosos Trylle. Mi madre me llevó con una familia a la que llevaba un tiempo investigando en secreto: los Everly. Fue un intercambio muy apresurado, pero me pareció que poseían todo lo que necesitarías.

»Después de que nacieras... —Mi madre hizo una pausa, profundamente sumergida en sus recuerdos.

—¿Qué? —la presioné para que continuara hablando.

—Fue lo mejor para ti —dijo—. Sé que tuviste dificultades con tu familia anfitriona, pero no tuve tiempo de elegir mejor. Tenía que ocultarte de tu padre.

—Gracias —dije sin mucha convicción.

—Me fui en cuanto naciste. Tu abuela consiguió abrazarte, pero yo ni siquiera tuve esa oportunidad; debíamos apresurarnos para que los Vittra no pudieran rastrear tu esencia. Fuimos a un lugar seguro, un chalet en Canadá. Oren no lo conocía porque mientras vivió en Förening nunca llegamos a confiar en él lo suficiente como para revelarle todas nuestras guardias. —Mi madre cerró los ojos y respiró hondo—. A pesar de todo, finalmente encontró el lugar.

»Y ese *markis* que tan simpático te parece... —Elora señaló hacia el cuarto de Loki—. Fue su padre quien condujo a Oren hasta el lugar donde nos ocultábamos. Gracias a él los mataron a todos.

»Oren asesinó a mi madre delante de mí y juró que se apoderaría de ti en cuanto regresaras. —Elora tragó saliva—. Sólo me permitió vivir porque quería que lo viera cumplir su promesa; quería que supiera que era él quien había vencido.



La caída

21

Confesiones

Me hubiera gustado hacerle más preguntas a Elora, pero parecía demasiado consumida. Jamás diría que estaba exhausta, pero era penosamente evidente que, para comenzar, debería estar durmiendo en lugar de conversando conmigo.

Hablamos un poco más y luego me disculpé para retirarme. Me detuve cuando llegué a la puerta y me volví hacia ella: mi madre ya se había echado en la *chaise longue* y se cubría los ojos con las manos.

Garrett aún esperaba fuera, dando vueltas por el pasillo; Thomas se encontraba un poco más lejos para no molestar al novio de mi madre, y Aurora y Finn hacía rato que se habían marchado.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó Garrett.

—Ella... está bien, creo. —En realidad no lo sabía con certeza—. Ahora está descansando, y eso es lo único que importa.

—Muy bien —asintió Garrett. Se quedó mirando un rato el salón de pintura, que se hallaba cerrado, y volvió a dirigir a mí sus preocupaciones—. ¿Habéis podido hablar sin dificultades?

—Ajá —contesté, frotándome la nuca. No estaba segura de qué pensar.

Elora me había tratado con frialdad desde el día en que nos conocimos, hasta el punto de que yo había llegado a creer que me odiaba. Ahora no estaba tan segura; desconocía cuáles eran sus sentimientos hacia mí.

No era mucho mayor que yo cuando la casaron con un hombre que le triplicaba la edad, al que ni siquiera conocía y que resultó ser cruel y despiadado, pero ella había sacrificado su felicidad y bienestar por su reino.

Luego lo había arriesgado todo para defender a una hija que aún estaba por nacer: para salvarme a mí. Sus padres habían perdido la vida en



La caída

cuestión de meses a manos de su propio esposo, y todo por un bebé al que ni tan siquiera vería crecer.

Me preguntaba si me odiaría, si de alguna manera me cargaba con las culpas por la muerte de sus padres y por todos los problemas que Oren le había causado desde que nació.

No sabía si Elora y sus padres habían tenido una buena relación, pero antes de la ceremonia de bautismo Elora me había sugerido que adoptara el nombre de su madre, Ella.

Para colmo, le había perdonado la vida a Loki, cuyo padre había sido el causante de que la madre de Elora fuera asesinada, y de que ella y yo también hubiéramos estado a punto de perder la vida. Y a pesar de todo ello, no se había vengado de Loki cuando había tenido la oportunidad de hacerlo. Todas estas cosas me estaban haciendo pensar que tal vez la había juzgado con demasiada severidad.

A partir de aquel momento me quedó más claro por qué Elora ponía tanto énfasis en la perfección y en que yo llegara a ser reina: muchas personas habían sacrificado demasiado para garantizar que algún día yo asumiera el trono de los Trylle.

Se me hizo un nudo en el estómago porque comprendí lo desagradecida que debía de haberle parecido. Después de todo lo que ella, su familia y todo el pueblo Trylle habían hecho por mí, yo se lo estaba pagando de aquella manera.

En los ojos de Garrett se reflejaba su preocupación, y mientras lo observaba con detenimiento caí en la cuenta de algo más: su esposa, la madre de Willa, había muerto mucho antes de que su hija volviera a casa, y eso me llevó a preguntarme si no habría sido durante alguna de aquellas batallas que mi padre había librado contra los Trylle, es decir, si Garrett no habría perdido a algún ser amado por mi culpa.

—Lo siento —le dije con ojos llorosos.

—Pero vaya, ¿y qué podrías tú lamentar? —Garrett se acercó a mí y, sorprendido por la demostración de mis emociones, colocó la mano en mi brazo.

—Elora me lo ha contado todo —le dije, y tragué saliva con dificultad—. Me ha explicado lo que sucedió con Oren, y yo... lo siento.

—Pero ¿por qué? —preguntó Garrett de nuevo—. Todo eso pasó antes de que tú nacieras.



La caída

—Lo sé, pero creo que... debería haberme comportado mejor. Que debería ser mejor persona —corregí—. Después de todo por lo que habéis pasado, merecéis tener una gran reina.

—Bueno, eso es verdad —admitió Garrett con una tenue sonrisa—. Y ahora que lo sabes, seguramente andemos por buen camino. —Bajó la cabeza para mirarme a los ojos—. Estoy seguro de que algún día serás una excelente soberana.

No sabía si creerle, pero de lo que sí estaba segura era de que debía hacer todo lo necesario para que así fuera. No pensaba decepcionar a mi reino. Sencillamente no podía hacerlo.

Dejé a Garrett cuidando de Elora; Thomas se quedó fuera del salón haciendo guardia, pero respetó la intimidad de la pareja.

Duncan, Willa y Matt me esperaban junto a la escalinata. En cuanto vi el rostro de Matt, me vine abajo: comencé a llorar a mares y él me abrazó con fuerza.

Cuando conseguí calmarme, me llevaron a mi habitación. Duncan llevó té caliente, y lo obligue a sentarse y a beber una taza con nosotros; detestaba verlo actuar como si fuera un sirviente. Willa se acurrucó en la cama junto a mí, y su forma de consolarme me hizo echar de menos a mi tía Maggie.

—Entonces, ¿está agonizando? —preguntó Matt. Estaba apoyado en mi escritorio y jugaba con la taza vacía entre las manos.

No estaba segura de cuánto sabían Duncan y Willa acerca de mis orígenes, ni si estaban informados de que nuestras habilidades nos causaban daño. No quería hablar de más y preocuparlos, especialmente a Matt, así que no mencioné los datos más relevantes, tan sólo les dije que Elora estaba enferma.

—Eso creo —contesté. No es que ella me hubiera dicho eso exactamente, pero lo cierto era que había envejecido con demasiada rapidez y en aquel momento daba la impresión de tener setenta años, y eso después incluso de que la sanara Aurora Kroner.

—Qué pena —dijo Duncan, que se había sentado en el arcón al pie de mi cama.

—¿Estabas hablando con ella y se desvaneció de repente, así sin más? —preguntó Willa. Tenía el codo apoyado en la almohada junto a mí, pero levantó la cabeza un poco más para poder mirarme.



La caída

—Sí —asentí—. Lo peor de todo es que estaba discutiendo con ella cuando sucedió.

—Ay, cariño. —Willa se estiró para tocar mi brazo—. Pero sabes que no fue culpa tuya, ¿verdad?

—¿Te ha explicado por qué se está muriendo? —preguntó Matt. La arruga en su ceño se hizo más profunda: intuía que no les estaba contando todo.

—Ya conoces a Elora —contesté encogiéndome de hombros—. Nunca entra en detalles.

—Eso es verdad. —Matt respiró hondo. La respuesta parecía haberle satisfecho—. Es sólo que no me agradan las enfermedades misteriosas.

—Bueno, a nadie le gustan, Matt —dijo Willa con un tono ligeramente irónico.

—¿Y por qué estabas discutiendo con la reina? —preguntó Duncan, cambiando así el tema de la conversación. Lo agradecí hasta que reparé en la respuesta: que tenía que casarme con Tove Kroner.

—Ay, demonios. —Me eché para atrás, y se oyó un sonido sordo cuando golpeé contra la cabecera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Willa.

—Nada. —Negué con la cabeza—. Fue sólo un desacuerdo sin importancia. Eso es todo.

—¿Sin importancia? —Matt se acercó y se sentó en la cama, junto a mis pies—. ¿Como cuánto?

—Ya sabes, lo típico —balbuceé—. Elora quiere que yo sea mejor princesa; más puntual y cosas así.

—Bueno, es cierto: necesitas ser más puntual —coincidió Matt—. Maggie siempre te lo decía.

Volver a recordar a Maggie me provocó una punzada en el corazón. No hablaba con ella desde que habíamos regresado a Förening; Matt sí, pero yo evitaba sus llamadas. Por supuesto que estaba muy ocupada, pero la verdadera razón para postergar comunicarme con ella era porque sabía que escuchar su voz sólo haría que su ausencia me resultara más dolorosa.



La caída

—¿Cómo está Maggie? —pregunté, tratando de ignorar el dolor que la mención de su nombre me provocaba.

—Está bien —dijo Matt—. Se ha instalado en Nueva York con unos amigos, pero sigue muy confundida respecto a lo que sucede. Yo no dejo de insistirle en que todo está bien, que nos encontramos a salvo, y que no debe preocuparse por nada.

—Bien.

—Pero necesitas hablar con ella —me dijo Matt con una mirada severa—. Yo ya no puedo seguir haciendo de mensajero.

—Lo sé. —Rasqué la pintura descascarillada de mi taza de té, y bajé la mirada—. Es que no sé qué le voy a decir cuando me pregunte dónde estamos, o si vamos a regresar, o cuándo volveré a verla.

—Yo tampoco tengo respuestas, pero me las arreglo —dijo Matt.

—Wendy ha tenido un día muy duro —dijo Willa saliendo en mi auxilio—. Creo que no es el momento adecuado para sermonearla respecto a lo que debería hacer.

—Tienes razón. —Matt le sonrió ligeramente antes de darse la vuelta y me miró con dulzura—. Lo siento, Wendy, no pretendía apenarte.

—No te preocupes, tienes razón —le dije—. Sólo estás haciendo lo que debes.

—La verdad es que ya no estoy seguro de cuál es mi deber ahora —agregó Matt abrumado.

Alguien llamó a la puerta y Duncan dio un salto para ir a abrir.

—Detente, Duncan —dije con un suspiro—: no eres el mayordomo.

—Tal vez no, pero tú continúas siendo la princesa —contestó al tiempo que abría la puerta de mi habitación.

—Espero no interrumpir —dijo Finn dirigiéndose a mí e ignorando a Duncan.

En cuanto posó sus ojos oscuros en los míos, sentí que me faltaba el aire. Se quedó parado junto a la puerta: llevaba el cabello ligeramente revuelto y su impecable chaleco tenía una mancha oscura de la sangre de Elora.

—No, en absoluto —respondí mientras me incorporaba un poco más.



La caída

—De hecho estábamos... —comenzó a decir Matt en un tono áspero.

De hecho estábamos a punto de irnos —interpuso Willa. Bajó de la cama, y a pesar de que Matt la miró muy serio, ella se limitó a sonreír—. Acabábamos de recordar que tenemos algo pendiente que hacer en tu habitación. ¿No es así, Matt?

—De acuerdo —rezongó y se levantó. Finn se echó a un lado para que ellos pudieran salir; Matt aprovechó la proximidad para lanzarle una mirada de advertencia—. Pero estaremos al otro lado del pasillo.

Willa sujetó a Matt de la mano y estiró de él; Finn, como siempre, permaneció inmutable ante sus amenazas, lo cual sólo consiguió que mi hermano se enfadara aún más.

—Vamos, Duncan —dijo Willa mientras sacaba a Matt de la habitación.

—¿Cómo? —preguntó Duncan, aunque en seguida entendió lo que se esperaba de él—. Ah, sí. Princesa, estaré..., eh..., fuera.

Duncan cerró la puerta para dejarme a solas con Finn. Me enderecé por completo y me deslicé hasta sentarme al borde de la cama, con las piernas colgando. Finn permaneció en silencio junto a la puerta.

—¿Necesitabas algo? —pregunté con cautela.

—Quería saber cómo te encuentras. —Finn me miró de aquella manera que me hacía bajar la guardia por completo; preferí mirar al suelo.

—Teniendo en cuenta la situación, estoy bien.

—¿Te ha explicado algo la reina? —me preguntó.

—No estoy segura —contesté negando con la cabeza—. No sé si algún día llegaré a entender este mundo.

—¿Te ha dicho que está grave? —preguntó Finn, y el mero hecho de escucharlo de su boca lo empeoró todo.

—Sí —contesté con voz entrecortada—. Eso es lo que me ha dicho. Y también me ha contado por fin qué es lo que me hace tan especial: me ha explicado que soy la mezcla perfecta de los Trylle y los Vittra; que tengo el linaje más excepcional.

—Y no querías creerme cuando te decía que eres especial. —Aquella era la peculiar manera de Finn de hacer una broma; sonrió ligeramente.



La caída

—Supongo que tenías razón. —Me puse a arreglarme el pelo, porque al echarme sobre la cama me había despeinado; me pasé los dedos entre los rizos.

—¿Y qué piensas sobre todo ello? —preguntó Finn mientras se acercaba más al pie de mi cama. Se detuvo junto al poste, y sin fijarse tocó el edredón de satén.

—¿Te refieres a qué pienso sobre ser el premio para ambos bandos en una épica batalla entre trols?

—Bueno, si hay alguien que puede lidiar con eso, eres tú —me aseguró.

Lo miré de frente: sus ojos lo traicionaban y me revelaron parte de la estimación que sentía por mí. Deseé lanzarme a sus brazos y sentir que me cubría con ellos, que me protegía como si fuera un escudo de granito. Deseé besar sus sienes y su rostro; sentir el roce de su barba contra mi piel.

Pero a pesar de lo mucho que deseaba todo aquello —tanto, que incluso llegaba a dolerme—, sabía que tenía que convertirme en una gran princesa, y aquello significaba mantener el control; incluso aunque hacerlo me quitara la vida.

—Elora quiere que me case con Tove —le confesé. No había planeado decírselo de aquella manera, pero sabía que de todos modos él se encargaría de arruinar el momento, que rompería el hechizo bajo el que estábamos, antes de que yo sucumbiera a él.

—Entonces ¿te lo ha dicho al fin? —preguntó Finn con un profundo suspiro.

—¿Qué? —parpadeé, sorprendida por su pregunta—. ¿A qué te refieres? ¿Ya te habías enterado? ¿Hace cuánto que lo sabes?

—No lo recuerdo con exactitud —respondió negando con la cabeza—. Creo que hace mucho que lo sé, incluso antes de conoceros a ti y a Tove.

—¿Qué? —Me quedé mirándolo anonadada. Ni siquiera era capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar la confusión y la ira que estaba experimentando en mi interior.

—El matrimonio fue arreglado hace algún tiempo: la unión entre el *markis* Kroner y la princesa Dahl —me explicó Finn con toda calma—. Aunque Aurora Kroner siempre lo ha deseado, creo que el pacto no se cerró hasta hace tan sólo algunos días. La reina sabía que fortalecer ese



La caída

vínculo era su única posibilidad para asegurar el trono y mantenerte a salvo.

—¿Y tú estabas enterado de ello? —repetí, incapaz de asimilarlo—. ¿Sabías que ella quería que me casara con alguien, y jamás me lo dijiste?

—No me correspondía hacerlo —explicó, confundido por mi reacción.

—Tal vez no te correspondía como rastreador, pero sí como alguien que me había besado y me había acariciado precisamente en esta cama —exclamé al tiempo que la señalaba—. Sí, creo que te correspondía avisarme de que me esperaba un matrimonio de conveniencia.

—Wendy, te dije muchas veces que nosotros no podíamos estar juntos...

—¡Decir eso no es lo mismo, y lo sabes! —le grité—. ¿Cómo pudiste ocultármelo, Finn? Tove es tu amigo; es mi amigo, ¿y jamás se te ocurrió comentarlo?

—No. No quería influir en la opinión que tuvieras de él.

—¿A qué te refieres con influir?

—Temí que comenzaras a despreciarlo para molestar a tu madre; la verdad es que no quería que eso llegara a suceder. Deseaba que estuvieras a gusto con él —dijo Finn—. Aunque os casaréis sin amor, al menos ahora sois amigos. Tal vez tengáis una buena vida juntos.

—¿Tú deseabas... qué? —Sentía el corazón partido por la mitad. Perdí el habla durante un rato; ni siquiera podía abrir la boca—. Entonces también tú esperas que me case con él.

—Si, por supuesto —respondió Finn en un tono casi fatigado.

—Y ni siquiera vas a tratar de... —Me tragué las lágrimas y me volví hacia otro lado—. Cuando Elora me lo ha dicho, he discutido con ella. Y lo he hecho por ti.

—Lo siento, Wendy. —Su voz sonaba grave y dificultosa. Se acercó un poco a mí y levantó la mano como si fuera a tocarme, pero luego se arrepintió—. Creo que serás feliz con Tove. Él puede protegerte.

—¡Cuánto me gustaría que todos dejarais de hablar de él de esa manera! —Exasperada, me deslicé sobre la cama—. ¡Tove es una persona! ¡Estamos hablando de su vida! ¿Acaso no se merece algo más que ser el perro guardián de alguien?



La caída

—Francamente, me puedo imaginar cosas mucho peores que casarse contigo —dijo Finn en voz baja.

—Ya basta —sacudí la cabeza—: no bromees. No seas condescendiente. —Lo fulminé con la mirada—. Me ocultaste esto, y lo que es peor aún, no luchaste por mí.

—Ahora ya sabes por qué no puedo hacer eso, Wendy. —Sus negros ojos ardían, y tenía los puños cerrados a los costados—. Ahora estás al tanto de quién eres y de lo que significas para este reino. No puedo pelear por algo que no me pertenece; en especial por lo mucho que significas para nuestro pueblo.

—Tienes razón, Finn, no te pertenezco —asentí mirando al suelo—. No le pertenezco a nadie. Tengo la oportunidad de elegir. Y tú también. Y no tienes derecho a privarme de esa elección ni a decirme con quién debo casarme.

—Yo no arreglé este matrimonio —dijo Finn asombrado.

—Pero crees que debo casarme con él, y por eso no has hecho absolutamente nada para impedirlo —agregué, encogiéndome de hombros—. Visto de esa forma, incluso tú mismo pudiste haberlo concertado.

Enjugué mis lágrimas y él continuó en silencio. Me acosté en la cama y me volví para darle la espalda. Al cabo de varios minutos, lo oí salir y cerrar la puerta detrás de sí.



La caída

22

Tregua

Se suponía que Sara Elsing, la reina de los Vittra, llegaría a las tres de la tarde para recoger a Loki Staad; por esa razón, a lo largo de toda la mañana se llevaron a cabo reuniones de defensa. Asistí a ellas junto a Tove, Aurora Kroner, Garrett Strom, el Canciller y rastreadores de élite como Finn y su padre.

La ausencia de Elora se hizo más que evidente. No se encontraba con fuerzas suficientes para asistir ni tampoco podría recobrarlas hasta que Loki abandonara el palacio.

Tove me invitó a almorzar con él cuando tuvimos un descanso, pero rechacé su ofrecimiento. Me seguía cayendo tan bien como siempre, pero ahora que sabía que tendría que casarme con él, comencé a sentirme incómoda cuando estábamos juntos.

Además, necesitaba hablar un momento a solas con Loki antes de que se fuera y tal vez aquélla sería la última oportunidad que tendría para hacerlo.

Esta vez, sin embargo, no volví a utilizar a Duncan como intermediario: yo misma les dije a los guardias que se retiraran. Protestaron, pero con una glacial mirada les recordé que era la princesa. No me importaba si la noticia de mi visita llegaba a divulgarse; de cualquier manera, Loki se iría ese mismo día y ya no habría material para generar chismes.

—Oh, me encanta verte con tanta determinación —dijo Loki después de que les ordenara a los guardias que se fueran. Se apoyó al pie de la cama con su típica sonrisita arrogante en el rostro.

—No se trata de determinación —señalé—. Quería hablar contigo.



La caída

—Supongo que habrás venido a decirme adiós, ¿no es así? —preguntó arqueando una ceja—. Sé que me vas a echar de menos a rabiar, pero ya conoces la forma de evitarlo: estás a tiempo de venirte conmigo.

—Estoy bien así, gracias.

—¿De verdad? —Loki arrugó la nariz—. No me trago que estés tan emocionada con tu futuro matrimonio.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté y me puse tensa.

—He oído que estás comprometida con ese insoportable *markis*. —Loki hizo un vago ademán con la mano y se levantó—. No se me ocurre nada más ridículo. Es un tipo aburrido e insípido; y para colmo, no estás enamorada de él ni siquiera un poquito.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —Enderecé la espalda dispuesta a defenderme.

—Los guardias de por aquí son increíblemente chismosos; lo he escuchado todo. —Loki sonrió y caminó despacio hacia mí—. Además, tengo dos ojos, y ya me di cuenta del melodramita que te traes con ese rastreador, ¿cómo se llama? ¿Fish? ¿Flipper?

—Finn —especifiqué.

—Eso, Finn. —Loki apoyó el hombro en la puerta—. ¿Me permites darte un consejo?

—Por supuesto; me encantaría recibir asesoría de un prisionero.

—Excelente. —Se inclinó hacia adelante y se acercó a mí lo más que pudo sin llegar a salir de la habitación, porque eso le habría infligido un dolor insoportable—. No te cases con alguien a quien no amas.

—¿Qué sabrás tú del amor o del matrimonio? —cuestioné—. Estuviste comprometido para casarte con una mujer diez años mayor que tú, antes de que el rey te la arrebatara.

—De todas formas no me habría casado con ella —explicó encogiéndose de hombros—. A menos que hubiera estado enamorado de ella.

—¿Ahora eres un tipo íntegro? —me burlé—. Quizá te olvidas de que me secuestraste, y de que además tu padre era un traidor.

—Nunca he hablado bien de mi padre —dijo de inmediato—, y jamás te he hecho nada malo.

—¡De todos modos me secuestraste! —añadí con recelo.

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2

La caída

—¿En serio? —preguntó al tiempo que inclinaba la cabeza—. Según recuerdo, fue Kyra quien te secuestró y yo quien impidió que te golpeará hasta matarte. Luego, cuando estabas escupiendo sangre, solicité la ayuda de la reina para que te salvara. Además, tampoco te detuve cuando decidiste escapar, y desde que he llegado aquí, no recuerdo haberte hecho absolutamente nada malo. Me he portado bien porque así me lo indicaste. Así que decidme: ¿cuáles son esos terribles crímenes que he cometido en vuestra contra, princesa?

—Yo, yo... —tartamudeé—. Nunca he dicho que me hubieras hecho algo terrible.

—Entonces ¿por qué no confías en mí, Wendy?

Loki jamás me había llamado por mi nombre, y el afecto que acompañaba sus palabras me dejó perpleja. También en sus ojos, que mantenían su habitual velo de picardía, alcancé a ver que algo más profundo se estaba gestando: cuando Loki no se esforzaba tanto en parecer endemoniadamente guapo, aún lo resultaba más.

Aquella creciente conexión que sentía con él me ponía demasiado nerviosa, aunque aquello, por supuesto, era algo que no quería que él notara; además, independientemente del tipo de sentimientos que tuviera hacia el *markis*, era consciente de que aquella misma tarde él desaparecería de allí y que tal vez nunca la volvería a ver.

—Sí que confío en ti —le confesé—. En serio. Lo que sucede es que no sé por qué, y tampoco me queda claro por qué me ayudaste.

—¿Quieres saber la verdad? —Loki me sonrió y entonces vi sinceridad y dulzura en su expresión—. Despertaste mi curiosidad.

—¿Arriesgaste tu vida sólo porque sentías curiosidad? —le pregunté con expresión de recelo.

—Desde que llegaste a Ondarike tu única preocupación fue ayudar a tus amigos, y jamás te diste por vencida —señaló—. Además, fuiste amable conmigo y, francamente, no he experimentado mucha amabilidad en la vida.

Loki miró en otra dirección y se quedó contemplando un punto vacío en la lejanía del pasillo; me pareció que trataba de ocultar la tristeza de sus ojos. Sin embargo no le sirvió de mucho, ya que de todas formas pude apreciar una peculiar soledad que estaba más bien fuera de lugar en sus rasgos varoniles.



La caída

El *markis* negó con la cabeza para tratar de sacudirse aquellos sentimientos, y luego torció la boca para brindarme una sonrisa desolada.

—Por primera vez creí que si actuaba con buenas intenciones, sería recompensado. Por eso te dejé ir, y ése es el motivo de que tampoco te llevara de vuelta al palacio del rey.

—Si la vida allí es tan espantosa, ¿por qué no te quedas con nosotros?
—le pregunté sin tan siquiera pensarlo.

—No. —Sacudió la cabeza y bajó la mirada—. A pesar de lo tentador de tu oferta, tu pueblo no lo permitiría, y mi gente... vaya, digamos tan sólo que no reaccionaría bien si no volviera a casa. Además, aquello es mi hogar, me guste o no.

—Conozco bien ese sentimiento —agregué con un suspiro. A pesar de que cada vez veía más a Förening como mi hogar, no estaba segura de que algún día me sintiera totalmente a gusto allí.

—¿Lo ves? Te lo dije, princesa —Loki sonrió con más naturalidad—: tú y yo no somos distintos.

—Lo dices como si eso significara algo.

—¿Y acaso no es así?

—No, en realidad no. Hoy te irás y volverás a tu hogar, donde viven mis enemigos. —Di un hondo suspiro y sentí cómo entraba aire fresco en mis pulmones—. Si tengo suerte no volveré a verte jamás, porque si nos encontramos de nuevo, querrá decir que estamos en guerra y entonces tendré que hacerte daño.

—Ay, Wendy, creo que ésa es una de las cosas más tristes que he escuchado en mi vida —dijo Loki con aparente sinceridad—. Sin embargo, no todo tiene que ser fatal y sombrío. ¿Es que acaso nunca ves el lado positivo de las cosas?

—Hoy no —contesté. Oí que Garret me llamaba desde el otro lado del pasillo, lo cual significaba que había terminado la hora del almuerzo y que la reunión estaba a punto de reiniciarse—. Debo volver. Te veré cuando hagamos el intercambio con la reina de los Vittra.

—Buena suerte —me deseó Loki.

Me di la vuelta, y apenas unos pasos más allá oí que me llamaba:



La caída

—¡Wendy! —Estaba inclinado tan afuera del cuarto que tenía el rostro desencajado a causa del dolor—. Si estás en lo cierto y la próxima vez que nos veamos nuestros reinos están en guerra, ten por seguro que tú y yo no lo estaremos. Yo jamás pelearé contra ti. Te lo prometo.

Las reuniones continuaron a un ritmo agotador y seguían girando sobre el mismo tema: qué haríamos si los Vittra incumplían el trato, si nos atacaban, si trataban de secuestrarme otra vez.

Pero todo se resumía en una sola respuesta: contraatacar. Tove y yo usaríamos nuestras habilidades, los rastreadores echarían mano de su fuerza y destreza, y el Canciller se escondería en algún rincón.

El último paso antes de que la reina Vittra pudiera llevar a cabo su visita oficial consistía en firmar el tratado. Éste ya había sido enviado a los Vittra, por lo que el nombre de Oren estaba garabateado con rojo sangre al final del documento. Garret tuvo que llevárselo a Elora a su habitación para que ella también lo firmara. Cuando regresó con él, ya sólo tuvimos que esperar en el Salón Bélico la llegada de Sara.

Elora liberó a Loki a las dos y media, y él prometió comportarse; no obstante, Thomas y Finn lo trataron como si fuera una bomba a punto de estallar.

Como recibiríamos a la dignataria de una nación enemiga y Elora no estaría presente, me pareció que lo mejor sería vestirme adecuadamente para asumir mi papel de princesa: elegí un vestido oscuro de color púrpura y le pedía Willa que me ayudara con mi pelo.

—Si hubiera sabido que estarías tan hermosa, me habría vestido de etiqueta —dijo Loki para molestarme cuando Finn y Thomas lo llevaron al Salón Bélico. Finn lo empujó contra el asiento con una fuerza totalmente innecesaria, pero el prisionero no emitió la más mínima queja.

—Respeto a la princesa —le advirtió Duncan con severidad.

—Ofrezco mis disculpas —dijo Loki—, no ha sido mi intención ofender a nadie.

Luego miró a su alrededor. Duncan, Finn, Thomas, Tove, el Canciller y yo formábamos la comitiva que recibiría a Sara; el resto de los Trylle estaban en alerta por si llegábamos a necesitarlos, pero en realidad no queríamos que cuando llegara la reina Vittra pareciera que se trataba de una emboscada.



La caída

—¿Habéis cambiado de opinión y habéis decido ejecutar-me? —nos preguntó Loki—. Da la sensación de que vais a asistir a un funeral.

—No empieces —dije mientras jugueteaba con mi brazalete y miraba el reloj.

—Y entonces ¿cuándo, princesa? —preguntó Loki—. Sólo nos quedan quince minutos antes de que me vaya. —Por toda respuesta, levanté la mirada y lo ignoré.

Ya había comenzado a dar vueltas por el salón cuando de pronto sonó el timbre; casi salté del susto. Se suponía que el intercambio sería tranquilo y sin complicaciones, pero no sabía bien qué podía esperar. No sería la primera vez que mi padre les mentía a los Trylle y los traicionaba.

—Allá vamos —dije con un hondo suspiro.

El tratado estaba enrollado y atado con una cinta roja; lo tomé en mis manos y caminé por el pasillo hasta el vestíbulo. Duncan iba detrás de mí, a mi izquierda, y Tove caminaba a mi derecha. Finn y Thomas llevaban a Loki sujeto por ambos brazos para evitar que forcejeara, y el Canciller avanzaba detrás de todos ellos.

Sara ya había entrado en palacio, la recibieron dos guardias que permanecieron junto a ella. La reina Vittra se encontraba en el centro del vestíbulo circular, y en su capa de color carmín llevaba copos de nieve adheridos; se bajó la capucha y pudimos ver sus mejillas rosadas por el frío. Su único acompañante era Ludlow, el pequeño trol duende al que había conocido en el palacio de los Vittra.

—Princesa. —Sara sonrió con calidez en cuando me vio aparecer. Hizo una ligera reverencia, la cual correspondí exactamente en los mismos términos.

—Majestad, espero que hayáis tenido un buen viaje —dije.

—Sí, pero los caminos estaban algo helados. —Con las manos enguantadas señaló las puertas detrás de ella—. Confío en que no les hayamos hecho esperar.

—No, habéis llegado justo a tiempo —le aseguré.

—Ya está aquí —dijo Loki, pero no me volví para cerciorarme de si estaba tratando de soltarse de Finn y de Thomas—. ¿Ya me podrían dejar ir?



La caída

—No hasta que se concrete el acuerdo —masculló Finn entre dientes.

—Espero que el *markis* no les haya causado muchos problemas —dijo Sara, y se ruborizó por lo incómodo de la situación.

—No demasiado —respondí con una leve sonrisa—. Al devolverlo a los Vittra, acordáis mediante el presente tratado que la paz se mantendrá hasta mi coronación, ¿no es así?

—Así es —asintió Sara—. Los Vittra no atacaremos mientras Elora sea reina, pero la tregua terminará en cuanto vos, princesa, accedáis al trono.

Le entregué el tratado. Esperaba que lo desenrollara para volver a revisarlo, pero se limitó a asentir una vez más; al parecer había decidido confiar en nosotros.

—¿Ya me pueden liberar? —preguntó Loki.

—Sí —contesté.

Oí una risita a mi espalda, y luego Loki pasó a mi lado alisándose las arrugas de la camisa. Sara lo miró con desaprobación, pero él ocupó su lugar junto a ella.

—Entonces, ¿ya hemos terminado? —preguntó Loki.

—Eso parece —dijo la reina Vittra—. Princesa, ya sabéis que siempre seréis bien recibida en nuestro palacio.

—Lo sé —confesé.

—Debo agregar que el rey me pidió que os extendiera una invitación —dijo Sara—: Su Majestad le ofrece la amnistía a Förening y a todos sus habitantes si vos regresáis con los Vittra para ocupar el lugar que por herencia os corresponde.

Me quedé en silencio durante un rato porque no sabía qué responder a aquello. No quería irme con los Vittra y ciertamente no confiaba en su rey, pero era difícil rechazarlo. En caso de aceptar, estaría protegiendo con ello a todos mis seres queridos, incluyendo a Matt y a Finn.

Miré a Loki; pensé que estaría sonriéndome o haciendo algún gesto infantil para que me uniera a él, pero incluso su arrogante sonrisa había desaparecido. Tragó saliva y en sus ojos de color caramelo pude ver que de hecho estaba asustado.



La caída

—Princesa —Tove me tocó el brazo, apenas por encima del codo—: tenemos otros asuntos que atender esta tarde. Tal vez deberíamos acompañar a nuestros invitados a la salida.

—Sí, claro. —Sonreí débilmente—. Si me disculpan, tengo varios asuntos pendientes.

—Por supuesto —dijo Sara con una sonrisa—. No queremos haceros perder más tiempo, princesa.

—De cualquier manera... Ondarike no es un buen lugar para una princesa —dijo Loki, aliviado y con una sonrisa.

—*Markis* —lo reprendió Sara con discreción.

La reina volvió a hacer una reverencia que correspondí de nuevo, y luego se dio la vuelta para retirarse. Ludlow, el duende, no dijo nada, pero se encargó de levantar la cola del vestido de Sara para que no se arrastrara por el suelo. El *markis* estuvo a punto de decir algo cuando se dirigían a la puerta, pero la reina lo hizo callar.

No obstante, se volvió para mirarme por encima del hombro, y cuando sus ojos se posaron en los míos, me sorprendí al descubrir lo mucho que me dolía verlo partir. No habíamos convivido mucho, pero casi desde el momento en que lo había conocido, había surgido una conexión muy peculiar entre él y yo.

En cuanto salió por la puerta y desapareció de mi vida, sentí ganas de llorar.

Suspiré con fuerza nada más se hubieron ido.

—No ha sido tan complicado —señalé, y estaba convencida de ello. En realidad, la parte más difícil había sido el periodo de nerviosismo previo al encuentro.

El Canciller sudaba como un cerdo, pero claro, tampoco es que aquello fuera nada nuevo. Le sonreí a Tove con sincero agradecimiento porque consideraba que había sido muy generoso al ponerse de mi parte y el apoyo siempre es bien recibido.

—Esos duendecitos me ponen nervioso —dijo Duncan, y se estremeció con tan sólo pensar en Ludlow—. No sé cómo los Vittra pueden vivir con ellos.

—Estoy seguro de que los duendecitos piensan lo mismo de ti —murmuró Finn.



La caída

—Bueno, supongo que ahora ya sabemos todos lo que tenemos que hacer —dijo el Canciller mientras se retorció las rechonchas manos.

—¿Qué? —tuve que preguntar, porque no sabía a qué se refería.

—Debemos atacarlos mientras la tregua esté vigente —dijo el Canciller. El sudor caía sobre sus vidriosos ojos, y su traje blanco mostraba círculos de humedad por todos lados.

—Pero el objetivo principal de la tregua es que tengamos paz —dije con recelo—. Si los atacáramos estaríamos incumpliendo el tratado y la guerra comenzaría de nuevo.

—Es que debemos caerles encima cuando menos se lo esperen —insistió el Canciller con la papada temblorosa—. ¡Ésta es nuestra única oportunidad de actuar con ventaja!

—No, ésta es nuestra oportunidad de reconstruir lo que se dañó en el último ataque, y de encontrar nuevas formas de sobrellevar el conflicto en paz. —Negué con la cabeza—. Necesitamos trabajar para unir a los Trylle y fortalecernos lo más que podamos, o en todo caso encontrar algo que podamos ofrecer a los Vittra para quitárnoslos de encima.

—Bueno, ya sabemos en qué están interesados —dijo el Canciller mirándome con suspicacia.

—No vamos a negociar con ellos —interpuso Finn.

El Canciller lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que tú no vas a negociar nada con nadie.

—No debemos descartar la posibilidad de una negociación —dijo Tove, y antes de que Finn protestara, se explicó—. Es obvio que no les entregaremos a la princesa, pero también tenemos que considerar alternativas. Ha muerto ya demasiada gente, y a pesar de que llevamos varios años de guerra, aún no hemos logrado vencer. Creo que tendríamos que probar una estrategia distinta.

—Estoy de acuerdo —coincidí—. Deberíamos aprovechar el tiempo para definir cuál podría ser esa estrategia.

—¿Queréis algo nuevo con lo que negociar? —preguntó el Canciller en tono burlón—. ¡No se puede confiar en el rey de los Vittra!

—Sólo porque es un hombre que juega sucio, eso no significa que nosotros también tengamos que hacerlo —dije.



La caída

—Además, la única razón por la que ganamos la última batalla fue porque se llevó a cabo en nuestro territorio y porque los Vittra dejaron a sus elementos más valiosos en casa —agregó Tove—. Si los atacáramos en su campo, ellos contarían con ventaja y nos harían pedazos de la misma manera que lo han hecho las veces anteriores. Tenemos que aprender de nuestros errores.

—¡De acuerdo! —Exasperado, el Canciller hizo un ademán con los brazos—. ¡Hagan lo que quieran! Pero entonces serán sus manos las que terminen bañadas en sangre, no las mías.

Tras el exabrupto, el Canciller se retiró derrotado, y le sonreí a Tove.

—Gracias por apoyarme —le dije.

—Me gusta hacerlo —dijo, encogiéndose de hombros.



La caída

23

Propuesta matrimonial

Después de que Sara y Loki se hubieran marchado, subí a informar a Elora de lo sucedido. Mi madre descansaba en el salón de pintura y a su lado estaba sentado Garrett; ella había recuperado un poco el brillo de su piel, pero seguía teniendo una coloración grisácea.

La explicación fue muy breve, pero ambos parecían orgullosos de mí; aquella era mi primera misión oficial como princesa, y había aprobado. Elora incluso mencionó que lo había hecho muy bien. Cuando salí de allí, me sentía muy satisfecha.

Nada más abandonar el salón de pintura, me encontré a Tove. Llegaba de la cocina y traía consigo un racimo de uvas. Me ofreció una, pero no tenía mucha hambre, así que no la acepté.

—¿Ya te sientes como una verdadera princesa? —me preguntó mientras masticaba.

—No lo sé. —Aproveché para quitarme el pesado collar de diamantes que me había puesto con el fin de meterme más en mi papel—. No sé si podré llegar a acostumbrarme: sospecho que siempre me sentiré como una impostora.

—Bueno, pues debo decir que definitivamente pareces una verdadera princesa.

—Gracias. —Me volví para mirarlo y le sonreí—. Tú también has estado muy bien hoy. Estabas muy centrado e irradiabas majestuosidad.



La caída

—Gracias. —Tove se arrojó una uva a la boca y sonrió—. He pasado un buen rato moviendo muebles antes de que comenzara el intercambio; al parecer ha servido de algo.

—Así es.

Caminamos un rato sin hablar; él comía uvas y yo jugueteaba con el collar. A pesar del silencio, ninguno de los dos nos sentíamos incómodos, y entonces pensé en lo agradable que era su compañía. Daba gusto estar con alguien sin sentirte forzado, raro o limitado de una manera agotadora.

Además, comencé a entender a qué se referían Elora y Finn: Tove era fuerte, inteligente y sensible, por más que, sin embargo, sus habilidades lo alteraran demasiado como para ser líder. Durante el intercambio realizó una labor admirable al apoyarme y respaldar todo lo que hacía, y tuve la certeza de que, pasara lo que pasase, él permanecería a mi lado.

—Y bien... —Tove se comió la última uva y se detuvo. Miró al suelo y se arregló el pelo detrás de las orejas—. Estoy seguro de que la reina ya te habrá hablado acerca del arreglo que hizo con Aurora. —Hizo una pausa—. Ya sabes, sobre eso de que nos tenemos que casar.

—Sí —asentí, pero me puse muy nerviosa al oírlo de su boca.

—No estoy de acuerdo en que nuestras madres anden por ahí confabulándose para manejanos como si fuéramos piezas de un juego de ajedrez en lugar de personas. —Tove se mordió el interior de la mejilla y miró en dirección opuesta—. No es correcto; ya se lo he dicho a Aurora. No puede seguir tratándome como..., no sé, como un juguete.

—Sí, estoy de acuerdo —dije asintiendo una y otra vez.

—Cree que puede controlarme todo el tiempo; y tu madre también lo hace contigo. —Suspiró—. Es como si tuvieran la noción de lo que querían que fuéramos desde antes de que sucediera todo esto y, aunque no somos como ellas esperaban, se niegan a modificar sus planes.

—Sí, eso es verdad —dije.

—Estoy enterado de tu pasado. —Tove se volvió y me contempló durante unos segundos—. Aurora me estuvo hablando acerca de tu padre y me explicó que podrías perder la corona por su culpa, que podrías pagar por los errores de él y de Elora. Eso me parece una estupidez, porque sé lo poderosa que eres y lo mucho que te preocupa la gente.



La caída

—Mmm... ¿gracias? —contesté, llena de incertidumbre.

—Tienes que llegar a convertirte en reina. Cualquiera que esté al corriente de lo que está sucediendo lo sabe. El problema es que la gran mayoría no entiende qué es lo que está pasando y eso es un gran obstáculo. —Tove se frotó la nuca y apoyó el peso de su cuerpo en la otra pierna—. Yo jamás intentaría privarte del trono; pase lo que pase, no te quitaré la corona. Además, te defendería de cualquiera que quisiera hacerlo.

No respondí. Nunca lo había oído hablar tanto, y no tenía nada claro adónde quería llegar con aquel discurso.

—Sé que estás enamorada de..., bueno, sé que no me amas —dijo con cautela—. Y la verdad es que yo tampoco a ti. Sin embargo, te respeto y me gustas.

—Tú también me gustas y por supuesto que me inspiras admiración —le dije, y él sonrió.

—Son muchas cosas y a la vez ninguna. —Tove respiró hondo—. No me estoy explicando bien. Es decir, lo haría porque necesitas a alguien que te apoye y te ayude a conservar el trono, y eso lo puedo hacer, pero... —Hizo una pausa—. Pero creo que... también lo haría porque..., porque quiero.

—¿Qué? —pregunté. Se volvió para mirarme cara a cara y posó sus ojos verdes en los míos.

—Tú te..., es decir, ¿te quieres casar? —preguntó—. ¿Conmigo?

—Yo, eh... —No sabía qué responder.

—Si me dices que no quieres, nada cambiará entre nosotros —agregó Tove de prisa—. Sólo te lo pregunto porque a mí sí que me parece una buena idea.

—Ajá —dije, aunque no sabía cuál iba a ser mi respuesta sino hasta que saliera de mi boca—. Quiero decir, sí, acepto. Lo haré... Sí, me casaré contigo.

—¿En serio? —preguntó sonriendo.

—Sí —Tragué saliva y traté de corresponder su gesto.

—Bien. —Exhaló y volvió a mirar hacia el pasillo—. Es lo correcto, ¿verdad?



La caída

—Sí, eso creo —dije con mucha seriedad.

—Ajá —asintió—. Pero siento un gran nudo en el estómago.

—Creo que es normal.

—De acuerdo. —Volvió a asentir y me miró—. Bueno, en fin, no te entretengo más... Te dejaré ir... a hacer lo que necesites, y yo... también lo haré.

—Muy bien —contesté.

—Bueno, de acuerdo. —Palmeó distraídamente mi hombro y volvió a asentir. Luego se fue.

No tenía idea de dónde acababa de meterme. No estaba enamorada de Tove y sabía que él tampoco lo estaba de mí.

Sin embargo, ambos nos comprendíamos y sentíamos respeto mutuo, y eso ya era algo, para empezar. Pero lo más importante era que el reino necesitaba de aquel momento. Elora estaba convencida de que casarme con Tove sería lo mejor para mí y para los Trylle.

Además, yo estaba obligada a hacer lo que más le conviniera a nuestro pueblo, y si aquello implicaba casarme con Tove, entonces accedería. Había un montón de personas peores con las que podría terminar uniéndome en matrimonio.

Me cambié de vestido y luego le pedí a Duncan que me acompañara a la biblioteca. Me ayudó a encontrar algunos buenos libros de historia de los Trylle, que comencé a leer de inmediato. Antes de la ceremonia del bautismo, Finn ya me había hecho revisar algunos textos, pero si pensaba gobernar a aquellas personas, tenía que entender quiénes eran.

Pasé el resto de la tarde en la biblioteca, tratando de reunir la mayor cantidad posible de información. Duncan se acurrucó en uno de los sillones y terminó quedándose dormido. Ya era algo tarde cuando lo desperté para que me acompañara a mi cuarto. En realidad, tampoco tenía muy claro cuánta seguridad me ofrecía así, adormilado, y de hecho me daba la impresión de que ni siquiera lo necesitaba, pero no podía dejarlo allí dormido.

A la mañana siguiente Tove y yo fuimos al salón del trono para proseguir con mi entrenamiento, y me alegré mucho de volver a la rutina. Duncan nos acompañó, y si se percibía algo de incomodidad entre mi entrenador y yo, mi rastreador no lo mencionó en ningún



La caída

momento. Era una sensación extraña la de estar recién comprometida, pero Tove se esforzó por mantenerme ocupada para que no pensara en ello.

Había mejorado mucho con mis habilidades y cada vez me fortalecía más: levanté el trono del suelo con Duncan sentado en él, y no me costó tanto trabajo como antes. Un dolor me palpitaba un poco detrás de los ojos, pero lo ignoré.

Tove movió una silla; la hizo levitar en círculo para demostrarme lo que quería que hiciera, y por alguna razón pensé en Elora. Recordé lo débil y frágil que se la veía porque sus poderes la habían minado.

Por otra parte, era consciente también de que los Trylle necesitábamos hacer uso de nuestros dones para evitar volvernos locos; en el caso de Tove en particular, la única manera que tenía de mantener la cordura era haciendo un uso intenso de sus habilidades. Todo ello me producía mucha intranquilidad porque no quería acabar como mi madre, muriendo de vejez sin haber cumplido siquiera los cuarenta.

Cuando terminamos de practicar ya era tarde, y me sentía fatigada pero satisfecha. Mi fuerza se estaba incrementando y cada vez podía confiar más en mis habilidades, y aquello resultaba reconfortante.

Elora continuaba recuperándose en el salón de pintura, así que fui a visitarla allí. Ya no estaba recostada en la *chaise longue*, lo cual me pareció una buena señal. No obstante, había comenzado a pintar de nuevo.

La encontré sentada en un taburete delante de los ventanales, frente a su caballete, envuelta en un chal que se le había resbalado un poco y había dejado su hombro al descubierto, aunque ella no parecía haberse dado cuenta de ello. Su larga melena le caía sobre la espalda y ahora, más que negro, tenía un fulgor plateado.

—¿Estás segura de que deberías estar pintando? —le pregunté en cuanto entré al salón.

—Llevo varios días con una migraña espantosa y necesito deshacerme de ella. —Dio una pincelada larga que abarcó casi todo el lienzo.

Avancé hasta donde ella estaba para observar mejor la pintura, pero sólo había plasmado un cielo de color azul marino. Dejó de pintar y depositó el pincel sobre el caballete.



La caída

—¿Necesitas hablar conmigo acerca de algo, princesa? —Mi madre se volvió sobre el taburete para mirarme de frente, y pude comprobar con alivio que lo que parecían cataratas ya había desaparecido de sus ojos.

—No —contesté—. Solo quería ver cómo estabas.

—Mejor —respondió con un profundo suspiro—. Jamás volveré a ser la misma, pero me siento mejor.

—«Mejor» ya es algo.

—Sí, supongo que sí. —Elora volvió a mirar a través de la ventana para contemplar las densas nubes.

El aguanieve y el viento habían amainado, pero los cielos continuaban grises, opacos. En el bosque, los arces y los olmos ya estaban desnudos y esperaban, casi muertos, la llegada del invierno; los árboles de hoja perenne que cubrían el acantilado parecían bastante frágiles a causa de las inclemencias que habían sufrido: tenían hielo en las ramas, y ello hacía que se doblaran hacia el suelo.

—Tove me ha propuesto matrimonio —le dije; volvió la cabeza de inmediato para ver mi expresión—. He aceptado.

—¿Has aceptado el trato? —Elora levantó las cejas, sorprendida pero satisfecha.

—Sí —asentí—. Es... es lo mejor para el reino, y es lo que debo hacer. —Volví a asentir, esta vez para convencerme—. Además, Tove es un chico excelente. Va a ser muy buen esposo.

Pero en cuanto terminé de decir la frase, noté que no tenía ni idea de lo que significaba ser un buen esposo. Casi no había convivido con parejas casadas y nunca había tenido novio; no sabía en qué categoría estaba Finn, pero seguramente su presencia no contaba demasiado.

Elora seguía mirándome, así que tragué saliva y sonreí forzosamente. No era el momento para preocuparme por no saber con exactitud a qué me había comprometido; ya tendría tiempo para investigar cómo ser una esposa antes de que nos casáramos.

—Sí, estoy segura de que lo será —murmuró Elora, y regresó a su pintura.

—¿De verdad? —le pregunté.

—Sí —dijo dándome la espalda—. Yo no te voy a hacer lo que me hicieron a mí: si pensara que tienes que hacer algo terrible en beneficio



La caída

de los Trylle, de todas formas tendría que pedirte que aceptaras, pero definitivamente te advertiría de qué se trata. No podría permitir que te metieras en algo a ciegas.

—Gracias —le dije con sinceridad—. ¿Te arrepientes de haberte casado con mi padre?

—Trato de no arrepentirme de nada, jamás —dijo con cansancio y levantó su pincel—. Dudar no es propio de una reina.

—¿Y por qué nunca te has vuelto a casar? —pregunté.

—¿Con quién?

Estuve a punto de mencionar a Thomas, pero aquello la habría enfurecido: jamás hubiera podido casarse con él porque era un rastreador y además ya tenía esposa. Por otro lado, sabía bien que el hecho de decírselo no la molestaría tanto como el que estuviera enterada de su amorío.

—¿Con Garrett? —pregunté, y ella emitió un sonido que casi pareció una risa—. Te ama y es un distinguido *markis*. Podrías casarte con él.

—No es tan distinguido —me aclaró—. Es amable, sí, pero el matrimonio no tiene que ver con eso. Ya te dije, princesa, que el amor no tiene nada que ver con casarse. El matrimonio es la alineación de dos bandos, y no tengo ninguna razón para alinearme con nadie más.

—¿Y no te gustaría casarte sólo por el gusto de hacerlo? —le pregunté—. ¿Nunca te sientes sola?

—Una reina puede estar en diversas situaciones, pero nunca sola. —Tomó el pincel y lo posó encima del lienzo como si fuera a pintar, pero no lo hizo—. No necesito amor ni un hombre para sentirme completa. Algún día tú también lo descubrirás, porque los pretendientes pueden ir y venir, pero tú seguirás allí.

Miré por la ventana sin saber qué añadir. Era un planteamiento noble y decoroso, pero de alguna manera estaba teñido de tintes trágicos: pensar que podría terminar sola y morir sin nadie a mi lado no me parecía nada reconfortante.

—Además, no me gustaría colocar a Willa en la línea de sucesión al trono —me explicó Elora sin dejar de pintar—. Y eso es lo que pasaría si me casara con Garrett. Willa se convertiría en princesa y en una opción válida para el trono; y eso es algo que jamás podría permitir.



La caída

—Willa no sería una mala reina —dije, aunque me extrañó darme cuenta de que lo decía de corazón.

Me había encariñado mucho con Willa desde que llegué, y creía que ella también me tenía cada vez más aprecio. Además, últimamente había comenzado a ver en mi amiga cierta bondad y perspicacia que jamás había imaginado que poseía.

—De cualquier modo, ella no será reina, y tú sí.

—Espero que eso no suceda pronto —le dije con un suspiro.

—Necesitas estar lista, princesa —dijo mirándome por encima del hombro—. Debes estar preparada para cuando llegue el momento.

—Lo intento —le aseguré—. Asisto a todas las juntas, no dejo de entrenar, y ya he comenzado a estudiar en la biblioteca. A pesar de todo, creo que no estaré preparada para ser reina hasta dentro de algunos años.

—No falta tanto tiempo —señaló Elora.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿Cuándo seré reina? ¿Cuánto tiempo falta?

—¿Ves esa pintura? —Elora señaló un lienzo que estaba apoyado contra una repisa, y que ya había visto en el salón.

Era una especie de retrato mío, a corta distancia; en él me parecía bastante a como era en ese momento, excepto por el vestido blanco que llevaba y por la corona plateada de diamantes que reposaba sobre mi cabeza.

—Sí, ¿y? Ambas sabemos que algún día seré reina.

—No, observa bien la pintura —dijo señalándola con el pincel—. Mira tu rostro. ¿Qué edad tienes?

—Creo que... —Me agaché frente al cuadro y agucé la mirada. No era fácil de decir, porque no veía ninguna diferencia entre el retrato y el rostro que veía en los espejos—. No lo sé —dije mientras me ponía de pie—. Podría tener veinticinco años, más o menos.

—Tal vez —dijo Elora—, pero yo tengo otra impresión.

—¿Y cuál es esa impresión? —pregunté. Me miró, pero sin revelar nada—. ¿Cómo me puedo convertir en reina?



La caída

—Eso sucede cuando los monarcas reinantes fallecen —dijo con mucha naturalidad.

—¿Quieres decir que seré reina cuando tú mueras? —le pregunté; el corazón me palpitaba con mucha fuerza.

—Sí.

—Entonces crees que... —Tuve que respirar muy hondo para poder seguir hablando—. Que vas a morir pronto.

—Sí. —Elora siguió pintando como si la pregunta que le acababa de hacer hubiera hecho referencia al tiempo, y no a la inminencia de su muerte.

—Pero... —Negué con la cabeza—. No estoy lista. ¡No me has enseñado todo lo que necesito saber!

—Por eso te he estado presionando, princesa, porque sabía que no contábamos con mucho tiempo. Tenía que ser estricta contigo para asegurarme de que podías asumir tu responsabilidad.

—¿Y ahora ya estás segura?

—Sí. —Volvió a mirarme—. No te asustes, princesa. No importa el obstáculo al que te enfrentes, jamás tengas miedo.

—No es miedo —mentí. El corazón se me salía del pecho; de pronto me mareé y no tuve más remedio que sentarme en el sofá que había detrás de mí.

—No voy a morir mañana —dijo Elora, un tanto molesta—. Todavía tienes algo de tiempo para aprender, pero debes concentrarte en tu entrenamiento. Además, tienes que escuchar con atención todo lo que yo te diga y obedecerme.

—No es eso lo que me preocupa —le dije, mirándola de frente—. Es que acabo de conocerte, apenas estamos comenzando a llevarnos bien y ahora... ¿vas a morirte?

—No te pongas sentimental, princesa —me reprendió—. No tenemos tiempo para eso.

—¿Tú no estás triste? —le pregunté. Las lágrimas comenzaban a aparecer en mis ojos—. ¿O asustada?



La caída

—Por favor, princesa. —Hizo un gesto de exasperación y se volvió hacia otro lado—. Tengo que pintar. Te sugiero que vayas a tu habitación y recobres la compostura. A una princesa jamás se la debe ver llorando.

Dejé a Elora sola para que terminara su pintura. Mi único consuelo era que solo había dicho que a las princesas no se las debía ver llorando, no que tuvieran prohibido hacerlo. Me pregunté si aquél sería el motivo de que me hubiera pedido que la dejara sola: no para que yo me fuera a llorar a mi habitación, sino para que ella pudiera hacerlo también, sin testigos.



La caída

24

Cuento de hadas

Si Loki estaba al tanto de mi matrimonio arreglado, entonces sólo era cuestión de tiempo antes de que todo el mundo se enterara de ello; por eso pensé que lo mejor sería que fuera yo misma quien se lo dijera a mis amigos, así que me reuní con ellos.

Tal vez Willa y Duncan se alegraran por mí, pero no sabía cómo se lo tomarían Matt y Rhys; quizá no les hiciese tanta gracia.

Nos vimos en la sala de arriba, el lugar que había sido el cuarto de juegos de Rhys; en el techo estaba pintado un cielo con nubes, y todavía quedaban juguetes viejos acomodados en las estanterías de una esquina. Matt se sentó en el sofá, entre Rhys y Willa, y Duncan se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el sofá.

—Tengo algo que decirles. —Me coloqué frente a ellos, jugueteando con el anillo que usaba en el pulgar, y finalmente tuve que fingir que no estaba nerviosa.

Matt me miró con suspicacia, y eso no me ayudó en absoluto; para colmo, Rhys no dejaba de sonreír como un tonto a causa de la emoción. Estaba muy contento de que nos reuniéramos porque casi no nos habíamos visto últimamente: él había andado muy ocupado acompañando a Matt y, aparte, por lo que había oído, había empezado a salir con Rhiannon.

—¿De qué se trata? —preguntó Matt, ya algo irritado.

—Son buenas noticias —les expliqué.

—Entonces habla de una vez —dijo Willa, que sonreía confundida—. Me estás matando de los nervios. —Ella había tratado de convencerme de que se lo contara todo antes de que llegaran los demás, pero no había querido hacerlo.

Página 236

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

—Quería que supierais que yo, eh... —Tuve que aclarar la voz—. Me voy a casar.

—¿Qué?! —gruñó Matt.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Willa con un grito ahogado y los ojos brillantes—. ¿Con quién?

—Entonces ¿es verdad? —preguntó Duncan boquiabierto; al parecer también a él le había llegado el rumor.

—Con Tove Kroner —contesté.

Willa se retorció y aplaudió a milímetros de su cara; no habría estado tan emocionada ni siquiera si hubiera sido ella quien se fuera a casar con Tove.

—¿Con Tove? —preguntó Matt, vacilante—. Pero si ese chico tiene problemas de hiperactividad, y además, creía que ni siquiera te caía bien.

—Sí que me cae bien —dije—. Es un buen chico.

—¡Ay, por Dios, Wendy! —Willa gritó y dio un brinco desde el sofá y a punto estuvo de golpear a Duncan en la cabeza; corrió hasta mí y me abrazó con muchísimo entusiasmo—. ¡Es tan emocionante! ¡Estoy muy feliz por ti!

—Vaya, felicidades —asintió Rhys—. Tove es un tipo con suerte.

—No puedo creer que no me lo dijerais, chicos —dijo Duncan—: pero si he pasado con vosotros toda la mañana.

—Bueno, es que en realidad no se lo hemos dicho a nadie —respondí mientras me libraba del abrazo de Willa—. De hecho, no sé si ya podemos divulgarlo, pero es que quería compartirlo con vosotros.

—Pues yo no lo entiendo. —Matt se puso de pie; era obvio que la noticia lo había trastornado—. Creía que estabas locamente enamorada de ese tal Finn.

—No. —Negué con la cabeza y bajé la mirada—. No estoy locamente enamorada de nadie —dije con un profundo suspiro—: eso ya pasó.

Me sorprendió descubrir que aquello tal vez fuera cierto. No había superado lo de Finn, pero estaba empezando a comprender que nunca estaríamos juntos. Desde luego, no era a causa de nuestras diferencias



La caída

sociales, porque a eso hubiera podido enfrentarme y luchar, incluso modificar la ley al respecto.

Sin embargo, la poca decisión de Finn, su desconfianza y su falta de voluntad para estar conmigo me tenían agotada; era imposible continuar enamorada yo sola.

—¡Tu boda va a ser fabulosa! —Willa no podía dejar de estrujarme—. ¿Y cuándo será el gran día?

—No lo sé todavía —confesé—. Después de que cumpla dieciocho años.

—¡Pero sólo faltan tres meses para eso! —gritó Matt.

—¡Casi no tendremos tiempo de planificarlo todo! —Willa palideció—. ¡Nos queda aún mucho por hacer! —dijo, y luego hizo una mueca—. Oh, pero estoy segura de que Aurora meterá mano en todo esto, ¿verdad?

—Ah, sí. —También puse mala cara en cuanto caí en la cuenta de que iba a tener una suegra entrometida—. Supongo que sí.

—Me alegra ser un chico y no tener que organizar cosas como éstas —dijo Rhys con una sonrisita retorcida.

—Pero si la planificación es lo mejor de todo —insistió Willa al tiempo que me pasaba el brazo por encima del hombro—. ¡Escoger los colores, los vestidos, las flores, las invitaciones! ¡Eso es lo más divertido!

—Wendy, ¿de verdad es lo que deseas? —me preguntó Matt, mirándome directamente a los ojos.

—Pues claro que sí, Matt —dijo Willa con un gesto de exasperación desmedida—. Es el sueño de toda chica: ser una princesa y casarse con un príncipe en una ceremonia espectacular.

—Bueno, técnicamente Tove es un *markis*, no un príncipe —aclaré.

—Ya sabes a lo que me refiero —intervino Willa—: es como un cuento de hadas hecho realidad.

—Espera un momento, Willa, por favor. —La gélida mirada de Matt se posó sobre mi amiga, y ella retiró el brazo de mis hombros y retrocedió. Matt me miró fijamente a los ojos—. Wendy, ¿de verdad es eso lo que deseas? ¿Quieres casarte con ese chico?

Respiré hondo y asentí.

—Sí, es lo que quiero.



La caída

—De acuerdo entonces —dijo Matt, reticente—. Si es eso lo que deseas, te apoyaré; pero si te hace daño, lo mato.

—No esperaría menos de ti —dije sonriendo—, pero todo irá bien.

Willa continuó hablando totalmente exaltada; empezó a enumerar todas y cada una de las maravillosas cosas que teníamos que planear, y al final no tuve más remedio que apaciguarla un poco. Como Rhys y Matt en realidad no querían ni necesitaban estar al tanto de todo aquello, huyeron de inmediato para hacer algo más divertido. Duncan, sin embargo, era mi guardaespaldas, así que no tenía la opción de irse. Por suerte, estaba más interesado que yo en la conversación de mi amiga *marksinna*.

Willa se cansó al cabo de un rato. Dijo que iría a casa a preparar algunas cosas y que regresaría a la mañana siguiente, fresca y radiante, para comenzar a organizar la boda. Cuando abandonamos la habitación, seguía enumerando todo lo que traería consigo.

—Te veré mañana, ¿de acuerdo? —dijo mientras estrujaba mi brazo.

—Sí.

—Esto es muy emocionante, Wendy —me recordó—. Actúa en consecuencia.

—Lo intentaré —dije con una sonrisa forzada.

Antes de irse se rió de mi débil intento por parecer feliz, y cuando se alejó, me apoyé contra la puerta; Duncan estaba junto a mí pero no dijo nada.

Willa tenía razón. Todo aquello era como un cuento de hadas, así que ¿por qué no lo sentía como tal?

Miré al otro lado del pasillo y vi a Finn haciendo sus rondas vespertinas. Se dirigía hacia mí para inspeccionar el ala norte, pero se detuvo en cuanto me vio; posó sus ojos oscuros sobre los míos durante un instante, y entonces giró y caminó en la otra dirección.

Al día siguiente me levanté ansiosa por entrenar, porque tenía la esperanza de que me distraería lo suficiente para no pensar en el compromiso. Por desgracia, apenas llevaba diez minutos despierta cuando Aurora irrumpió en el palacio; llegó antes que Willa y le robó el placer de planearlo todo desde el principio. Por supuesto, mi amiga se enfadó cuando se enteró, pero hizo todo lo posible por ser amable con la madre de Tove.



La caída

Nos reunimos en el comedor principal porque Aurora tenía muchos papeles que quería extender sobre la mesa, entre los cuales estaban la lista de invitados, los croquis con la distribución de los asientos, muestras de colores y de telas, revistas, diseños de vestidos, libros, y todo lo que se podía necesitar para organizar una boda.

—Obviamente, la fiesta de compromiso se deberá llevar a cabo este fin de semana porque la boda será en tan sólo unos meses —dijo mientras repiqueteaba con los dedos sobre un calendario que había colocado sobre la mesa.

Yo me senté en la cabecera; tenía a Aurora a un lado y a Willa al otro. La madre de Tove se inclinaba sobre la mesa, y su vestido verde se agitaba con ella. Con los brazos cruzados, Willa le lanzó una mirada de desprecio.

—Tenemos que elegir la combinación de colores y el cortejo nupcial antes de la fiesta de compromiso —señaló Aurora.

—Pero es todo demasiado precipitado —interpuso Willa—, no tenemos tiempo para preparar todo eso y además planear la fiesta. Estamos a sólo unos días.

—Tendremos que hacer llegar las invitaciones lo antes posible; de hecho, las entregaremos en la fiesta de compromiso —dijo Aurora—. ¿Cuándo es tu cumpleaños, princesa?

—El nueve de enero —contesté.

—¿Y por qué tenemos que entregar las invitaciones en persona? —preguntó Willa—. ¿No podemos enviarlas por correo como la gente normal?

—Es que nosotros no somos gente normal —dijo Aurora, lanzándole una intensa mirada—. Somos Trylle y pertenecemos a la realeza, y la tradición indica que debemos entregar las invitaciones para la boda en la fiesta de compromiso.

—Bien, pero si tenemos que hacer eso, entonces deberíamos retrasar por lo menos una semana la fiesta de compromiso —dijo.

—No voy a discutir contigo sobre ese tema. —Aurora se enderezó y se frotó la frente—. Soy la madre del novio y tengo el deber de ofrecer la fiesta de compromiso. Es un asunto que no te incumbe. Soy yo quien la voy a planear y a llevarla a cabo cuando me parezca adecuado.



La caída

—Bien. —Willa levantó las manos para indicar que no le importaba, aunque me di cuenta de que estaba muy molesta—. Haga lo que quiera, Aurora, está en su derecho.

—Por el momento vamos a trabajar en la boda. —Aurora se volvió hacia mí—. ¿Quién quieres que forme parte del cortejo nupcial?

—Mmm... —Me encogí de hombros—. Willa será mi dama de honor, por supuesto.

—Gracias —dijo Willa al tiempo que le sonreía a Aurora con desdén.

—Por supuesto. —Aurora apenas esbozó una sonrisa mientras escribía el nombre de mi amiga en una hoja de papel—. ¿Y el resto del cortejo?

—No lo sé —respondí—. En realidad no conozco a mucha gente aquí.

—Excelente. Te he preparado una lista. —Aurora tomó un documento de tres páginas que tenía en la mesa y me lo entregó—. Aquí están las jóvenes *marksinnas* de mayor alcurnia, entre las que podrías elegir y que serían unas damas de honor perfectas.

—Pero la lista sólo incluye los nombres y algunos datos al azar —le dije mientras la inspeccionaba—. Kenna Tomas tiene cabello negro y pecas, y su padre es el *markis* de Oslinna. Eso no significa nada para mí. ¿Se supone que debo elegir a chicas desconocidas basándome en el color de su cabello?

—Si lo prefieres, puedo elegir las yo —se ofreció Aurora—. Pero para hacer más sencilla tu tarea, he confeccionado la lista por orden de importancia y alcurnia de las chicas, de más a menos. Todas son aceptables, sin embargo.

—Yo la puedo ayudar —dijo Willa quitándome la lista de las manos antes de que Aurora pudiera recuperarla—: conozco a muchas de estas jóvenes.

De inmediato buscó en las últimas líneas, y me alegré de saber que iba a elegir a las chicas que menos le gustaban a Aurora.

—¿Y no podría ser Willa mi única dama de honor? —le pregunté a Aurora—. Estoy segura de que Tove tampoco tiene muchos amigos. Podría ser una ceremonia más bien sencilla.

—Aurora tiene razón —dijo Willa, aunque era obvio que le molestaba mostrarse de acuerdo con ella—. Tu boda debe ser espléndida porque la



La caída

gente se tiene que enterar de que eres una princesa a la que hay que respetar.

—¿Acaso no lo saben ya? —pregunté con sinceridad, y Willa se limitó a encogerse de hombros.

—No está de más recordárselo —agregó.

—Como no contaremos con la presencia de tu padre, Noah te puede entregar en el altar —dijo Aurora mientras escribía algo más en sus papeles.

—¿Noah? —pregunté—. ¿Su esposo?

—Sí, él es una buena opción —contestó con indiferencia.

—Pero si casi no lo conozco —dije.

—Pero no puedes hacer el recorrido hasta el altar sin compañía —agregó Aurora, y me miró irritada.

—¿Y por qué no me puede entregar Matt? —pregunté—. Prácticamente fue él quien me crió.

—¿Matt? —Aurora se quedó perpleja, pero cuando recordó de quién se trataba, arrugó la nariz con disgusto—. ¿Ese chico humano? Absolutamente no. Ni siquiera debería habitar en el palacio, porque si la gente se enterara de que está aquí, te convertirías en el hazmerreir del reino.

—Entonces... está bien. —Pensé rápidamente en alguien más que no fuera Noah—. ¿Y qué tal Garrett?

—¿Garret Strom? —Aurora estaba consternada, y me pareció que lo que más le inquietaba era que, en realidad, Garret era un candidato aceptable.

—Casi es su padrastro —señaló Willa con una sonrisa maliciosa. El hecho de que su padre me entregara el día de mi boda representaría más prestigio para ella y para toda su familia.

Sin embargo, no lo había elegido por esa razón: lo cierto era que Garret me caía bien, y además era lo más cercano a una figura paterna que tenía en Förening.

—Se hará como la princesa desee —espetó Aurora, y de muy mala gana tachó el nombre de su esposo y escribió el de Garret.



La caída

La situación continuó así durante un rato, hasta que llegó el momento en que tuve que retirarme, pues necesitaba un descanso de sus sutiles agresiones e indirectas. Me fui caminando por el pasillo sin rumbo fijo porque mi único objetivo era alejarme de ellas.

Al pasar cerca del Salón Bélico oí voces, y me detuve para investigar quién estaba allí. Se trataba del Canciller: tenía un aspecto pálido y estaba sentado al escritorio ante un montón de papeles. Finn y Tove hablaban desde el otro lado del lujoso mueble, y Thomas buscaba algo en las estanterías.

—¿Qué hacéis? —pregunté al entrar en el salón.

—Estos muchachos tienen un plan estúpido y yo sólo les estoy siguiendo la corriente —dijo el Canciller.

—No es un plan estúpido —dijo Finn, lanzándole al funcionario una mirada de desprecio. Sin embargo, se encontraba demasiado ocupado enjugándose el sudor de la frente para darse cuenta.

—Buscamos la manera de prorrogar la tregua —explicó Tove—. Estamos revisando antiguos tratados firmados con los Vittra y con otras tribus para ver si existe algún precedente.

—¿Y habéis encontrado algo? —pregunté.

Me acerqué al escritorio y tomé algunos de los papeles: la mayoría estaban escritos en un lenguaje incomprensible para mí. Eran puros símbolos que parecían sacados del alfabeto cirílico, como los que había visto en varias ocasiones en los documentos más antiguos de la biblioteca.

—Nada útil todavía, pero acabamos de comenzar —dijo Tove.

—No encontraréis nada —negó el Canciller con la cabeza—. Los Vittra jamás prorrogan sus acuerdos.

—¿Y qué tipo de situaciones podrían servir para prolongar la tregua? —pregunté sin prestarle atención al Canciller.

—No lo sabemos con exactitud —confesó Tove—. Pero en el lenguaje de los documentos legales con frecuencia aparecen lagunas que podríamos usar contra ellos.

—¿Lagunas? —pregunté.

—Sí, como en las historias de Rumpelstilskin —dijo Finn—. Por lo general, cuando elaboran un acuerdo los Vittra introducen en el texto



La caída

un elemento ingenioso que les sirva para romper el tratado si así lo deciden; normalmente, anularlo o utilizarlo en su contra puede resultar casi imposible, pero a veces tenemos la suerte de cara.

—Conozco este acuerdo y no creo que contenga algo así —dije—, excepto que la paz sólo durará hasta que yo sea reina. ¿Y qué tal si nunca asumo el cargo?

—Eso no es posible: tienes que ser reina —dijo Finn mientras levantaba una pila de papeles.

—Pero mi idea podría hacer que la paz durara indefinidamente, ¿no? —pregunté—. Es decir, si nunca me convirtiera en reina.

—Lo dudo —dijo Tove—. Tarde o temprano el rey encontraría la manera de darle la vuelta al asunto, y sólo lograríamos enfurecerlo más mientras busca un pretexto.

—Pero... —suspiré y dejé la frase a medias—. Si estáis tan convencidos de que hallará la manera de romper la tregua, lo mismo haría con una prórroga, ¿no? ¿Para qué os estáis tomando entonces la molestia de buscar lagunas?

—Porque nuestro objetivo no es conseguir una prórroga —dijo Tove mirándome a los ojos—. Si lo único que encontramos es una solución temporal, la aceptaremos, pero en realidad lo que queremos es terminar de una vez con todo esto.

—¿Creéis que existe esa posibilidad? —pregunté.

—El rey Vittra sólo responde a la violencia —balbuceó el Canciller—. Tenemos que atacarlos con todo lo que podamos, y de inmediato.

—Pero eso ya lo hemos intentado —intervino Tove exasperado—. ¡Lo hemos hecho una y otra vez! ¡El rey es inmune a nuestros ataques! ¡No podemos herirlo!

De pronto, después de escucharlo, comprendí algo: cuando Tove me habló acerca de Loki, dijo que solamente él, Elora y yo teníamos la capacidad de limitarlo telepáticamente, pero que no sabía si podríamos ejecutarlo... y que el rey era aún más poderoso que Loki.

Nadie había podido someter al monarca porque Elora no tenía la suficiente fuerza y Tove era demasiado disperso. Sin embargo, yo poseía la fuerza del rey y la habilidad de Elora.



La caída

—Lo que estáis planeando es que yo lo mate —dije—: estáis tratando de encontrar el modo de prorrogar la tregua para que consiga más tiempo de entrenamiento.

Ni Tove ni Finn se atrevieron a mirarme a los ojos, así que supe que estaba en lo cierto. Querían que asesinara a mi padre.



La caída

25

Tryllico

Thomas sacó un libro grande de una de las repisas, y al dejarlo caer sobre el escritorio se oyó un golpe seco y se levantó una nube de polvo de la cubierta. Tove estaba tan ocupado tratando de eludir mi mirada, que saltó del susto.

—Esto podría sernos de ayuda —dijo Thomas al tiempo que señalaba su hallazgo—, pero está escrito en tryllico.

—¿Qué es tryllico? —pregunté, ansiosa por cambiar el tema de conversación a cualquier otro que no estuviera relacionado con el parricidio.

—Es el antiguo lenguaje de los Trylle —explicó Finn, y señaló los papeles que yo había visto, escritos con una especie de lenguaje simbólico—. El único que lo puede leer es Tove.

—Es una lengua muerta —dijo el Canciller—. No sé cómo es posible que todavía haya alguien que la conozca.

—No es tan difícil. —Tove recogió el libro, y cuando abrió las primeras páginas, se esparció por el salón un aroma a humedad—. Podría enseñarle algún día, si usted lo desea.

—Yo debería aprenderlo —dije—, pero no en este momento. Ahora estamos tratando de encontrar la manera de prorrogar la tregua, ¿no es así? ¿En qué os puedo ayudar?

—Busca entre los papeles. —Finn rebuscó entre los que estaban en la mesa y me entregó un pequeño paquete—. Intenta encontrar algo que haga referencia a tratados o treguas. No importa si no se refieren exactamente a los Vittra; cualquier indicio podría ayudarnos.

Tove se acomodó en uno de los sillones de piel de apariencia antigua para leer el libro. Yo me senté en el suelo con mi legajo de papeles y me dispuse a indagar en los recovecos legales de los Trylle. Todo parecía



La caída

estar escrito con acertijos y adivinanzas; eran tan difíciles de entender, que tuve que pedir que me interpretaran varios pasajes.

Sólo al cabo de un rato pude relajarme un poco, cuando vi que Tove le pedía a Finn que le ayudara a entender un fragmento. Finn se inclinó sobre el sillón para leerlo, y luego él y Tove discutieron sobre su significado.

Aquello me hizo reflexionar acerca de lo extraño que era que ellos dos se llevaran tan bien: Finn siempre se había puesto celosísimo cada vez que había creído que yo estaba coqueteando con alguien más, pero en el caso de Tove parecía no tener ningún inconveniente, a pesar de que era precisamente con quien me casaría.

Finn levantó la vista y nuestros ojos se encontraron durante tan sólo un segundo antes de que él se volviera en otra dirección. A pesar de ello, alcancé a discernir en ellos una nostalgia que extrañaba demasiado, y volví a preguntarme si habría tomado la decisión correcta.

—¿Princesa? —Era Aurora, que me estaba llamando desde el pasillo.

Como estaba sentada en el suelo leyendo, supe que si llegaba a verme así, me lo reprocharía de inmediato y me daría un sermón sobre el comportamiento adecuado de una princesa, por lo que me puse en pie de un salto y dejé los documentos sobre el escritorio.

—¿Princesa? —repitió Aurora al tiempo que se asomaba al salón—. Ah, estás aquí. Y Tove también. Perfecto. Tenemos que discutir los detalles del compromiso.

—Ah, sí. —Tove dejó el libro a un lado y me sonrió extrañamente—. Asuntos de boda. Tenemos que ocuparnos de ello.

—Sí —asentí.

Me volví para mirar a Finn. Su rostro parecía tenso, pero no apartó la mirada del documento que tenía en las manos. Tove y yo seguimos a Aurora mientras hablaba de todos los asuntos pendientes de los que teníamos que ocuparnos antes de la boda, pero antes de salir miré a Finn por encima del hombro.

Aurora nos retuvo durante demasiado tiempo, y ni siquiera Willa logró aligerar el ambiente; todo habría sido mucho más sencillo si las que se casaran fueran mi futura suegra y la propia Willa. Para cuando la madre de Tove nos dejó ir, hasta mi amiga se sintió aliviada.



La caída

Después de aquello me encontré con Duncan, que me estaba esperando para acompañarme a la cocina a cenar. Tove regresó al Salón Bélico para continuar trabajando, y Willa nos comunicó que ya tenía planes. Era consciente de que debía ayudar a Tove, pero la verdad es que me moría de hambre y necesitaba comer algo antes de continuar.

Estuve hablando con Duncan acerca de la investigación que estaban llevando a cabo Finn y Tove, y le conté que algunos de los documentos estaban escritos en tryllico; él me comentó que le parecía haber visto un libro en esa lengua en la sala de Rhys. Eso parecía lógico porque, según me enteré, muchos *mānks* atravesaban una etapa en la que trataban de aprenderlo.

Yo en realidad no necesitaba aprenderlo de inmediato, pero sentía deseos de llegar a conocerlo bien. En cuanto terminamos de comer, me dirigí a la sala de estar del primer piso. La puerta estaba cerrada, como solían estarlo muchas de las habitaciones del palacio, así que la abrí sin llamar antes.

No es que fuera mi intención husmear, pero supongo que entré tan silenciosamente que Matt y Willa no me oyeron. Aunque tal vez todo se debió a que se encontraban excesivamente perdidos en el momento.

Willa estaba recostada en el sofá, y tenía a Matt sobre ella; mi amiga llevaba un vestido corto como era su costumbre, y él apoyaba la mano en su muslo y estaba subiéndole la falda. Con la otra pierna Willa abrazaba la cintura de mi hermano al tiempo que hundía los dedos en el cabello, y se besaban.

—¡Por Dios! —exclamé con un grito ahogado; mi reacción fue inesperada e incontrolable.

—¡Wendy! —gritó Willa, y Matt se levantó de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Duncan detrás de mí, y de inmediato trató de ponerse ante mí para protegerme si fuera necesario.

—¡Silencio! —susurró Willa mientras se acomodaba el vestido para taparse un poco más—. ¡Cerrad la puerta!

—Oh, claro. —Hice lo que Willa me ordenó, y aproveché para apartar la mirada de aquella escena.

En realidad no es que estuvieran haciendo nada particularmente explícito, pero jamás había sorprendido a Matt en una situación tan comprometedora. Rara vez había tenido novia, y casi no llevaba amigas



La caída

a casa, de ahí que me resultara bastante difícil imaginar que pudiera tener una relación de aquel tipo con alguien.

Cuando volví a mirarlo, noté que se había ruborizado y que evitaba mirarme a los ojos; llevaba el cabello despeinado y trataba de alisarse las arrugas de la camisa. Mostraba un par de manchas del pintalabios de Willa en la boca y la mejilla, pero no me atreví a decírselo.

—Guau, así que vosotros dos os traías algo entre manos, ¿eh? —les dijo Duncan con una sonrisa—. Bravo, Matt, jamás creí que Willa saldría con alguien que no fuera de su clase.

—Cállate, Duncan. —Willa lo fulminó con la mirada mientras se acomodaba la pulsera.

—No seas vulgar —le gruñó Matt a Duncan, y éste dio un paso atrás porque presintió que tal vez mi hermano se dispusiera a golpearlo.

—¡No le puedes decir nada de esto a nadie! —le advirtió Willa—. Ya sabes lo que pasaría si esto se divulgara.

Willa era *marksinna*, y aunque sus habilidades no estaban al nivel de las mías, era una de las Trylle más poderosas que existían. Matt, por su parte, era humano y pertenecía a una familia anfitriona, lo cual lo colocaba en una clase aún más baja que la de los rastreadores y los *mänks*. Si alguien llegaba a descubrir que Matt estaba poniendo en riesgo el importante linaje de Willa, los exiliarían a ambos.

Y como les tenía mucho cariño a los dos, no quería que eso sucediera. No sólo porque los iba a echar mucho de menos, sino también porque existía la posibilidad de que los Vittra los secuestraran a posteriori con el propósito de presionarme. Ambos debían permanecer en Förening para mantenerse a salvo.

—Por supuesto que no diré nada —dijo Duncan, haciendo un gesto que simbolizaba su juramento—. Jamás comenté lo de Finn y la princesa.

—Cállate, Duncan —le dije con rudeza. Lo último que necesitaba en aquel momento era recordarle a mi hermano aquel asunto.

—No te enfades, por favor —dijo Willa, que pensó erróneamente que me había molestado con ella—. No queríamos que te enteraras de esta forma; estábamos esperando el momento indicado para decírtelo, pero has estado demasiado ocupada durante los últimos días.

—Y por supuesto, esto no cambia nuestros sentimientos hacia ti —aclaró Matt de inmediato—. Ambos te queremos mucho. —Hizo un gesto



La caída

para señalarse a sí mismo y a ella, pero no se volvió para mirarla—. De hecho, ésa es una de las cosas que nos han unido desde el principio. No era nuestra intención lastimarte, de verdad.

—No os preocupéis, no me habéis hecho daño —les dije sacudiendo la cabeza—. Y tampoco estoy furiosa. De hecho, ni siquiera me sorprende.

—¿En serio? —preguntó Willa inclinando la cabeza.

—Pues claro. Pasabais demasiado tiempo juntos, y además no dejabais de coquetear el uno con el otro —dije—. Ya me imaginaba que algo había entre vosotros, lo que no esperaba era entrar aquí y encontraros... así.

—Lo siento. —Matt se ruborizó aún más—. De verdad que no tenía intención que nos vieras así como nos has visto.

—Lo sé, no te preocupes —dije encogiéndome de hombros—; en serio, no hay problema.

Los miré a ambos. Los oscuros ojos de Willa mostraban su angustia, y las ondas de color castaño claro de su pelo enmarcaban su rostro como cascadas; era muy hermosa y ya me había demostrado lo dulce y leal que podía llegar a ser.

—Hacéis una hermosa pareja —dije finalmente—, y me gustaría que fuerais muy felices.

—Lo somos. —Willa sonrió, y luego intercambió una mirada con Matt. Fue una escena sumamente tierna, e incluso Matt sonrió.

—Bien, pero tenéis que ser muy cuidadosos. No quiero que os sorprendan y os destierren. Os necesito a los dos aquí, a mi lado.

—Sí, ya sé que soy imprescindible para ti —dijo Willa—: sin mi ayuda, Aurora terminaría devorándote viva.

—Ni me lo recuerdes. —Hice una mueca y me dejé caer en uno de los pufs de Rhys—. ¡Y sólo llevo una cuarenta y ocho horas comprometida! Todo el mundo teme a los Vittra, pero te aseguro que es esta boda lo que va a acabar conmigo.

—Si no te quieres casar con él, no lo hagas —dijo Matt. Se sentó en el sofá junto a Willa, pero eso no le impidió recurrir a su tonito de hermano mayor—. No tienes por qué hacer nada que no quieras.

—No, el problema no es Tove —le expliqué, negando con la cabeza—. No tengo ningún inconveniente en casarme con él.



La caída

—¿Qué no tienes ningún «inconveniente» en casarte con él? —Willa rió y tomó a Matt del brazo—. ¡Qué romántico!

—Deberías haber visto cómo me lo propuso —agregué.

—Por cierto, ¿dónde está tu anillo de compromiso? —me preguntó Willa al tiempo que me escudriñaba las manos—. ¿Lo has mandado a arreglar para que te encaje a la perfección?

—No lo sé. —Extendí mis manos para mirarlas, como si fuera a aparecer el anillo por arte de magia—. No me lo dio.

—¡Pero eso es horrible! —Willa apoyó la cabeza en el hombro de Matt—. Tendremos que corregir eso de inmediato. Tal vez lo mencione mañana cuando estemos con Aurora.

—¡No! —exclamé con vehemencia—. Por favor, no le digas nada: si se entera me obligará a elegir una joya espantosa.

—Pero ¿cómo podría forzarte? —preguntó Duncan. Se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas—. Tú eres la princesa y ella la súbdita.

—Pero ya conoces a Aurora —dije con un suspiro—, siempre encuentra la manera.

—Esto es muy extraño. —Duncan me miró como si hubiera descubierto algo nuevo sobre mí—. Pensaba que la vida de la realeza era muy distinta, que teníais la libertad absoluta.

—Nadie posee libertad absoluta. —Negué con la cabeza—. Tú pasas como veinte horas al día conmigo; ya te habrás dado cuenta de cuánto tiempo me queda libre.

—Es bastante deprimente. —Duncan dejó caer los hombros con tristeza mientras reflexionaba al respecto—. Creía que tu vida era así porque acababas de llegar, pero ahora tengo la sensación de que siempre será de esta manera, ¿verdad? Siempre vas a tener que estar atendiendo a los demás.

—Eso creo —contesté—. La vida real no es un cuento de hadas, Duncan.

—Y ya sabes lo que dicen por ahí —intervino Willa—: «El dinero no compra la felicidad».

—Bueno, esa frase sí que da pena escucharla de ti, así que no estoy tan mal. —Me puse en pie—. Tengo mucho que estudiar esta noche y



La caída

mañana me gustaría entrenar un rato antes de reunirme con Aurora. ¿Crees que podrías mantenerla ocupada hasta que yo llegue? —le pregunté a Willa.

—Si no hay más remedio —gruñó.

—No seas tan exigente contigo misma —me dijo Matt mientras salía—: tienes que darte tiempo para ser la chiquilla que todavía eres.

—Creo que ese tiempo ya ha pasado —le contesté con sinceridad.



La caída

26

Obertura

Willa decidió que aquel día no participaría en la reunión para planificar la boda. Nos explicó que tenía que cenar con su padre, pero me dio la impresión de que en realidad lo que sucedía era que no soportaba la idea de tener que lidiar un minuto más con Aurora.

Mi futura suegra y yo nos encontrábamos en el salón de baile. Las cúpulas de cristal habían sido restauradas por fin, pero ahora las cubría una capa de nieve que dejaba el recinto sumido en una oscuridad que lo hacía parecer una caverna. Aurora me aseguró que para el día de la fiesta de compromiso la nieve ya habría sido retirada, pero lo cierto es que me tenía sin cuidado.

Luego estuvo revoloteando por toda la sala para definir dónde irían colocadas las mesas y los elementos decorativos; la ayudé cuanto pude, pero sólo cuando ella me lo permitió, es decir, en muy pocas ocasiones. Su pobre ayudante, sin embargo, no tuvo más remedio que ir corriendo todo el tiempo como una loca detrás de ella haciendo lo que Aurora le ordenaba.

Al llegar la noche, cuando finalmente dejó que su ayudante se retirara, se acercó al piano de cola, donde yo estaba tocando una y otra vez el comienzo de “*Para Elisa*”, que era lo único que había aprendido.

—Vas a tener que tomar clases de piano —anunció Aurora y dejó caer sobre el instrumento la gruesa carpeta negra con toda la información sobre la boda, lo que provocó una fuerte vibración—. No puedo creer que no lo hayas hecho hasta ahora. Pero ¿qué clase de familia anfitriona te tocó?

—Usted ya sabe qué tipo de familia tuve —dije, y continué tocando el mismo pasaje pero con mucha más intensidad porque me había dado cuenta de que la estaba poniendo de los nervios—. Ha conocido a mi hermano.

Página 253

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

—Ah, sí, respecto a eso... —dijo Aurora, y se quitó algunos pasadores del cabello, liberando de esa forma algunos de sus rizos—. Vas a tener que dejar de referirte a ese muchacho como tu hermano. Es de mal gusto.

—Sí, lo sé —dije—, pero estoy acostumbrada a llamarlo así.

—Tienes demasiadas costumbres que deberás modificar —exclamó, y se pasó los dedos por el cabello—. Si no fueras la princesa, ni siquiera me tomaría la molestia de ayudarte a hacerlo.

—Pues gracias por su tiempo y su atención —murmuré.

—Ya sé que lo estás diciendo irónicamente, pero de nada, de todas formas. —Aurora abrió la carpeta y la hojeó un poco—. Mmm, no tenemos tiempo de que Frederique von Ellsin te diseñe un vestido para la fiesta, pero mañana traerá algunas de sus mejores creaciones para que te las pruebes.

—Eso suena divertido —dije con sinceridad. Frederique era el diseñador que había confeccionado mi vestido para la ceremonia de bautismo y me gustaba su compañía.

—¡Princesa! —exclamó Aurora—. ¿Podrías dejar de tocar esa canción?

—Por supuesto —contesté, y cerré la tapa del piano—. Sólo tenía que pedírmelo.

—Gracias. —Me sonrió ligeramente—. También tendrás que pulir tus modales, princesa.

—Mis modales son buenos cuando la ocasión así lo exige —expliqué con un suspiro—. Pero ahora estoy cansada y llevamos todo el día con esto. ¿Podemos continuar mañana?

—Tienes muchísima suerte de que te permita casarte con mi hijo. —Aurora sacudió la cabeza y cerró la carpeta de un golpe—. Eres grosera, desagradecida y maleducada. Por culpa de tu madre hemos estado a punto de morir en repetidas ocasiones, y quien debería asumir el trono es mi hijo, no tú. ¡Y si no fuera por esa injustificada estima que te tiene, te derrocaría y asumiría el lugar que le corresponde!

—Guau. —Me la quedé mirando con los ojos bien abiertos, y sin saber qué respuesta ofrecer a su diatriba.

—Es una desgracia que se vaya a casar contigo —dijo, chasqueando la lengua—. Si alguien llegara a enterarse de tus coqueteos con el



La caída

rastreador, ese tal Finn, te convertirías en el hazmerreír del reino. —Se tocó la sien y volvió a negar con la cabeza—. Tienes demasiada suerte.

—Tiene usted razón. —Me levanté y coloqué los puños a los costados—. Tengo la enorme fortuna de que su hijo no se parezca a usted en nada. Y será mejor que se empiece a hacer a la idea de ocupar el lugar que le corresponde, *marksinna*, porque yo seré la reina; no usted.

Aurora me miró con los ojos llenos de pánico y la piel más pálida que nunca, y parpadeó varias veces como si no pudiera creer lo que acababa de oír. La planificación de la boda también había sido un fastidio para ella, y de repente había perdido el norte.

—Lo siento mucho, princesa —tartamudeó—. No he querido decir eso. Es que el estrés ha sido demasiado para mí.

—Para todos —le recordé.

Aurora terminó de reunir sus cosas, siguió musitando disculpas y abandonó apresuradamente el salón alegando que debía volver a casa; nunca la había visto salir con tanta prisa. No sabía si había hecho lo correcto al enfrentarme a ella pero, a decir verdad, no me importaba.

De pronto viví un momento muy peculiar porque me quedé completamente sola. No había ningún rastreador a la vista y no me acompañaba ni Duncan ni Tove ni Aurora. Respirar aire fresco me haría mucho bien.

Me apresuré a salir de allí antes de que me localizaran. Sabía que si me quedaba allí más tiempo, alguien llegaría para pedirme algo o tal vez sólo para conversar, pero yo no tenía ganas. Necesitaba tomarme un respiro.

Corrí por el ala norte y cuando llegué a la puerta lateral la empujé con ímpetu: se abrió ante mí un angosto sendero de grava flanqueado por altos arbustos. Aquel camino rodeaba la casa y conducía a los acantilados antes de abrirse hacia el hermoso jardín que ya conocía.

La nieve cubría la vegetación y la hacía destellar bajo la luz de la luna como si estuviera plagada de diamantes. El clima invernal debería haber acabado con la mayoría de las plantas a aquellas alturas, pero por todos lados había flores de pétalos azules, rosa y púrpura tocados por la escarcha, que contribuía a aumentar su belleza.

Las enredaderas de hiedra y glicinia se elevaban sobre el muro, aún verdes y abundantes; hasta la pequeña cascada que coronaba el huerto



La caída

de árboles frutales fluía con vigor a pesar de que aquel frío debería haber hecho que se congelara.

Bajo mis pies desnudos crujía una ligera capa de nieve, pero no me importó, y corrí por el borde del acantilado, resbalando algunas veces sin mayor consecuencia. Junto al estanque encontré los dos bancos de piedra que recordaba y me senté en el más cercano.

Aquel jardín era una pequeña obra de magia: por eso me fascinaba. Me eché sobre el banco, respiré el frío aire nocturno y cuando exhalé una ligera bruma, la luna hizo fulgurar los casi imperceptibles cristales de hielo que flotaban en el ambiente. Sin duda, llevaba demasiado tiempo encerrada en el interior de aquella mansión.

De pronto, el crujir de una rama disipó mis pensamientos y me hizo volverme. No conseguí ver a nadie, pero distinguí una sombra que se movía a lo largo de un arbusto cercano al muro de ladrillo.

—¿Quién anda ahí?

Al principio, imaginé que sería Duncan o algún otro rastreador al que habían enviado a buscarme, pero, como nadie respondió, comencé a inquietarme y empecé a pensar que tal vez salir sola del palacio había sido una decisión demasiado precipitada. Sabía que a esas alturas ya estaba capacitada para defenderme pero, francamente, no deseaba que surgiera la necesidad de hacerlo.

—Sé que hay alguien ahí. —Me levanté, rodeé el banco y caminé por entre los árboles; entonces advertí una silueta cerca del muro. Era un hombre, pero estaba demasiado lejos como para que pudiera ver su rostro; lo único que se alcanzaba a vislumbrar era el brillo de los rayos de luna sobre su rubio cabello.

—¿Quién anda ahí? —repetí. Me enderecé y traté de parecer lo más imponente posible, lo cual era bastante difícil para una princesa que estaba sola en un jardín, en mitad de la noche, con un delicado vestido.

—¿Princesa? —Noté cierta sorpresa en aquella voz. El hombre se acercó más, y cuando rodeó un árbol y caminó hacia mí, por fin lo reconocí.

—¿Loki? —pregunté, y sentí que la alegría embargaba mi corazón y seguidamente lo sumergía en una tormenta de confusión—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a por ti. —Parecía tan desconcertado como yo—. ¿Y tú qué haces aquí fuera?



La caída

—Necesitaba respirar aire fresco. Pero no lo entiendo, ¿cómo has sabido que estaría en el jardín?

—No, no tenía ni idea, es que siempre entro por aquí —dijo, señalando el muro que había a su espalda—. Lo he escalado. Creo que deberían reforzar la seguridad en esta zona.

—¿A qué has venido? —pregunté.

—Por favor, no finjas que no te alegras de verme. —La arrogante sonrisa volvió a su rostro para iluminarlo—. Estoy seguro de que tu vida ha sido una tragedia desde que me fui.

—En absoluto —dije en tono burlón—. Justamente ahora ando con los planes de mi fiesta de compromiso.

—Sí, ya me he enterado de todo ese espantoso asunto. —Loki arrugó la nariz para mostrar su repugnancia—. Por eso he venido a salvarte.

—¿Salvarme? —repetí.

—Sí, como un caballero de reluciente armadura. —Loki extendió los brazos e hizo una profunda reverencia—. Te voy a cargar sobre mi hombro y treparé por el muro contigo, como si fueras Rapunzel.

—Rapunzel dejaba caer su cabello desde una torre —le aclaré.

—Te pido disculpas. Los Vittra no creemos en las canciones de cuna y los cuentos de hadas.

—Yo tampoco —dije—. Y no necesito que me rescates. Estoy donde debo estar.

—Ay, por favor. —Loki negó con la cabeza—. No es posible que creas eso en serio. No deberías estar encerrada en un horrible palacio, prometida a un tonto aburrido y viéndote obligada a escabullirte en mitad de la noche para tomar un respiro.

—Aprecio mucho tu preocupación, Loki, pero aquí soy feliz —dije, aunque no estaba segura de creerme aquella verdad.

—Yo te prometo una vida de aventuras. —Se sujetó a una rama, se columpió y giró sobre ella, y cayó con asombrosa gracia sobre el banco—. Te llevaré a lugares exóticos, te mostraré el mundo y te trataré como se debe tratar a una princesa.



La caída

—Eso suena muy bien —le dije con una sonrisa. Su invitación me halagaba, aun cuando no podía ni siquiera confiar en ella—. Pero... ¿por qué?

—¿Por qué? —Loki rió—. ¿Y por qué no?

—Tengo la impresión de que lo único que pretendes es convencerme de que eluda mis responsabilidades como princesa Trylle para ayudarte en tu causa —le confesé.

—¿Crees que el rey me ha mandado de nuevo a hacer esto? —Loki volvió a reír—. El rey me odia, me aborrece. Todos y cada uno de los días amenaza con decapitarme. La reina tuvo que enfrentarse a su esposo para rescatarme, porque Oren estaba empeñado en que los Trylle me ejecutaran.

—Lo que me cuentas me está dando muchas más ganas de volver a Ondarike —dije con una sonrisa irónica.

—¿Y quién ha dicho que tendrías que volver allí? Lo que te estoy pidiendo es que huyas conmigo de todo esto, de los Trylle y de los Vittra, de la estúpida realeza y sus incomprensibles reglas —exclamó gesticulando.

—¿Por eso te incomodó tanto que Sara me invitara a volver con los Vittra?

—Fue espantoso —admitió—. Durante un minuto de agonía, pensé que estabas dispuesta a aceptar. Habría sido el fin de todo.

Incliné la cabeza hacia un lado sin dejar de mirarlo.

—¿El fin de todo?

—Sí. El rey jamás te habría dejado volver a escapar —explicó—, y obviamente no habrías sobrevivido a su maltrato.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que no lo lograría? —le pregunté—. Soy fuerte, inteligente, y a veces incluso valerosa.

—Precisamente por eso, porque eres buena, valiente, amable y hermosa. —Loki saltó del banco y aterrizó ante mí—. El rey destruye, por placer, todo lo bello.

—Entonces ¿cómo has podido sobrevivir durante tanto tiempo? —En realidad se lo había preguntado para molestarlo, pero en cuanto terminé de hablar, noté dolor en sus ojos y lo vi bajar la mirada.



La caída

—Ésa es una historia demasiado larga para esta noche, princesa, pero te puedo asegurar que he pagado cara mi supervivencia. —Loki tragó saliva, sacudió la cabeza y volvió a sonreír—. Pero, un momento..., ¿acaso acabas de llamarme valiente y hermoso?

—Para nada. —Me reí y retrocedí en cuanto advertí su cercanía. Además de carisma, Loki irradiaba calor—. ¿Y qué pasaría si acepto tu oferta? ¿Adónde me llevarías? ¿Qué haríamos?

—Me alegra tanto que me lo preguntes. —Su rostro se iluminó—. Tengo algo de dinero. No mucho, claro, pero pude esconder algunas de las joyas de mi madre. Podría empeñarlas para irnos a cualquier lugar, donde haríamos todo lo que tu corazón deseara.

—No parece un viaje demasiado organizado.

—A las islas Vírgenes —fue la respuesta inmediata de Loki, antes de dar otro paso hacia mí—. No necesitaríamos pasaportes para llegar. Además, allí no hay trols de ningún tipo. Podríamos pasarnos todo el día nadando en el mar, y toda la noche en la playa. —Hizo una pausa y sonrió con una sinceridad abrumadora—. Sólo nosotros dos.

—No puedo. —Negué con la cabeza y detesté lo tentador de su oferta: escapar de toda la presión y el estrés del palacio—. No puedo defraudar a mi reino. Tengo un compromiso con la gente.

—¡Tienes el compromiso contigo misma de ser feliz! —insistió Loki.

—No, no es así —le dije—. Me esperan muchas cosas aquí, y no te olvides de que tengo un prometido.

—No te cases con él —dijo con desdén—. Cásate conmigo.

—¿Qué me case contigo? —le pregunté riéndome—. Pero si tú mismo me recomendaste que me casara por amor.

—Por eso te lo estoy pidiendo. —Y en aquel peculiar momento de sinceridad, vi que Loki era devastadoramente guapo. Caminó hacia mí, y se acercó tanto que nuestros cuerpos casi se tocaron—. Wendy, cástate conmigo.

—Eso es... —Negué con la cabeza. Su proposición me acababa de dejar estupefacta—. Eso ni siquiera tiene sentido, Loki. Casi no te conozco, y además eres... eres mi enemigo.

—Ya sé que no nos hemos tratado mucho, pero desde la primera vez que te vi sentí... un vínculo, y sé que tú también lo percibiste.



La caída

Me quedé sin habla. Hubiera querido negarlo, pero me era imposible.

—Loki, un vínculo no es suficiente para construir una vida juntos.

—No me importa de dónde vengo ni cuál es tu pueblo —dijo llanamente—. Sé que puedo hacerte feliz, y que tú me harías feliz a mí. Podríamos estar juntos el resto de nuestras vidas.

Posó sus ojos en los míos, y a pesar de lo tenue que era la luz, pude ver que brillaban como el oro. De pronto me sentí relajada, y una apacible oleada se apoderó de mí; y justo cuando me percaté de que Loki trataba de hacer que me desmayara, acabó la sensación.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté mientras la bruma se iba disipando en mi mente. Loki estaba a unos cuantos centímetros y supe que tenía que alejarme de él, pero sin embargo no lo hice.

—No tengo intención alguna de hipnotizarte —musitó—. Lo que te he dicho es verdad. Cuando estés conmigo, quiero saber que es porque así lo quieres, no porque yo te obligue a ello.

—Loki... —comencé a protestar.

Pero entonces él colocó las manos sobre mi rostro, y sentí el calor de su piel a pesar de que debía de estar helado por la nieve que cubría el muro por el que acababa de trepar. Se inclinó hacia mí, pero se detuvo antes de que sus labios llegaran a rozar siquiera los míos. Me miró para ver si opondría resistencia, pero en seguida descubrió que no.

Su boca cubrió la mía y su calor se agitó en mi interior. Era un sabor dulce y fresco; su piel tenía el aroma de la lluvia. De pronto sentí que las rodillas me flaqueaban y el corazón me palpitaba con fuerza en el pecho; sus manos se enredaron en mi cabello y me acercaron más a él.

Lo abracé y sentí su fuerza y su poder contra mi cuerpo. Mi piel percibía sus músculos como si fueran de un imposible mármol cálido, y supe que en aquel momento Loki podría quebrarme si así lo deseaba. Sin embargo, me tocó con una sutil mezcla de pasión y delicadeza.

Tenía deseos de sucumbir ante él, a su invitación, pero la voz de la razón no me dejaba en paz. Las mariposas que me revoloteaban en el estómago de pronto se tornaron dolorosos nudos.

—No, Loki. —Jadeando, separé mi boca de la suya, posé mis manos sobre su pecho y retrocedí un paso—. No puedo hacerlo, lo siento.



La caída

—Wendy. —Loki se quedó mirando cómo me alejaba sin apartar mis ojos de él. En su rostro se leía tanta desesperación y vulnerabilidad que me dolió el corazón.

—Lo siento, pero no puedo.

Me volví y corrí al palacio. Creí que si me quedaba un poco más, cambiaría de opinión.



La caída

27

Sacrificio

Los días que vinieron después pasaron como en un sueño. Hice todo lo posible por no recordar aquel beso con Loki ni el horrible dolor que me provocaba saber que tal vez no volvería a verlo nunca más. Sabía que debía dejarlo enterrado en el pasado y continuar con mis planes de matrimonio.

El entrenamiento con Tove siempre me dejaba un sordo dolor en la base del cráneo, y los planes de boda que tenía que llevar a cabo con su madre me provocaban dolor en el resto de la cabeza. Willa se esforzó en actuar como intermediaria, pero Aurora no parecía estar lista para olvidar nuestras rencillas.

Elora ya se encontraba mejor, por lo que se reunió con nosotras una tarde; creí que su presencia ayudaría a disipar la tensión, pero no fue así. Cada vez que Aurora dejaba de molestarme, se centraba en irritar a mi madre, y en última instancia ambas se ensañaban conmigo.

Pasé casi todas las tardes con Duncan en la biblioteca, estudiando lo máximo posible acerca de la cultura Trylle. Encontré un diccionario que fui usando cada vez más al revisar los documentos más antiguos, ya que era imposible adivinar lo que aquellos símbolos significaban, pues en el tryllico no se empleaba el alfabeto latino. Por ejemplo, la palabra tryllico se escribía: Трыппиц.

Iluminada apenas por la única lámpara que había en la sala, la del escritorio, me hundía en las páginas de cada libro. Mientras tanto, Duncan escudriñaba las estanterías repletas de libros en busca de los mejores textos: sabía un poco más que yo acerca de la cultura Trylle, aunque no demasiado.

—¿Trabajando hasta tarde? —preguntó Finn. Me asustó tanto, que estuve a punto de gritar. Estaba de pie junto al escritorio, pero ni siquiera lo había oído entrar.

Página 262

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

—Sí, eso parece —dije, y volví a centrar toda mi atención en las amarillentas páginas del libro, sin prestarle atención a Finn.

No había vuelto a hablar con él desde el día que había besado a Loki, y por alguna extraña razón sentía que le había sido infiel, lo cual era bastante ridículo teniendo en cuenta que con quien estaba comprometida era con Tove y que cualquier tipo de relación que hubiera tenido con Finn llevaba largo tiempo extinta.

—Tengo que ir a revisar algo —dijo Duncan en cuanto percibió que su presencia estaba de más.

Sin embargo, fue un acto innecesario, ya que yo misma dudaba de que necesitáramos privacidad. Me pareció un bonito detalle, sin embargo; incluso me sonrió con un aire de complicidad antes de salir de la biblioteca y dejarme a solas con Finn.

—¿Qué estas buscando? —me preguntó Finn, señalando con un gesto las pilas de libro que reposaban sobre el escritorio.

—Cualquier cosa. Todo lo que salga —dije encogiéndome de hombros—. He llegado a la conclusión de que ya era hora que conociera mi historia.

—Es una historia muy larga —agregó Finn.

—Ajá. Ya me estoy dando cuenta. —Me eché hacia atrás en la silla para poder mirarlo de frente. La luz de la lámpara era tan tenue que las sombras cubrían la mayor parte de su rostro; sin embargo, sus expresiones eran tan indescifrables que realmente aquello tampoco importaba demasiado.

—Mañana es la fiesta de compromiso —comentó—. ¿No deberías estar en tu habitación preparándote con Willa?

—No. Ya tendré tiempo de hacerlo por la mañana. —Lancé un suspiro al recordar lo agotador que sería el día siguiente.

—Por cierto, debo felicitarte.

—¿En serio? —Cerré el libro que tenía en las manos y me puse de pie.

Ya no quería estar cerca de Finn, así que me dirigí con el libro hacia una de las estanterías. No estaba segura de que aquél fuera su lugar correcto, pero necesitaba una excusa para moverme.

—Te vas a casar —dijo Finn con un tono calmado y neutro—. Lo más adecuado es que te felicite.



La caída

—Sí, como tú digas. —Empujé el libro con fuerza hasta el fondo y me volví para mirar a Finn.

—No puedes molestarme conmigo por apoyarte —dijo. Sus palabras tenían un dejo de incredulidad.

—Puedo molestarme contigo por lo que se me antoje. —Me apoyé en la estantería—. Pero no te entiendo en absoluto.

—¿Y qué hay que entender? —preguntó Finn.

—Estuviste a punto de arrancarme el brazo porque creíste que estaba coqueteando con Loki, pero ahora que me voy a casar con Tove te comportas como si no sucediera nada.

—Es algo muy distinto —dijo, negando con la cabeza—. El Vittra era un ser maligno. Te habría hecho daño. Tove es tu prometido.

—¿Mi prometido? —pregunté en tono burlón—. ¿Me estabas protegiendo para él? ¿Asegurándote de que nadie más me mancillara para que Tove me recibiera inmaculada?

—No, claro que no. Sólo te estaba protegiendo a ti: tu imagen, tu reputación.

—Seguro. ¿Eso era lo que hacías cuando tu lengua estaba en mi garganta?

—No sé por qué siempre acabas siendo tan burda. —Finn bajó la mirada con disgusto.

—¡Y yo no sé por qué siempre tienes que ser tan educado! —contraataqué—. ¿Podrías, por una vez en tu vida, decirme lo que verdaderamente sientes? ¡Me voy a casar con otro! ¿Es que no te importa?

—¡Pues claro que me importa! —gritó Finn, y sus ojos ardían.

—Entonces, ¿por qué no haces algo al respecto? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué no tratas de detenerme al menos?

—Porque Tove cuidará de ti. Él te defenderá. —Finn tragó saliva—. Podrá hacer cosas por ti, y contigo, que yo jamás podría. ¿Por qué habría de privarte de la oportunidad de vivir algo como esto?

—Porque te importo.

—¡Porque me importas es por lo que no puedo hacerlo!



La caída

—No te creo. —Negué con la cabeza—. Ni siquiera te molestas lo más mínimo cuando estoy con él. ¿Por qué te enfadaste tanto cuando me visto con Loki? Incluso admitiste que sentías celos de que conviviera con Rhys. Y sin embargo cuando estoy con Tove te quedas tan tranquilo.

—No es que me quede tranquilo —suspiró frustrado—. Pero es que con Tove es diferente. No me molesta tanto que estés con él.

—¿Cómo puede no molestarte? —pregunté, profundamente consternada.

—¡Porque es gay, Wendy! —confesó finalmente Finn, con un gesto de exasperación.

Me quedé tan pasmada, que durante un rato no pude ni hablar. Durante ese tiempo fueron pasando por mi mente todos los momentos que había compartido con Tove. Finalmente, caí en la cuenta de que lo que acababa de decir Finn podía ser perfectamente cierto.

—¿Es gay? —pregunté en voz baja.

—No le vayas a decir que te lo he contado, ¿de acuerdo? —Finn hizo una mueca de arrepentimiento—. No he debido hacerlo. Es un asunto que sólo le incumbe a él, y yo no tengo por qué divulgarlo.

—Y entonces ¿por qué se va a casar conmigo?

—¿Qué te dijo cuando te lo propuso? —me preguntó.

—Me dijo que... que creía en mí y que quería que yo fuera la líder. —Traté de recordar toda la conversación—. Dijo que lo hacía para apoyarme, para salvar a nuestro pueblo. Fueron las mismas razones por las que acepté.

»Es gay —repetí. En cuanto asimilé aquello, de pronto algo más me perturbó—: Por eso no te molesta. Sabes que no lo amo, que nunca podré hacerlo; ¿por eso prefieres que me case con él? Y entonces, dime, ¿es que acaso creíste que a Loki sí lo amaba, o que al menos podría llegar a hacerlo?

—Era más que eso, Wendy —dijo Finn, negando con la cabeza—. Loki hubiera terminado haciéndote daño.

—Pero eso no fue lo que encendió tu ira. Lo que te pasó es que estabas celoso de que pudiera enamorarme de otro. —De pronto la rabia se



La caída

apoderó de mí—. Prefieres que viva una mentira a que encuentre la felicidad con otra persona.

—¿De verdad crees que hubieras encontrado la felicidad con un *markis Vittra*? —preguntó en un tono irónico—. Ese individuo es peligroso, Wendy. No podía quedarme tranquilo viendo cómo se acercaba a ti.

—No. ¡No podías quedarte tranquilo porque te diste cuenta de que me importaba!

—¡Sí! —gritó—. ¡Y no debería parecerte mal porque es un mal tipo!

—¡Ni siquiera lo conoces! —repliqué.

—¿Es que acaso estás pensando huir con él? —Se quedó petrificado, y trató de ocultar su dolor—. ¿Es eso lo que me estás tratando de decir? ¿Qué impedí que vivieras tu cuento de hadas?

—No, no es eso. —Me tragué las lágrimas—. Yo misma me prohibí huir con él, porque sé que lo mejor para el reino es que me quede aquí. Lo que no puedo creer es que tú sea tan egoísta. Andas siempre diciendo que todo lo que haces es por mí, pero si eso fuera cierto, me animarías a que buscara la felicidad en lugar de mantenerme aquí atada a ti.

—¿Qué quieres decir con que estás atada a mí? —pregunto.

—¡Me refiero a esto! —exclamé señalando el espacio entre nosotros—. No puedo tenerte y tampoco puedo vivir sin ti. Estoy atrapada y no tengo salida. Me importas y no puedo evitarlo, ¡y a ti ni siquiera te interesa!

—Wendy. —Su semblante se suavizó. Caminó hacia mí; retrocedí, choqué con la estantería y quedé atrapada en un rincón. Finn trató de acariciarme, pero lo empujé.

—¡No! —le grité con el rostro lleno de lágrimas—. Odio que me hagas esto. Odio que me atormentes. ¡Te detesto!

Finn extendió el brazo y retiró el pelo de mi frente; eché la cabeza hacia atrás, pero él no movió la mano. Lo tenía justo delante de mí; su cuerpo me impedía pasar. Lo empujé pero no retrocedió ni un centímetro; se negaba a hacerse a un lado. Su mano seguía apoyada en mi rostro, y me obligaba a inclinar la cabeza hacia él.

Sus ojos eran tan negros y profundo que, como siempre, me robaron el aliento. Fue resiguiendo la línea de mi cabello con sus dedos; el conflicto en mi interior se desvaneció, pero la pasión, seguía allí.



La caída

Se inclinó y me besó; presionó su boca hambrienta contra la mía y un intenso temblor surgió de mi corazón e invadió todo mi cuerpo hasta hacerme estremecer. Su barba rozó mi piel mientras me besaba con desesperación.

Luego sus labios se desplazaron a mi cuello y gemí al tiempo que mis dedos se internaban en su cabello. Se apoyó contra mí y el peso nos hizo chocar contra las estanterías; los libros se desplomaron a nuestro alrededor y luego ambos caímos sobre ellos.

—¡Finn! —La voz de Thomas retumbó en el interior de la sala e interrumpió el momento.

Finn dejó de besarme pero permaneció sobre mí, sin quitarme la vista de encima. Su respiración era entrecortada y jadeante, la pasión ardía en sus ojos pero, más allá del deseo, alcancé a ver el terror: se dio cuenta de que había cometido un error terrible y no sabía cómo dar marcha atrás.

—¡Finn! —gritó Thomas de nuevo—. ¡Sepárate de ella antes de que alguien pueda verte!

—Sí, señor. —Finn se levantó y tropezó con los libros cuando trataba de ponerse en pie. Yo me acomodé el vestido y me levanté con mucha más lentitud.

—¡Sal de aquí! —le gritó Thomas—. ¡Ve a despejarte!

—Sí, señor. Lo lamento. —Finn mantuvo la cabeza agachada. Trató de mirarme de reojo, pero estaba demasiado avergonzado y se limitó a salir disparado de la biblioteca, sin más.

—Lo siento —murmuré; no sabía qué otra cosa decir. Todavía tenía el sabor de Finn en mis labios, y la sensación que había dejado su barba en mis mejillas.

—No tenéis por qué disculparos conmigo —dijo Thomas, y me miró con mucha más benevolencia que a su hijo—. Debéis protegeros, princesa. Id a vuestra habitación, olvidad que esto ha sucedido y rezad para que nadie se entere de ello jamás.

—Sí, por supuesto —asentí con premura y caminé entre los libros. Estaba a punto de salir cuando Thomas me detuvo.

—Mi hijo no me cuenta mucho acerca de su vida —dijo. Me detuve junto a la puerta y me volví a mirarlo por encima del hombro—. Nunca



La caída

hemos estado muy unidos. Este empleo es difícil porque te mantiene aislado, y eso es algo que vos y yo tenemos en común.

—Yo no me siento tan aislada —le expliqué—, siempre estoy rodeada de gente.

—Habéis tenido mucha suerte hasta ahora, pero no siempre será así. — Thomas se humedeció los labios e hizo una pausa—. A veces se tiene que elegir entre el amor y el deber. Es una elección difícil, tal vez la más compleja que tengáis que tomar, pero sólo hay una opción correcta.

—¿Tratas de decirme que se ha de seguir el deber? —pregunté.

—Lo que intento deciros es que el deber fue la respuesta correcta en mi caso —me explicó con cuidado—. Y el deber también será la respuesta correcta para Finn. Siempre.

—Sí —asentí y bajé la mirada—. Lo sé de sobra.

—La gente desprecia a los rastreadores con mucha frecuencia. — Levantó la mano para hacerme guardar silencio antes de que tratara de refutarlo siquiera—. No todos lo hacen, pero sí muchos. Sienten lástima por nosotros. Pero llevamos una vida honrada y estamos entregados al servicio de los demás. Sabemos que somos fundamentales para la creación de un mundo mejor en nuestro reino.

»La reina sirve a los demás tanto como lo hace un rastreador; tal vez mucho más. Vuestra madre ha entregado su vida entera a la gente aquí. No hay mayor honor que ése, no hay acción más valiosa. Y vos también tendréis ese honor, princesa.

—Lo sé —contesté. La sola idea me abrumaba aún más.

—Al final os daréis cuenta de que con el sacrificio se obtiene más de lo que se brinda —me explicó—. Ha sido un placer conversar con vos, princesa, pero ahora debéis ir a descansar.

—Sí, sin duda —asentí.

Thomas hizo una reverencia y se volvió. Yo corrí hasta mi habitación; tuve que levantarme el vestido para no tropezar con el dobladillo. El pelo se me había soltado, y lo agradecí profundamente porque con él pude ocultar la vergüenza y las lágrimas que me cubrían el rostro.



La caída

28

Honor

—**E**stás extraordinaria —le aseguró Willa a mi reflejo por centésima vez. Estaba detrás de mí, frente al espejo. Daba la impresión de que yo estaba admirando mi vestido blanco, pero la verdad era que apenas me reconocía.

Tan sólo unos días antes de la fiesta de compromiso, había besado a dos hombres distintos. Lo más extraño era que, de los dos besos, el que más se repetía en mi mente era el de Loki: cuando sus labios tocaron los míos había experimentado una peculiar sensación de novedad, como si le estuviera inyectando vida a mi alma. El beso de Finn, en cambio, sólo había conseguido despojarme de la energía que me quedaba. Loki me había pedido que me casara con él, y Finn me había alejado de su lado tal y como seguiría haciendo siempre.

Después de lo sucedido tenía ganas de llorar, pero a fin de cuentas ya no importaba lo que sintiera por Loki o por Finn. Ya no resultaba relevante. Yo era una princesa y tenía un compromiso con mi reino y con mi prometido. Tove y Förening se merecían lo mejor, y por eso yo tenía que ser mejor. Debía convertirme en lo que ellos necesitaban.

—Vamos, Wendy. —Willa me tomó del brazo y me llevó consigo—. La fiesta está a punto de comenzar. No tenemos tiempo para que te sigas contemplando en el espejo.

Asentí y la seguí; creí que tendría tiempo para recobrar la compostura, pero en cuanto salí de mi habitación me encontré con Tove.

—Lo siento —dijo al ver mi expresión—. No pretendía asustarte.

—No, está bien. —Tenía la boca adormecida y me costaba trabajo hablar.

Página 269

Amanda
Hocking

Tierra de
Magia #2



La caída

—Os dejaré solos, tortolitos. —Willa me guiñó un ojo antes de irse.

—Espero que no sea de mala suerte verte antes de la fiesta de compromiso. —Buscó algo en sus bolsillos—. No estoy seguro de lo que indica el protocolo, pero tenía que darte esto. Y he pensado que sería mejor hacerlo antes de la fiesta.

—No era necesario.

—Sí lo es. —Tove sacó una cajita de su bolsillo—. Es mi deber. Tendría que habértelo entregado en el momento de pedirte que te casaras conmigo, pero lo hice bastante mal.

—A mí me gustó —le dije con una sonrisa—. Fue muy dulce.

—Bueno, espero que te guste el anillo. —Me entregó la caja con cubierta de terciopelo; todavía estaba cerrada—. A mi madre le ha desagradado muchísimo.

—Entonces estoy segura de que me va a fascinar —le dije, y el rió.

Tomé la caja y la abrí con manos temblorosas: era una gruesa banda de platino que semejava una enredadera de hiedra, abrazada a la gigantesca esmeralda incrustada en el centro. Alrededor de la banda había algunos diamantes más pequeños.

—Oh, Tove, es hermoso. —Se me hizo un nudo en la garganta al deslizar el anillo sobre mi dedo; era un gesto muy bonito de su parte.

Aunque Tove no me lo había dicho y yo no pensaba sacar el tema, supe que Finn estaba en lo cierto: mi futuro marido era gay. Jamás nos enamoraríamos uno del otro, pero seríamos amigos y podríamos encontrar cierto tipo de felicidad juntos. Con suerte.

—¿En serio? —Tove sonrió aliviado y se pasó la mano por el pelo—. Qué bien. Estaba muy preocupado porque no sabía si te gustaría.

—No, es perfecto. —Le sonreí con lágrimas en los ojos.

—Genial. —Se mordió el labio—. Estás muy hermosa hoy.

—Gracias. Tú también te estás muy guapo —le dije al tiempo que señalaba su elegante traje—. Te has esmerado de lo lindo, *markis*.

—Gracias, princesa. —Extendió su brazo para que yo pudiera tomarlo—. ¿Quieres que vayamos a nuestra fiesta de compromiso?

—Vayamos —contesté; lo tomé del brazo y caminamos juntos hacia el salón para convertirnos en los líderes que necesitaban los Trylle.



La caída

Apéndices

Glosario de terminología

Trylle

Aura: Campo de radiación sutil y luminosa que rodea a una persona u objeto. Los distintos colores de las auras indican diversos estados emocionales.

Changeling: Niño cambiado por otro en secreto.

Cigüeña: Término coloquial y peyorativo para referirse a un rastreador: «Los humanos les dicen a sus hijos que las cigüeñas traen a los bebés, pero en nuestro caso, lo hacen los rastreadores.»

Duende: Desagradable trol deforme de no más de un metro de altura.

Familia anfitriona: Familia al cuidado de la cual se deja al *changeling*. Se elige de acuerdo a su jerarquía en la sociedad humana, y el factor de mayor importancia para seleccionarla es su riqueza material. Cuanto más alto sea el rango del miembro de la sociedad Trylle que se entregará como *changeling*, mayores deberán ser el poder y la influencia de la familia anfitriona.

Förening: Capital y ciudad más importante de la sociedad Trylle. Complejo enclavado en los acantilados que se encuentran a lo largo del río Mississippi, en Minnesota, y sede del palacio Trylle.

Mänsklig: Con frecuencia también se utiliza el término abreviado «*mänks*». La traducción literal de la palabra «*mänsklig*» es «humano», pero sólo se emplea para hacer referencia al niño humano que los Trylle toman cuando dejan al *changeling* con la familia anfitriona.



La caída

Markis: Título masculino de la realeza Trylle y Vittra. Es similar al título de duque, y se otorga a trols que poseen habilidades superiores. Los *markis* tienen una jerarquía mayor que la de los Trylle comunes, pero se encuentran por debajo del rey y la reina. A continuación se explica la jerarquía de la sociedad Trylle.

Rey/reina

Príncipe/princesa

Markis/marksinna

Ciudadanos Trylle

Rastreadores

Mänsklig

Familias anfitriónas

Humanos (criados fuera de la sociedad Trylle)

Marksinna: Título femenino de la realeza Trylle y Vittra. Es el equivalente femenino del *markis*.

Ondarike: Capital de los Vittra. El rey y la reina, junto con la mayoría de los Vittra más poderosos, viven en el palacio ubicado en esta ciudad. Se encuentra en la zona norte de Colorado.

Persuasión: Forma sutil de control mental. Habilidad relacionada con el pensamiento, con la que se logra que otra persona actúe de una manera específica.

Precognición: Conocimiento de un suceso antes de que tenga lugar, particularmente a través de la percepción extrasensorial.

Psicoquinesis: Término global asignado a la producción o control de movimiento, particularmente sobre objetos inanimados y alejados, llevado a cabo mediante la utilización de poderes psíquicos. Éstos pueden incluir el control mental, la precognición, la telequinesis, la sanación biológica, la teletransportación y la transmutación.

Rastreador: Miembro de la sociedad Trylle que recibe entrenamiento específico para encontrar a los *changelings* y llevarlos a casa. Los rastreadores no poseen habilidades paranormales, excepto la capacidad para vincularse con un trol específico. Los rastreadores pueden percibir si existe un peligro para el trol han cual han sido asignados, y determinar a qué distancia se encuentra la amenaza. Tienen la jerarquía más baja de la sociedad Trylle, sólo por encima de los *mänsklig*.

Trylle: Hermosos trols con poderes psicoquinéticos. Su sociedad tiene su fundamento en la práctica de los *changelings*. Como todos los



La caída

trols, son malhumorados y astutos; con frecuencia, también egoístas. A pesar de que en algún tiempo formaron una sociedad grande, han disminuido en número y habilidades. No obstante, continúan siendo una de las tribus trol más grandes. Se les considera pacíficos.

Tryllico: Antigua lengua en la que los Trylle escribían sus documentos importantes para ocultarlos de los humanos. Emplean caracteres distintos a los del alfabeto estándar, y son más bien signos parecidos a los del alfabeto cirílico.

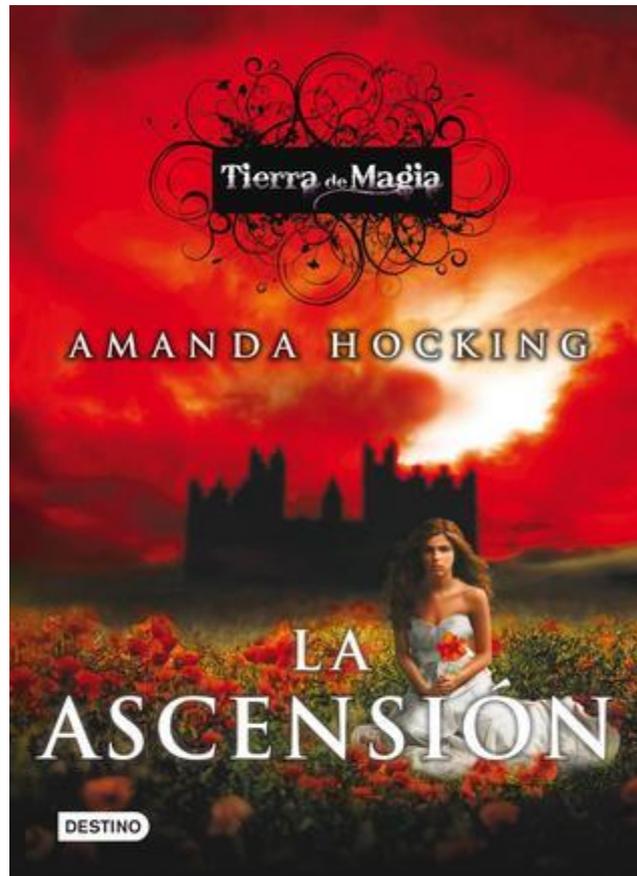
Vittra: Grupo trol más violento cuyos poderes incluyen la fuerza física y la longevidad. La psicoquinesis también puede llegar a presentarse en los Vittra, pero de forma muy ligera. Los Vittra padecen infertilidad, y aunque son muy bellos en el aspecto físico, más del cincuenta por ciento de las concepciones producen trols de tipo duende. Los Vittra son la única tribu trol que presenta la anomalía del trol de tipo duende.



La caída

Continúa con...

La Ascensión



Página 274

El destino de Wendy parece estar sellado. Se aviene una guerra y todo lo que ha sacrificado para conseguir la paz y el equilibrio del pueblo Trylle pende un hilo. Los acontecimientos se precipitan y la encaminan hacia un final épico. ¿Conseguirá salvar todo aquello que ama?

*Amanda
Hocking*

*Tierra de
Magia #2*



La caída

Sobre la autora...

Amanda Hocking

Amanda Hocking (12 de julio de 1984) es una escritora estadounidense de novelas de romance paranormal para jóvenes adultos. Hocking vive en Austin, Minnesota. Estaba contratada como una trabajadora a domicilio hasta 2010, escribió 17 novelas en su tiempo libre. En abril de 2010, comenzó a auto-publicarlos como libros electrónicos. Por marzo de 2011, ya había vendido más de un millón de copias de sus nueve libros.



Los trabajos, originalmente auto-publicado de Hocking, se compone de las series *My Blood Approves* (*Lazos de sangre* en español), una serie de vampiros, *Trylle Trilogy* (*Tierra de Magia* en español), una trilogía que cuenta el viaje de autodescubrimiento de una adolescente, dentro de una fantasía urbana y *Hollowland*, una serie sobre zombies.

Tierra de magia:

1. *El viaje.*
2. *La caída.*
3. *La ascensión.*

